



HENRY R. HAGGARD

Henry H. Haggard

Ella

bajalibros.com

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-925-7

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

HISTORIA DE AVENTURAS

Una revista inglesa hace ya de esto algunos años, consultó al público sobre cuáles eran las mejores novelas que se habían escrito en todas las naciones del mundo, exigiendo entre otras condiciones que se determinase además de los títulos de las obras y el nombre de los autores el género de cada una a saber: novelas históricas, de imaginación, de costumbres, didácticas, etcétera

Respondiendo a la invitación, más de diez mil personas de la Gran Bretaña, Irlanda, las Colonias y Estados Unidos, comunicaron su parecer. El escrutinio de esta votación literaria se verificó con todas las formalidades por personas de autoridad reconocida y el sufragio, casi unánime en este solo punto, declaró que *Ella* de H. Rider Haggard, era la mejor novela fantástica la más notable de las obras de ficción, puramente imaginativa que se habían escrito.

Tal es pues la obra que hoy presentamos a los lectores de la Biblioteca. Todos pueden leerla sin temor alguno; no se trata en ella de asuntos mundanos más o menos escabrosos: es sólo una animada narración de las aventuras extraordinarias acontecidas a dos hombres muy robustos, muy honrados e inteligentes, a dos alumnos-atletas de universidad inglesa en el centro de África que es plena tierra de maravillas. Cuéntase como estos dos hombres se vieron envueltos en peregrinas dificultades imaginarias, sugeridas al autor por deficiencia de nuestros conocimientos de la historia del mundo y de la ciencia de la vida

Considerada en efecto, la obra como de imaginación pura figurará ventajosamente a la par de la más notable que el genio del hombre haya producido, y la superará, quizá, puesto que en *Ella* no hay más propósito que el deleite del lector, mientras que en otras obras imaginativas existen tendencias ya satíricas, ya morales, ya didácticas. Con este lastre se presentan obras maestras como las de Swift y de Defoë. Aunque perteneciente a otro género, una obra existe que podría probablemente llamarse hermana de *Ella* y es *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare.

Se verá, leyéndola que descripciones preciosas contiene el libro de Haggard, que cuadros tan dramáticos, que situaciones tan extraordinarias, y se verá también que vale más por lo que nos hace pensar que por lo que nos dice.

En fin, los lectores de la Biblioteca sabrán apreciar por sí propios, sin necesidad de más recomendación, de más frases de inútil encomio, el mérito de tan ameno libro que, no siendo más que ameno, ha de herirles a veces y muy profundamente la emoción intelectual.

Clásica es esta novela en los pueblos de habla inglesa habiéndose hecho de ella más ediciones que de ninguna otra tratándose también acomodarla para el teatro, aunque sin buen éxito, por ser obra demasiado compleja para ello. Los artistas han encontrado en la novela inspiración y los caracteres de Leo, de Holly y de *Ella* son realmente populares.

El autor, Mr. Haggard, es hombre relativamente joven aún, pues contará alrededor de cuarenta y seis años. Después de haber desempeñado funciones judiciales en el África del Sur, se fue a Londres donde publicó su primer libro sobre *Cettiwayo*, el rey de los zulús, que pasó inadvertido; pero su novela *Las minas del rey Salomón* le dio renombre, y *Ella* lo hizo célebre.

INTRODUCCIÓN

Al publicar esta narración, que aun considerada como una mera novela, contiene las más misteriosas y peregrinas aventuras acaecidas a mortales hombres, créome obligado a explicar cuál es la verdadera relación que con ella tengo. Hago cons-tar, desde luego, que no soy el autor, sino el editor de tan extraordinaria historia y paso ahora a decir como vino a mis manos.

Algunos años hace que yo, el editor, estaba parando en casa de un hermano, en una de las universidades de Inglaterra que, para el propósito de este relato, llamaremos de Cambridge. Andando un día por las calles llamome la atención el aspecto de dos caballeros que vi pasar de bracero.

Uno de ellos, sin disputa el más joven que mis ojos habían visto, era muy alto y ancho de hombros, muy vigoroso al parecer, y me recordaba la del ciervo montés la gracia natural de su porte.

Además, su rostro era irreprochable: tan bello como bondadoso; y al descubrirse para saludar a una señora que pasaba vi que tenía ensortijados los cabellos rubios y apretados sobre el cráneo.

-¡Por Dios! -exclamé- ese joven parece una estatua de Apolo ambulante... ¡Qué hombre tan hermoso!

-Tienes razón -me contestó mi hermano, que paseaba conmigo. Es el hombre más hermoso de la Universidad, y también uno de los más amables. Le dicen *el dios griego*. Pero mira al otro: es tutor de Vincey, así se llama el más joven; le han puesto por apodo *Caronte*, y tiene reputación de ser persona muy instruida

Efectivamente, vi que el otro, de más madura edad, era tan interesante, a su manera como el espléndido ejemplar de la humanidad a quien iba acompañando. Parecía tener como unos cuarenta años, y era tan feo, como el otro hermoso. Menos que mediana era su estatura un tanto estevadas sus piernas; sumido tenía el pecho, y los brazos de una largura desmesurada. Sus ojos eran pequeños, el negro pelo le crecía muy abajo en la frente, y como las espesas patillas cortadas rectamente, se le unían al pelo, apenas si le quedaba despejada una escasa parte de las facciones. Pensaba viéndolo, en el gorila y, sin embargo, la mirada me pareció tan agradable y genial, que recuerdo como le confesé a mi hermano mi deseo de tratar a aquel hombre.

-Nada más fácil -me contestó- conozco a Vincey y te presentaré.

Así lo hizo, y luego estuvimos un rato hablando con ellos. De regreso estaba yo, a la sazón, del Cabo de Buena Esperanza y nuestra conversación giró sobre los zulús. En esto, se nos acercaron una señora gruesa y una linda jovencita rubia muy conocidas, al parecer, de Mr. Vincey, quien al punto se despidió de nosotros y se marchó acompañándolas. Recuerdo también que me hizo sonreír entonces el cambio de expresión que noté en el caballero de más edad, cuyo nombre, supe que era Holly, cuando reparó que las señoras se nos acercaban. Paró súbitamente de hablar lanzó una mirada como de censura a su compañero y haciéndome una rápida inclinación de cabeza nos volvió la espalda y fuese solo cruzando la calle.

Dijéronme después que se le atribuía general-mente a Mr. Holly tanto terror al bello sexo, como el que le tenía la mayoría de las gentes a los perros rabiosos, y que esto explicaba la precipitación de la fuga. En cuanto a Mr. Vincey, puedo asegurar que en aquel momento no le demostró aversión al sexo femenino. Me acuerdo que riendo le hice a mi hermano la observación de que Mr. Vincey no pertenecía precisamente a la clase de esos hombres que uno no tiene reparo en presentar a la muchacha con quien pretende uno casarse ya: que sería muy probable que el conocimiento terminase por una transferencia de afectos.

La verdad es que era demasiado buen mozo, y lo que es más, no se notaba en él esa presunción que tienen generalmente los buenos mozos, y que con razón les enajena la simpatía de los demás.

Aquella misma noche me separé de mi hermano, y mucho tiempo pasó luego sin que supiera más de *Caronte* ni del *dios griego*. Lo cierto es que desde ese día hasta la fecha no los he vuelto a ver y que, probablemente no los volveré a ver jamás. Pero hace como un mes que recibí una carta y dos bultos, uno de los cuales era un manuscrito, y al abrir la primera vi que estaba firmada por Horacio Holly, nombre que, por lo pronto, desconocí. La carta estaba concebida en estos términos:

«Universidad de Cambridge, Colegio de***, 1 de mayo de 18...

»Muy señor mío: Le sorprenderá a usted, atendido lo cortas que han sido nuestras relaciones que yo le escriba esta carta... La verdad es que me parece conveniente empezar por recordarlo que hará hoy unos cinco años que nos conocimos, cuando le fuimos presentados a usted mi curado Mr. Leo Vincey y yo, por su señor hermano, en una calle de Cambridge. Mas, paso al asunto que me hace escribirle y le prometo que será breve.

»He leído con mucho interés el libro que acaba usted de publicar sobre un viaje al África Central. Supongo que esta obra será veraz en alguna parte, y en otra un esfuerzo de la imaginación. Sea lo que fuere, me ha hecho concebir una idea.

»El caso es que, y el cómo de ello lo sabrá usted por el manuscrito que le acompaño, que el portador le entregará con el escarabajo auténtico y el tiesto original, mi curado, o más bien mi hijo adoptivo y yo, acabamos de pasar por unas verdaderas aventuras en el África Central, de mucho más maravilloso carácter que las descritas en su libro, y tanto, que casi estoy corrido de someterlas a su consideración, por temor de que usted no me crea. Ya las encontrará usted contenidas en ese manuscrito que yo, o mejor dicho, nosotros habíamos determinado que no se publicara durante nuestras vidas. Habríase realizado esto así si no fuera por una circunstancia que ha surgido recientemente. Nosotros dos, por las razones que podrá juzgar después de leer el manuscrito, nos vamos a marchar de nuevo, al Asia Central esta vez, que es donde debe encontrarse la sabiduría, caso de encontrarse sobre la tierra, y calculamos que nuestra ausencia será muy larga. Quizá no volvamos.

»Y en esa alternativa nos hemos preguntado si estaremos autorizados para ocultarle al mundo la noticia de un fenómeno singularísimo, meramente porque, en él está interesada nuestra personal existencia o por temor del ridículo, y la duda que nuestras afirmaciones inspiren. Yo tengo una opinión sobre el asunto y Leo tiene otra y, finalmente, tras largas discusiones hemos venido a parar en este compromiso, a saber: remitirle a usted la historia dándole amplia facultad para publicarla si lo cree conveniente, con la única condición de que desfigure nuestros verdaderos nombres y cuanto se

refiere a nuestra identidad personal, en lo que sea posible sin perjudicar la buena fe substancial de nuestra narración.

»¿Qué más le diré? No sé, en verdad. A no ser que le repita que cuanto se describe en el manuscrito citado pasó tal cual en él se refiere. En cuanto a *Ella* nada puedo añadir. Lamentamos más cada día el no habernos aprovechado mejor de las oportunidades que tuvimos para enterarnos de quien fuese mujer tan maravillosa... ¿Quién era ella?... ¿Cómo llegó por primera vez a las Cavernas de Kor, y cuál era su verdadera religión?... Nunca pudimos cerciorarnos de ello, y ya no habremos ¡ay! de saberlo... Al menos no ha llegado aún el tiempo de que lo sepamos. Estos y otros problemas surgen en mi mente, mas ¿de qué serviría el plantearlos ahora? ¿Se encargará usted de la tarea que lo encomendamos?... Le damos la más completa libertad para ello, y en recompensa obtendrá usted, sin duda el crédito de haberle dado al mundo la historia más peregrina que se conoce. Lea el manuscrito, que he copiado con letra clarísima en su obsequio, y contésteme.

»Quedo afmo. de usted. L. Horacio Holly»

«P. D. -Por supuesto que las ganancias que resulten de la venta de la obra quedarán a su favor de usted, para que de ellas disponga como le parezca y en el caso de que el negocio no arrojará si-no pérdidas, ya están enterados los señores Geoffrey y Jordán, mis apoderados de que deben saldarlas. Confiamos el escarabajo, el tiesto y el pergamino a su custodia de usted hasta el día que le roguemos la devolución del depósito. Vale»

Esta carta como es natural pensar, me sorprendió sobremanera cuando la recibí: pero cuando pude librarme de otros urgentes trabajos, y al cabo de unos quince, días examiné el manuscrito, mi asombro creció de punto, como espero les pasará a los lectores y, desde luego, resolví no dejar de la mano el asunto. Escríbele con ese objeto a Mr. Holly, pero como a la semana recibí otra carta de los apoderados de ese caballero en la que me devolvían la mía informándome que su cliente y Mr. Leo Vincey habían ya salido del país en dirección al Tibet, y que por el momento no sabían su dirección.

Y ya no tengo más que decir por mi parte. De la historia que sigue juzgará el lector por sí mismo. Se la ofrezco con poquísimas alteraciones del texto que recibí, hechas únicamente con el objeto de ocultar al público la identidad de los protagonistas.

He tenido muy buen cuidado de suprimir los comentarios.

Inclinábame yo, al principio, a pensar que esta historia de una mujer embozada en la majestad de sus casi interminables años, sobre la cual caía la eternidad misma como si fuese la sombra del ala oscura de la noche era una gigantesca alegoría cuya significación no podía comprender.

Me figuré después que sería una audaz tentativa para pintar los resultados posibles de la inmortalidad infundida en la sustancia de un mortal, que continúa nutriéndose de la tierra y en cuyo humano pecho siguieran las pasiones surgiendo y abatiéndose siempre palpitando, como en el imperecedero mundo que la rodea, se alzan, decrecen y palpitan los vientos y las marcas incesantemente. Mas, conforme iba leyendo abandoné también esta idea. Parece que está impreso evidentemente en el relato el sello de la veracidad. Quede su explicación para otros, y con este ligero prólogo, que hacían indispensable las circunstancias, presento al mundo a Ayesha y a las Cavernas de Kor. El editor.

P. D.: Debo también considerar otro punto que me ha impresionado mucho después de un repaso de esta historia y quiero llamar sobre él la atención del lector. Se observará que nada existe en el carácter de Leo Vincey, por los datos que sobre él se nos ofrecen que haya podido atraer hacia él, según la opinión de la mayoría una inteligencia tan superior como la de Ayesha. Ahora a mis ojos al menos, ni aun siquiera es particularmente interesante: más natural aparecería que Mr. Holly se le hubiera adelantado en su favor... ¿Será que, como los extremos se tocan, el mismo exceso y esplendor de su inteligencia la condujo, merced a alguna peregrina reacción física a adorar ante el altar de la materia?...

¿No fue aquel antiguo Kalikrates más que un hermoso animal, adorado por su belleza helena?

¿O será la explicación, según yo creo, esta otra a saber: que Ayesha capaz de ver más allá que nosotros, percibió oculta en el alma de su amado el germen, la vacilante chispa de la grandeza y sabía bien que bajo la influencia del don vital que ella podía darle, que ella regaría con su ciencia y calentaría con el resplandor de su presencia, podría abrirse el germen como una flor y tornase la chispa en astro para llenar al mundo fragancias y claridades?... Tampoco a esto soy capaz de contestar, y debo dejar que el lector forme su propio juicio sobre las cosas que se le presentan.

I VISITADOR

Grábense algunos acontecimientos en la memoria con sus más mínimos detalles y circunstancias, de tal modo, que no podemos olvidarnos jamás de ellos por más que hagamos. Esto es lo que me pasó con la escena que voy a referir, y que ante mi mente surge ahora con tanta claridad como si ayer mismo se hubiera verificado.

Hace como unos veinte años que, en este mismo mes precisamente, yo, Luis Horacio Holly, me encontraba sentado en mis habitaciones en Cambridge, batallando con ciertos problemas de matemáticas, no me acuerdo cuales. Iba a presentarme dentro de una semana a hacer mis oposiciones para un internato, y tanto mi encargado como mi colegio tenía grandes esperanzas de que yo me distinguiera. Cansado, al fin, del trabajo, tiré mi libro, levantéme, fui a la chimenea tomé una pipa de encima de ella y la llené. Sobre la repisa había una vela encendida y detrás un espejo largo y estrecho que reflejaba mi fisonomía mientras prendía mi pipa y al mirarme a mí mismo me quedé reflexivo. El fósforo ardió hasta quemarme los dedos, pero lo arrojé y seguí mirándome y reflexionando, al fin exclamé en alta voz:

-Bueno... Comprendo que mis amigos esperen que haga yo algo con el interior de mi cabeza porque con el exterior, de seguro que no haré nada jamás en el mundo...

Esta exclamación parecerá sin duda rara a cualquiera que la lea pero hay que saber que yo aludía con ella a mis deficiencias físicas. La mayoría de los hombres a los veintidós años de edad, se ven más o menos favorecido por las gracias de la juventud, mas esto a mí me fue negado.

Pequeño, trabado, de estructura mal puesta, casi deformadas las costillas con los brazos larguísimos y musculares, duras las facciones, los ojos pardos hundidos allá dentro bajo una frente estrecha casi tapada por el pelo negro y recio de mi cabeza que parecía un estropajo, frente que era como trocha abandonada, que el monte va cubriendo de nuevo; tal era mi aspecto hace un cuarto de siglo, y tal es en el día con muy poca diferencia. Como Caín, sentíame marcado por la Naturaleza con el marchamo de una fealdad anormal, mas dotado también por ella con una singular fuerza del cuerpo y grandes potencias intelectuales. Tan feo era yo, que los jóvenes elegantes de mi colegio en la Universidad, aunque citaban con orgullo mis hazañas de fuerza y resistencia corporal, ponían ciertos reparos en salir conmigo por las calles. Natural era pues que fuese algo misántropo, y hasta huraño; que viviera y trabajase solo, y que no tuviera amigos íntimos... exceptuando uno, quizá. La Naturaleza me había construido aparte para que viviera aislado y no tuviera más consuelo que los que su propio seno materno me ofrecía. Las mujeres se horrorizaban de verme. Hacía una semana que me había llamado *monstruo* una muchacha y añadió que mi aspecto la había convertido a la teoría darwiniana. Verdad es que en cierta ocasión una mujer me demostró algún interés, y que yo derroché en honor suyo todo el nativo afecto que por largo tiempo había estado ahorrando; pero una cantidad de dinero, que debía haber venido a mis manos, fue a parar a otra parte, y ella entonces me abandonó. Roguela y supliquela que no me dejara como no le he rogado a ninguna otra persona viva en el mundo, porque estaba enamorado de su linda cara, porque la amaba de veras, mas ella ser levantó de súbito y tomándome de la mano me llevó frente a un espejo y señalando a las dos imágenes me dijo:

-Responde amigo mío: ¿te parece que con una cara como la tuya pueda quererte de balde quien la tiene como yo?...

Maldíjela y huí. Entonces tenía yo veinte años nada más... Y parado ahora de nuevo ante el espejo de mi chimenea me contemplaba y sentía una especie de amarga satisfacción en encontrar tan solitario, sin padre, madre, ni hermanos, cuando de súbito oí que llamaban a mi puerta.

Antes de abrirla me detuve un rato. Era cerca ya de la media noche y no me encontraba dispuesto a recibir a nadie tan tarde. No tenía más que un amigo en toda la Universidad, quizá en todo el mundo. ¿Sería él quien llamaba?... Tosió entonces la persona que afuera esperaba y corrí abrir porque conocí la tos.

Un hombre como de treinta años de edad, que parecía haber sido muy hermoso, entró precipitadamente, aunque con el andar vacilante, por el peso de un arca de hierro que traía sujeta por una agarradera con la mano derecha. Al colocar el arca sobre la mesa viose acometido de un violento acceso de tos. Tosió y tosió hasta que el rostro se puso purpúreo y se echó luego en un sillón y escupió sangre. Puse un poco de whisky en un vaso y se lo di a beber, con lo que se sintió mejor, mas daba gran pena verlo.

-¿Por qué me has tenido aguardando ahí afuera al frío, tanto tiempo? -me dijo- bien sabes que las corrientes de aire me matan.

-No sabía quién llamaba -contesté- eres un visitador rezagado.

-Cierto que sí; mas en verdad te digo que, esta será mi última visita -me dijo, tratando de sonreír. ¡Ya estoy roto, Holly, roto del todo! Parece que no veré el día de mañana.

-Déjate de tonterías -exclamé. Guarda un poco, que voy por el médico.

Detúvome con vivo e imperioso ademán y agregé:

-Tu consejo es prudente, pero no quiero médicos. He estudiado medicina y sé bien lo que me pasa. Los médicos no pueden salvarme: ya ha llegado mi hora... Hace un año, que estoy viviendo de milagro... Escúchame ahora como no has escuchado a nadie antes porque no podrás hacer que te repita mis palabras... Durante dos años hemos sido buenos amigos... Holly, vamos a ver... ¿qué sabes tú de mí?

-Sé que eres rico, que has tenido el capricho de venir a la Universidad mucho después de haber cumplido la edad en que la mayoría la deja.

Sé también que has sido casado y que murió tu esposa... y finalmente, que eres el mejor, el único amigo quizá que tengo...

-¿Sabías tú que tengo un hijo?

-No.

-Pues ahora lo sabes. Tiene cinco años de edad. Me costó la vida de su madre, y por esto no he podido todavía mirarlo a derechas... Holly, si quieres aceptar el cargo, te dejaré de único tutor del niño.

Di un gran salto en la silla y exclamé:

-¿A mí?

-A ti, sí; no te he estudiado en vano durante dos años. Hace tiempo que yo sabía que concluiría pronto, y desde luego que me convencí de ello, he estado buscando a alguno a quien confiar el niño, y esa otra cosa -agregó dando un golpe con la mano en el arca de hierro. Por fin, me he fijado en ti, Holly, porque como los árboles rugosos, tienes fuerte el corazón. Escucha: el niño es el vástago de una de las familias más antiguas de la tierra, en to-do cuanto la antigüedad de una estirpe puede asegurarse. Te reirás ahora quizá al oírme pero algún día tendrás la prueba de que el fundador de mi raza mi 65º o 66º antepasado, fue un sacerdote egipcio de Isis, aunque era oriundo de Grecia que se llamaba Kalikrates o sea el Hermoso y Fuerte, o para ser más exacto aún, el Hermoso en su Fuerza. Su padre fue, según creo, uno de los mercenarios griegos empleados por Hakor, príncipe mendesiano de la XXIX dinastía. Por el año 389 antes de Cristo, precisamente cuando se realizó la decisiva caída de los Faraones, este Kalikrates quebrantó sus votos de celibato y huyó de Egipto en compañía de una princesa de real estirpe que se había enamorado de él, y sufrió un naufragio en la costa de África por el punto, según creo, donde queda hoy la Bahía de Delagca o más al Norte, quizá. Él se salvó con su mujer, aunque todos los demás perecieron de un modo u otro. Allí, en tierra sufrieron grandes penalidades pero, al fin, fueron recibidos por la poderosa soberana de un pueblo salvaje, que era una mujer blanca de singularísima belleza y la que, en circunstancias que yo no puedo precisar ahora pero que tú conocerás algún día, si es que vives, acabó por asesinar a mi antepasado Kalikrates. Pudo escapar, sin embargo, su mujer, y llegó, no sé como a Atenas, donde dio a luz un hijo, póstumo de su marido, al que puso por nombre, Tisisthenes que quiere decir el Poderoso Vengador.

Quinientos años o más, después de esto, la familia emigró a Roma en condiciones que ignoro, porque no quedan rastros, y aquí, probablemente con la idea de conservar el espíritu de venganza que empezó a infundirse a la prole desde Tisisthenes, asumió regularmente el *cognomen* de Vindex, o sea, el Vengador. En Roma vivió la familia durante otros quinientos años hasta por los de 770 después de Cristo, cuando Carlomagno invadió la Lombardía donde estaba establecida y parece que el jefe de ella se agregó al séquito del gran Emperador y que, pasando los Alpes en su retirada se estableció, por último, en Bretaña. Seis generaciones después, su descendiente directo pasó a Inglaterra en el reinado de Eduardo el Confesor, y alcanzó en tiempo de Guillermo el Conquistador, grandes honores y preeminencias.

Desde este tiempo hasta la fecha puedo trazar mi descendencia con absoluta seguridad. Los Vincey, que así se corrompió el nombre latino de la familia al establecerse en Inglaterra no se han distinguido históricamente, nunca se preocuparon de ello. Algunos fueron soldados, otros comerciantes pero siempre conservaron la mayor respetabilidad en su medianía. Desde el tiempo de Carlos II hasta principios del siglo actual, fueron comerciantes. Allá por el año de 1790, mi abuelo hizo una gran fortuna fabricando cerveza y se retiró de los negocios; murió en 1821 y mi padre le sucedió, disipando casi toda su herencia hasta hace diez años que murió, dejándome una entrada libre como de dos mil libras al año.

Entonces fue cuando yo emprendí una expedición relacionada con eso -y señaló a la caja- que terminó desastrosamente. Al volver, viajando por el mediodía de Europa llegué a Atenas, donde conocí a mi adorada esposa, hermosísima mujer. Caseme allí, y ella murió al año. Paró un momento de hablar descansando la frente sobre la mano, y luego continuó:

-Mi matrimonio me había distraído de un proyecto que no puedo explicarte, ahora... No tengo tiempo para tanto, ¡ay, Holly! no tengo tiempo... si aceptas mi encargo, lo sabrás todo algún día. Cuando murió mi esposa volví a ocuparme de él. Mas, primero era preciso, así lo creí al menos, que aprendiese perfectamente los dialectos de la lengua árabe. Por eso vine aquí a facilitar mis estudios. Muy en breve, sin embargo, se desarrolló mi enfermedad, esta misma que acaba conmigo.

Y como para darle mayor fuerza a sus palabras, sintiose acometido de otro terrible ataque de tos.

Dile un poco más de whisky, y prosiguió de este modo:

No he vuelto a ver a mi hijo Leo desde que era un tierno niño. Nunca tuve fuerzas para mirarlo bien pero siempre me han dicho que es un niño muy vivo y lindo. Bajo este sobre -y sacó del bolsillo una carta en cuyo sobrescrito estaba mi nombre- he anotado la dirección que deseo se dé a la educación de mi hijo. Es algo peculiar, quizá. Por esto no podría tal vez, confiársela a un extraño... Y por última vez, Holly, ¿quieres encargarte de ella?

-Antes debo saber de qué he de encargarme contesté.

-Has de encargarte de cuidar al niño Leo, de tenerlo a tu lado hasta que cumpla los veinticinco años. Entonces concluirá tu curatela y con estas llaves que te doy ahora -y las colocó sobre la mesa- abrirás esa arca de hierro y le harás ver y leer los contenidos, y que luego diga si quiere o no llevar a cabo la investigación que le confío. No es que yo le ponga en ninguna obligación. He aquí ahora las condiciones. Mi renta actual es de dos mil doscientas libras al año. La mitad de esa renta te la aseguro en mi testamento como usufructo vitalicio, si te encargas de la tutela y curatela; es decir, una remuneración de mil libras al año, porque tendrás que dedicar a ello tu vida y cien libras para la manutención del niño. Lo demás quedará acumulándose hasta que Leo cumpla los veinticinco años, para que pueda entonces disponer de una cantidad suficiente en caso de emprender las investigaciones a que me he referido.

-¿Y suponiendo que yo muriese? -pregunté.

-Entonces el niño caerá bajo la curatela de la Cancillería y será de él lo que Dios quiera. Ten únicamente cuidado de que en tu testamento pase a él el arca de hierro, ¡Pero, Holly, no me rehúses!... Créeme tu interés está en ello... Tú no sirves para mezclarte en el mundo, que no haría más que amargarte la existencia Dentro de algunas semanas serás profesor de tu colegio y la renta que por ello obtendrás unida a lo que yo te dejo, te permitirá llevar una vida cómoda dedicada al estudio y alternada con el *sport* viril a que eres tan aficionado... ¿Ves cómo te conviene?

Detúvose mirándome con ansiedad... Yo vacilaba aún. Me parecía tan raro el compromiso...

-¡Hazlo por mí, Holly!... Hemos sido buenos amigos, y ya no tengo tiempo para arreglar las cosas de otro modo...

-Pues bien -dije- haré lo que deseas, con tal de que en este papel no haya nada que me obligue a cambiar de determinación, y puse la mano sobre la carta que había puesto en la mesa junto a las llaves.

-¡Gracias, Holly, gracias! Nada hay en el papel que te pueda hacer variar. Júrame por Dios, que serás un padre para el niño, y que cumplirás fielmente mis encargos.

-¡Lo juro!.. -contesté solemnemente.

-¡Bien está!... Recuerda que quizá algún día te pediré cuenta de tus juramentos, porque aunque yo muera y sea olvidado, seguiré existiendo... ¡La muerte! ¡Ay, Holly! no hay tal cosa... no se verifica en nosotros por ella más que un cambio, como lo verás algún día probablemente... Y aun creo que ese cambio pudiera posponerse indefinidamente en ciertas condiciones...

Viose de nuevo atacado por uno de sus accesos de tos. Cuando le hubo pasado, agregó:

-Debo marcharme ya tienes en tu poder el arca y entre mis papeles se encontrará mi testamento, en cuya virtud te entregarán al niño. La remuneración es buena Holly, y yo sé que eres hombre honrado... Mas ¡por el Cielo! que si faltas a tu palabra yo te pediré cuenta de ello...

No contesté nada: sentíame demasiado confuso para ello. Se levantó, tomó el candelero y se miró el rostro en el espejo. Su rostro habría sido antes bien hermoso, sin duda, pero la enfermedad lo demacraba mucho...

-¡Pasto para los gusanos! -exclamó. Es curioso pensar que dentro de algunas horas yaceré tieso y helado... rendida mi jornada y mi pequeño drama concluido... ¡Ay de mí, Holly! la vida humana no vale la pena si no se ama... Esta es mi experiencia al menos. ¡Pero la vida de mi hijo valdrá más que la mía si es que él tiene fe!.. ¡Adiós, amigo mío! -y en un súbito rapto de ternura me abrazó y besó en la frente, y se dispuso a salir.

-Atiende Vincey -le dije- si te sientes malo deberías dejar que fuese a buscar al médico.

-¡No, no! -replicó con energía- prométeme que no irás por él... Voy a morir, y quiero que sea solitariamente; como una rata envenenada Holly.

-No pasará nada de eso, amigo mío.

Sonriose y se marchó murmurando:

-¡Recuerda, recuerda!...

Al verme al fin solo, dejeme caer en un sillón, preguntándome si había soñado. Esta suposición, desde luego, era impertinente y la abandoné, para pensar si el pobre Vincey habría estado bebiendo aquella tarde. Sabía que él estaba bastante enfermo hacía tiempo, pero era imposible que tuviese la noción de que esa misma noche moriría

Al estar tan próxima su muerte, no hubiera podido andar, y menos, cargando un arca de hierro tan pesada. Reflexionando más aún, concluí en que toda su historia era absolutamente increíble.

Por entonces no había vivido yo lo bastante aún para saber, como luego he sabido, que en este mundo suceden muchas cosas rechazadas como inverosímiles desde luego, por el sentido común de los hombres adocenados. Esta convicción la he adquirido desde hace muy poco. Entonces yo pensaba así: ¿Es probable que un hombre tenga un hijo de cinco años de edad, al que no haya vis-to más que una sola vez cuando acabó de nacer? No. ¿Es probable que pueda trazar su genealogía desde tres siglos antes de Jesucristo, y que así, tan de repente, confíe la tutoría y curatela de su hijo con la mitad de su gran fortuna a un camarada de la Universidad?... De seguro que no. ¿Es probable, además, que pueda nadie, predecir el momento de su muerte propia con tanta certeza?... Tampoco. Vincey, esto era claro, había bebido o se había vuelto loco... Pero después de todo ¿qué pensar de cierto?... ¿qué estaría guardado en aquella misteriosa arca de hierro?

Confuso y desorientado estaba al fin, no pude aguantar más y decidí consultarlo, durmiendo, con la almohada. Tomé las llaves y la carta que me había dejado Vincey sobre la mesa y lo guardé todo en mi escritorio portátil; el arca la metí en un saco de viaje, y yo me colé entre mis sábanas, quedándome dormido al punto.

Cuando me despertaron, parecíame que no había estado durmiendo más que unos cuantos minutos. Incorporeme en la cama me restregué los ojos, era día ya bien claro, las ocho de la mañana por cierto.

-Y bien John, ¿qué se le ofrece a usted? -preguntele al fámulo que nos servía a Vincey y a mí. Tiene usted la cara de quien ha visto un muerto...

-¡Pues sí, señor, lo he visto! -respondió el muchacho. He ido como de costumbre a llamar a Mr. Vincey y allí está él en su cama todo tieso y muerto...

II PASA EL TIEMPO

Causó, por supuesto, una gran perturbación en nuestro colegio, la muerte repentina del pobre Vincey, pero como ya se sabía que estaba muy enfermo, y como allí era cosa fácil dar una certificación facultativa la justicia nada tuvo que hacer en el asunto. En aquella época no se preocupaba la gente tanto como hoy de las informaciones judiciales en esos casos, no gustaban mucho, a la verdad, por el escándalo que siempre producen. Y yo por mi parte, como no tenía ningún interés tampoco en presentarme ofreciendo un testimonio, que no me pedían, sobre nuestra última entrevista no dije sino que había estado a verme aquella noche en mis habitaciones como hacía a menudo. El día del entierro vino de Londres un abogado que acompañó al sepulcro los restos de mi pobre amigo, y que se marchó otra vez llevándose sus papeles y efectos, exceptuando, naturalmente, el arca de hierro que bajo mi custodia había quedado. Pasé luego una semana entregado en absoluto a la preparación de mis ejercicios de oposición que también me habían impedido asistir al entierro y conocer al abogado. Pero salí por fin de mis exámenes y al volver a mis habitaciones echame en un sillón poseído del dichoso sentimiento de haber salido de ellos muy satisfactoriamente.

A poco, sin embargo, mi pensamiento, libre ya de la única presión a que había estado sometido durante los últimos días, volvió por sí propio a fijarse en los hechos ocurridos la noche de la muerte de mi amigo, y de nuevo me pregunté a mí mismo, como debía explicármelo, si recibiría más noticias del asunto y caso de no recibirlas qué me aconsejaba mi deber que hiciera con el arca de hierro que en mi poder tenía. A fuerza de meditar estas cosas, entrome cierta inquietud. La misteriosa visita, la profecía de la muerte de Vincey tan a prisa cumplida, el solemne juramento que yo había prestado, de que me anunció que me pediría estrecha cuenta en un mundo, distinto a éste, eran bastante para intranquilizar a cualquiera ¿Se habría suicidado Vincey? Así parecía... Y ¿qué investigación sería esa de que había hablado? Por más que no fuera yo un hombre nervioso, ni propenso a alarmarme de lo que tuviera visos de sobrenatural, lo cierto es que esos hechos eran tan peregrinos que me alarmaron algo, y empecé a lamentar el verme mezclado en ello... Y aun ahora después que han pasado veinte años, lo lamento todavía

Sentado estaba pues en mi habitación meditando, cuando sentí que llamaron, y luego me trajeron una carta con un gran sobre azul. A punto vi que era una carta de abogados, y el instinto me advirtió que la carta se relacionaba con mi juramento a Vincey. Aún tengo en mi poder esa comunicación, que así decía:

«Muy señor nuestro. El difunto Mr. L. Vincey, nuestro cliente, que falleció el 9 del corriente, mes en el Colegio de***, de Cambridge, ha dejado un testamento, la copia del cual verá usted inclusa y cuyos ejecutores somos nosotros. Por dicha copia se enterará de cómo le corresponde a usted una mitad casi de la renta de la propiedad de aquel caballero difunto, invertida hoy en títulos consolidados de la deuda inglesa si acepta usted la tutoría de su único hijo Leo Vincey, que es actualmente un niño de cinco años de edad. Si nosotros mismos no hubiéramos redactado el documento, en obediencia a las instrucciones claras y terminantes del finado Mr. Vincey, tanto escritas como verbales y si no nos hubiera asegurado que tenía muy buenas razones para obrar de este modo, por lo desusado de sus disposiciones se lo confesamos, lo hubiéramos elevado al conocimiento del Tribunal de la Chancillería para que dispusiese lo que a bien tuviera ya contestando la capacidad del testador, o ya otra providencia referente a la salvaguardia de los intereses del niño heredero. Pero como nos consta que el testador era persona de inteligencia superior y de mucha penetración, y que no tenía ningún pariente, ni deudos vivos a quienes confiar la guarda del niño, no nos sentimos autorizados a tornar esa determinación.

»Aguardando, pues las instrucciones que usted se servirá mandarnos en lo que se refiere a la entrega del niño, y al pago de su cuota correspondiente de los dividendos que se le deben, quedamos de usted, afmos. SS. SS. Geoffrey y Jordán»

Como esta carta no me informaba de nada nuevo, ni tampoco, a la verdad, me ofrecía ninguna excusa racional a la aceptación del cargo que le había ofrecido a mi querido amigo, hice lo único que en esta situación me era dado: contestarle a los señores Geoffrey y Jordán, expresándoles mi voluntad de aceptar la guarda del niño, para lo cual, les pedí un plazo de diez días.

Hecho esto, me dirigí a las autoridades universitarias, y habiéndoles comunicado lo que creí conveniente de esta historia que no era mucho por cierto, conseguí de ellas después de algún trabajo, que en el caso de obtener mi plaza de inter-no, lo que no dudaba a fe, que me permitiesen tener conmigo al niño. Pero fue con la condición de que desocupara mis habitaciones del colegio, y me alojase fuera de él. Así lo hice, y con alguna dificultad encontré y alquilé muy buenas habitaciones junto a la entrada de mi colegio. Echéme, después a buscar quién manejase al niño. Para ello había decidido que no fuese una mujer, evitando de este modo que me robasen su afecto. El muchacho tenía ya bastante edad para no necesitar de la asistencia femenina. Solicité, pues, un Ayudante varón, y afortunadamente, pude ocupar a un joven de redonda cara y muy respetable apariencia, que había estado empleado en un establo de caza pero que por pertenecer, según decía, a una familia de diecisiete hermanos, estaba hecho a andar con niños y muy dispuesto a encargarse del joven Leo, apenas llegase a Cambridge.

Llevé después el arca de hierro a la ciudad y con mis propias manos la deposité en casa de mi banquero; compré algunos libros que trataban de la salud de los niños y del modo de criarlos, leílos yo primero para mi propio gobierno y luego en alta voz a Job -así se llamaba el joven asistente- y esperé tranquilo los acontecimientos.

Hízose muy en breve, el niño, el favorito del colegio, porque como lo esperaba conseguí la plaza de interno; en él andaba siempre el chiquillo entrando y saliendo, a pesar de todas las órdenes y reglamentos en contrario: era una especie de intruso privilegiado en cuyo favor toda legislación se quebrantaba. Eran innumerables los ex-votos consagrados a sus aras, y por él tuve una grave disidencia de opiniones con un viejo profesor, residente del colegio, que tenía la reputación de ser el hombre más majadero de la Universidad, y que se horrorizaba hasta de ver un muchacho. Descubrí, sin embargo, gracias a la exquisita vigilancia de Job, despertada por ciertas perturbaciones de la

salud de Leo, que este anciano, violando todos sus principios sobre la materia tenía la costumbre deplorable de atraer al chiquillo a sus habitaciones para hartarlo allí de dulces después de exigirle la promesa del más absoluto silencio. Echole Job en cara su fea conducta

-¡Debiera usted avergonzarse de sí mismo! -le dijo- ¡Qué necesidad tiene usted de enfermar al muchacho, cuando podría usted, a su edad, ser abuelo, si hubiera hecho lo que Dios manda!

Job quiso decirlo con esto, que debió haberse casado a su tiempo. Esto, por supuesto, produjo cierto movimiento en la casa.

El niño se hizo muchacho, y el muchacho hombre, conforme volando fueron los implacables años, y según crecía y se desarrollaba su cuerpo, aumentaba también su hermosura y la bondad de sus sentimientos y de su inteligencia. Cuando llegó a los quince llamáronle la *Bella* en el colegio, y a mí la *Bestia*. Teníamos la costumbre diaria de salir juntos, a paseo, y el contraste de nuestras figuras confirmaba la oportunidad de los apodos. Pero una vez Leo atacó al fornido mozo de un carnicero, dos veces más grande que él, que nos gritó estos motes y le dio una buena zurra. Yo seguí andando, haciéndome el desentendido, hasta que, arreciando demasiado el combate, volví atrás, pero sólo para aplaudir la victoria del mancebo. Era en aquella época Leo, lo más malo que en el colegio había, pero yo no podía remediarlo. Cuando creció un poco más, los compañeros nos pusieron nuevos apodos: a mí me llamaron *Caronte*, y a Leo *el dios griego*. Diré sobre mi apodo, que no fui nunca hermoso, y que tampoco con los años mejoraba mi fisonomía pero del de Leo diré que le convenía perfectamente. Cuando cumplió los veintiún años podía haberse ofrecido de modelo para una estatua de Apolo.

Ninguno conocí que se le comparase en hermosura o que no se admirase al contemplarlo. Diré en cuanto a su inteligencia que era perspicaz y brillante, aunque no fuera la del humanista profundo, para serlo, faltábale el aplomo mental necesario. En su educación, seguíamos bastante estrictamente las instrucciones de su padre, y el resultado, sobre to-do en las lenguas griega y árabe, fue muy satisfactorio. Yo aprendí esta última lengua para ayudar a enseñarle pero a los cinco años la sabía tan bien como yo, casi tanto como nuestro común profesor. Siempre he sido un gran sportsman, es mi única pasión, y todos los otoños salíamos por ahí de caza o pesca unas veces a Escocia otras a Noruega y en una ocasión hasta Rusia. Soy un buen tirador de armas de fuego, pero él hasta en esto me ha vencido.

Cuando cumplió los dieciocho años, volví a ocupar mis habitaciones dentro del colegio, en donde le hice ingresar a él también. A los veinte, tomó su grado, un grado bastante respetable aunque no muy elevado. Entonces fue cuando le conté algo de su propia historia y del misterio futuro que ante sí tenía y por supuesto que su curiosidad fue mucha y que yo tuve que convencerle de que por entonces era imposible de satisfacer. Aconsejele para distraerse que se matriculase en la Facultad de Leyes lo que hizo, estudiando en Cambridge, y yendo a practicar en Londres donde también comía en el restaurant.

Y así transcurrió el tiempo, hasta que por fin cumplió los veinticinco años, en el día de cuya fecha da verdadero principio esta historia extraña y tremebunda también, quizá.

III EL TIESTO DE AMENARTAS

El día antes de cumplir Leo los veinticinco años de edad, fuimos juntos él y yo a Londres y sacamos el arca de hierro del Banco, en que veinte años atrás la había yo depositado. Recuerdo que nos la trajo el mismo empleado que la había recibido. Él se acordaba perfectamente de cuando la recibió, y a no ser por esto, nos confesó, trabajo le habría costado encontrarla tan cubierta como estaba toda de telarañas.

Por la tarde volvimos a Cambridge con nuestra preciosa carga y me parece que, si nosotros dos hubiéramos decidido pasarnos sin dormir la noche aquella no habríamos velado mejor. Al romper el alba apareció Leo en bata en mi habitación, pretendiendo que, desde luego, procediéramos a la operación de abrir el arca, mas a ello me negué, porque eso demostraría una vergonzosa curiosidad.

-El arca ha aguardado durante veinte años, a que la abran -díjele- bien puede aguardarse ahora a que almorcemos.

A las nueve, pues nueve horas bien adelantadas por cierto, almorzamos, y tan preocupado me hallaba yo también, que siento decir que puse un poco de mantequilla en el té de Leo, figurándome que era un terrón de azúcar. Job, asimismo, a quien habíamos contagiado, llegó hasta quebrar el asa de mi taza de porcelana de Sevres, idéntica, según me dijo el vendedor de quien la obtuve, a la en que Marat había bebido poco antes de ser apuñalado en su baño.

Levantáronse por fin los manteles del almuerzo, y Job, por orden mía, trajo el arca y la puso sobre la mesa con cierta expresión de desconfianza en el rostro. Iba a marcharse luego de la habitación, pero yo exclamé:

-¡Aguarde un momento, Job!... Si mister Leo no se opone, desearía yo que el acto fue presenciado por un testigo desinteresado en el asunto y que sepa callarse sobre cuanto vea mientras que no se le permita que hable

-Me parece muy bien tío Horacio -contestó Leo.

Tío me llamaba él porque yo se lo había rogado, pero a veces no quería y me llamaba viejo faltándome al respeto, o bien: *pariente avuncular*...

Job se tocó la cabeza por no tener puesto el sombrero.

-Cierre usted la puerta Job, y tráigame el escritorio.

Obedeció, y yo saqué del escritorio portátil las llaves que el pobre padre de Vincey me había dado la noche de su muerte. Eran tres: la mayor, era un llavín relativamente moderno, la segunda excesivamente antigua y la tercera un objeto que a todo se asemejaba menos a una llave, parecía estar formada de una hojuela de plata maciza llena de recortes con una barrita cruzada como para manejarla. Sería quizá, un modelo de los ferrocarriles antidiluvianos.

-¡Vamos! ¿Ya están ustedes listos? -pregunté como si se tratara de volar una mina

Nadie, contestó. Tomé entonces la más grande de las llaves restregué un poco de aceite de almendras en la guarda y después de dos o tres tentativas, porque mi mano temblaba un poco, conseguí colocarla bien y hacer que cediese la cerradura. Leo se inclinó, y agarrando la maciza tapa con las dos manos, con un esfuerzo muscular porque los goznes estaban oxidados, la levantó. Dentro, vimos otra caja cubierta de polvo. La sacamos sin dificultad de la de hierro y le quitamos con un cepillo de ropa la basura que sobre ella habían acumulado los años. Era o parecía ser de ébano, o de otra madera de color y grano parecido, y estaba toda reforzada por fajas de hierro que se cruzaban. Mucha debía ser su antigüedad, porque la madera tan dura y pesada comenzaba ya en algunas partes a deshacerse en polvo.

-A ésta ahora -dije colocando la segunda llave.

Job y Leo se inclinaron sobre ella sin respirar casi. La llave giró. Alcé rápidamente la tapa y todos lanzamos una exclamación de asombro al ver dentro un magnífico cofrecillo de plata como de doce pulgadas de ancho y largo, por ocho de altura. Parecía labor egipcia: las cuatro patas estaban formadas por esfinges y la combada tapa tenía otra encima y aunque el metal estuviese muy abollado en partes y deslustrado por los años, por lo demás se conservaba perfectamente. Saqué afuera el cofrecillo y lo coloqué sobre la mesa y en medio del más completo silencio, introduje en su cerradura la rarísima llave tercera. Después de empujar un poco para aquí y para allá, cedió aquella también, y abierto quedó ante nosotros.

Lleno estaba hasta los bordes de un material oscuro y picado, que mas bien que de papel, parecía componerse de alguna sustancia vegetal, pero cuya verdadera naturaleza no he podido averiguar nunca. Quitándolo, vi que ocupaba hasta una profundidad como de tres pulgadas, y que debajo había una carta encerrada en un sobre moderno, de los corrientes, cuya dirección escrita de mano de mi difunto amigo Vincey, decía:

Para mi hijo Leo.

Pasele la carta al joven que la examinó bien y colocándola sobre la mesa me hizo la señal de que continuase el escrutinio.

Había después un pergamino cuidadosamente arrollado. Desarrollélo, vi que también estaba escrito de la mano de Vincey, y que tenía este título:

Traducción de la escritura uncial griega que está en el tiesto.

Puse el pergamino junto a la carta sobre la mesa. Después encontramos otro rollo de pergamino antiguo que con la edad se había tornado amarillento y rugoso, y también lo desarrollé. Era otra traducción del mismo original griego, pero hecha en latín y escrita en los caracteres anglo-góticos que, según me pareció por su estilo, parecían ser del final del siglo XV, o, quizá, de los mediados del

XVI.

Inmediatamente debajo de este rollo había algo que era duro y pesado, envuelto en tela amarilla y que descansaba sobre otra capa del material fibroso. Lenta y cuidadosamente desenvolvimos la tela amarilla y descubrimos un gran fragmento de vaso de barro cocido, de una antigüedad indubitable y de un sucio color amarillento. Ese tiesto, a mi ver, debió haber formado parte de un ánfora ordinaria de mediano tamaño. Medía unas once pulgadas de largo por diez de ancho, y tenía el grueso de un cuarto de pulgada. Por la parte convexa que yacía contra el fondo del cofrecillo, estaba densamente cubierto de una escritura del carácter griego, uncial, borrada a trechos, pero perfectamente legible en su mayor parte. Se conocía que esta escritura había sido hecha con el mayor cuidado y por medio de una pluma de junco, muy usada entre los antiguos. No debo dejar de apuntar también que, en algún tiempo muy remoto, este fragmento curioso debió haber sido roto en dos partes y luego, unido de nuevo con alguna mezcla pegadiza y con ocho largos remaches. También por la parte interior o cóncava del tiesto, había muchas inscripciones pero todas de formas distintas, irregularmente puestas, como si se hubiesen trazado por manos diferentes y en varias épocas. De éstas, hablaremos luego.

-¿No hay más? -preguntó Leo en voz baja y conmovido.

Tanteando un poco entre el material picado del fondo, encontré alguna cosilla dura metida en un saquito de tela. Abrí éste y de él sacamos primero una bella miniatura pintada sobre marfil, y después uno de esos *sacraboeus* pequeños, de color chocolate, marcado así: un sol sobre un cisne y luego una pluma en jeroglíficos egipcios.

Símbolos que, según luego nos confirmaron, significan «Suten Se Ra», lo que descifrado, vale tanto como *Real Hijo de Ra* o del Sol. La miniatura era la de la dama griega madre de Leo, una hermosa mujer de ojos negros. Detrás de ella estaban escritas estas palabras con la letra del pobre Vincey: «Mi adorada mujer murió en mayo de 1856»

-Ya no hay más -dije.

-Bueno -contestó Leo, dejando sobre la mesa la miniatura que había estado contemplando cariñosamente; -leamos ahora la carta. Rompió el sello con viveza y leyó en voz alta lo que sigue:

«Hijo mío, Leo: Cuando abras ésta si es que vives hasta que puedas abrirla, habrás alcanzado ya la edad viril, y hará mucho tiempo que yo habré muerto para que ya me hayan olvidado absolutamente casi todos los que me conocieron. Recuerda empero, al leerla que yo he existido, y que por estas mismas letras, por algo que sabrás que aún existe, te estrecho tu mano con la mía a través del abismo de la muerte, y mi voz te habla desde el inefable silencio del sepulcro. Aunque yo haya muerto y no quede ninguna memoria mía en tu mente, yo estoy contigo, sin embargo, en esta hora en que me estás leyendo. Desde que naciste hasta la fecha apenas si te he visto el rostro. Perdóname por ello. Tu vida le costó la suya a quien yo amaba mucho más de lo que a las mujeres se las ama y la amargura de esa pérdida la siento todavía. Si yo hubiera podido vivir más, probablemente habría llegado a vencer ese necio sentimiento, pero no estoy a vivir destinado. Mis penas, físicas y mentales, son mayores de lo que puedo sufrir, y cuando haya acabado de disponer lo que me parezca propio para tu futuro bienestar, pondré término a mis dolores. ¡Si hago mal, que Dios me lo perdone! Por lo demás, y aun en las mejores condiciones yo no puedo vivir un año más...»

-¡De modo, que se mató por su mano!... -exclamé. Ya me lo figuraba..

Sin contestar mi observación, Leo siguió leyendo:

«Ya he hablado bastante de mí mismo. Lo que por decir me resta te pertenece a ti, que vives: no a mí que he muerto, y que estoy tan olvidado como si no hubiera existido nunca. Mi amigo Holly, a quien es mi intención confiarte, si quiere aceptar el cargo, te habrá dicho algo ya sobre la antigüedad de tu estirpe. Bastantes pruebas de ello encontrarás en los contenidos del cofrecillo. La extraña leyenda que verás inscripta por tu remota antepasada sobre el tiesto de ánfora me la comunicó mi padre en su lecho de muerte, y me quedó profundamente impresa en la imaginación. Cuando no tenía más que diecinueve años, determiné, de igual modo que hizo para desgracia suya uno de nuestros abuelos del tiempo de la Reina Isabel de Inglaterra, investigar lo que de cierto hubiera en ello. No puedo describirte todo cuanto me pasó. Mas sí te diré lo que vi con mis propios ojos. En la costa de África en una región hasta hoy inexplorada a cierta distancia al norte de la desembocadura del Zambese existe un cabo en cuyo extremo se alza un picacho que tiene la forma de la cabeza de un negro, parecido a lo que se dice en la escritura. Allí desembarqué, y supe de boca de un indígena errante, que había sido desterrado de su pueblo por un crimen que cometió, que allá, muy tierra adentro, había grandes montañas de forma de tazas, con cavernas, en medio de pantanos inmensos. También supe que el pueblo que allí habita habla un dialecto arábigo y está gobernado por una hermosa mujer blanca que rara vez contemplan sus súbditos y que dicen que tiene autoridad sobre todas las cosas vivas y muertas. A los dos días que supe esto, murió el indígena de la fiebre que le había dado al cruzar los pantanos y yo me vi obligado por la falta de provisiones y por los síntomas que se me presentaron de la enfermedad que después me ha postrado, a refugiarme en mi barco de nuevo.

»No tengo necesidad de contarte las aventuras que corrí después de esto. Naufragué en la costa de Madagascar y me salvó un barco inglés que me llevó a Aden de donde salí para Inglaterra con la intención de emprender otra vez la investigación malograda tan pronto como pudiera prepararme para ella. Detúveme en Grecia de camino, y allí, *omnia vincit Amor*, conocí a la que después fue tu madre, que tanto adoré; allí me casé, naciste tú y ella murió. Entonces me sentí acometido de mi postrera enfermedad, y volví a Inglaterra a morir. Mas, aun en contra de la esperanza yo esperaba y púseme a estudiar el árabe con la intención, caso de que pudiera volver a la costa de África de resolver el misterio cuya tradición durante tantos siglos se ha conservado en nuestra familia... Mi salud no mejoró, y ya la historia en lo que a mí concierne, ha concluido.

»Mas, para ti, hijo mío, debe comenzar ahora y yo te entrego los resultados de mis trabajos, junto con las pruebas hereditarias de tu origen. Cuido, de que no te sean conocidas hasta que no estés en edad de juzgar por ti mismo si debes o no investigar ese arcano, que si resulta cierto será el más grande del mundo, y si no, se verá que no es más que una necia fábula que produjo el cerebro

trastornado de una pobre mujer.

»Yo no creo, empero, que sea una fábula Yo creo que existe, y que no hay más que descubrirlo, un lugar en donde se ostentan visiblemente las potencias vitales del mundo. Si la vida existe, ¿por qué no han de existir también los medios de conservarla indefinidamente? Mas, no quiero preocupar tu mente en el asunto, Leo, y juzga por tu propia cuenta. Si te inclinas a emprender la investigación, todo lo he dispuesto para que no te falten los medios. Si, al contrario, estás convencido de que todo ello es una locura destruye de una vez, te lo suplico, el tiesto y todas esas escrituras, para que tales causas de perturbación desaparezcan por siempre, y no sean la obsesión de nuestra descendencia. Quizá fuera esto lo más prudente. Lo desconocido se concibe generalmente como algo terrible y esto no es debido a la inherente superstición humana débese a que en verdad, es terrible. Quien pretende enredar con las inmensas y arcanas potencias que animan al mundo, puede muy bien caer víctima de ellas. ¿Y si por último se alcanzara la victoria?... ¿si tú salieras, al fin, de la prueba conquistando la perpetua juventud y hermosura, retando al mal y al tiempo, superior a la decadencia natural de la carne y del intelecto, podrá aun entonces decirse que fue para tu dicha tan tremebunda variación?... ¡Hijo mío, escoge!... y que la potencia que regula todas las cosas, y que dice: «*¡De aquí no pasarás! ¡Esto no más sabrás!*», dirija tu elección de modo que en dicha propia tuya redunde y en la del mundo, que regirás ciertamente, si la victoria obtienes por la pura fuerza de la acumulada experiencia.. ¡Adiós!»

Así concluía abruptamente esta carta que no tenía fecha ni firma.

Leo había estado, y estaba excitado evidentemente: boquiabierto, como quien respira con dificultad, me preguntó por fin.

-Y ¿qué piensas tú de esto, tío Holly?... Hemos estado deseando un misterio, y me parece, que acabamos de hallar ahora uno muy notable...

-¿Qué es lo que pienso?... Pues pienso que tu pobre padre no tenía sana la cabeza... Me figuré esto mismo aquella noche hace veinte años, al verlo entrar en mi cuarto...

-Así es la verdad, señor -agregó Job solemnemente.

Job era el ejemplar más práctico de una especie social que es muy práctica.

-Bien está -replicó Leo- pero de todos modos veamos lo que dice el tiesto.

Tomó la traducción escrita con letra de su padre y leyó lo que sigue:

«Yo, Amenartas, de la real casa de Hakor, Faraón de Egipto, esposa de Kalikrates (el Fuerte y Hermoso, o el Hermoso en su Fuerza), sacerdote de Isis, a quien los dioses aman y los demonios obedecen, encontrándome próxima a la muerte: A mi hijito Tisisthenes, El Poderoso vengador. Yo huí con tu padre del Egipto en los días de Nekht-nebf,¹ obligándole a que por mi amor quebrantara los votos que había hecho.

»Huimos en dirección al Sur a través de las aguas, y anduvimos errantes por el espacio dos veces doce lunas en la costa de Lybia que mira hacia el sol naciente, por donde cerca de un río, existe

¹ Nectanebes o Netanebo II, el Último Faraón nativo de Egipto, huyó del Ochus a Etiopía en el año 339. A. C.

una gran peña labrada como la cabeza de un etíope. Cuatro días navegamos y a la boca de un gran río fuimos echados náufragos; algunos de los nuestros se ahogaron, y otros murieron de enfermedad. Pero unos hombres salvajes nos llevaron cruzando pantanos y desiertos, por donde las aves marinas cubren con sus bandadas, a veces el cielo, y al cabo de diez jornadas llegamos a una montaña hueca donde había existido, y arruinándose luego una gran ciudad, y donde hay cuevas cuyos términos el hombre no vio nunca y nos condujeron ante la reina que coloca vasijas, sobre la cabeza de los extranjeros, y que es una maga que posee el conocimiento de las cosas todas, y una existencia y belleza que son imperecederas. Y ella puso miradas de amor sobre tu padre Kalikrates y me habría matado y tomádole por esposo, mas él me amaba a mí y a ella le temía y no consintió en ello. Entonces ella nos tomó, nos condujo por tremendas vías, por arte de magia negra hacia donde el gran pozo se encuentra, junto a cuyo brocal yace muerto el filósofo antiguo, y nos mostró el Pilar de la Existencia que gira y que no muere, y cuya voz es como la del trueno, y se colocó en medio de las llamas, y de ellas salió sin hacerse daño y más hermosa aún. Juró entonces que haría a tu padre inmortal, como lo es ella si sólo me quisiera matar y entregarse a ella; pues ella misma matarme no podía por la magia que de mi propia patria yo poseo, y que hasta aquel punto me había salvado de ella. Entonces él tapose los ojos por no ver su gran hermosura y a todo se negó. Entonces en su despecho, ella lo hirió con su magia y él cayó muerto; más ella lloró sobre su cadáver, y se lo llevó de allí entre lamentos, y muy temerosa enviome a la desembocadura del gran río adonde los barcos acuden y uno de estos me llevó lejos, donde yo te di a luz, y luego, después de mucho vagar, a Atenas, donde estoy. Y ahora Tisisthenes yo te digo, hijo mío: busca a esa mujer y aprende el secreto de la existencia y si tú puedes ver la manera de matarla hazlo por tu padre Kalikrates; mas si temes o no tienes suerte en ello, esto mismo digo a todos los que de ti nazcan, hasta que por fin, salga de tu descendencia un hombre valeroso que se bañe en el fuego y tome asiento en el trono de los Faraones. De cosas hablo, que, si no son de creerse yo las vi, empero, porque yo no miento»

-¡Que Dios la haya perdonado por ello! -murmuró Job, que había oído la traducción con el mayor azoramiento.

Yo no dije, nada por mi parte. Mi primer idea fue que mi pobre amigo, demente, lo había compuesto todo él mismo: por más que era improbable, que nadie pudiese inventar historia semejante. Era demasiado original.

Para salir de dudas tomé el tiesto y comencé a leer los estrechos caracteres unciales y era a la verdad demasiado pura y bella la redacción griega para que fuese de una egipcia. Después, pude convencerme de que la traducción inglesa era tan exacta como elegante.

Además de la escritura uncial de la parte convexa veíase también en ella pintado de rojo obscuro, hacia la parte superior del tiesto, en lo que había sido el reborde del ánfora el mismo *cartouche*² que ya mencionamos al hablar del scarabeus que sacamos del cofrecillo. Sin embargo, los caracteres

estaban invertidos, como si se hubieran sacado en cera del mismo escarabajo para estamparse luego

· Es el óvalo elíptico que se encuentra en los antiguos monumentos egipcios y en los papiros, y contienen grupos de caracteres que expresan los nombres o títulos de los reyes o Faraones. El nombre fue dado por Champollión.

en el tiesto. No sé si este *cartouche* pertenecía a Kalikrates o a algún príncipe o Faraón de quien descendiese su mujer Amenartas, ni tampoco puedo decir si fue grabado sobre el tiesto cuando se escribió la inscripción uncial, o si esto se hizo en época posterior por algún miembro de la familia

Mas, esto no era todo. Al pie del escrito, y pintado del mismo color rojo obscuro, estaba el dibujo de una esfinge, bastante rudo, por cierto, que aparecía dotada de dos plumas, símbolos de majestad; estas plumas, son comunes en las efigies de los dioses y toros sagrados, pero era ésta la primera vez que yo las veía sobre una esfinge.

Sobre esta misma superficie y del lado derecho, pintado oblicuamente de un vivo color encarnado, aprovechando un espacio que no ocupaba la inscripción uncial y firmada con letras de tinta azul, leíase la siguiente rara inscripción de caracteres ingleses del Renacimiento:

En la tierra, el cielo y mar cosas raras se suelen dar. Hoc fecit: DOROTHEA VINCEY

Completamente azorado, volví el tiesto del otro lado. Estaba todo cubierto de arriba abajo con firmas griegas, latinas e inglesas. La primera uncial griega era de Tisisthenes el hijo a quien la inscripción se dirigía Decía ésta: -«No puedo ir. A ti, Kalikrates hijo mío»

Este otro Kalikrates llamado así probablemente por la costumbre griega de que los nietos llevasen el nombre del abuelo, hizo sin duda, alguna tentativa para cumplir el mandato de Amenartas, porque su escrito, que constaba en caracteres unciales muy borrosos, decía: «Salí a buscar: los Dioses me fueron contrarios. A ti, hijo mío»

Entre estas dos antiquísimas inscripciones la segunda de las cuales estaba escrita en sentido inverso a la otra y que, a no haber sido por la trascripción de ellas hechas por Vincey, no hubiera podido yo leer, porque estaba situada en la parte del tiesto que servía mejor para sostenerlo con las manos, cuyo roce casi lo había borrado; véase la firme y moderna rúbrica de un «Lionel Vincey, Etate, suo 17» hecha -según creo- por el abuelo de Leo. A la derecha de ésta estaban estas iniciales: «J. B. V» y debajo había una variedad de firmas griegas, caracteres ya unciales ya cursivos, y que parecían ser la repetición de la frase: «A ti, hijo mío» probándose de este modo que la reliquia había ido pasando de generación en generación.

La otra leyenda más clara que había después de las firmas griegas, era esta palabra: «ROME. A V. C» que demostraba la emigración de la familia a Roma. Mas, por desgracia la fecha de su establecimiento en Italia se ha perdido para siempre, porque precisamente donde estaba había saltado un cascajito del tiesto.

Seguían después como una docena de firmas latinas, salteadas, conforme había habido espacio libre para ponerlas. Casi todas estas firmas concluían invariablemente con la palabra *Vindex*, o sea, *El Vengador*, que parece el cognomen adoptado por la familia cuando pasó a Roma como equivalente del nombre griego Tisisthenes que significa lo mismo. Últimamente el *Vindex* se tornaba en *de Vincey*, y, por fin, en el modernismo *Vincey*. Era curioso, en verdad, observar como la aspiración vengativa creada por una egipcia en tiempos precristianos, hallábase como si dijéramos, embalsamada en un apellido de gente inglesa

Más tarde he podido averiguar que algunos de los nombres latinos inscriptos en el tiesto se encuentran mencionados en la historia y en otras antiquísimas memorias. Eran, si no recuerdo mal, los de MVSSIVS. VINDEX. SEX. VARIVS. MARVLLVS. C. FVFIDVIS. C. F. VINDEX. Y el LABERIA POMPEIANA CONIVX. MACRINI. VINDICIS que fue, por supuesto, una dama romana

Más tarde he podido averiguar que algunos de los nombres latinos inscriptos en el tiesto se encuentran mencionados en la historia y en otras antiquísimas memorias. Eran, si no recuerdo mal, los de MVSSIVS. VINDEX. SEX. VARIVS. MARVLLVS. C. FVFIDVIS. C. F. VINDEX. Y el LABERIA POMPEIANA CONIVX. MACRINI. VINDICIS que fue, por supuesto, una dama romana

Después de los nombres romanos, había evidentemente, una laguna de muchos siglos. Nadie sabrá jamás cuál fue la historia de esta reliquia durante esa Edad Media tan oscura ni cómo pudo haberse conservado en la familia. Recuérdese que mi pobre amigo Vincey me había dicho que sus antepasados romanos se habían establecido en la Lombardía y que cuando la invadió Carlomagno ellos cruzaron luego con él los Alpes en su retirada y se fijaron en la Bretaña de donde pasaron a Inglaterra en tiempos de Eduardo el Confesor. No me consta cómo lo supo, porque, ninguna referencia hace el tiesto ni a Carlomagno ni a la Lombardía aunque sí a la Bretaña, como ahora se verá.

A continuación seguía después de una gran salpicadura de sangre o de alguna otra substancia colorante por el estilo, un dibujo, que consistía en dos cruces de color rojizo, que quizá representaban espadas de cruzados, y un monograma cuasi borrado, de las letras D. V. azul escarlata, hecho quizá por la misma Dorotea que escribió el chabacano dístico.

Venía después una de las cosas más curiosas que había en esta reliquia del pasado. Era un escrito en gótica inglesa antigua sobre cruces o espadas de cruzados, y tenía la fecha de 1445. Como lo mejor es que hable él mismo, copiaré aquí el original latino, sin las abreviaturas, por supuesto, con lo que se verá que el latinista que la pergeñó era bastante bueno para su tiempo.

Lo más curioso es que también descubrimos una versión modernizada de esta inscripción latina hecha en inglés antiguo y escrita en caracteres gótico-ingleses antiguos, en el segundo de los pergaminos que sacamos del cofrecillo; era al parecer, de fecha más antigua que aquel en que estaba la traducción en latin y letra gótica de la inscripción uncial griega

«Esta reliquia es una verdadera obra mística y maravillosa que mis antepasados trajeron consigo

« En la novela inglesa esta versión está admirablemente puesta en inglés del siglo XV. de la Armórica a este país de Bretaña la Menor, y cierto santo clérigo siempre estaba persiguiendo a mi padre para que la destruyera del todo, afirmando que estaba hecha por Satanás, con su arte mágica y diabólica por lo que mi padre la tomó y la quebró en dos pedazos; pero yo, Juan de Vincey, salvé las dos partes y las uní del modo que aparece, en este día lunes siguiente a la fiesta de la Santa Virgen María en el año de la salvación de 1445»

La otra anotación que seguía en el tiesto, y que era la penúltima pertenecía a la época de Isabel de Inglaterra y estaba fechada en 1564. Decía así:

«Rarísima historia es ésta que le costó a mi padre la vida porque buscando el lugar indicado en la costa levantina de África fue echado a pique su barco por una galera portuguesa cerca de Lourenco Marquez, donde pereció. John Vincey»

Seguía inmediatamente la última nota hecha a juzgar por la forma de la escritura como a mediados del siglo décimo octavo por alguno de la familia. Constaba de la siguiente cita tan manoseada

« Otra razón que me hace fijar en los mediados del siglo décimo octavo como fecha de esta anotación, es que yo poseo un ejemplar Vara actores del Hamlet hecho por 1740, en que estos versos están mal transcritos en esa misma forma y, sin duda el Vincey que los escribió en el tiesto los puso como se decían en su tiempo. El vocabulario Horacio debe estar correct a-mente puesto, al final del primer verso y no del segundo. El autor. del Hamlet: «Más cosas existen en el Cielo y la tierra de las que has soñado, en tu filosofía Horacio»

-Pues bien -dije yo después de leer lo que era legible y de examinarlo bien todo- ya estamos bastante enterados, Leo, y puedes formar una opinión. La mía está hecha ya

-¿Cuál es ella? -preguntome con su viveza ordinaria

-Ésta: creo que el tiesto es perfectamente auténtico y que, por maravilloso que parezca, ha sido conservado en tu familia desde el siglo cuarto antes de Jesucristo. Las diversas anotaciones que tiene son prueba harta suficiente de ello, y, por tanto, aunque no parezca probable hay que aceptarlo así... Pero, aquí me detengo. No tengo ninguna duda de que la Princesa egipcia, tu remota antepasada o algún escriba por orden suya, escribió lo que hemos leído en el tiesto; mas tampoco dudo de que, la muerte de su esposo y sus propias penalidades le trastornaron la cabeza y que su juicio no estaba sano cuando escribió eso.

-Y ¿cómo te explicas lo que mi propio padre vio y oyó en los lugares mismos?...

-Como meras coincidencias... En las costas de África hay, sin duda, muchos promontorios cuyas formas afectan cabezas humanas, y también, por supuesto, muchos pueblos que hablan el árabe. Paréceme asimismo, que habrá muchos pantanos... Mas debo decirte otra cosa Leo, y es que no creo tampoco que tu padre estuviese muy sano mentalmente cuando te escribía esa carta. Mucho había sufrido. Dejó, además, que esos cuentos hicieran demasiado presa de su imaginación, y él era hombre que tenía mucha. Sea lo que fuese en fin, te afirmo que toda esa historia es una mera conseja... Bien sé yo que en la Naturaleza existen cosas peregrinas, potencias extraordinarias, con las que no nos topamos a menudo y que no sabemos comprender cuando las vemos... Pero si yo no lo veo con mis propios ojos, lo que no sucederá por cierto, jamás creeré que pueda evitarse la muerte por medio ninguno, ni siquiera por algún tiempo, y tampoco creeré que en el seno de una ciénaga de África viva ahora ni haya vivido nunca una maga blanca. Esos son cuentos, hijo mío, puros cuentos... Y tú, ¿qué dices Job?

-Yo, digo, señor, que todo eso es una mentira y que, si es verdad, Mr. Leo no se ocupará jamás de cosas que nada bueno pueden dar de sí.

-Quizá tengan, ustedes dos, razones -dijo entonces Leo con reposada voz. Yo no quiero expresar opinión ninguna Pero si digo que voy a tratar de aclarar una vez para siempre ese misterio, y que, si ustedes no quieren acompañarme iré solo:

A los tres meses de esto, nos hallábamos en el mar con rumbo a Zanzíbar.

IV LA BORRASCA

¡Cuán diferente es la escena que voy a describir ahora de las que ya van contadas! ¡Cuán distantes están los olmos de Inglaterra que el viento mece, sus cornejas graznadoras, las habitaciones tranquilas de la Universidad y los familiares volúmenes que ocupan sus anaqueles! En vez de todo esto, delante tenemos el espectáculo del inmenso Océano lleno de calma sobre el cual cabrillean los rayos plateados de la luna llena de África. La suave brisa comba la vela enorme de nuestro arábigo *dhow*, y dulcemente nos impulsa sobre las aguas, que se dividen acariciando sus costados con olillas musicales. Duermen a proa casi todos los marineros, porque es cerca de la media noche y un árabe atezado y robusto, llamado Malhomet, está al timón guardando el rumbo y guiándose por las estrellas.

Vese a estribor, a unas tres o cuatro millas de distancia una línea baja y confusa. Hacia el Sur corremos, delante del monzón del Nordeste, entre los arrecifes que, por centenares de millas franjean aquella peligrosa costa. La noche es muy tranquila; una palabra pronunciada a proa en voz baja se oye muy bien a popa y de la distante tierra llega hasta nosotros, rodando sobre el mar, un zumbante y crujiente rumor...

El árabe que está al timón, alza la mano y dice esta sola palabra:

-¡Simba!... (El león)

Todos nos incorporamos y nos pusimos a escuchar. Resuena el rumor del trueno lento y majestuoso, poniéndonos fríos hasta en la médula de los huesos.

-Mañana hacia las diez -digo yo entonces- estaremos a la altura de ese misterioso promontorio que tiene la forma de una cabeza humana. Digo, si no se equivoca este patrón, lo que me parece muy probable... Comenzaremos entonces nuestra caza

-Y nuestra exploración en busca de la ciudad arruinada y del fuego de la vida -agregó Leo sonriendo después de quitarse la pipa de la boca

-¡Bah! -repliqué. ¿Qué te ha dicho el timonel, con quien has estado practicando la lengua árabe toda la tarde? ¿Ese hombre ha andado traficando esclavos quizá, durante la iniquidad de su vida por estas latitudes... aun dice que desembarcó una ocasión junto a esa «peña del hombre»... ¿ha oído hablar nunca de la ciudad en ruinas ni de las cavernas?

-No sé, aún dice él, toda esa costa se compone de ciénagas llenas de culebras en que también hay mucha caza e inhabitadas por seres humanos... Pero todo el mundo sabe que existe, una gran faja de pantanos a todo lo largo de la costa oriental de África y eso no quiere decir nada por lo tanto.

-Sí, señor: eso quiere decir que ahí se agarran fiebres... Ya ves que opinión tienen del país esas gentes cuando ninguno quiere venir con nosotros. Nos creen locos... y a fe que me parece que tienen razón... ¡Dichoso he de ser si vuelvo de nuevo a ver la vieja Inglaterra! Por mí, a la verdad, no lo siento, sino por ustedes dos, Leo y Job... ¡Muchacho, muchacho, somos unos Juanes Lanas metidos en esta empresa!

-¡Bravo, tío Horacio, bien dicho!... pero estoy decidido a correr la suerte... Ustedes harán lo que les plazca... Mas ¿qué nube es esa?... ¡mira! Y señaló a una mancha oscura que se había formado sobre el estrellado cielo a unas cuantas millas por detrás nuestro.

-Ve y pregúntaselo al del timón.

Levantose Leo, desperezose abriendo sus grandes brazos, y fuese donde el árabe. Al momento volvió, diciendo:

-Es un chubasco que pasará lejos... por ese la-do.

Presentose el grueso Job sobre cubierta con su traje de caza de franela oscura, tenía el aire más inglés que darse puede y en su redonda fisonomía estaba impresa desde que andábamos por estas aguas, cierta expresión de indecisa desconfianza

-Señor, con permiso -dijo, tocándose el casco blanco de verano que llevaba echado hacia atrás de cómica manera- paréceme que sería muy conveniente que fuera yo a dormir al ballenero que va a remolque... Allí están las armas, los pertrechos, y todas nuestras cosas, sin contar las provisiones de boca que están en las chilleras... Y agregé, bajando la voz: No me gustan mucho las caras de estos señores prietos... preocúpame un poco. Cierta aire que tienen así como de ladrones... Figúrese usted que durante la noche se deslizaran algunos en el bote, y cortando el cabo, se largaran con él... ¡Bonita figura haríamos luego! Debo decir ahora que nosotros habíamos mandado fabricar ese ballenero en el Norte de Inglaterra en Dundee, y lo habíamos traído hasta aquí por saber que esa costa era un verdadero laberinto de rías y marismas, en las cuales nos sería muy útil para navegar. Era un hermoso bote de treinta pies de largo, con su tabla central movidiza para ir a la vela todo forrado de cobre, para evitar la broma y lleno de compartimientos a prueba de agua El patrón del *dhow* nos había dicho que él conocía «la peña de la cabeza» las señas que daba convenían perfectamente con la descripción del tiesto y de la carta del padre de Leo, y que cuando a ella llegáramos, no podría probablemente, acercársele por razón de las rompientes y bajíos. Así es que habíamos empleado una calma como de tres horas, que al amanecer tuvimos, en transbordar al ballenero la mayor parte de nuestro equipaje, colocándolo en los compartimientos, especialmente también dispuestos, para que apenas divisáramos el famoso peñasco, pudiéramos desde luego, bajar a él y dirigirnos a tierra. Otra razón que nos indujo a tomar esta precaución, fue que los patronos árabes ya por descuido o por incapacidad de hacer bien sus observaciones suelen a menudo, pasarse del punto adonde pretenden llegar, y como ya lo saben los marinos, es casi imposible para un *dhow* árabe ir en contra del monzón; no está hecho sino para dejarse llevar de él.

-Paréceme prudente lo que usted dice, Job -le contesté. Allí hay mantas bastantes en el bote: tápese usted de la luna no vaya a quedarse loco o ciego.

-¡Ay, señor! no se perdería mucho... aunque yo creo que ya he perdido el juicio viendo las porquerías que hacen esos negrazos, con su cara de la-drones... Dicen señor, que no sirven más que para abono... Y aun como abono, ¡qué mal huelen!...

Job, como se ve, no era muy aficionado, que digamos, a los usos y costumbres de nuestros prójimos los mahometanos de color. En conformidad de lo acordado, halamos el ballenero por el cabo de remolque, hasta que quedó precisamente debajo de la popa del *dhow*, y Job se dejó caer en él

entonces con toda la gracia de que puede ser capaz un saco de patatas.

Leo y yo volvimos a sentarnos sobre cubierta hablando muy poco y fumando bastante. Estaba la noche tan hermosa tan excitado por varias razones teníamos el cerebro, que no queríamos bajar a encerrarnos al camarote. Así se pasó como una hora hasta que empezamos a dormitar. Por lo me-nos, creo que entre sueños fue como oí a Leo explicarme medio dormido también, que la cabeza no era mal punto para herir de muerte al búfalo, si se le daba exactamente entre los dos cuernos, o algún disparate como éste.

Y no recuerdo más, sino que de súbito un espantoso rugido del viento, los clamores de la chusma que aterrada se despertaba y el agua que nos azotaba el rostro como con látigos, nos hicieron poner de pie. Corrieron algunos hombres a las drizas a bajar la vela pero las cargaderas se enredaron, y la verga no vino. Colgueme entonces instintivamente de un cabo. Negro como la pez estaba el cielo por detrás nuestro, mas por delante aún alumbraba la luna haciendo aparecer al nublado más oscuro todavía. A su luz, entonces vi alzarse una enorme ola de blanca cresta como de veinte pies de altura que venía corriendo hacia nosotros... Venía... reverberaba su espuma al resplandor de la luna... corría impulsada por la borrasca espantosa bajo el cielo, negro como la tinta De repente vi la forma del ballenero levantada en lo alto por la ola, sentí luego el tremendo choque del agua, un brutal asalto de espuma hirviente... y me encontré agarrado a un obenque y batido horizontalmente, como una bandera por la tempestad.

Pasó la ola. Pareciome que había estado bajo el agua varios minutos, aunque no fueron más que segundos. Miré hacia delante. La racha se había llevado consigo la vela mayor, y vila allá, por sotavento, aleteando como si fuera un grandísimo pájaro herido... Hubo un instante de relativa calma y oí la voz de Job, gritando:

-¡Vengan al bote!..

Azorado, medio ahogado como estaba tuve, sin embargo, la presencia de ánimo bastante para correr en esa dirección. Sentí que bajo mis pies el *dhow* se hundía: estaba lleno de agua. El ballenero cabeceaba furiosamente contra su borda y Mahomet, el árabe que había estado al timón, saltaba en él... Dile al cabo un tirón desesperado para acercarlo bien y a ciegas casi, me arrojé; Job me agarró por el brazo, y rodando caí en el fondo. Mahomet cortó con su cuchillo corvo el cabo de la amarra... y nos vimos corriendo ante el grano, sobre el lugar mismo ocupado un segundo antes por el *dhow*, que se había hundido en una pieza..

-¡Dios mío! -exclamé- ¿adónde está Leo?... ¡Leo!... ¡Leo!...

-¡Que Dios lo ampare, señor!... ¡Ha desaparecido!... -gritome Job al oído; mas era tanta la furia del viento, que su clamor me pareció un murmullo.

Retorcíme los brazos lleno de dolor. Leo se había ahogado, y yo vivía para lamentar su muerte.

-¡He aquí otra! -gritó Job.

-Volvíme; otra ola inmensa nos alcanzaba en efecto. Parecía que iba a devorarnos. Con fascinación curiosa púseme a observar su atroz llegada. La luna estaba ahora casi oculta por los jirones de nubes flotantes de la tormenta pero un poco de resplandor alumbraba aún la cresta de la líquida montaña. Sobre ella había algo oscuro, una reliquia del naufragio, quizá... Cayó sobre nosotros aquella inmensidad, y el bote casi se llenó de agua pero estaba construido de compartimientos a prueba de ella. ¡Dios bendiga a quien lo inventó!...

y a pesar de la carga funesta surgió de la ola flotando como un cisne. Entre el hervor del mar y la espuma vi la cosa negra que antes me había impresionado sobre la ola que hacia mí venía. Saqué mi brazo derecho para evitar la colisión, y entonces sentí otro brazo... Cerré mis dedos sobre su muñeca y la apreté como si fuera con tenazas. Con la otra mano me agarraba al bote; pero, aunque soy muy vigoroso, mi brazo, por poco no se disloca con el peso del cuerpo flotante y la resistencia del oleaje. Si la corriente de éste dura dos segundos más, hubiera tenido que soltar mi presa o dejarme arrastrar por ella, pero cedió... hice un esfuerzo supremo, y embarqué a un cuerpo humano. El bote estaba ya demasiado lleno.

-¡Achiquemos! -gritó Job, uniendo el ejemplo a la palabra

Mas ya no podía hacerlo, porque antes de ocultarse la luna había dejado caer un débil y fugitivo rayo de luz sobre el rostro del hombre que yo había salvado y que yacía medio tendido y medio flotando en el hueco del ballenero... ¡Era Leo!... ¡Era Leo, que, vivo o muerto, la mar nos había devuelto!...

-¡Achiquemos, achiquemos, o nos vamos a pique! -repetía Job.

Eché mano entonces de una cacerola con mango que estaba fija debajo de un asiento, y me puse a achicar también, como para salvar la cara existencia. Seguía flotando en torno nuestro la terrible tempestad, sacudiendo, como si fuera un corcho, al ballenero, cegándonos con sus nieblas su lluvia y su espuma; mas nosotros trabajábamos con la embriaguez de la desesperación: también embriaga a veces la desesperación... ¡Uno!... ¡dos!... ¡tres minutos! el bote se aligeraba... Ninguna otra ola cayó sobre nosotros... Cinco minutos más, y ya la embarcación estaba libre de agua... mas ¡ay!

Entonces oímos por cima de los silbos del huracán y de los choques del agua un rumor más hondo, más tremendo aún... ¡Santo Cielo! ¡es la voz de los escollos!

En este momento la luna salió de nuevo por detrás del nublado del chubasco, iluminando un gran espacio del seno desgarrado del mar; y allí, a media milla delante de nosotros, vimos una blanca línea de espuma luego un espacio negro de mar, y luego otra línea blanca... Parecía una lance abierta enormísima; con su dentadura descomunal... Eran los arrecifes y sus rugidos crecían conforme nos acercábamos, y a ellos íbamos con vuelo de golondrina... Ya estábamos sobre ellos... bajo sus nevados chorros de agua espumante, que se chocaban, que rechinaban como si fueran los dientes de la boca del infierno!...

-¡Orza Mahomet!... ¡orza por tu vida! -grité. Era un hábil timonel y práctico en esta peligrosísima costa. Agarró la caña e inclinó hacia delante su gran busto, contemplando a los escollos espantosos con unos ojos tan redondos, que parecía que iban a saltársele de la cabeza. La corriente echaba al bote hacia estribor. Si llegábamos a la línea de las rompientes fuera de una abra de cincuenta yardas, nos desbaratábamos... Llegamos... era un espacio de olas retorcidas, desenfrenadas... Mahomet

plantó su pie sobre el asiento delantero, y vi cómo sus negros dedos se le abrieron, cual si fuesen de una mano, al echarles encima todo el peso de su cuerpo para cargarse sobre la caña... Orzó el bote un poco, mas no bastante... Gritele a Job que contrarremase mientras que con mi remo trabajaba yo... El bote obedeció... ¡era hora! ... Luego, siguieron un par de minutos de tal excitación, de tal paralización del corazón, que no podré describir. Sólo recuerdo el furioso mar, estridente, de olas mil que surgían a la vez por todas partes como si fueran vengativos difuntos que brotaban de su marino sepulcro. Un momento nos miramos por entero, y no sé si por la fortuna nuestra o por la habilidad de Mahomet, el bote se enderezó otra vez antes de que una ola nos cayera encima... Otra nos amenazó luego: era monstruosa y la pasamos también, no sé si por encima o por debajo... por debajo, me parece, y entonces con un salvaje grito de alegría del árabe, nos encontramos en las aguas, comparativamente sosegadas, de la lengua de mar que había entre las dos dentadas filas de las devorantes olas.

Pero otra vez habíamos embarcado una gran cantidad de agua y a poco más de media milla por delante, teníamos la segunda línea de escollos. Otra vez nos pusimos, pues a achicar, y trabajar con verdadero furor. Afortunadamente, la borrasca había pasado por completo, y la luna alumbraba con brillantez, dejándonos ver un alteroso cabo de la costa que se avanzaba mar adentro como media milla y del que parecían ser una continuación los arrecifes de esa segunda línea. De cualquier suerte que fuera hervía el mar en torno suyo.

Cuando acabamos de pasar los primeros escollos Leo, para mi gran satisfacción, había abierto los ojos, y barbotó en su casi letargo que las sábanas se le habían caído al suelo, y que ya era hora de ir a la capilla.

-¡A dormir! -gritele cual si fuera un niño- y estese usted muy quieto!... -y me obedeció sin darse cuenta de nuestra situación. Pero la referencia que en su enajenación había hecho de la capilla me hizo pensar, con amarguísima nostalgia en mis confortables habitaciones de la Universidad. ¿Por qué fui tan mentecato que las abandoné?... cuya reflexión me asaltó luego, una porción de veces más.

Corríamos de nuevo contra los otros escollos aunque con menos velocidad que antes porque el viento había caído, y la corriente sólo, o la marea - después vimos que era ésta- nos arrastraba

Pasó un momento más... ¡Henos en ellos ya!... Mahomet invocó a Alá, yo a Jesús, y Job lanzó una exclamación que nada de piadosa tenía... y vimos repetirse toda la escena anterior, mas no con tanta violencia hasta que por fin escapamos. Los compartimientos y el hábil timonear del árabe, nos salvaron la vida. En cinco minutos habíamos atravesado la línea de escollos y ya dejándonos ir con el mar, porque estábamos demasiado agotados para hacer otra cosa más que mantener derecho al ballenero, hojeamos con asombrosa rapidez el alteroso promontorio de que hablé hace poco.

Vímonos al fin a sotavento suyo, y disminuyó la rapidez con que corríamos, hasta que, por último, nos encontramos en aguas muertas. La tempestad había pasado por completo, dejando tras sí un cielo claro y limpio. El promontorio nos defendía de la mar gruesa levantada por la borrasca y la marea que con tanta fuerza subía contra el río, porque nos hallábamos, en la boca de uno pequeño, se calmaba en aquel lugar. Así es que flotábamos dulcemente, y antes de que se pusiera del todo la luna, conseguimos achicar el agua del bote y darle alguna condición de barco manejable. Leo dormía profundamente, y me pareció que no debía despertarlo de ningún modo. Verdad es que tenía toda la ropa mojada pero la noche era tan cálida ya que Job y yo creímos que esto no podría perjudicar a hombre de constitución tan vigorosa como la suya. Además, no teníamos otra ropa seca a mano.

Bajaba la luna a su ocaso; flotábamos sobre el mar, que ahora palpitaba como si fuera un seno inmenso de mujer dormida y tranquilo ya púseme a considerar cuanto en tan poco espacio habíamos sufrido, y cuan milagrosamente nos salvamos. Job se colocó a proa guardó Mahomet su puesto al timón, y yo me senté en el medio del bote, junto a donde Leo estaba echado.

Púsose al fin la luna bella y dulcemente; retiróse como casta novia que penetra en su alcoba nupcial, y larguísimas sombras se descolgaron del firmamento, cual si fueran velos entre los cuales se asomaron algunas estrellas que lucían como ojillos maliciosos. En breve, sin embargo, empezaron a palidecer ante el gran resplandor que brotó del Este, y entonces rápidamente vimos adelantarse los vibrantes pasos del alba sobre el azul de la altura de nuevo evocado para desalojar de sus puestos a las estrellas. Más y más se tranquilizaba el mar, y también los suaves vapores que se nutren en su seno, como para encubrir sus inquietudes como hacen las ilusas formas del ensueño sobre una mente adolorida para que olvide sus angustias. De Oriente a Occidente volaban los ángeles de la aurora de mar a mar, de cima a cima derramando sus resplandores con entre ambas manos. De la sombra surgían perfectos, gloriosos como el alma de los justos de la sepultura para cernerse sobre el mar tranquilizado, sobre la línea baja de la costa y los pantanos detrás de ella y los montes más lejanos aún; sobre los que dormían en paz, y sobre los que despertaban a sufrir de nuevo, sobre lo malo y lo bueno; sobre los vivos y los muertos; sobre el anchísimo mundo y sobre todo lo que vive o ha vivido en él.

Era un espectáculo extraordinariamente hermoso, y, sin embargo, triste quizá por el mismo exceso de su hermosura ¡La salida del sol! La puesta del sol... Tipo y símbolo de la humanidad que nace y que muere; tipo y símbolo de las obras que ella alza y que se desmoronan... sí, y también de la tierra de su principio y su fin... Aquella mañana el espectáculo me impresionó más que nunca. El sol que para nosotros se alzaba ahora habíase puesto ayer por última vez para dieciocho hombres que con nosotros viajaban... para dieciocho seres humanos que nosotros conocimos...

El *dhow* se había hundido arrastrándolos consigo, y ahora sus cadáveres estarían chocándose contra las rocas y enredándose con las plantas marinas, reliquias abandonadas en el gran océano de la muerte!... ¡Y nosotros cuatro nos habíamos salvado!... Pero la salida del sol se efectuará algún día cuando nosotros, nos encontremos entre los que se hayan perdido, y otros ojos contemplarán esos hermosísimos resplandores y se apenarán en medio de tanta gloria al meditar sobre la muerte, en plena explosión de la vida que está surgiendo.

Porque este es el sino del hombre.

V LA CABEZA DEL ETÍOPE

Al fin, los heraldos y correos precursores de la majestad solar habían cumplido su diligencia persiguiendo y debelando a las sombras. Entonces gloriosamente, surgió el astro de su lecho del Océano, e inundó a la tierra de luz y de colores. Sentado en el bote contemplaba yo su salida oyendo el dulce murmullo del agua que lo batía y sin notar como ella en suave arrastre nos iba llevando. Por fin, vi-no a interceptarme el espectáculo la interposición de aquel picacho de rara forma de la extremidad del cabo, que con tanto terror habíamos descubierto poco antes. Pero yo continuaba con la vista fija en ese peñasco, hasta verlo todo franjado por la intensa luz que detrás tenía..

De súbito, salté entonces en mi asiento, porque vi que la cima que estaba como a ochenta pies de altura, sobre la base ancha como unos ciento cincuenta, hallábase labrada como la cabeza y rostro de un negro, cuya expresión era de una malignidad notable. No había duda: allí se veían los belfos, los gruesos carrillos y la aplastada nariz, destacados con asombrosa claridad y fijeza sobre el fondo de llamas. Veíase también el redondo cráneo, cuya forma quizá habían perfeccionado los vientos y las tempestades durante miles de años, y para completar el parecido, sobre él crecía una escasa vegetación de hierbas malas o de líquenes que a cualquiera le asemejarían, alumbradas como entonces estaban, la lana de la cabeza colosal de piedra. Era tan rara la apariencia aquella que aun creo que no podía ser un mero capricho de la Naturaleza sino un gigantesco monumento, labrado como la conocida esfinge egipcia por un pueblo ignoto, en un peñasco cuya forma en bruto se prestaba al contorno de la figura y quizá, con el objeto de advertir o retar a cualesquiera enemigos que a su puerto se aproximasen. Nosotros no pudimos, por desgracia, asegurarnos de la naturaleza verdadera de aquella forma porque el peñasco era de difícilísimo acceso, tanto por la parte de tierra como por la del mar, y teníamos además que atender a más urgentes cosas. Yo por mi parte creo, teniendo en cuenta todo lo que vi después, y que sabrán los que lean, que el peñasco había sido labrado por la mano del hombre. Pero, en fin, como quiera que sea allí se encuentra siempre mirando con fiereza la mar voltaria tal como se encontraba hace más de dos mil años, cuando Amenartas, la Princesa egipcia esposa de Kalikrates el remoto antepasado de Leo, contempló su diabólico rostro, y tal como se encontrará sin duda después que haya pasado el mismo número de siglos y nosotros seamos del todo olvidados.

-¿Qué piensa usted de eso Job? -pregúntele a nuestro dependiente señalándole la demoníaca y flamígera cabeza. Él estaba sentado sobre la borda con su eterno aire de disgusto, tratando de tomar toda la cantidad del sol posible. Levantó los ojos y exclamó:

-¡Dios mío! ¡Mister Holly!... Ese es el mismísimo retrato del caballero *Nick* (el diablo)

Echó la carcajada y a su ruido despertó Leo.

-¡Hola! -exclamó- ¿qué demonios tengo yo en el cuerpo?... me siento todo tieso... ¿adonde está el *dhow*?

-Agradécele a Dios, muchacho, el no estar más tieso aún -le contesté. El *dhow se* ha ido a pique, y todos los de abordó se han ahogado, menos nosotros cuatro... y tú mismo no te has salvado sino, por un grandísimo milagro...

Y mientras Job buscaba en un compartimiento la botella del *brandy*, contele rápidamente cuanto había pasado.

-¡Cielos! -murmuró al fin, con cierto desmayo. ¡ Ay, Holly! pienso en que por algo, después de todo, se nos ha dejado la vida

Encontróse el *brandy*, y todos tomamos de él un buen trago, y nos cayó muy bien, a fe. También el sol empezaba ya a calentarnos los huesos, calados como los teníamos después de una mojada de más de cinco horas.

-He ahí, al fin, la peña de que habla la inscripción -dijo Leo suspirando. La peña labrada como la cabeza de un etíope.

-Sí -contesté- ahí está.

-¡Entonces lo demás será también cierto!...

-No veo la lógica de tu consecuencia. Probablemente no sea esta la cabeza que mienta la inscripción, y ¿qué puede probar, caso de que lo sea?

Sonriose Leo con cierto aire de superioridad y dijo:

-¡Tío Horacio, creo que eres el judío incrédulo!... viviremos para ver.

-Exactamente, y ahora mismo notarás que estamos arribando sobre un banco de arena hacia la boca de un río. Agarre usted su remo, Job, y vamos adelante a ver cómo hallamos dónde desembarcar.

No parecía muy ancha la boca del río en que entrábamos, a lo que juzgarse era posible entre las grandes brumas que aún colgaban sobre sus márgenes. Como casi todos los ríos africanos, tenía una gran barra que ningún bote, por poco que calase habría podido cruzar soplando de tierra el viento y bajando la marea pero a la sazón la pasamos muy bien, sin embargo, ni una tasa de agua. En veinte minutos nos hallamos del otro lado, bastante adentro en el puerto, con pequeñísimo esfuerzo nuestro, gracias a una brisa fuerte, aunque intermitente. Ya el sol, que empezaba a quemar un poco más de lo justo, habíase sorbido las neblinas, y pudimos ver que el estuario en que nos hallábamos tendría como media milla de ancho, que sus márgenes eran muy bajas y cenagosas, y que estaban materialmente cundidas de cocodrilos que yacían tendidos sobre los montones de lodo. A una media milla más arriba en el puerto, veíamos, sin embargo, avanzarse una estrecha faja que parecía la tierra firme y a ella nos dirigimos. Tardamos un cuarto de hora en alcanzarla y desembarcamos, después de amarrar el bote a un hermoso árbol que se inclinaba sobre el mar, parecido a las magnolias por sus hojas anchas y lustrosas y por sus flores aunque éstas eran rosadas⁵ en vez de ser blancas. Incontinenti, nos bañamos bien extendiendo al sol nuestra ropa a secar, y todos los contenidos del ballenero.

Cobijados por algunos árboles almorzamos luego alegremente una lata de lengua Paysandú, de las que en gran cantidad, habíamos traído con nosotros de los almacenes proveedores del ejército y la armada y bien que nos congratulamos de la idea que tuvimos de cargar el bote aquella mañana antes de la noche tempestuosa ya que por ella.

«Esta clase de magnolias de flores rosadas existe: es indígena de Sikkin y se llama M. Campbellit. -(L. H. H)

era permitido gozar tan sano alimento. Al acabar de comer nos pusimos de nuevo nuestra ropa seca ya sintiéndonos con ello más animosos y fuertes. Lo cierto es que aparte de algún rasguño o contusión, muy poco sufrimos en el naufragio donde tantos habían perdido la existencia. Leo, únicamente, casi se ahoga más ¿qué era esto para un atleta como él, de veinticinco años?

A explorar empezamos entonces nuestra posición. Nos encontrábamos sobre una faja de tierra seca como de doscientas yardas de anchura por quinientas de longitud, que por un lado confinaba con el río y por los otros lados con pantanos desolados, interminables que se perdían de vista. Esta faja de tierra se alzaba como unos veinticinco pies sobre el nivel del río, y por ciertas apariencias parecía una obra humana

-Esto ha sido un muelle antiguamente -dijo Leo, con énfasis.

-¡Vamos, hombre!... ¿Quién hubiera sido el tonto que fabricase muelles en medio de estos pantanos espantosos, en una comarca poblada por salvajes si es que está poblada?

-Y ¿por qué, ha de haber sido pantanoso siempre, y salvajes los habitantes?... -murmuraba Leo, caminando el borde cortado a pico sobre el río. Holly, ven conmigo, y mira esto -y echó a andar hacia una magnolia que había sido desarraigada por la anterior borrasca. Al caer al agua el árbol, que había crecido sobre el filo mismo del muelle, arrastró consigo una gran cantidad de tierra. -Mira -dijo- si esto no es obra de cantería lo parece mucho en verdad.

-¡Vamos, vamos, chico!... -repetí de nuevo, metiéndome con él entre las raíces del árbol caído.

-¿Y bien? -preguntó.

Esta vez no le contesté. Púseme a silbar. Allí, ante mi vista tenía yo indudablemente un frente de sillería muy regular con su argamasa tan dura que no podía arrancarla ni rayarla siquiera con mi cuchillo de monte. Y no fue esto todo, notando que algo sobresalía en la parte inferior del trozo de pared que había quedado descubierta por el derrumbe, aparté con las manos un poco de tierra suelta y puse al descubierto una argolla de piedra de un poco más de un pie de diámetro, por tres pulgadas, de grueso. Quedeme a la verdad, hondamente, impresionado.

-¿Qué hay? tío Horacio, ¿no se parece esto a un muelle al que han atracado barcos de buen tamaño?... -díjome con sorna Leo.

Traté de decirle «¡vamos hombre!», otra vez, pero se me atragantó la frase La argolla de piedra gritaba sola. Allí, sin duda en épocas pasadas habían atracado los barcos, y esta muralla de piedra pertenecía a un muelle sólidamente construido... y quizá, la ciudad a que pertenece, yaciendo, estaba hundida en ese pantano del otro lado.

-¡Pues parece que la historia no es del todo falsa tampoco, tío Horacio! -exclamó el muchacho, regocijado.

No le contesté, porque estaba pensando en la cabeza del negro, además de estar mirando al muelle

-Un país como África -dije al fin- ha de encontrarse lleno, es natural, de las reliquias de antiquísimas y olvidadas civilizaciones. Nadie conoce bien la edad de la de Egipto, y es racional pensar que tuviera colonias esa nación. También hay que contar con los babilonios, los fenicios y los persas y con otras clases de gentes más o menos adelantadas, sin que mentemos a los judíos, que hoy día son tan solicitados por todo el mundo.

Posible es que algunos de estos pueblos tuviera aquí una colonia o establecimiento mercantil. Recuerda esas ciudades persas que nos enseñó el cónsul de Kilva⁶

-Todo eso es verdad, pero antes no hablabas así, tío Holly.

-Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? -dije cambiando la conversación.

Nadie contestó. Nos dirigimos hacia la orilla del pantano y nos pusimos a contemplarlo. Era aparentemente interminable y grandes bandadas de marinas aves de todas clases lo atravesaban, cubriendo el cielo, a veces. Ahora que el sol había subido bastante, empezaron a levantarse delgadas nubes de envenenados vapores de la superficie de la marisma y de los turbios charcos de agua estancada que daba horror verlas. Entristecidos, contemplábamos este espectáculo, y al fin, les dije a mis compañeros:

⁶ Cerca de Kilva en la costa oriental de África como a unas 400 millas al Sur de Zanzíbar, existe una costa acantilada que fue barrida por el mar recientemente. Sobre ella había unas tumbas persas de siete siglos de viejas, por lo menos, según las fechas grabadas en ellas. Debajo de estas tumbas hay una capa de escombros que pertenecen a una ciudad. Mucho más abajo hay otra capa que pertenece a otra ciudad aun más antigua y mas abajo aún, hay otra tercera capa de escombros que correspondo a otra ciudad de ignota y enorme antigüedad. Debajo, en la ciudad inferior, se encuentran algunos ejemplares de vasijas de barro, que se parecen a las actualmente en uso en este país, y que hoy están en la posesión de sir John Kirk.

-Tenemos que hacer algo... Yo creo que no podemos hacer ninguna de estas, dos cosas: ni cruzar eso -dije, señalando el pantano- ni quedarnos aquí, so pena de morir todos de fiebre.

-Eso se ve tan bien como una paja de heno murmuró Job.

-Y creo también que tenemos que hacer cualquiera de estas dos: o volvernos al ballenero y lanzarnos al mar de nuevo, en busca de cualquier puerto, lo cual es muy aventurado, o subir por este río a la vela o al remo, a ver adónde vamos a parar.

-Lo que ustedes harán, no lo sé -dijo Leo, pero sí sé que yo voy a subir por ese río.

Job puso los ojos en blanco y dio un gemido, y el árabe murmuró «Alá» y gimió también. Yo pensé que nos hallábamos entre el mar y el infierno, y que lo mismo daba fuéramos a uno que al otro lado, mas tenía, a la verdad, cierto deseo de ir por donde quería Leo. La cabeza de negro colosal y el muelle de piedra habían excitado mi curiosidad de tal modo, que en el fondo me hallaba avergonzado, pero estaba dispuesto a satisfacerla a cualquier precio. En consecuencia nos embarcamos. Arbolamos el mástil con mucho cuidado, compusimos bien el interior del bote, sacamos nuestros rifles y

desatracamos. El viento, afortunadamente, soplabla de la mar, y pudimos izar la vela. Después aprendimos que generalmente soplabla así desde la madrugada por algunas horas, y luego de la tierra otra vez, hasta la puerta del sol; la explicación que yo propongo de esto, es que, al refrescarse la tierra con el rocío y la noche, levántase el aire caliente, por lo que el aire fresco se precipita de la mar hasta que el sol lo haya podido calentar también. Esto, por lo menos, es lo que en aquel punto sucedía

Aprovechando aquel viento propicio, navegamos, río arriba alegremente, durante tres o cuatro horas. El sol, hacia mediodía se puso atrozmente fuerte, y el hedor que brotaba de los pantanos por los esteros que desahogaban en el río, era tan grande en ocasiones que determinamos tomar algunas dosis preventivas de quinina

Poco después decayó la brisa por completo, y como no había que pensar en servirnos de los remos con aquellos calores en bote tan pesado, nos dimos por muy satisfechos de encontrar unos grandes árboles especie de sauces que crecían junto al agua y aprovechamos para dormir, hasta que la proximidad de la puesta del sol puso un término a nuestra sofocación. Por delante teníamos un ensanchamiento del río, y decidimos remar hasta allí, para pasar en él la noche.

Pero, precisamente, cuando íbamos a zafar el bote, aparecióse a beber al río, de su otro lado, un hermoso gamo, de alta cornamenta inclinada hacia delante, y con una faja blanca sobre los muslos traseros. Escondidos como estábamos, tras de los sauces, la pieza no podía vernos. Leo la descubrió antes que nadie, y se quedó todo estirado, anhelante, como perro de muestra. Él era un ardiente *sportsman*, sediento de la sangre de la caza mayor, con la que por meses había estado soñando. Viendo de lo que se trataba al fin, alarguele su rifle y preparé también el mío.

-¡Cuidado no le yerres! -murmuré a su oído.

-¡Aunque quisiera errarlo no podría! -me dijo con desdén, apretados los dientes y echándose el arma a la cara

El gamo ruano, después de beber a su gusto, alzó la cabeza y se puso a mirar hacia el frente. Estaba precisamente parado ante el sol poniente, sobre un camellón de tierra que se perdía dentro la ciénaga que era sin duda el paso favorito de las bestias monteses. Bello, a la verdad, lucía ante los ojos del cazador...

¡Fuego!... Echose a huir la pieza después de que dio un gran salto. ¡La había errado Leo!... ¡Fuego otra vez!... La bala le pasó por debajo... Volaba como una flecha y se hallaba ya a cien yardas... Disparé, sin embargo, y ¡por Jove! que le di.

-*Master* Leo, creo que te limpié los ojos ahora -le dije, a pesar mío, dominado por la cruel alegría que en ese supremo instante surge del pecho del *sportsman* mejor educado.

-¡Maldito seas!, si -rugió él. Mas al punto corrió por su hermoso rostro la sonrisa que a menudo lo iluminaba cual si fuera un resplandor, y añadió:

-¡Ah, viejo! dispénsame la maldición. Te felicito sinceramente por tu soberbio tiro... ¡los míos fueron ridículos! Salimos del ballenero y corrimos hacia el gamo, que tenía roto el espinazo y estaba ya muerto. Tardamos como un cuarto de hora en desollarlo y en cortarle la mejor carne, y aún tuvimos claridad bastante para remar hasta la especie de laguna que formaba el río, por una depresión del pantano. Fondeamos, al caer la noche como a unas cincuenta yardas de las dos orillas. No nos atrevimos a atracar, por temor de encontrar tierra seca para vivaquear, y de las exhalaciones venenosas de la ciénaga que esperábamos se atenuarían algo en el medio del agua. Encendimos, pues, una linterna y cenamos otra lengua de las conservadas en lata. Nos preparamos para dormir luego, pero en breve comprendimos que no podríamos conseguirlo. No sé si atraídos por la luz o por el olor de hombres blancos, que habrían quizá estado esperando algunos mil años, más o menos, lo cierto es que fuimos atacados por millones de los más sanguinarios, pertinaces y enormes mosquitos que he visto en mi vida o de que haya leído u oído hablar. Cargábnos en nubes cerradas, y zumbaban y nos mordían hasta volvemos enteramente locos. El humo del tabaco no parecía sino que los tornaba más activos, y tuvimos que cubrirnos con las mantas hasta la cabeza y estarnos sentados sin destaparnos, cuando pestes sudando y rascándonos.

De súbito, en esto, oímos tronar en el silencio de la noche el rugido de un león, y luego el de otros, y los sentimos moverse entre los juncos de la orilla a cincuenta yardas de distancia

-¡Deudo avuncular! -exclamó Leo, sacando la cabeza de debajo de su manta- ¡qué bien hemos hecho ¿eh? en no desembarcar esta noche!... ¡que lo parta un rayo!... ¡me acaban de apuñalea la nariz!... -y su cabeza desapareció de nuevo.

Salió a poco la luna y a pesar de la variedad de tonos en los rugidos de los leones que nos venían de las orillas creyéndonos seguros en donde estábamos, empezamos, poco a poco, a quedarnos dormidos... Y no sé lo que me hizo sacar la cabeza de debajo la manta quizá fue porque sentí que me picaban a través de ella pero lo cierto, es que al tiempo que lo hacía oí a Job diciéndonos con voz angustiada:

-¡Dios mío! -vean ustedes señores lo que viene allí.

He aquí lo que vimos al resplandor de la luna. Cerca de la orilla habíanse formado dos círculos en el agua que se iban ampliando cada vez más, y en el mismo centro de ellos veíanse dos objetos oscuros que se movían.

-¿Qué es eso? -pregunté.

-¡Son esos malditos leones señor! -contesto Job, y el tono rarísimo de su voz expresó al mismo tiempo una sensación de dolor personal, de respeto inveterado hacia mí y de evidente temor. Vienen nadando para jugarlosla señor... -y recalco nerviosamente la jota de jugarlosla

Miré atentamente... no había duda: vi el siniestro resplandor de sus ojos. Atraídos por el olor de la carne del gamo, o por la nuestra propia las sangrientas fieras, venían a atacarnos en nuestras últimas trincheras.

Leo ya tenía empuñado su rifle. Gritele que aguardara a que se acercasen más, y preparé también mi arma con cuidado. A unos quince pies de donde estaba fondeado el ballenero, alzábase el fondo de la laguna formando un banco de sólo quince pulgadas de agua y el que venía más adelantado de los dos animales, la hembra, lo alcanzó y se paró sobre él y rugió. En el mismo instante disparó Leo y le metió la bala por la boca atravesándole el cuello, y cayó muerta chapoteando en la laguna. El

segundo león, que era un macho bien grande venía nadando como a dos pasos por detrás, y al momento de poner las dos patas delanteras sobre el bajío, notamos una cosa extraña. Sintiose bajo el agua como un choque y un movimiento, como el que se nota en los lagos de Inglaterra cuando un sollo se arroja sobre un pez pequeño y lo devora pero muchísimo más fuerte, y entonces el león, de súbito, dio el más estridente rugido y saltó sobre el banco, arrastrando consigo alguna cosa negra y grande.

-¡Ay, Alá! -exclamó Mahomet- ¡un caimán lo tiene sujeto por la pata!

¡Y bien que lo tenía!... Veíamos el luengo hocico con sus lucientes filas de dientes y por detrás el enorme cuerpo de reptil.

Después, siguió una escena imposible de describirse. El león consiguió mantenerse sobre el banco, con la pata siempre presa. Rugió y rugió, y puso todo el aire vibrante con su voz, y luego, dando un gruñido, volvió las fauces y las clavó en la cabeza del cocodrilo. Este soltó su presa porque como vimos luego, el león le había saltado un ojo y lo hirió de nuevo un poco más bajo. Pero el caimán lo prendió entonces por el cuello, y así se estuvieron ambos, sacudiendo y retorciéndose espantosamente a flor de agua. No era posible que siguiéramos bien sus movimientos, pero al cabo de un momento vimos que se cambiaron las tomas. El cocodrilo parecía ya una masa de lodo sangriento, había mordido al león por el medio del cuerpo, y junto a las ancas, y con sus mandíbulas de hierro, lo oprimía y sacudía de un lado para otro. El felino, por su parte, tan cruelmente torturado, rugiendo de agonía clavaba las garras, y al azar, mordía en la cabeza de su antagonista y hecho arco con las garras traseras hundidas en el pescuezo, comparativamente, más blando del escamoso saurio, se lo desflecaba cual haríamos, nosotros con un guante.

Entonces en un momento, concluyó el combate.

Cayó la cabeza del león sobre el cuerpo del cocodrilo, y murió dando un atroz gemido, y el cocodrilo, después de estarse quieto un rato, cayó también sobre un costado con las quijadas fijas aún en el cuerpo del león, que después vimos que estaba casi cortado en dos partes.

Este duelo a muerte fue un espectáculo terrible y maravilloso, que muy pocos hombres quizá, habrán contemplado. Cuando concluyó, dejamos a Mahomet de guardia y mientras, nos arreglamos para pasar el resto de la noche del mejor modo posible

VI UNA ANTIGUA CEREMONIA CRISTIANA

Nos levantamos al primer resplandor del alba a la mañana siguiente, hicimos las abluciones compatibles en aquellas circunstancias, y en breve estuvimos dispuestos para seguir navegando. Había luz suficiente para vernos mutuamente las caras, y yo eché la carcajada al contemplar las de los demás. El rostro tranquilo y redondo de Job habíase aumentado al doble de su tamaño, y la condición del de Leo no era mucho mejor. De los tres el mejor despachado era yo debido probablemente a lo recio de mi piel morena y al hecho de que la mayor parte de mi rostro estaba cubierta de barbas, pues desde que salí de Inglaterra las había dejado crecer a su albedrío. Los otros dos se afeitaban siempre, y esto ofreció a los mosquitos más campo de operaciones. Mahomet fue respetado: reconociendo por el gusto que era un verdadero creyente, no quisieron tocarlo a ningún precio...

¡Cuántas veces en las dos semanas siguientes no deseamos tener en la sangre el arábigo saborete!

Cuando nos hubimos acabado de reír todo lo que los hinchados labios nos lo permitieron, ya era de día claro y empezaba a soplar la marina brisa rascando las densas neblinas de la ciénaga y haciéndolas rodar de uno a otro lado, cual si fueran pelotas inmensas de vaporosa lana blanca. Izamos, pues nuestra vela y echando la última mirada sobre los leones y el cocodrilo muertos, cuyas pieles teníamos que abandonar por no poseer los medios de curtirlas levamos ancla y echamos a navegar por la laguna entrando en el río del otro lado de arriba. Cuando cayó la brisa al medio día tuvimos la for-tuna de encontrar un buen desembarcadero de tierra seca en el que acampamos.

Encendimos fuego allí, y cocimos algunos patos silvestres y parte de la carne del gamo, no de muy sapiente modo, quizás, pero que no nos supo mal. El resto del gamo, lo cortamos en tiras y lo colgamos al sol para hacer *biltang* que es como me parece que los boers del Cabo llaman a esta especie de tasajo, y luego, en este pedazo providencial de tierra enjuta pasamos la noche sin otra novedad que la guerra con los mosquitos.

Ya nos hallábamos al cuarto día de nuestro viaje y habíamos andado, según mis cálculos, unas ciento treinta y cinco a ciento cuarenta millas al Oeste de la costa cuando nos ocurrió el primero de sus más importantes acontecimientos. Aquella mañana la brisa cayó como a las once, y después de bogar un poco nos vimos obligados a detenernos, más o menos fatigados, en un lugar en que parecía confluír la corriente que seguíamos, con otra de su misma anchura. Algunos árboles había por allí, los únicos de esta comarca crecían a la orilla del río, y a su sombra descansamos. Después, estando el terreno por allí bastante seco, echamos a andar por la margen a explorar los alrededores y ver cómo matábamos algunas aves de la ciénaga

Antes de que hubiéramos andado unas cincuenta yardas, conocimos que habíamos de abandonar toda esperanza de seguir subiendo el río con nuestro ballenero, porque de allí en adelante tornábase en una serie de bancos fangosos, y bajíos de seis pulgadas de agua no más. Era un verdadero callejón fluvial sin salida

Volviendo sobre nuestros pasos, recorrimos la margen del otro río, y por varios indicios dedujimos que aquello no era tal río, sino un canal antiguo, parecido al que está más arriba del Mombasa en la costa de Zanzíbar, y que une el río Tana con el Ozi, permitiendo que los barcos que por aquel bajan, pasen a éste y lleguen por él al mar, evitando así la peligrosísima barra que cierra la boca del Tana

El canal que delante teníamos debió haber sido construido en remotísimo período, y aún se conservaban a ambos lados las elevaciones de la tierra excavada que sin duda hicieron en un tiempo el oficio de caminos de sirga. Exceptuando en algunos puntos en que se habían hundido, las márgenes de argamasa caliza se conservaban a distancia uniforme y la profundidad del canal parecía también ser siempre igual. La corriente era inapreciable o no existía; y, en consecuencia de esto, la superficie del agua estaba cuajada de vegetación, cortada por estrechos, pasos de agua libre, hechos quizá por las aves de la ciénaga, las iguanas y demás alimañas.

Ahora bien, era evidente que teníamos que abandonar la empresa de subir río arriba y que debíamos escoger entre subir y bajar por el canal o volver a la costa por donde habíamos venido. No podíamos quedarnos donde estábamos para que el sol nos achicharrara, para que nos devorasen los mosquitos y para que las fiebres de aquellos funestos pantanos acabasen con nosotros.

-¡Sigamos el canal arriba! -exclamé por fin. Los demás asintieron, cada cual a su manera: Leo, como si se tratara de una partida de placer; Job, con disgusto respetuoso, y Mahomet, con una invocación a Alá, que imbibita contenía una maldición contra los incrédulos ingleses y sus raros modos de pensar y de viajar.

Así, pues apenas empezó a declinar el sol, no teniendo que esperar ya la favorable brisa rompimos la marcha. Durante la primera hora o cosa así, conseguimos remar, aunque con gran trabajo, pero tanto se espesaron luego las hierbas que no nos lo permitían, y tuvimos que adoptar el más primitivo y fatigante recurso de tirar de nuestro bote. Durante dos horas más, trabajamos halando Mahomet, Job y yo, que valía tanto como ellos dos juntos por mis fuerzas, y Leo, sentado en la proa iba cortando las hierbas que estorbaban el paso, con el sable de Mahomet. Al obscurecer hicimos alto para descansar y darles gusto a los mosquitos, pero al salir la luna continuamos nuestra marcha aprovechándonos de la relativa frescura de la noche. A la madrugada descansamos por tres horas, y luego trabajamos otra vez como hasta las diez, cuando nos asaltó una tempestad de truenos acompañada de un diluvio, y nos pasamos seis horas largas, materialmente hechos una sopa

No creo que haya necesidad de que describa detalle por detalle el viaje de cuatro días más que hicimos de este modo. Basta decir que fueron los más tristes que he pasado en mi vida y que comprenden una monótona sucesión de recia labor, de sofocantes calores de depresión del ánimo, y de mosquitos. Siempre atravesábamos la región de interminables pantanos, y yo sólo atribuyo nuestra indemnidad a la fiebre y a la muerte, a las constantes dosis de quinina que tornábamos y a los purgantes así como al trabajo corporal que teníamos que hacer.

Al tercer día de nuestro viaje por el canal, habíamos divisado lejanamente una loma redondeada

que se alzaba sobre los vapores de la ciénaga y en la tarde de la cuarta noche cuando nos detuvimos a descansar, la distancia aparente a que de ella nos hallábamos sería como de veinticinco a treinta millas. Ya nos encontrábamos absolutamente exhaustos, y nos parecía que las llagadas manos no podrían tirar más del bote ni una sola yarda y que la mejor cosa que nos quedaba por hacer, era tendernos allí a morir en medio de aquellos terribles y cenagosos desiertos.

Tristísima era nuestra situación, en la que yo creo que no ha de verse jamás ningún otro hombre blanco, y al tenderme en el bote a dormir el sueño de la más absoluta fatiga maldije amargamente mi locura de entrar en esta disparatada empresa que sólo podía terminar con nuestra muerte en tan inclemente lugar. Recuerdo que al caer lentamente en el sueño, púseme a pensar en lo que parecerían nuestro bote y su misera dotación, después de que hubieran pasado tres meses. Allí yacería el ballenero entreabierto la tablazón, casi lleno de agua corrompida que mojaría al ser removida por el neblinoso viento, nuestros decadentes huesos. Así habrían de concluir la navecilla y los tontos que en ella salieron en pos de mitos y de los arcanos de la Naturaleza

Ya me parecía oír el agua batiendo las mondas osamentas y entrechocándolas rozando mi calavera con la de Mahomet, hasta que la de éste se irguió sobre sus vértebras, y mirándome con los vacíos alvéolos de sus ojos, me maldijo, con sus contraídas quijadas, porque yo, perro cristiano, había perturbado el sueño póstumo de un creyente. Abrí los ojos estremecido por tan atroz pesadilla para estremecerme otra vez al ver algo que no era en sueños ya.

Dos ojos fulguraban mirándome en la brumosa obscuridad. Traté de incorporarme y en mi terror grité y grité para que los demás se despertaran. Saltaron todos por cierto, medio borrachos del sueño, y llenos de espanto. Vi entonces el rápido reflejo de una hoja de acero, y sentí contra mi garganta apoyada la punta de una lanza, y vi también por detrás otras lanzas que brillaban cruelmente.

-¡Haya paz! -dijo una voz en árabe, o en un dialecto del árabe. ¿Quiénes sois vosotros que venís nadando sobre el agua? ¡Responded, o sois muertos!... Y sentí apoyarse con más fuerza el agudo acero en mi cuello, haciéndome correr un gran escalofrío por las venas.

-Viajeros somos, y hemos llegado aquí por un acaso -contesté con mi mejor árabe, que pareció ser comprendido, porque el que me tenía cautivo tornó la cabeza y, volviéndose a una alta sombra que en el fondo se alzaba le preguntó:

-¿Le herimos, padre?

-¿Cuál es su color? -contestó preguntando a su vez una voz profunda

-Blanca es su color.

-Pues no hiráis... Cuatro soles hace que recibí la orden de *Quien debe ser obedecida*: «Vienen hombres blancos; cuando lleguen no los mates»

Llevémoslos a *Ella*. Traed a esos hombres: traed también las cosas que consigo llevan.

-Ven -me dijo mi captor- y medio guiándome medio arrastrándome sacome del bote. Vi que los demás hombres hacían lo mismo con mis compañeros.

Sobre el andén de sirga había reunida una compañía como de cincuenta hombres. Todo cuanto pude ver es que estaban armados de enormes lanzas, que eran altos y vigorosos, al parecer, de no muy oscuro color relativamente, y que estarían desnudos si no fuese por una piel de leopardo que les ceñía la cintura. A Job y a Leo los pusieron a mi lado.

-¿Se han escapado los demonios del infierno, tío Holly? -preguntaba Leo, restregándose los ojos.

-Dios mío, Mr. Holly, esta es una huelga de borrachos -murmuraba Job.

Presentose una dificultad entonces. Mahomet, dando traspiés, se lanzó entre nosotros, perseguido por una sombra con la lanza en alto.

-¡Alá! ¡Alá! Protégeme -clamaba el árabe como si no esperase nada de los hombres.

-¡Es un negro, padre! ¿Qué dice *Quien debe ser obedecida* del negro?

-Nada dijo, mas no lo mates. Ven acá, hijo mío.

El hombre se acercó a la sombra de alta estatura que se inclinó a su oído y le habló bajo.

-¡Sí, sí, padre! -contestó el otro con cierta voz de extraña alegría que me enfrió la sangre. -¿Están ahí los tres hombres blancos?

-Sí, aquí están.

-¡Traed entonces lo que les está preparado! ¡Que los demás conduzcan cuanto llevar puedan de lo que está en esa cosa que flota!

Había apenas acabado de hablar cuando acudieron varios hombres portando nada menos que unas especies de hamacas-palanquines. Para cada palanquín había seis hombres cuatro cargadores y dos como de resguardo. Entonces se nos ordenó que montásemos en ellos.

-No está malo eso de que nos carguen ahora después de habernos cargado tanto nosotros mismos -dijo Leo, que siempre tomaba las cosas por su más alegre extremo.

Cuando vi que los demás habían entrado en sus hamacas, no habiendo otro remedio, metíme en la mía y a la verdad que la encontré muy comfortable. La silla-hamaca-palanquín parecía forrada en su interior de un tejido de fibras vegetales que cedía a todos los movimientos del cuerpo y estando colgada por arriba y por abajo a la barra de suspensión dejaba que se apoyaran cómodamente la cabeza y el cuello.

Apenas me hube acomodado, emprendieron los cargadores un trotecillo rítmico, que producía en mi colgante litera un suave balance, y guardaron el paso acompañándose de un canto raro y monótono. Estuve, como durante media hora reflexionando sobre las peregrinas cosas que nos pasaban, y me preguntaba si las creerían mis colegas eminentemente respetables aunque fósiles de Cambridge, caso de contárselas yo de sobremesa en el refectorio de nuestro colegio. No pretendo rebajar el mérito de tan respetables caballeros llamándoles fósiles, sino que quiero decir que hasta en una Universidad, pueden petrificarse las inteligencias que no salgan de las mismas costumbres cotidianas. Yo mismo me estaba fosilizando, pero de algún tiempo a esta parte, estoy aumentando mucho mi fondo de ideas. En fin, meditando iba en mi colgante litera sobre todas estas cosas, y me preguntaba en qué vendrían a parar hasta que, sin saber cómo, me quedé dormido.

Supongo que dormiría de siete a ocho horas, descansando por primera vez de veras desde la noche en que se fue a pique el *dhow*, porque vi al despertar que el sol estaba muy alto. Aun

vijábamos a razón de unas cuantas millas por hora. Mirando a través de las espesas cortinillas de mi litera que colgaban de la barra de suspensión, noté con grandísimo placer que habíamos salido de la región pantanosa y que, íbamos subiendo por una llanura en plano inclinado hacia una eminencia. Si era o no la misma loma que desde el canal habíamos divisado, no lo sé, ni tampoco pude saberlo después, porque, como tuvimos ocasión de verlo, estas gentes no son muy amigas de dar informes sobre nada

Después me puse a observar a los hombres que me conducían. Tenían arrogantes formas, ninguno bajaba de los seis pies de estatura y era amarillo el color de su piel. Parecíanse a los somalíes del África Oriental, mas no tenían lanudo el cabello, sino que éste les caía en gruesas guedejas sobre los hombros. Su nariz era aguileña las facciones de la mayor parte eran hermosas realmente, y los dientes en especial, eran muy iguales y blancos. Mas, a pesar de su belleza general, diré que desde luego, me chocó la expresión maligna que en el rostro todos ellos tenían impresa; era de una crueldad tan grande e implacable que parecía hasta inconcebible por lo excesiva en algunos casos, y me repugnó sobremanera. Llamome también la atención el no verlos sonreír siquiera durante todo el viaje. Cantaban a veces la monótona canción de que antes hablé, o si no, callábanse en absoluto con su torva contracción de rostro. ¿De qué raza podrían ser esas gentes? Por más que hablasen un árabe corrompido, ellos no eran árabes, estaba seguro yo de esto: por lo pronto, eran demasiado oscuros, es decir, demasiado amarillos. Lo cierto es que, sin saber por qué, su presencia me infundía cierto terror enfermizo de que yo mismo me avergonzaba

Mientras que así miraba yo y pensaba, vi que otra litera se adelantó hasta ponerse junto a la en que yo iba. Las cortinillas estaban suspendidas, y pude ver que la ocupaba un anciano vestido de luengo traje blanco, hecho, al parecer, de un grosero tejido de hilo que le colgaba con anchos pliegues en torno del cuerpo. Comprendí, desde luego, que ésta era la sombra de alta estatura a que los demás llamaban *Padre*, que reparé en la orilla del canal cuando nos sorprendieron. Era un anciano de muy admirable presencia, su barba blanca era tan larga que flotaba por ambos lados fuera del palanquín, su nariz era corva y sobre ella brillaban un par de ojos tan penetrantes como los de las serpientes; toda su fisonomía en fin, tenía tal expresión de sabiduría y de sardónica penetración que renunció describir.

-¿Estás despierto, extranjero? -preguntó con su voz de bajo profundo.

-¡Sin duda padre mío! -contesté con mucha cortesía porque el instinto me advirtió que debería tratar de conciliarme con este viejo dios de la injusticia

Atusose la bella barba blanca y se sonrió.

-De cualquier tierra que vengas -dijo- se conoce que enseñan en ella a los hombres la cortesía y también, por lo visto, algo de nuestra lengua. Dime ahora extranjero, hijo mío, ¿para qué has venido a este país, que apenas si ha sido hollado por ningún pie extraño en todo lo que recuerdan los hombres? ¿Estáis acaso cansados de vivir, tú y tus compañeros?

-Hemos venido a ver cosas nuevas -contesté con audacia Estábamos cansados de las viejas que conocíamos, y hemos venido aquí por el mar a ver lo que no conocíamos... Pertenece, padre mío, a una valerosa raza que no teme la muerte, con tal, sobre todo, de que se le den algunas noticias antes de morir.

-¡Ejem! ¡ejem!... quizá sea verdad lo que dices es muy duro contradecir a alguno... pero si no fuera por esto, te diría que estás mintiendo, hijo mío... Me atrevo, sin embargo, a decirte que *Quien debe ser obedecida* te dará gusto en lo que deseas.

-Y ¿quién es *Quien debe ser obedecida*? -pregunté curiosamente.

Miró el viejo a los conductores y luego me dijo con cierto retintín que me oprimió el alma:

-Ya lo sabrás, hijo mío, demasiado pronto, si es que a *Ella* se le antoja mirarte en la carne.

-¿En la carne?... ¿Qué quiere decir, mi padre?...

Riose un poco el viejo, pero no me respondió.

-¿Qué nombre tienen los compatriotas de mi padre?

-El nombre de mi pueblo es el de Amajáguer (*el pueblo de las rocas*)

-Y ¿puede preguntar un hijo cuál es el nombre de su padre?

-Mi nombre, es Billali.

-¿Adónde vamos, padre mío?

-Ya lo verás.

Hízoles entonces una señal a sus conductores los cuales echaron a correr hasta que alcanzaron la litera en que iba Job echado con una pierna colgando de fuera; pero no pudo sacarle mucho, sin duda porque vi que sus conductores siguieron en breve corriendo hacia la otra donde iba Leo.

Después, viendo que nada de nuevo ocurría que me llamara la atención, abandoneme al suave balance del palanquín, y me quedé dormido otra vez. Cuando desperté vi que pasábamos por una garganta de monte entre paredones escarpadísimos de formación volcánica pero cubiertos de matas en flor y de hermosos árboles. De pronto hizo un recodo el camino por donde íbamos, y ante mi vista se desarrolló un bello panorama.

Era un profundo valle de cuatro o cinco millas de extensión que tenía la forma de un anfiteatro romano. Los lados de esta especie de gran taza eran riscosos y estaban cubiertos de malezas, pero el centro era una hermosa pradera en la que se levantaban árboles solitarios de magnífica fronda y que regaban serpenteadores arroyuelos. Pastaban en ese rico llano manadas de cabras y de reses mayores, pero no vi ovejas. Así, de pronto, no pude calcular lo que geológicamente este lugar sería, mas luego me vino la idea de que quizá fuera el cráter de un volcán apagado en donde después se habría formado un lago, que se secó de un modo inexplicable. Debo añadir ahora que no andaba yo equivocado en mis apreciaciones pues éstas se robustecieron con lo que luego vi allí, y en otros lugares parecidos que se describirán a su tiempo. Sin embargo, yo extrañaba mucho no ver en este valle señales ningunas de habitaciones humanas, aunque veía muchas personas pastoreando las manadas.

-¿Dónde vivirá esa gente? -me preguntaba.

Mi curiosidad había de satisfacerse en breve. Doblando hacia la izquierda la fila de literas siguió

los riscosos costados del cráter por espacio como de una media milla o quizá menos, y se detuvo. Viendo que mi padre adoptivo, el viejo Billali, salía de la suya hice lo mismo yo, así como Leo y Job. Entonces vi que nuestro mísero compañero, el árabe, Mahomet, yacía de fuerzas exhausto, tirado en el suelo. Le habían obligado a venir andando todo el viaje, y como ya estaba literalmente postrado cuando nos sorprendieron en el canal, su condición, ahora era en verdad lastimosa.

Observando en torno nuestro, vimos que el lugar donde habíamos parado era una especie de plataforma colocada ante la boca de una gran caverna y que sobre ella amontonados, se encontraban todos los contenidos del ballenero, el mástil, la vela y los remos inclusive. También, agrupados allí, vimos a los hombres de nuestro séquito y otros muchos parecidos a ellos. Todos eran altos y bien formados, aunque muy variable el color de su piel, pues algunos eran tan claros como los chinos, y otros tan prietos como Mahomet. No tenían más traje que la piel de leopardo ceñida a la cintura ni más armas, que unas enormes lanzas.

Las mujeres que allí también había gastaban en vez de piel de leopardo, una de gamuza bermeja así como la del *oribè*, pero más obscura. Eran estas hembras de muy agradable presencia en general; tenían grandes ojos negros, facciones muy correctas y una espesísima mata de cabellos oscuros, no de lanas como los negros, sino flotantes y suaves y de todos los matices intermedios entre el color negro y el castaño. Algunas, muy pocas por cierto, llevaban un vestido amarillento de lino, parecido al de Billali, pero más que como un vestido propiamente dicho, llevábanlo cual distintivo de su rango social. No tenían ellas por lo demás, el aspecto del rostro adusto como los varones, pues que a veces, no muy a menudo, sonreían.

Apenas pusimos el pie en tierra ellas nos rodearon examinándonos con curiosidad, pero sin demostrar precipitación. La alta estatura y atléticas formas de Leo, y su hermoso rostro de perfil griego, les llamó evidentemente la atención, y cuando él con mucha política se quitó su casco blanco para saludarlas descubriendo su rizado cabello de oro, corrió entre ellas un murmullo de admiración.

No paró en esto la cosa, pues una de ellas, la más hermosa de las jóvenes sin duda que llevaba traje y tenía el cabello de color castaño, púsose a examinarlo bien desde los pies a la cabeza y luego, adelantándose de un modo que hubiera sido muy agradable a no ser tan determinado, le echó tranquilamente el brazo en torno al cuello, y lo besó en los labios.

Di un gran suspiro, esperando ver a Leo alanceado, en el acto, y Job exclamó:

-¡Descocada!... vamos, ¡no lo entiendo!...

Aunque, de pronto, Leo pareció un poco asombrado, observando luego que habíamos llegado a un país en que seguían las costumbres de los primitivos cristianos, devolvió muy deliberadamente su beso y abrazó a la bella muchacha.

Suspiré otra vez temiendo lo que sucedería pero, para mi gran asombro, aunque algunas de las jóvenes dieron señales de disgusto, las mujeres de más edad y los hombres sólo se sonrieron un poco. Cuando pude enterarme después de las costumbres de este pueblo extraordinario, quedó explicado el misterio. Resulta que en directa oposición con las costumbres de todos los demás pueblos salvajes de la tierra las mujeres de los amajáguers no sólo se hallan en el pie de la más perfecta igualdad con los hombres sino que tampoco están a ellos sujetas por lazo ninguno. La descendencia se computa únicamente por la línea materna y mientras que las personas se enorgullecen de una larga y superior ascendencia femenina no se cuidan, como nosotros en Europa, de reconocer por padre a ningún hombre, aun cuando el parentesco masculino sea indubitable. En cada tribu, que ellos llaman «hogar» no existe, más que un sólo hombre a quien ellos llaman padre, y es éste su jefe inmediato. Por ejemplo, el viejo Billali era el padre, de esta tribu, que consistía de unos siete mil individuos, y nadie más que él tenía allí ese título. Cuando una mujer se encaprichaba con un hombre, demostrábele públicamente su simpatía con un pa-so hacia delante y dándole un beso, tal como esta hermosa y vivaracha señorita llamada Ustane, había hecho con Leo. Si el hombre devolvía el beso era señal de que la aceptaba por compañera y el compromiso mutuo duraba hasta que cualquiera de los dos se aburriera de él.

Cuando se habían concluido las ceremonias osculatorias, y de paso diré que ninguna de las jóvenes quiso acariciarme a mí de este modo, aunque sí a Job, en torno de quien vi dando vueltas a una mujer, lo que causó cierta alarma a este hombre tan mesurado, acercósenos el anciano Billali, y con finos ademanes nos hizo entrar en la caverna. Así lo hicimos, seguidos por *miss* Ustane que se nos pegaba como una sombra a pesar de mis indirectas de que a nosotros nos gustaba mucho andar solos.

Apenas di algunos pasos dentro de la caverna comprendí que no era ésta obra de la Naturaleza sino del hombre. Tendría unos cien pasos de profundidad por cincuenta de anchura y su gran elevación de puntal nos hizo recordar las catedrales. A los lados, a cada doce o quince pasos, había unos pasadizos que, según calculé, conducían a cuevas o habitaciones menores. Como a unos cincuenta pies de la entrada precisamente donde el interior empezaba a oscurecer, ardía una hoguera que lanzaba grandes sombras sobre las oscuras paredes. Ante ella se detuvo Billali, y nos rogó que tomáramos asiento diciendo que nos iban a traer alimentos, y nosotros nos sentamos a esperarlos sobre unas pieles que nos echaron en el suelo. Inmediatamente vinieron unas muchachas trayéndonos en platos y vasijas de barro cocido la colación, que consistió en cabra asada, leche y mazorcas de maíz cocidas. Casi muertos estábamos de hambre, y paréceme que nunca comí con más apetito que aquella vez; efectivamente, devoramos cuanto por delante nos pusieron.

Cuando hubimos concluido la buena refacción, nuestro grave huésped Billali, que nos había estado observando en silencio, se levantó y nos dirigió la palabra. Dijonos que lo que sucedía era una cosa muy rara, que nadie había oído hablar nunca de que extranjeros blancos hubiesen venido en ningún tiempo al país habitado por el Pueblo de las Rocas; que algunas veces muy pocas, sí, habían venido negros, sabiéndose por ellos que existían hombres de piel más clara que la suya que andaban sobre la mar navegando en barcos, mas no había memoria de que hubiesen llegado nunca hasta allí; que se nos había visto tirando del bote en el canal, y francamente nos confesó que había dado órdenes para destruirnos, sabiendo que no era permitido que ningún extranjero penetrase en el país; pero que, en esto, había llegado un mandato, de *Quien debe ser obedecida* disponiendo que no se atentase a nuestras vidas y que se nos trajera al lugar donde estábamos.

-Perdóname padre mío, que te interrumpa pero ¿cómo pudo *Quien debe ser obedecida* saber nuestra llegada si habita más lejos de aquí?...

Miró en torno suyo Billali, y viendo que estábamos solos porque la damisela Ustane se había marchado en cuanto él empezó a hablar me contestó con cierta sorna:

-¿En tu país no hay nadie, que pueda ver sin ojos y oír sin orejas?... No me hagas más preguntas... *Ella* lo supo.

Encogíme de hombros con esto, y él siguió diciendo que no se habían recibido más instrucciones sobre nuestra suerte, y que por eso, él iba a ir a preguntárselas a *Quien debe ser obedecida* a quien también se decía en obsequio a la brevedad *Hiya* o *Ella* que era la reina y mucho más aún, de los amajaguers.

Preguntele que cuánto tiempo estaría ausente, y él me contestó que si viajaba constantemente las noches y los días, estaría de vuelta a los cinco, ya que había muchas millas de pantano entre el lugar donde estábamos nosotros y en el que se hallaba *Ella*. Nos aseguró, sin embargo, que todo se arreglaría para que lo pasáramos bien durante, su ausencia y que como le habíamos sido simpáticos a él personalmente, se alegraría de que la respuesta de *Ella* fuese favorable para la continuación de nuestra existencia por más que no quería ocultarnos que lo dudaba mucho, porque todos los extranjeros que habían llegado a este país durante la vida de su abuela y de su madre, y de la suya pro-pia, habían sido ejecutados sin piedad y de tal modo, que él no nos lo diría para no aterrarnos, y que siempre había sido de orden de *Ella* si no estaba equivocado. *Ella* al menos, nunca dijo que no se matase a alguno.

-Mas ¿cómo puede ser eso? -exclamé. Eres padre mío, un hombre anciano, y el tiempo de que hablas ocupa a tres generaciones por lo menos... ¿cómo pues pudo *Ella* haber ordenado la muerte de nadie al comenzar la vida de tu abuela cuando no es posible que aun hubiera nacido?...

Sonriose otra vez, con su peculiar modo, e inclinándose profundamente, se marchó sin contestarnos nada más, y en efecto, durante los cinco días siguientes no lo volvimos a ver.

Cuando se despidió el Padre pusímonos entonces nosotros a considerar nuestra situación y a discutirla. No estaba yo muy tranquilo a fe. No me placían mucho esos cuentos sobre *Quien debe ser obedecida* o sobre *Ella* para ser más breve, que tan implacablemente ordenaba el sacrificio de los extranjeros. Leo, aunque estaba tan inquieto como yo, se consolaba sosteniendo con aire triunfante que esa *Ella* era sin duda la persona a quien se refería la inscripción del tiesto y la carta de su padre, en prueba de lo cual repetía lo dicho por Billali acerca de su edad y poderío. No estaba yo, tan agobiado por las circunstancias, en disposición de contradecir proposiciones tan absurdas, y convidé a todos a que saliéramos a darnos un baño de que muy necesidades estábamos.

Indicámosle nuestro deseo a un hombre de mediana edad y de aire grave, aun entre tan graves gentes que había quedado para atendernos, al parecer, en la ausencia del Padre, y luego salimos afuera de la caverna después de prender nuestras pipas. Encontramos en el exterior reunida en la plataforma a una verdadera multitud de personas que, evidentemente, esperaban nuestra salida para contemplarnos. Pero al vernos fumar empezaron a escurrirse por todos lados, diciendo que éramos grandes brujos. Nada en verdad, les llamaba tanto la atención como el vemos fumar, ni aun nuestras armas de fuego. Condujéronnos a un arroyo y allí nos bañamos en paz, aunque, algunas mujeres y entre ellas Ustane, demostraban deseo de seguirnos hasta allí.

Acabando de darnos el deliciosísimo baño, vimos que el sol se ponía y ya estaba todo oscuro cuando volvimos a entrar en la gran caverna. Encontrámosla llena de gente, reunida en torno de grandes fuegos que habían prendido en muchas partes que despachaba su comida vespertina a la luz cárdena de las hogueras y de varias lámparas colgantes de las paredes. Estas lámparas eran de barro cocido, de hechura bastante grosera y de muchas formas, algunas no faltas de gracia. Las mayores eran grandes vasijas de barro encarnado llenas de sebo fundido y clarificado, en él se hundía por mecha un junco que pasaba por un agujero abierto en la tapa de madera. Esto, por supuesto, era fastidiosísimo, ya que había que cuidar que la mecha al quemarse no se hundiera pues que no había medio de sacarla fuera luego. Las lámparas portátiles más pequeñas tenían la mecha fabricada de la médula o corazón de una palmera o del tallo de una bellísima variedad del helecho. Esta mecha sobresalía de un agujero redondo en la extremidad de la lámpara al que se adaptaba un agudo pedazo de madera que servía para pincharla y sacarla más, cada vez que daba señales de quemarse muy abajo.

Contemplando a estas gentes tan hurañas estuvimos mientras comían, hasta que al fin nos aburríamos de ello, y de ver pasar las gigantescas sombras en las rocosas paredes por lo que le pregunté a nuestro guardián, si no sería conveniente que nos dijera dónde debíamos acostarnos para dormir.

Lavantose sin decir palabra y tomándome, políticamente de la mano, adelantose con una lámpara portátil en la otra por uno de los pasadizos estrechos que ya noté antes y que se abrían a los lados. Este pasadizo tendría como cinco pasos de profundidad, al cabo de los cuales se ensanchaba de súbito formando una pequeña cueva o habitación, como de ocho pies cúbicos, labrada en la peña viva. A un lado de la habitación había una losa de piedra alzada como tres pies del suelo y de todo el largo de la pieza en la forma en que están las literas, del camarote de un barco, allí me dijo el hombre que habría yo de dormir.

Aquella cuevecita cúbica no tenía ventana ni respiradero ninguno más que el pasadizo, ni ningún mueble y observándola con atención, me figuro que aquello debía de haber servido de sepulcro para los muertos, antes que de dormitorio para vivos, en lo que no me equivoqué tampoco como se verá más adelante. La losa aquella estaba dispuesta para recibir un cadáver. Confieso que el descubrimiento me hizo estremecer a pesar mío, pero, habiéndome hecho el cargo de que tenía que dormir en alguna parte, dominé mi emoción como pude y volví de nuevo a la caverna principal a buscar mi manta y las demás cosas que necesitaba y que estaban allí con todo lo demás, que nos habían sacado del bote, y cargado desde el canal.

Allí me encontré a Job que había sido llevado a un cuarto parecido al mío, y que se había negado absolutamente a dormir en él. Decía que prefería estar muerto de veras y enterrado en la bóveda de

ladrillos de su abuelo, a quedarse allí solo por la noche. Suplicome que lo dejara dormir conmigo, si no tenía inconveniente; a lo que accedí con mucho gusto.

Pasose, sin embargo, la noche de un modo bastante confortable aunque yo tuve la pesadilla de que me enterraban vivo. Por la madrugada nos despertaron grandes trompetazos, producidos, según me informó luego, por un joven amajáguer que soplabla en el colmillo de un elefante colocado a ese mismo efecto en un agujero del muro de su cuarto.

Obedientes a la llamada nos levantamos y fuimos a lavarnos al arroyo; después de lo cual nos sirvieron el almuerzo. Durante éste, una mujer algo jamona ya se adelantó, y abrazó y besó a Job públicamente. Como impulsado, por un resorte, púsose él de pie y le dio un empujón a la mujer alegre comadre de más de treinta años, apartándola lejos de sí.

-¡Ah, no!... ¡jamás, jamás!... -exclamó él.

Mas ella volvió y lo besó de nuevo.

-¡Fuera de aquí!... ¡lárguese usted de aquí, mala pécora!... -voceaba él esgrimiendo la cuchara de palo con que almorzaba y metiéndosela por los ojos a la mujer... -¡Ustedes me dispensarán, caballeros!... ¡Ustedes son testigos de que yo no le he dado alas para tanto!... ¡Dios mío, ahí vuelve, otra vez!... Sujétela ahora, mister Holly!... Yo no puedo sufrir esto, en verdad!... ¡Señores esto no me ha sucedido nunca!... ¡Repugna a mi carácter!... Y con esto arrancó a correr con toda la fuerza de que era capaz por la caverna y por primera vez vi reír con ganas a los amajáguers.

Mas la mujer no reía por cierto. Allí se quedó ella rechinando los dientes y toda estremecida por la cólera. Viéndola ahora me lamentaba de que los escrúpulos de Job fueran tantos, maliciosamente pensé que su admirable conducta era una amenaza para nuestros pescuezos, y el que siga leyendo verá que no había pensado mal.

Habiéndose retirado la señora volvió Job a sentarse en un gran estado de nerviosismo, fijando una vaga mirada sobre todas las mujeres que se le acercaban. Púseme entonces a explicarles a mis huéspedes que Job era un hombre casado cuya doméstica experiencia había sido muy mala lo que explicaba su presencia allí mismo y el terror que les tenía a las mujeres en general, pero mis explicaciones fueron recibidas con un silencio de mal agüero. Era evidente que se consideraba la conducta de nuestro empleado, como desdeñosa hacia toda la tribu, por más que las mujeres a usanza de sus civilizadas hermanas, se divertían con el desprecio sufrido por su compañera

Muy perplejos estábamos al principio sobre cuál sería el origen y la organización social de esas extraordinarias gentes pues eran ellas en estos puntos singularmente incomunicativas. Pero al cabo de cuatro días, que pasaron sin que ocurriera nada de particular algo supimos por la amiga de Leo, Ustane, que no se separaba de él ni un momento. En cuanto al origen de los amajáguers, ella nada sabía. Nos informó, sin embargo, que existían terraplenes y obras de cantería en el lugar donde *Ella* habitaba y que a este punto le decían Kor; allí, según los sabios, había habido casas en un tiempo muy remoto, habitaciones de los hombres de quienes los amajáguers descendían. Nadie, empero, se atrevía a acercarse a estas ruinas, porque estaban llenas de duendes y sólo se contemplaban desde lejos. También en otras partes del país se veían más ruinas por el estilo de esas de Kor, en los puntos en que las montañas se elevaban sobre el nivel de los pantanos. Probablemente, las cavernas fueron obra asimismo de los que fabricaron las ciudades destruidas. En cuanto a las leyes escritas, no las conocía el Pueblo de las Rocas, su derecho era del todo consuetudinario, pero los obligaba tanto como si fuera expreso. Si alguien faltaba contra estas costumbres se le condenaba a muerte y se le ejecutaba por orden del Padre de la tribu. Preguntele que cómo se llevaba a cabo la sentencia: ella se sonrió y me dijo que, quizá, ya lo vería algún día.

Pero los amajáguers tenían una reina. Ésta era *Ella*. No se le podía ver sino muy raramente; una sola vez quizá cada dos o tres años, cuando salía a sentenciar a los criminales. Presentábase entonces embozada en una gran capa de modo que no se le veía ni el rostro. Los servidores que tenía eran sordomudos, nada, por tanto, podían contar de *Ella*, pero se decía que era más hermosa que ninguna otra mujer. Decíase también, que era inmortal y que su poder se extendía sobre todas las cosas, mas ella, Ustane, no podía asegurar nada sobre es-to. Lo que ella creía era que la reina de tiempo en tiempo elegía un esposo, y que cuando tenía de él una niña condenábase a muerte al esposo que desaparecía. La niña crecería luego ocupando el lugar de la reina cuando ésta moría y su cadáver sería colocado dentro de las grandes cavernas. Mas sobre estas cosas nadie podía decir de cierto nada sino que *Ella* era obedecida por toda la tierra aquella y que la mera discusión de sus órdenes era la muerte segura. *Ella* tenía su guardia mas no ejército.

Pedíle noticias luego sobre el país y sobre el número de los habitantes.

Contestome que ella sólo conocía unas diez tribus como la suya incluyendo en este número la de la reina. Que todas las tribus vivían en cavernas labradas en montes parecidos a aquel, que sobresalían de un inmenso pantano, el cual no podía atravesarse sino por sendas secretas. A veces las tribus se hacían la guerra entre sí, hasta que *Ella* daba la orden de que cesase lo que inmediatamente se realizaba. Estas guerras y la fiebre que se contraía al cruzar por los pantanos, era la causa de que no creciese demasiado el número de los habitantes. Los amajáguers no tenían relaciones con ningún otro pueblo ni había, a la verdad, ningún otro pueblo que pudiera llamarse limítrofe, ni que fuese capaz de cruzar aquella ilimitada ciénaga. Una vez, un ejército que vino del «gran río» (el Zambesi, probablemente), trató de conquistarlos; pero se extravió en los pantanos, y viendo por la noche las grandes bolas de fuego que por ellos se mueven creyéndose que eran del campamento enemigo, trataron de acercarse a ellas y con esto perecieron en gran número. Los demás hombres de aquel ejército murieron de fiebre y hambre: no recibieron ni un solo golpe. Nos aseguró que los pantanos aquellos eran absolutamente intransitables para todos los que no conociesen sus sendas, y añadió que nosotros no habríamos llegado nunca al lugar adonde estábamos a no haber sido conducidos, lo que ninguna dificultad tuve en creerle. Estas y otras cosas supimos por Ustane en los cuatro días que pasaron antes de que comenzasen nuestras verdaderas aventuras, y a la verdad que nos dieron bastante en qué pensar. Todo aquello era excesivamente notable casi increíble y lo más raro del caso es que correspondía más o menos con la antigua inscripción del tiesto de ánfora.

Así pues, resultaba cierto que existía una reina a quien el rumor público concedía atributos

maravillosos y tremebundos, y que era impersonalmente nombrada por el título de *Ella*, que nada concreto significaba para mi inteligencia. Yo no podía dar ninguna explicación sobre este punto, ni Leo tam-poco, aunque él estaba muy satisfecho de verme vencido a mí, que tanto me había burlado de las sugerencias de sus antepasados, mientras que él en el fondo, siempre las había creído. En cuanto a Job, no decía nada: hacía ya tiempo que había abandonado la pretensión de servirse de su juicio, y dejaba flotar su razón a la merced del mar de las circunstancias. Y Mahomet, que era tratado con sumo desprecio por los amajáguers, aunque con mucha cortesía, estaba poseído de un grandísimo espanto, cuya causa yo no podía averiguar. Pasábase todo el día sentado en un rincón de la cueva rogándole a Alá y a su profeta que lo protegiesen. Instele que me contase lo que le pasaba y entonces me confesó que su terror provenía de que aquellas gentes no eran tales hombres y mujeres sino demonios, y el país todo era tierra encantada y a fe que yo, después de esto, estuve varias veces tentado de creer que tenía mucha razón el grueso árabe.

Así pasaba el tiempo hasta que llegó la noche del cuarto día después que Billali se había marchado, cuando se efectuó un incidente que merece contarse:

Sentados estábamos nosotros tres con Ustane, en torno de una hoguera en la caverna poco antes de irnos a acostar, cuando, de repente, la joven que había estado muy silenciosa y pensativa se puso de pie y colocando las manos sobre los cabellos rubios de Leo, comenzó a cantar. Aún ahora puedo evocar aquella apariencia de su bella y altiva figura iluminada en partes por los vacilantes y rojizos reflejos de las ramas, y cubierta en parte de sombras densas, que de pie se alzaba en medio de la más fantástica escena que he presenciado en mi vida. Con su canto que era una especie de recitado melódico, la muchacha parecía descargarse del peso de sus zozobras y tristes pensamientos. Ella cantaba poco más o menos lo que sigue:

«¡Tú eres mi selecto!... ¡Esperándote estuve desde que era niña!... ¡Eres muy hermoso!... ¿Quién tiene como tú, cabellos de oro, ni la piel tan blanca?... ¿Quién tan vigoroso el brazo, ni quién es tan viril?... El color del cielo tienen tus ojos, que brillan como las estrellas... ¡Eres perfecto!... Tu dulce fisonomía hizo tornarse a ti mi corazón... ¡Ay! Cuando sobre ti cayó mi mirada te deseé al punto... y te tomé, amado mío; y te abrazo ahora estrechamente, para que no te resulte mal ninguno... ¡Ay! con mis cabellos he cubierto tu cabeza para que no la hiriera el sol... ¡Y toda he sido tuya y tú fuiste mío todo también!... Mas así fue por corto espacio, hasta que el Tiempo engendró un Día aciago, y entonces... ¿qué pasó?... ¡Ay! ¡Amado mío, no lo sé!... Después, no te vi más... ¡Quedé hundida en la tiniebla!... ¡La que es más poderosa te tornó para sí! ¡Ay! ¡Ella es más hermosa que Ustane!... ¡Y empero, tú te volviste y me llamaste!... Mas *Ella* con todo, prevaleció por su belleza y te condujo por lugares horribles... Y entonces... ¡ay! entonces amado mío»...

Interrumpiose de pronto esta rara mujer en su discurso o cántico, que para nosotros no era sino ininteligible armonía pues que no podíamos comprender cuál fuese su objeto, y quedose inmóvil, con las pupilas fijas en un punto del espacio, como si penetrase con los ojos en la obscura profundidad del futuro. Vaga luego se le tornó la mirada expresando el espanto, y cual si quisiera examinar algo indeciso, pero horrible. Alzó la mano de la cabeza de Leo y, tendiendo el brazo, señaló a un lugar en la sombra. Miramos allí todos y no vimos nada... Mas ella sí veía o se figuraba ver algo que tanto afectó a sus férreos nervios, que de súbito cayó, sin decir una palabra más, sin sentido, a nuestros pies.

Leo, que se iba aficionando de veras a esta joven se alarmó mucho, y yo, ¿por qué no he de ser franco? sentí así algo como un terror supersticioso. La escena me había impresionado, en efecto.

Muy pronto, sin embargo, la muchacha se repuso.

-¿Qué quisiste decirnos, Ustane? -le preguntó Leo que, gracias a sus largos años de aprendizaje, hablaba el árabe con mucha facilidad.

-Nada amado mío -contestó ella con forzada sonrisa. No he hecho más que cantarte a la manera de mi país. Nada quise decir, es claro. ¿Cómo iba yo a hablar de lo que no ha pasado aún?...

-Pero díganos lo que ha visto, Ustane -insistí yo, mirándola de hito en hito.

-¡No, no he visto nada! -replicó de nuevo. No me pregunten más, lo que he visto... ¿Por qué habría de asustarlos?... Tomó entonces con sus ma-nos la cabeza de Leo, y mirándolo con una expresión de ternura que no he visto igualmente reflejada en otro rostro de mujer ninguna, salvaje ni civilizada, lo besó en la frente como una madre, y le dijo:

-Cuando ya no esté contigo, amado mío, cuando durante la noche extiendas la mano y no me encuentres a tu lado, piensa en mí algunas veces porque yo te amo mucho, aunque no sea digna de lavar tus pies. Y ahora ¡amémonos!... gocemos del momento presente y seamos dichosos, porque en el sepulcro no hay amor, ni calores ni besos... No hay nada quizá, o nada sino la amargura de lo que hemos visto. Esta noche las horas nos pertenecen, ¿qué sabemos, nosotros a quién pertenecerán mañana?...

VII EL FESTÍN

Al día siguiente de este notable episodio, propio para impresionar a cualquiera, más por lo que sugería o advertía que por lo que realmente revelaba, se nos comunicó que aquella misma noche se verificaría un festín para honrarnos. Traté cuanto pude de hacer que nos desahorasen la asistencia expresando que éramos gentes modestas enemigas de que nos festejasen mas como noté que mis disculpas eran acogidas con silencioso disgusto, creí prudente sellar los labios.

Así, pues, poco antes de ponerse el sol, vinieron a avisarme que todo estaba ya dispuesto.

Acompañado de Job, entré en la caverna y allí nos encontramos a Leo, seguido como siempre, de Ustane. Acababan de volver de un paseo, y entonces fue que se enteraron de lo que se trataba. Cuando a Ustane se lo dijimos, pintósele una expresión de horror en las hermosas facciones. Volvióse y, sujetando por el brazo a un hombre que pasaba le preguntó algo, que no oí, con imperioso tono. La contestación parece tranquilizarla un poco, mas era evidente que no la satisfizo. Trató luego como de hacerle alguna reconvencción al hombre, que tenía entre ellos cierta autoridad pero él le contestó con ira y se desasíó de ella y después, como si hubiera cambiado de idea llevóla de la mano, y sentándola ante el fuego, entre él y otro hombre, discutieron un poco, y noté como que ella por alguna razón poderosa se sometía a lo que le decían.

El fuego de la caverna era aquella noche mayor que las otras y en torno suyo, reunidos, había como treinta y cinco hombres y dos mujeres: Ustane y aquella que había hecho a Job desempeñar el cas-to papel del bíblico José. Los hombres como de costumbre, guardaban un absoluto silencio, y todos ellos tenían detrás de sí sus grandes lanzas, clavadas derechas por el cabo en unos agujeros *ad hoc* abiertos en el suelo. Uno o dos de ellos solamente estaban vestidos del traje amarillento de li-no de que ya he hablado; los restantes nada tenían puesto encima sino sus pieles de leopardo, alrededor de la cintura

-¿Qué tramarán ahora? -preguntó Job con desconfianza. Ahí está otra vez esa mujer... ¡qué Dios nos asista! De seguro que no será por mí por quien viene ella que no le he dado alas...

La verdad es que cada vez que reparo bien a esta gente se me pone la carne cual de gallina... ¡Cómo! también convidan a Mahomet... véanlo... ¡Y con qué cortesía y finura lo trata mi señora de marras!... ¡Bueno! después de todo me alegro que no se haya dirigido a mí.

Efectivamente, vimos cómo la mujer sacaba de su rincón al mísero Mahomet, que presintiendo fuertemente sin duda algún horror próximo, venía todo estremecido e invocando por lo bajo a Alá. Parecía resistirse a venir con la mujer, aunque no fuese más que porque se consideraba demasiado honrado, ya que hasta entonces se le había llevado siempre la comida a su rincón. De todos modos, notaba yo que debía estar acometido de gran terror, porque las trémulas piernas apenas si podían sostenerle el corpachón, y creo que se resolvió a ir donde querían, más que solicitado por las gracias de la dama que lo conducía por los recursos del barbarismo personificados tras él por un enorme amajáguer portador de una lanza de proporcionada enormidad.

-Pues señores -díjeles a mis compañeros, no me gusta ni un poquito la manera de presentarse las cosas. ¿Traen ustedes consigo los revólveres? Examinémoslos a ver si están corrientes.

-Yo traigo el mío, señor -dijo Job tocándose el colt; -pero mister Leo no porta más que su cuchillo de monte, bastante grande por cierto.

Comprendiendo que no había lugar para ir por el arma que faltaba nos adelantamos valientemente y nos colocamos todos en fila sentándonos con las espaldas apoyadas en la pared.

Apenas nos vieron sentados empezaron a hacer pasar a la redonda una gran jarra que contenía un líquido fermentado, el cual, a la verdad, no tenía muy mal sabor, aunque, en ocasiones descomponía el estómago, que fabrican machucando un grano pequeño y oscuro que crece en mazorcas sobre la espiga muy parecido a lo que en África del Sur se conoce con el nombre de maíz kafir. El vaso en que este líquido se servía era muy curioso y como se parecía a casi todos los que están en uso entre los amajáguers, trataré de describirlo. Son de antíquisima manufactura y de diversos tamaños y deben haber sido hechos hace cientos, o mejor dicho, miles de años. Se encuentran en los sepulcros de las cavernas que describiré en su ocasión debida y yo era de opinión que, conforme a la costumbre de los egipcios, con los que debieron estar relacionados los habitantes anteriores de este país, sirvieron para colocar en ellos las vísceras de los muertos. Leo, sin embargo, decía que eran puestos en los sepulcros, como las ánforas etruscas, meramente para el uso espiritual de los difuntos.

Por lo común estas vasijas tienen dos asas, y como ya dijimos, las hay de cerca de tres pies de alto y de otros tamaños hasta el de tres pulgadas. Su forma varía mucho, pero siempre es bella y graciosa y el grano del barro, aunque un poco áspero, es muy negro y fino. Sobre este fondo negro se notan en ellas grabadas, figuras de mucha más verdad y gracia que en la mayoría de las antiguas vasijas que yo he visto, y algunos de estos dibujos representan escenas de amor con una sencillez tan pueril y tanta libertad de expresión, que no sería aceptada por el gusto contemporáneo. Otras representaban danzas de muchachas, y otros episodios de caza: el vaso, por ejemplo, de que en aquella ocasión bebíamos, tenía por un lado un dibujo que representaba con bastante viveza varios hombres aparentemente de raza blanca atacando a un elefante con lanzas, y del otro lado no tan bien sacado, un cazador disparándole flechas a un antílope que iba corriendo.

Para tan crítico momento como aquel, esta es una digresión; pero no tan larga como puede creerse porque una hora entera se pasaron los concurrentes sin hacer nada más que echarle combustible a la hoguera de cuando en cuando y pasarse la vasija continente de la bebida. Nadie, hablaba una palabra. Estábanse allí sentados en absoluto silencio, mirando el fulgor de las llamas y las grandes sombras, que producían las lámparas de barro que, entre paréntesis, no eran como las vasijas de fabricación antigua. En el espacio abierto que se hallaba entre el hogar y nosotros, encontrábase colocada una gran artesa de madera con cuatro pequeñas asas, exactamente igual a la de nuestros carniceros, mas sin ahuecar, y al lado suyo había unas enormes pinzas de hierro y otras semejantes del otro lado del hogar. No sé por qué, mas no me daba buena espina la presencia de la artesa y de las pinzas. Meditaba yo en el entretanto, mirando a esos objetos y al círculo silencioso de

aquellos hombres de rostro tan fiero y duro, en que el espectáculo que ofrecían tenía bastante de terrible y que nos hallábamos en poder y a la merced de tan inquietantes gentes; que para mí, al menos, lo eran, tanto más cuanto que desconocía por completo su verdadero carácter. Podían ser mejores de lo que yo me figuraba y también, quizá, peores. Pero me inclinaba a creer lo último, y no me equivoqué...

Mas ¿qué raro festín era aquel en que no había nada de comer?

Al fin, y precisamente cuando empezaba ya a sentirme como hipnotizado, se notó un movimiento en aquella reunión.

De pronto, un hombre que se hallaba del otro lado del fuego, gritó en voz alta:

-¿Adónde está la carne que comeremos?...

Todos los que estaban allí extendieron entonces el brazo derecho hacia el fuego y contestaron a la vez con un tono lento y profundo:

-La carne llegará.

-¿Es una cabra? -preguntó el mismo hombre.

-Es una cabra sin cuernos, y aun más que una cabra que nosotros mataremos -contestaron del mismo modo simultáneamente, volviéndose un poco y poniendo la mano sobre las picas que detrás tenían.

-¿Es buey? -exclamó de nuevo el corifeo.

-Es un buey sin cuernos, y más que un buey que nosotros mataremos.

E hicieron la misma pantomima que antes, volviéndose agarrando y soltando a un tiempo las lanzas.

Hubo entonces una pausa y luego noté con horror que la mujer sentada junto a Mahomet empezó a acariciarlo dándole palmaditas en los carrillos y llamándole con dulces nombres cariñosos, mientras que con ojos feroces recorría todo su cuerpo. No sé por qué la escena me espantaba tanto, pero a todos nos sucedió lo mismo, a Leo sobre todo. ¡Eran tan serpentinas aquellas caricias, tan evidentemente parte de algún ritual funesto que se estaba verificando!... ⁷ Veía al mísero Mahomet ponerse lívido bajo su tez obscura lívido de terror.

Después me enteraron de que el objeto de estas caricias hechas a la víctima era el de hacerle creer que se le quería mucho para que muriese luego en mejor disposición de ánimo y más contenta.. L. H. H.

-¿Está ya la carne preparada para asar? -preguntó la voz con más rapidez.

-¡Ya lo está! ¡Ya lo está!

-¿Está la vasija caliente? -añadió chillando de un modo tan atroz que los ecos de la caverna lo repercutieron adoloridos.

-¡Caliente está! ¡Caliente!

-¡Cielo santo! -exclamó Leo. Recuerda la inscripción: «el pueblo que coloca vasijas sobre la cabeza de los extranjeros»

Y al decir Leo estas palabras, aun antes de que pudiéramos movernos, de que siquiera nos hiciéramos cargo de lo que significaban, dos de aquellos grandes desalmados saltaron de sus puestos y apoderándose de las pinzas las hundieron en el fuego, y la mujer que acariciaba a Mahomet sacó de súbito de su cinturón una soga anudada en lazo corredizo y echóse la por los brazos, mientras que los hombres que junto a él estaban lo sujetaban por las piernas. Los dos de las pinzas dieron una sacudida y desparramando las brasas sobre el suelo rocoso, sacaron de entre ellas una gran vasija de barro calentada al rojo blanco. De un salto llegaron donde Mahomet se estaba debatiendo, luchando como un demonio, gritando en el abandono de su desesperación, y a pesar del lazo, que lo ligaba y de los esfuerzos de los que le sujetaban las piernas, los infames que llegaron no podían cumplir su propósito, que por horrible por increíble que parezca, era nada menos que colocarle la abrasadora vasija sobre la cabeza.

Salté sobre mis pies dando un grito de horror y tirando de mi revólver lo disparé, llevado por el instinto, sobre la diabólica mujer que había estado acariciando a Mahomet y que ahora trataba de sujetarlo entre sus brazos. Hirióla el proyectil en la espalda y la mató; y aun hoy me alegro de ello porque, como después supe, ella fue la causa de todo aquello, pues aprovechándose de las costumbres antropófagas de los amajáguers, así lo había organizado su malicia para vengarse del desprecio que le hiciera Job. Cayó muerta pues y con gran asombro y terror mío, Mahomet dio al mismo tiempo un salto formidable soltándose de sus verdugos, para caer moribundo también sobre el cuerpo de la mujer. La gruesa bala de mi colt había atravesado ambos cuerpos, hiriendo a la matadora y evitándole a la víctima otra muerte cien veces más cruel. Fue un accidente aquel tan atroz como piadoso.

Reinó por un momento un silencio de asombro. Ellos nunca habían oído la detonación de un arma de fuego, y sus efectos, los sorprendieron. Mas, bien a prisa recobraron el dominio de sus sentidos, y uno que estaba más próximo a nosotros echó mano a su lanza y la blandió como para herir a Leo.

-¡Corramos, amigo! -exclamé yo entonces. Y dando el ejemplo me dirigí hacia el fondo de la cueva con la velocidad de que mis piernas eran capaces. Habríame lanzado en dirección contraria si hubiera sido posible; mas, había mucha gente en el camino, y observé también que sobre el fondo del cielo, en la entrada del subterráneo, se destacaban las formas de una multitud. Cueva adentro, pues corría y tras mí los camaradas, y después, cual un trueno, todo el mentón de los caníbales enfurecidos por la muerte de la mujer. Salté sobre el cuerpo del infeliz Mahomet, sintiendo al pasar en las piernas el calor de la vasija enrojecida que yacía junto a él en el suelo, y al fulgor suyo pude ver que las manos del árabe se estredecían todavía débilmente. En el fondo de la cueva había una pequeña plataforma de piedra como de tres pies de alto por ocho de fondo, sobre la cual se colocaban dos

lámparas durante las noches. No sé, por lo menos entonces no lo sabía, si esta plataforma se había dejado así como un asiento por los que labraron la caverna o si era simplemente un pedazo que no habían tenido tiempo de concluir; pero nosotros lo asaltamos, de todos modos, dispuestos a

defendernos desde allí y a vender muy caro nuestras vidas. Por algunos instantes la turba que nos perseguía se detuvo indecisa al ver que le dábamos la cara. Job estaba a un lado de la meseta a la izquierda, Leo en el medio y yo a la derecha. Detrás de nosotros quedaban las lámparas. Leo se inclinó un poco hacia delante, como para contemplar aquel largo tubo subterráneo sombrío que terminaba en la hoguera y en el cual se movían con cierta lentitud las negras formas de nuestros feroces enemigos, en cuyas lanzas se reflejaban las luces y que hasta en su furor eran callados como *los bulldogs*. También podíamos divisar desde allí el siniestro fulgor de la vasija destacándose en la negrura del suelo. Una luz rara brotaba de las pupilas de Leo y su rostro hermoso parecía de mármol.

Empuñado en la derecha tenía su cuchillo de monte. Subiose un poco en la muñeca la correa del mango, y echándome luego el brazo al hombro me dio un gran apretón.

-¡Viejo mío, adiós! -me dijo- ¡querido amigo, más que padre! No hay recurso contra esta canalla: en breve acabarán con nosotros y nos comerán luego, según creo. ¡Adiós! Yo he sido quien te metió en esto. ¡Perdóname por ello! ¡Adiós también, Job!

-¡Hágase la voluntad de Dios! -exclamé yo disponiéndome para mi fin. Job en ese instante dio un grito y disparó su revólver hiriendo a un hombre... pero no al que había apuntado, porque nada estaba más seguro que aquello a que Job dirigía la boca de su arma

Y la turba vino contra nosotros como un turbión, y yo disparé con la rapidez que pude y los contuve un tanto. Entre Job y yo herimos, mortalmente y matamos antes de vaciar nuestras pistolas como a cinco hombres sin contar la mujer. Pero no tuvimos tiempo para cargarlas de nuevo, porque otra vez nos asaltaron con una furia que era espléndida en verdad, si se considera que ellos no sabían si nosotros podíamos seguir disparando indefinidamente.

Un mocetón saltó la plataforma y Leo lo mató de una puñalada atroz. Lo mismo hice yo con otro; pero Job erró su golpe y lo vi arrebatado de su puesto entonces por un musculoso amajáguer que lo abrazó por el medio del cuerpo.

Cayósele de la mano en esto el cuchillo, que no estaba sujeto por una correa pero, afortunadamente para Job, cayó el mango primero sobre el borde de la plataforma a tiempo que el salvaje se apoyaba en ella, y se le clavó la punta en el costado. No sé luego lo que le resultaría a Job, pero me figuro que se quedó tranquilo haciéndose el muerto sobre el cadáver de su antagonista *remedando al opossum*,⁸ como dicen los americanos. Yo, en tanto, vime enredado en una terrible lucha cuerpo a cuerpo con dos salvajes que para fortuna mía no tenían lanzas, y la gran fuerza física que me donó la Naturaleza me sirvió entonces por vez primera en mi vida de una eficazísima manera. Dile con tal vigor a uno de ellos en el cráneo con mi cuchillo, casi del tamaño de una espada corta que el agudo filo de acero le hendió el hueso hasta los ojos, mas que

⁸ El opossum (*Didelphis virginiana*) es un animal propio de Norte América poco más grande que una rata, peludo, de piel apestosa pero de carne buena para comer. Se finge el muerto cuando los cazadores van a cogerlo: de ahí la expresión: «playing opossum»

dose presa la hoja y al caer de súbito el hombre sobre un costado, fuéseme el arma de la mano.

Otros dos saltaron sobre mí. Observélos bien y echándole un brazo a cada uno de ellos por la cintura todos tres caímos de la plataforma sobre el suelo de la cueva batallando ferozmente. Eran los dos hombres fuertes; pero yo estaba rabioso, poseído de esa tremenda sed de matanza que se apodera del corazón del hombre más civilizado cuando se halla en medio de las refriegas en que la muerte y la vida no se cuentan para nada. Ceñían mis brazos a los dos grandes demonios aquellos apretándoles tanto, que sentí sus costillas crujir y hundirse a mi presión. Retorcíanse y doblábanse como sierpes y me herían con las uñas y me golpeaban con los puños, mas yo les apretaba. Hallábame tendido boca arriba de modo que sus cuerpos me defendían de las lanzadas de los otros, y mientras que lentamente los mataba ¡rara ocurrencia! Pensando estaba en lo que dirían mis cole-gas de la Universidad de Cambridge, si por maravillosa clarividencia me pudieran contemplar enfrascado en tan sangriento empeño. Mis antagonistas ya no luchaban, no alentaban tampoco, estaban moribundos, pero no quise soltarlos aún porque morían muy despacio. Podían revivir si los soltaba. Los demás salvajes probablemente creerían que los tres estábamos muertos, nos encontrábamos en la oscuridad de un ángulo, y no se ocuparon más de mí.

Volví entonces como pude la cara y vi que ya Leo no estaba sobre la meseta. De pie se hallaba aún, mas en el centro de una revuelta masa de hombres que furiosamente pugnaban por vencerle. Su pálida frente, coronada de rizos de oro, surgía sobre todos -él mide seis pies y dos pulgadas- y reparé que combatía con una resignación tan bella y tan enérgica a la vez que daba horror al verle. Hundióle su cuchillo a un hombre; estaban todos tan pegados y revueltos que no podían usar sus grandes lanzas y los salvajes no tenían armas cortas. El herido cayó y no sé cómo le arrancaron a Leo su cuchillo del puño, dejándolo indefenso, creí que ya todo concluiría. Pero no, con un súbito esfuerzo desprendiose de todos, agarró el cadáver del hombre que acababa de matar, y levantándole bien en lo alto, lo lanzó al grueso de sus atacadores tumbando con el peso del muerto e impulso del choque, a cuatro o cinco de ellos al suelo. Pero se levantaron a prisa todos menos uno que se fracturó el cráneo, y se le echaron encima de nuevo, y así, lentamente, bregando con infinita labor, aquellos lobos consiguieron dominar a un león. Resurgió, sin embargo, un momento Leo, y derribó a otro de un puñetazo, mas ya era demasiado hacer para un hombre solo contra tantos, y al fin cayó sobre el suelo de piedra como cae un roble con todas sus ramas, arrastrando consigo a cuantos en torno se le colgaban. Sujetáronle entonces por los brazos y las piernas desembarazando el cuerpo.

-¡Trae una lanza! -gritó uno. Una lanza para abrirle el cuello, y una vasija para recoger la sangre. Cerré los ojos porque vi que un hombre se acercaba con la lanza y porque me sentía debilitándose tanto, que no me podía mover, y que los dos que tenía encima no habían muerto del todo aún.

Oí un rumor entonces, abrí los ojos otra vez a pesar mío y miré. Vi que la muchacha Ustane se

había lanzado sobre la postrada forma de Leo cubriendo el cuerpo con el suyo y abrazándose a su cuello. Los salvajes trataban de arrancarla de allí, pero ella enredó sus piernas con las de su amante, apretándolo como la enredadera al árbol. Trataron de hundirle la pica en el costado, pero ella pudo escudarlo de modo que sólo le hirieron.

Perdieron, al fin, la paciencia.

-¡Atravesad juntos con la lanza a la mujer y al hombre! -gritó la voz misma que había hecho las preguntas durante la fiesta a las que contestaba el coro. ¡Así quedarán casados de verdad!...

Vi entonces prepararse a hacerlo al hombre que tenía la pica... vi la punta de acero helado brillar en lo alto, y otra vez cerré los ojos.

Pero al cerrarlos... resonó como un trueno, repetida por los ecos del antro, la voz imperiosa de un hombre:

-¡Deteneos!...

Desmayeme en ese mismo instante, pasándome por la mente al obscurecerse ella que me sumía en el postrer olvido de la muerte.

VIII UN PIECECITO

Cuando volví en mí del desmayo, encontré tendido sobre una piel, no lejos del fuego, en cuyo torno se nos había reunido para la abominable fiesta. Junto a mí yacía Leo, sin sentido aún, al parecer, y se inclinaba sobre él la alta muchacha Ustane lavándole una herida de lanza que tenía en el costado, antes de vendársela con una faja de lienzo. Por detrás de ésta y reclinado contra la pared de la caverna vi a Job, que no estaba herido por lo visto, aunque sí todo contuso y trémulo todavía del combate. Al otro lado del fuego, arrojados en desorden como si ellos mismos se hubieran echado a dormir de cualquier modo en un momento de absoluta extenuación, vi los cuerpos de los que habíamos matado en nuestra espantosa lucha por la existencia. Los conté eran doce; además, la mujer, causa de todo, y el pobre Mahomet, con la vasija manchada por el fuego al lado, estaban colocados al extremo de aquella fúnebre fila. Hacia la izquierda cierto número de hombres estaban ocupados atando a los caníbales supervivientes codo con codo y por pares, a cuya operación los bellacos se sometían con desdenosa indiferencia que mal se avenía al burlado furor que lucía en sus feroces ojos. En frente a estos hombres y como dirigiendo la maniobra hallábase nada menos que nuestro amigo Billali. Parecía más fatigado que otra cosa pero tan partiarcal como nunca con su flotante barba y tan frío y despreocupado como si sólo asistiera a una escogida de ganados.

Volvió hacia nosotros la cara y al notar que yo me movía se dirigió a mí y con la mayor cortesía me preguntó si estaba mejor. Yo le contesté que apenas si sabía como me hallaba pero que sí sentía que todo el cuerpo me dolía. Inclínose entonces a examinar la herida de Leo, y luego dijo:

-Es una fea cuchillada mas no ha interesado las entrañas. Curará de ella

-¡Gracias a tu llegada tan oportuna padre mío! -le contesté- si no hubiera sido por ella con otro minuto más, todos estaríamos ya fuera de cura porque esos diablos hijos tuyos, nos habrían matado como a nuestro criado, y señalé a Mahomet.

El anciano rechinó sus dientes y vi que sus ojos lanzaron un relámpago de ira.

-No ternas -me respondió con retintín de malignidad indefinible- que se le vengará de un modo tal, que el contarle solamente haría retorcerse la carne sobre los huesos. A *Ella* serán presentados, y el castigo será digno de su grandeza. Este hombre -dijo señalando a Mahomet- habría sufrido con la vasija una muerte piadosa comparada con la que tendrán esos otros hombres-hienas. Mas, cuéntame te lo ruego, cómo pasó todo.

En pocas palabras le dije lo que había sucedido.

-Ya ves hijo mío; que aquí hay la costumbre de que los extranjeros perezcan «por la vasija», para ser comidos luego.

-Es una hospitalidad al revés -contesté débilmente. En nuestro país se festejan, se les da de comer a los viajeros, y ustedes se los comen y se festejan a sí propios.

-Cuestión de costumbres -contestó encogiéndose de hombros. Yo creo que la nuestra es mala. Por lo demás -añadió después de un rato- a mí no me gusta el saber de los extranjeros, sobre todo después que han andado mucho tiempo por los pantanos, alimentándose de aves silvestres... Cuando *Quien debe ser obedecida* envió la orden de que no se les matara a ustedes no dijo nada del negro, así es que, estos hombres siendo hienas, ansiaban su carne, y la mujer que tan bien hiciste en matar, los convenció de que debían *envasijarlo*. Ya se les premiará por ello. Más valiera que nunca hubieran visto la luz... ¡Más valiera! que arrostrar la ira de *Ella*, ira tremenda... ¡Dichosos son los que por vuestra mano han muerto!... ¡Y sabes también -continuó- que has reñido con tus compañeros un hermoso combate! ¡Sabes que tú, *Babuino* de largos brazos, has aplastado las costillas de esos dos que están allí tendidos, como si fueran cáscaras de huevos!... ¡Y ese mozo, *El León!*... Famosa defensa la que hacía él solo contra tantos... a tres mató en el acto; aquel otro -y señaló a un cuerpo que aun se estremecía un poco- no durará mucho, pues que tiene bien rota la cabeza y varios de esos que están atados también tienen heridas. Fue brillante la contienda por cierto, y tú y tus amigos han ganado por ella mi amistad, que nada hay que me guste más que una riña bien sostenida. Mas, dime ahora *Babuino*, hijo mío, y mirándote bien la peluda cara que tienes parece un mono efectivamente, ¿cómo hiciste para matar a esos que tienen un agujero en el cuerpo? ¡Dicen que hacías un ruido, y que ellos caían de cara al ruido!

Yo explique como pude con poquísimas palabras, porque me encontraba atrozmente, fatigado y hablaba en verdad, únicamente para no ofender a tan poderoso señor con mi silencio, las propiedades de la pólvora. Al punto él me propuso que prácticamente se las mostrara operando en la persona de cualquiera de los presos. Hízome ver que no se notaría la falta de uno de ellos y que no sólo le enseñaría a él cómo se mataba con la pólvora sino que yo tendría el gusto de tomar a cuenta esta parte de venganza. Cuando le dije que nuestra costumbre no era la de tomar venganza a sangre fría sino que abandonábamos el castigo a la ley, y a un poder superior de que él no podía hacerse cargo, quedose grandemente asombrado. Sin embargo, le hice esperar que cuando me encontrase mejor de salud iríamos de caza y mataría entonces cuantos animales quisiera y con esta promesa quedose tan contento como el niño a quien le ofrecen un nuevo juguete.

A la sazón abrió Leo los ojos, estimulado por un trago de *brandy*, de que aún teníamos un poco, y que Job le derramó en la garganta y nuestra conversación terminó.

Después pudimos llevar a Leo, que se encontraba bien mal por cierto y casi sin sentido, a su propia cama sostenido por Job y por aquella vale-rosa muchacha Ustane, a quien hubiera yo besado, con su consentimiento por supuesto, por su heroica conducta que salvó la vida de mi querido hijo. Pero Ustane no era de esas con quien puede uno tomarse ciertas libertades impunemente, así es que dominé mis sentimientos. Entonces yo, aunque todo maltrecho el cuerpo, extendí sobre mi losa sepulcral, experimentando una sensación de seguridad personal que hacía tiempo había estado ausente de mi pecho, y no sin darle antes rendidas gracias a Dios de que la losa aquella no fuese de veras mi sepulcro, como efectivamente lo hubiera sido a no mediar cierta combinación de circunstancias que no sé atribuir más que a su Providencia. Pocos hombres han escapado de más segura muerte que la que nos amenazó aquel horrible día.

Los sueños que tuve durante aquella noche cuando al fin pude quedarme dormido, no fueron muy

agradables por cierto. La tristísima visión del pobre Mahomet luchando por librarse de la ardiente vasija, los ocupaba constantemente, y luego, en el fondo indeciso de la somnolencia erguía una figura cubierta de largo velo, que a trechos se lo levantaba dejando ver ya las formas de una mujer bellísima, ya la lívida osamenta de un esqueleto, y que repetía murmurando estas frases misteriosas, aparentemente sin sentido:

-Todo lo que existe, la muerte ha conocido, lo que ha muerto, morir no puede empero: en el Cielo, la espiritual existencia, nada es la vida y la muerte es nada. Si las cosas todas perennemente existen, aunque duerman a veces en el olvido!..

Amaneció por fin, y al tratar de levantarme sentíme tan tieso y tan dolorido que no pude hacerlo. Hacia las siete se me presentó Job, cojeando de atroz manera, con la cara del color de una manzana podrida y me dijo que Leo había dormido bien pero que se encontraba muy débil. Dos horas más tarde vino también Billali (a quien Job le había puesto por apodo *el chivo Billy* por razón de su barba de macho cabrío). Traía una lámpara en la mano, y su cabeza casi rozaba el techo de la pequeña cámara tan alto era. Tuve el capricho de hacerme el dormido y contemplé disimuladamente su rostro anciano, tan hermoso y tan sardónico. Mirábame él de hito en hito mientras se atusaba el largo y blanco piloso apéndice. Cien libras al año le hubiera pagado de seguro cualquier barbero londinense porque se parase de anuncio vivo a la puerta de la tienda.

Púsose a barbotar, esta era costumbre suya y oíle que decía:

-¡Caramba qué feo es!... tan feo como hermoso el otro... ¡Es un babuino, en verdad! Le viene perfectamente el apodo!... Pero me gusta este hombre... cosa rara por cierto, ¡que a mi edad me guste un hombre!... ¿qué dice el refrán? «Desconfía de todos los hombres y mata aquel de quien desconfíes demasiado, y en cuanto a las mujeres húyeles que son el mal mismo, y a la larga te aniquilarán...» ¡Buen refrán!... ¡sobre todo su final!... yo creo que debe de ser inventado por los antiguos... Pero, a pesar de todo, me gusta este babuino que no sé dónde habrá aprendido sus habilidades... Veremos si *Ella* no me lo embruja... ¡Pobre babuino! debe estar bien cansado después de su pelea... Voyme para no despertarlo.

Esperé a que se volviese y cuando ya estaba junto a la puerta andando de puntillas exclamó:

-Padre mío, ¿eres tú?...

-Hijo mío, sí; pero no quiero incomodarte. No vine más que a saber qué tal te hallabas, y para decirte que todos los que quisieron asesinate, camino van ya adonde *Ella*. También *Ella* mandó que, inmediatamente, se os condujera allá a todos vosotros, más me temo que no podáis por ahora..

-No -contesté- hasta que hayamos convalidado un tanto. Pero te ruego que me hagas llevar afuera, padre mío, no me gusta este lugar.

-Tienes razón; es muy triste... Recuerdo que aquí fue en donde cuando muchacho, descubrí yo el cadáver de la bella mujer... sí, precisamente don-de estás acostado. Tan bella era que a menudo me arrastraba yo hasta aquí con una lámpara para poderla contemplar. Si no hubiera tenido las manos tan heladas, habríame parecido que dormía para despertar algún día, tan bella y tranquila aparecía con su traje blanco... Blanca también era ella y amarillo tenía el cabello, que le llegaba hasta los

pies. Muchas como ésta aún hay en los sepulcros del lugar donde *Ella* habita pues los que allí las colocaron poseían no sé qué secreto para evitar que la muerte disolviera a los que amaban... Todos los días venía yo a contemplarla hasta que al fin, no te rías de mí, extranjero, porque entonces no era yo más que un necio niño, llegué a amar a aquella muerta, a aquella concha que un día encerró un espíritu que había volado... Arrastrábame hasta ella de rodillas y le besaba el rostro frío, pensando en cuántos hombres no habrían vivido y muerto mientras que así tendida estaba, y en los que la habrían amado y abrazado en días de que ya no hay memoria... Y yo creo, babuino, que aprendí muchas cosas sabias con aquella muerta, porque en verdad que me enseñó la pequeñez de la existencia y la inmensidad de la muerte, y cómo todas las cosas que hay bajo el sol se van marchando con paso uniforme y son luego olvidadas enteramente. Estas meditaciones tenía, y me figuraba que el saber venía a mí de la muerta hasta que una vez mi madre, que era una mujer vigilante, aunque demasiado viva de genio, viéndome tan cambiado, me siguió y descubrió a la hermosa por lo que se figuró que yo estaba hechizado, lo que así era. Y medio airada

entonces y medio temerosa paró a la muerta contra ese muro y prendióle fuego al pelo con su lámpara. Ardió el cuerpo atrozmente hasta los pies, porque los que están conservados de esta manera son excelente combustible. Y mira hijo mío, ahí está aún, en el techo, la señal de su quemada

Miré arriba con cierta duda y efectivamente, vi en donde me señalaba una marca peculiar, como de hollín untuoso, una faja como de tres pies de ancho. Con los años, sin duda habríase borrado un tanto la parte que estaba sobre la pared del cubículo, pero permanecía claramente en el techo, y no podía haber confusión ninguna sobre su origen. Billali continuó hablando así con aire meditabundo:

-Ardió hasta los pies pero yo volví luego y los tomé, corté el hueso quemado de ellos y los escondí bajo ese mismo banco de piedra envueltos en un pedazo de lienzo. Me acuerdo de esto como si hubiera sido ayer. Quizá estén ahí aún, si es que nadie los ha cogido. Lo cierto es que desde ese día no he vuelto a entrar en este lugar. Aguarda voy a ver... Y arrodillándose ante mí púsose a tantear con su largo brazo en el espacio de debajo de la losa. Iluminose de pronto su rostro, y lanzando una exclamación, sacó un bulto todo sucio de polvo, que empezó a sacudir contra el suelo. Cubríalo un pedazo de lienzo podrido que empezó a desarrollar hasta que, ante mis asombrados ojos, puso un pie de mujer, casi blanco, bellamente formado y tan fresco y firme como si hubiera sido cortado recientemente.

-Ya ves Babuino, hijo mío -dijo con triste inflexión de la voz- te decía la verdad, pues aún queda uno de ellos. Tómalo, hijo mío, y contéplalo.

Tomó en mis manos aquel frío fragmento de la humanidad y lo contemplé a la luz de la lámpara dominado, por mezcladas emociones indefinibles de fascinaciones de asombro y de temor. Pesaba poco, mucho menos diré que lo que debiera pesar en el estado de vida y su carne era al parecer, carne aún, percibiéndose en ella un débil olor aromático. No tenía una sola arruga o cuarteadura ni era repugnante en parte alguna o negro como las carnes de las momias egipcias sino que estaba enteramente blanco y elástico, menos en el lugar donde se había chamuscado un poco, tan perfecto

como en el momento de la muerte ¡prodigioso triunfo del arte de embalsamar!...

¡Ah! ¡pobre piececito! ¡Coloquélo sobre el banco de piedra que lo había sostenido durante tantos miles de años, y me quedé meditando en quién sería la beldad que habría sostenido y conducido entre las pomposas fiestas de una civilización ignota... primero cuando fue niña vivaz, cuando fue doncella ruborosa luego, y al fin cuando fue mujer completa!... ¡A través de qué salas llenas de vida despertando sus ecos, con el suavísimo paso, y después con qué firmeza por las polvorosas sendas de la muerte!... ¿Hacia qué lugar se había deslizado en el silencio de la noche cuando el eunuco negro dormía sobre el marmóreo pi-so, y suyo era el oído que estaba aguardando oírlo?... ¡Bello piececito!... bien puedes haberte posado sobre el cuello del conquistador, inclinado al fin ante la hermosura femenil, y bien pueden haber opreso tu blancura realizada por las joyas, los labios de la nobleza y de los Reyes...

Envolví esta reliquia de lo pasado en los restos del antiguo trapo de lino, que probablemente habría formado parte del sudario de su dueño, pues que también estaba algo quemado, y púselo con cuidado en mi saco *Gladstone*, que había comprado en los almacenes del ejército y la armada... ¡raras asociaciones de ideas! pensé

Y luego, con la ayuda de Billali, dirigíme claudicante a visitar a Leo. Encontrélo, atrozmente magullado, mucho peor que yo, debido, quizá, a la excesiva blancura de su piel, y muy débil con la pérdida de sangre de la herida del costado, aunque tan alegre como un grillo del campo y pidiendo qué almorzar. Job y Ustane le colocaron en una litera cuyas varas separaron para el objeto, y le condujeron a la sombra, a la entrada de la cueva de donde entre paréntesis, se habían quitado ya todos los rastros de la matanza de la noche anterior, y allí almorzamos y nos pasamos también, por cierto, todo ese día y la mayor parte de los siguientes.

A la tercer mañana Job y yo nos levantamos sanos del todo, y Leo se encontraba tan bien, que cedí a las repetidas instancias de Billali para que, desde luego, emprendiéramos el viaje a Kor; que así nos dijeron que se llamaba el lugar donde habitaba la misteriosa *Ella*; aunque yo no dejaba de tener cierta inquietud por el daño que en la herida de Leo pudiera hacer el movimiento del viaje, perjudicando la cicatrización. La verdad es que, a no haber sido por la ansiedad que de partir demostraba Billali, lo que nos hacía sospechar que algo podría resultarnos de malo si no nos apresurábamos, no hubiera consentido en emprender tan pronto el viaje.

IX ESPECULACIONES

A la hora de haber tomado la determinación de partir, cinco literas se presentaron a la entrada de la caverna cada una con sus cuatro cargadores y dos de repuesto, y también una tropa de cincuenta amajaguers armados, para escoltarnos y llevar nuestro equipaje. Tres de estas literas, por supuesto, eran para nosotros, otra para Billali, y supuse que la quinta sería para Ustane:

-¿La señora parte con nosotros padre mío? -pregunté al anciano que estaba disponiendo las cosas para la marcha. Él me contestó encogiéndose de hombros:

-Ella vendrá si quiere... En este país las mujeres hacen lo que les da la gana. Nosotros las adoramos y las dejamos siempre salirse con la suya pues que sin ellas el mundo, no podría continuar. Ellas son la fuente de la existencia.

-¡Ah!... -exclamé- porque la verdad era que desde este punto de vista no se me había presentado nunca la cuestión. Billali continuó:

-Las adoramos, pero, por supuesto, hasta cierto punto, mientras, no se hacen insufribles; lo que sucede cada dos generaciones quizá.

-Y ¿qué hacen ustedes entonces? -preguntele con mucha curiosidad.

-Entonces nos revelamos -dijo, sonriéndose- nos revelamos y matamos a las más viejas para escarmiento de las jóvenes y para probarles que los más fuertes somos los hombres. Mi pobre esposa murió de este modo hará unos tres años. Fue lastimoso el hecho, pero si he de ser franco contigo, hijo mío, debo confesarte que mi vida desde entonces ha sido mucho más dichosa, porque mi edad me ha protegido de las jóvenes...

-Finalmente -dije, entonces repitiendo las palabras de un gran hombre, desconocido aun para los amajaguers- has notado que tu situación es de mayor libertad y de menor responsabilidad.

El no comprendió la idea desde luego, por su demasiada vaguedad, aunque yo creo que mi traducción la expresaba bien pero al fin cayó en ello y exclamó:

-¡Bien, bien! ¡Babuino! ¡ahora lo comprendo!... mas todas las *responsabilidades* han muerto ya y por eso es que hay tan pocas viejas en el día. Pero ellas mismas se lo buscaron. En cuanto a esta muchacha -dijo con más grave tono- es valerosa a fe, y ama de veras a *León*. ¿Viste como se abrazó a él, salvándole la vida? Y según nuestras costumbres ella es su mujer; tiene el derecho de acompañarle adonde vaya... a no ser -agregó de un modo extraño- que *Ella* le ordene lo contrario, porque las ordenes de *Ella* están por encima de todo.

-Y si *Ella* le ordenara que abandonase a Leo y la muchacha rehusara ¿qué sucedería?...

-Cuando el huracán manda al árbol que se doble y el árbol no quiere, ¿qué sucede?... Y sin decir más, fuese para su litera y a los diez minutos ya íbamos de viaje.

Como una hora y media tardamos en atravesar la taza volcánica del valle y otra media hora se empleó en subir la cuesta del otro lado, en cuya cima pudimos ver un hermoso panorama. Ante nosotros se extendía el gran plano inclinado de una llanura donde a trechos surgían grupos de árboles principalmente de las espinosas tribus, y allá abajo, a unas ocho o nueve millas de distancia se divisaba confusamente el mar cenagoso con sus turbios y colgantes vapores. Fácil tarea para los cargadores era bajar la cuesta y como al Mediodía llegamos al pie de la falda junto al pantano tristísimo, y allí hicimos alto para comer.

Después nos hundimos en la húmeda por tortuosas sendas, que cada vez se hacían más indistintas a nuestra inexperta vista incapaz de reconocerlas entre las huellas del paso abierto por las bestias y aves acuáticas. Aun hoy es para mí, un ministerio el arte de que los nativos aquellos se valían para atravesar sus pantanos. Iban por delante seis hombres con larguísimas varas, que, de cuando en cuando, hundían en el fango ante sus pies; aquel suelo movedizo cambiaba constantemente por causas que ignoro, de modo que, un paso que era seguro el mes anterior sepultaría seguramente ahora al viandante desprevenido. En mi vida veré un lugar más triste y funerario. La ciénaga se extendía por millas y más millas. En medio de ella había escasos trechos de tierra relativamente alta cubierta de hierba de clarísimo verde y un número infinito de charcos profundos bordeados de juncos muy altos entre los cuales zumbaba el bitor y las ranas cantaban; las millas y más millas se seguían del mismo modo sin más variación en ellas que la de la neblina productora de fiebre. No habitaban más seres en aquella ciénaga que las aves acuáticas y los animales que las hacen su presa y de ellos estaba materialmente cundida. Los ánsares y cigüeñas, patos, zarcetas, negretas, agachadizas y frailecillos nos rodeaban por todas partes en variedades que veía por vez primera y tan mansas todas que con un palo podría haber muerto las que hubiera querido. Entre estos pájaros llamome la atención, sobre todo, una bellísima variedad pintada del género *scolopax* (agachadiza) casi del tamaño de la chochaperdiz inglesa y cuyo vuelo era más parecido al de esta última ave que al de la agachadiza de Inglaterra. También en los charcos había una especie de caimán pequeño o de iguana grande -no puedo decir qué cosa era- que se alimentaba según me dijo Billali, de las aves acuáticas, y también una horrible culebra negra de agua cuya mordedura es muy dañina aunque no tanto como la de la cobra; los sapos eran enormes y su voz

proporcionada al tamaño, y en cuanto a los mosquitos, eran más sanguinarios aún que los que conocimos en el río y nos atormentaban a su gusto. Pero lo más malo, que en el pantano había era el hedor atroz de vegetaciones podridas que se sentía en todas partes y que a ratos era sofocante, junto con los efluvios o bochornos malaricos que traía y que no teníamos más remedio que respirar.

En él metidos, pues anduvimos hasta que por fin se puso el sol con tristes esplendores a la sazón que llegábamos a un lugar, como de dos acres de extensión, donde se alzaba el terreno y que era como un pequeño oasis en medio de aquel cenagoso desierto, y allí dijo Billali que debíamos acampar. Cosa sencilla fue esto, pues no tuvimos que hacer más que salir de las literas, y sentarnos en el suelo alrededor de una pobre hoguera hecha de cañas secas y de alguna leña que con nosotros habíamos traído. Arreglámonos como mejor pudimos, y comimos con todo el gusto que era compatible con el hedor de la ciénaga y el calor sofocante propio de estos lugares cortado a veces por soplos de helada humedad que nos enfriaba hasta la médula de los huesos. Por mucho calor que tuviéramos preferíamos mantenernos junto al fuego, porque los mosquitos, a los cuales no les gusta el humo, nos

incomodaban allí menos. Envolvimos luego en nuestras mantas y tratamos de dormir; aunque yo, por mi parte, no pude conciliar el sueño, con la gritería de las ranas, y de los millares de agachadizas que volaban por encima de nuestras cabezas, sin contar otras incomodidades. Junto a mí estaba Leo echado y se me ocurrió mirarle: dormitaba, pero tenía como congestionado el rostro, lo que no me gustó ni un poco, y a la luz vacilante de la hoguera vi que Ustane, que estaba echada del otro lado suyo, se levantaba de vez en cuando a mirarle con mucha inquietud.

Nada podía, sin embargo, hacer por él, habíamos tomado ya todos, preventivamente, una buena dosis de quinina. Echeme pues boca arriba y me puse a contemplar las estrellas que a millares iban brotando hasta que la inmensa bóveda del cielo se puso resplandeciente, sellada de mundos. ¡Vista gloriosa es ésta que le sirve al hombre para medir su pequeñez!... Pero hice por dejarme de estas meditaciones porque la mente se debilita cuando se trata de sondear lo infinito, y observar las huellas del Todopoderoso que van de orbe a orbe, o de deducir de sus obras su intención arcana.

Cosas tales no son para que nosotros las sepamos. Muy potente es la sabiduría y muy débiles somos nosotros. Demasiado saber cegaría nuestra vida imperfecta; demasiada potencia nos embriagaría abrumando nuestra razón hasta hacernos caer y hundirnos en las profundidades de nuestra propia vanidad.

¿Cuál es el primer resultado del saber acrecentado del hombre por medio de la interpretación del libro de la Naturaleza gracias al persistente esfuerzo de su miope observación?... ¿No es casi siempre el hacerle cuestionar sobre la existencia de su Hacedor, más aún, sobre la existencia de todo propósito inteligente que no sea el suyo propio?

Velada está la verdad porque nosotros no podemos contemplar su brillantez, así como no podemos contemplar al corusco sol. Su fulgor nos mataría. La sabiduría entera no es para el hombre tal como aquí abajo se encuentra hecho, para sus capacidades que son exiguas, por más que él tan grandes se las figura

Cólmase a prisa el vaso, y si entonces una milésima parte de la sabiduría inefable y silenciosa que rige los vuelos de las esferas rutilantes y a la fuerza que volar las obliga cayera en él, estallaría haciéndose pedazos.

En otro lugar y tiempo, quizá otra cosa sea... ¿quién lo sabe? Pero aquí, el sino del hombre nacido de la carne no es sino vivir entre labores y tribulaciones y perseguir las pompillas vanas que los hados aventan, a las que llama él placeres y alegrarse de que pueda tenerlas en la mano un punto antes de que se deshagan; y luego, cuando su tragedia se haya representado, y la hora haya sonado de morir, penetrar humildemente en donde él no sabe...

Mientras que encima fulguraban los mundos eternos, a mis pies rodaban de aquí para allá las bolas de fuego, prole diabólica del pantano, juguetes de los vapores incapaces de reposar en la tierra: tipos de lo que es el hombre, imagen de lo que será quizá algún día si la fuerza viviente que a ambos formó así lo hubiese de ordenar también. ¡Ah! ¡Si pudiéramos año tras año conservarnos a esa gran altura del sentimiento que a veces por fugaz momento, alcanzamos!... Si pudiéramos desprendernos los grilletes que aprisionan nuestra alma y elevarnos a la excelsa cima desde la cual, como el viajero que observa la Naturaleza desde la cúspide de los montes de Darien, pudiéramos contemplar con los espirituales ojos de los nobles pensamientos las profundidades de lo infinito!...

¡Ah! ¡si nos fuera dado desprendernos de esta terrena vestidura y acabar de una vez con estas mundanales ideas y míseras aspiraciones y dejar de ser, como esas cadavéricas lumbres, echados de aquí para allá por fuerzas extrañas a nuestra comprensión, o que si comprenderlas podemos, aún estamos obligados a obedecer por las exigencias de nuestra infeliz naturaleza!...

¡Sí!... ¡que pudiéramos desecharnos y vernos arrancados también de los lugares contaminados, de los zarzales de la tierra y como esos brillantes puntos de la altura nos encontrásemos colocados allá arriba por siempre rodeados de la lumbre de nuestro mismo ser mejorado, que aun ahora dentro de nosotros arde como el fuego débil de esas espectrales bolas palúdicas, y que pudiéramos depositar nuestra pequeñez en esa amplia gloria de nuestros ensueños, en ese mundo que invisible nos rodea y de donde toda la verdad, toda la belleza emana!...

Estos y parecidos pensamientos cruzaron por mi mente aquella noche. A atormentarnos vienen a cada rato. A atormentarnos, digo, porque ¡ay! el pensar sólo sirve para que conozcamos la incapacidad del pensamiento... ¿Para qué sirven nuestros débiles sollozos en medio de los tremebundos silencios de lo espacios? ¿Podrá nuestra inteligencia descifrar los arcanos de ese firmamento tachonado por los rutilantes orbes? ¿Qué contestación da el firmamento a nuestras preguntas?... ¡Ninguna! ¡Ninguna!... ¡Nada más que ecos nos envía y fantásticas visiones!... Y creemos, empero, que una contestación existe y que, alguna vez lucirá una aurora para alumbrar los senos de la noche larguísima que nos ha envuelto. ¡Y así lo creemos porque aún hoy sentimos sobre el corazón el reflejo, que su hermosura nos envía desde más allá del horizonte del sepulcro, reflejo que llamamos la Esperanza! Sin la esperanza sufriríamos la muerte moral, y con ella podemos escalar basta el Cielo... ¡Y si no fuese ella tampoco más que un piadoso espejismo, formado a fin de que no desesperemos, así y todo, servirá siquiera para que nos hundamos dulcemente, al menos, en el abismo del eterno sueño!...

Púseme a pensar luego en la empresa en que estábamos empeñados... ¡Cuán loca era! Y, sin embargo, ¡qué bien se compadecía con la inscripción trazada desde tantos siglos atrás en el tiesto de ánfora!... ¿Quién era esa mujer, extraordinaria reina de un pueblo tan singular como ella y que vivía en medio de los vestigios de una civilización perdida?... Y ¿qué podría significar esa historia del fuego que producía la existencia imperecedera?... ¿Sería posible que hubiera alguna esencia o fluido para fortificar de tal modo estos muros de la carne que los haga resistentes a las minas y proyectiles del tiempo? Era posible quizá, pero no probable. Después de todo, la continuación de la vida no sería cosa tan maravillosa ni con mucho, como la producción de la vida y su resistencia temporal... Suponiendo que fuera verdad, ¿qué resultaría entonces? La persona que descubriese la manera de ser inmortal, dominaría al mundo. Podría acumular todas las riquezas de la tierra y todo el poder y to-do el saber que es poder. Para aprender cada arte

o cada ciencia podría dedicar todo el espacio de una existencia ordinaria. Pues bien, siendo esto así, y que esa *Ella* fuera realmente inmortal (lo que yo no podía creer ni por un momento) ¿cómo es que con todas estas ventajas a su disposición prefería vivir en una cueva en medio de una sociedad de caníbales?... Por supuesto, que esta última consideración bastaba para aclarar el asunto.

Toda la historia era pura necedad, digna sola-mente de los supersticiosos días en que fue escrita. Y de cualquier modo que fuese estaba segurísimo yo, por mi parte, que no trataría de adquirir la inmortalidad de mi propia existencia. Había sufrido muchas mortificaciones y desengaños, y amarguras secretas, durante los cuarenta y pico que ya había vivido, para desear que este estado de cosas continuara indefinidamente. Y eso que me parece que mi vida ha sido, relativamente hablando, bastante dichosa.

Mas, pensando luego en que nuestras propias vidas en aquellos momentos tenían más trazas de ser cortadas violentamente que de prolongarse fuera de lo debido, fuime, al fin, quedando dormido, de lo que probablemente se alegrarán los que lean esta historia, si es que la lee alguien.

Cuando desperté, estaba amaneciendo, y los hombres del séquito se movían por el campamento, pareciendo sombras entre la densa niebla matutina.

La hoguera se había apagado por completo, y yo me levanté y desperté temblando en todos mis miembros con la fría humedad de la madrugada. Entonces pensé en Leo. Allí estaba junto a mí, sentado en el suelo, sosteniéndose la cabeza con las manos. Tenía el rostro encendido y brillantes los ojos con un cerco amarillo en torno, de las pupilas.

-¿Qué tal, Leo -le pregunté- cómo te encuentras?

-Como si me fuera a morir... -contestó roncamente. Parece que me va a estallar la cabeza, todo el cuerpo me tiembla ¡Chico, estoy malo, malo, y tanto, que me figuro ser un gato apaleado!

Púseme a silbar... O si no silbé, tuve la intención de hacerlo. Leo, sufría de un feroz ataque febril. Fuime donde Job a pedirle quinina de cuya droga teníamos aún bastante cantidad, y me encontré con que Job no estaba mejor que Leo. Quejábase de grandes dolores en la espalda y de vértigos, y de que no podía moverse casi. Hice entonces lo que en aquellas circunstancias pude, darles a ambos una buena dosis de diez granos de quinina y tomarme yo otra menor por vía de precaución. Busqué a Billali luego y le conté lo que pasaba preguntándole qué deberíamos hacer. Él fue entonces conmigo a ver a Leo y a Job, a quien él llamaba el *Puerco* por razón de su gordura de su rostro redondo y sus pequeños ojos.

-Ambos tienen la fiebre -me dijo cuando nos apartamos bastante. El león está grave, pero es joven y puede salvarse, el puerco no está tan malo, tiene la fiebre chica que comienza con dolores de espalda y que se consumirá en su propia manteca.

-¿Y podrán seguir el viaje, padre mío?

-Deben continuarlo, hijo mío. Si permanecen aquí ambos morirán de seguro, y, además, mejor estarán en las literas que sobre el suelo. Hacia esta noche si no se presenta ninguna novedad, habremos salido del pantano y respiraremos aires más puros. Vamos, coloquémonos en sus literas y partamos: es muy malo estar quieto en esta niebla de la madrugada. Almorzaremos andando.

Hízose todo como él dijo, y continuamos con un peso en el corazón nuestro extraño viaje. Durante como tres horas no hubo novedad, pero entonces ocurrió un accidente que, por poco no nos priva de la compañía agradable de nuestro anciano amigo Billali, cuya litera era la que abría la marcha. Cruzábamos precisamente, a la sazón un tramo peligroso de ciénaga en la que a veces se hundían los cargadores hasta las rodillas: y a la verdad, no me explico aún cómo podían aquellos hombres avanzar tan cargados, siquiera dos pasos.

De súbito, mientras así íbamos dando tumbos y sumiéndonos, oyose un chillido agrio, luego una tempestad de interjecciones y últimamente, el choque de un gran cuerpo contra el agua. La caravana se detuvo.

Salté de mi litera y corrí hacia delante. Como a unas veinte yardas hallábase un recodo del gran charco sucio y sombrío, por cuya margen alta y resbaladiza empezaba a entrar la fila de literas, y horrorizado vi que la de Billali flotaba en él, sin que se pudiera encontrar trazas de dónde estaba su cuerpo. Para que se comprenda bien la situación, contaré lo que había pasado.

Uno de los cargadores de la litera de Billali había pisado infortunadamente una culebra que se calentaba al sol, y ésta lo mordió en la pierna. El hombre, como es natural, soltó la vara y al ver que resbalaba hacia el agua agarrose de la litera para salvarse. El resultado fue de esperarse: la litera se inclinó demasiado, la gravedad la llevó hacia el vacío, los cargadores la soltaron, y fuese al agua con Billali dentro y con el hombre mordido por la serpiente. Cuando acudí al lugar no se veía a ninguno de los dos hombres y al desgraciado cargador no se le vio nunca más tampoco, quedaría preso en el fango, se habría dado con el cráneo en alguna cosa

o la mordedura lo habría paralizado; el hecho es que no se vio más. Pero aunque no se veía entonces a Billali sabía adónde estaba por la agitación de la flotante litera y de sus paños en que estaba enredado.

-¡Ahí está! ¡ahí está nuestro padre! -exclamó uno de los hombres- pero ninguno de ellos movía para salvarle ni un solo dedo. Allí se estaban para-dos mirando el agua.

-¡Fuera del camino, bruto! -exclamé yo en inglés entonces- y quitándome el sombrero tomé algún impulso y me lancé a aquel charco fangoso y horrible. En dos braceadas estuve junto a la litera. Desenredéla de los paños de ella en un momento, no sé como, y su venerable cabeza toda cubierta de verdense fango, parecida a la de un Baco anciano y amarillo, coronado de yedra, surgió de la superficie del agua

Lo demás fue fácil, porque Billali, que era un hombre eminentemente práctico, tuvo bastante presencia de ánimo para no agarrarme como hacen generalmente los que se ahogan; sostúvele por un brazo y le remolqué a la orilla de cuyo fango nos extrajeron con bastante trabajo. No veré jamás de nuevo gente de más churriente aspecto que el de nosotros dos entonces, y quizá dé una idea de la casi sobrehumana apariencia de dignidad que Billali tenía, diciendo que aún me parecía venerable e imponente así como estaba: tosiendo, medio ahogado, cubierto de lodo y hierbas, y con la larga barba blanca toda mojada y acabada en punta como la recién engrasada mecha caudal pilosa de un hijo del

celestes Imperio.

-¡Ah, perros! -díjoles a sus conductores apenas recobró el habla. ¡Me dejábais ahogar a mí que soy vuestro padre! Si no hubiera sido por este extranjero, por mi hijo el Babuino, me ahogo de seguro!... ¡Bueno está, no he de olvidarlo!... -agregó fijándoles la mirada brillante, aunque un tanto húmeda aún, de un modo que a pesar de la fingida y terca indiferencia de aquellos hombres vi que los inquietaba.

-Y tú, hijo mío -continuó dirigiéndose a mí y tomándose la mano- ten la seguridad de que seré tu amigo en todo trance, cualquiera que sea. ¡Me has salvado la vida, quizá pueda yo salvártela algún día!...

Limpiámonos del mejor modo que pudimos, pescamos la litera y proseguimos el viaje todos, menos el hombre que se había ahogado. No sé si atribuirlo al carácter nacional, de temperamento egoísta y despreocupado, o a que el desaparecido fuese hombre impopular, lo cierto es que no noté que se lamentasen poco ni mucho de su pérdida, a no ser aquellos que tenían que trabajar más, cargando la litera por su ausencia.

X LA LLANURA DE KOR

Como una hora antes del anochecer, salimos por dicha nuestra de aquella inmensa ciénaga y nos encontramos en una comarca que, formando grandes ondulaciones subía en ascensión indeterminada. Detuvimos para pasar la noche del lado acá de la cresta de la primera loma que encontramos. Mi primer acto al bajarme de la litera fue ir a ver al pobre Leo. Su condición me pareció más grave quizá que por la mañana y se le presentó entonces el pésimo síntoma de los vómitos que le duraron toda la noche. No pude dormir ni un momento, pues hasta que amaneció estuve velándolos a él y a Job con Ustane, que era una de las más cariñosas e incansables enfermeras que he conocido. El ambiente en aquel lugar era agradable y no había mosquitos. Nos encontrábamos también sobre el nivel de la niebla pantanosa, que se extendía por debajo de nosotros como el pálpalo sombrío de humo de una ciudad manufacturera inglesa a trechos cruzada por las fugitivas lenguas lívidas de los fuegos fatuos. Nos hallábamos, pues, en grande, relativamente hablando.

Al amanecer, Leo tenía por completo perdida la cabeza y se figuraba que le habían partido en dos mitades. Yo estaba desesperado, y empecé a pensar aterrorizado en la manera con que el acceso concluiría... ¡ay!... bastantes veces me habían dicho cómo concluyen por lo general... Billali llegó en es-to, y me dijo que debíamos seguir andando, porque creía que si Leo no podía llegar a algún punto donde estuviera bien cuidado y tranquilo durante las doce horas siguientes por lo menos, no duraría ni dos días. En ello convine yo, lo colocamos, por tanto, en su litera y rompimos la marcha caminando, Ustane a su lado para espantarle las moscas y para que en un raptó no se tirara al suelo.

A la media hora después de salir el sol llegamos a la cima de la loma de que antes hablé, y nos encontramos un hermoso espectáculo. Extendíase ante nosotros un bello país cubierto de prados y de verduras floridas. Allá, al fondo, a una distancia de dieciocho millas, según creo, de donde estábamos, surgía abruptamente en la llanura una elevadísima y rara montaña. Su base parecía consistir en una suave e inmensa pendiente cubierta de hierba pero de ella se elevaba de súbito a una altura de quinientos pies (como pude saber luego) sobre el nivel de la llanura, un paredón absolutamente cortado a pico de peña viva de unos mil doscientos o mil quinientos pies. La forma de esta montaña de origen volcánico, sin duda era redonda y como desde donde estábamos no era visible más que un segmento de su círculo, no pude estimar exactamente su tamaño, que era enormísimo. Más tarde supe que no ocupaba su asiento menos de cincuenta millas cuadradas de terreno.

Creo que no existe en parte alguna espectáculo más imponente por su grandeza que el que ofrecía aquella torre natural destacándose solitariamente sobre el llano. Esta soledad suya la hacía más majestuosa, y sus excelsas almenas parecían tocar al cielo, y a la verdad que casi siempre estaban envueltas en las nubes cuyas masas de vellón lucían como colgadas de ellas.

Incorporeme en la litera a contemplar tan conmovedor espectáculo, y Billali parece que lo notó, porque hizo aparear la suya con la mía.

-Ahí tienes la morada de *Quien debe ser obedecida*... ¿Tuvo nunca ninguna reina un trono como ese?

-Es cosa maravillosa, padre mío -respondí. Más ¿cómo se entra ahí? Esos muros parecen muy recios de trepar.

-Ya lo sabrás, Babuino. Contempla ahora la llanura que está a nuestros pies... ¿Qué crees tú que es eso?... Tú, que eres hombre tan sabio, vamos, dímelo.

Considerándolo estuve por un rato y me llamé principalmente la atención la calzada toda cubierta de hierba que en la línea recta conducía hasta la base misma de la montaña. Tenía a ambos lados altos terraplenes como banquetas, continuos aunque con algunas brechas, y cuya utilidad no pude explicarme. Parecíame tan raro ¡un camino con malecones!

-Figúrome, padre mío, que eso es un camino; aunque tiene trazas de haber sido en otro tiempo, el cauce de un río o de un canal, más bien -añadí al observar la gran rectitud de su dirección.

Billali que, entre paréntesis sea dicho, no pare-cía perjudicado por su baño forzado de la víspera inclinó lentamente la cabeza y dijo:

-Razón tienes hijo mío. Es un canal, labrado por los que antes que nosotros, ocuparon este país, para desviar las aguas, estoy seguro de ello, porque ese círculo cerrado por rocas en cuyo centro se alza esa montaña como una gran taza llena de agua fue una vez un gran lago. Pero esos hombres anteriores a nosotros que ya te he mentado, valiéndose de medios que desconozco, abrieron un paso a las aguas por entre las montañas hasta el lago mismo. Pero, primero hicieron ese canal que miras al través de la llanura. Y así las aguas se precipitaron por él y fueron a inundar las tierras bajas que están detrás de estas lomas, formando quizá el pantano por donde hemos venido. Entonces ya seco el lago del monte, ese pueblo fabricó una gran ciudad en su lecho, de la que hoy no existen más que las ruinas y el nombre de Kor, conservado por milagro, y luego en las edades sucesivas, labró las cavernas y galerías de esa montaña que tú verás en breve.

-Así debe ser -repuse- más ¿cómo es que el la-go no vuelve a llenarse con las lluvias?

-¡Ah! porque aquel pueblo no era tonto y conservó un desagüe permanente. ¿Ves aquel río allí a la derecha? -y me señaló uno de buen tamaño que serpenteaba por el llano a unas cuatro millas de nosotros. Pues ese es el desagüe, y atraviesa la montaña por donde pasa el canal, que al principio, sin duda conducía el agua pero que, luego los hombres aquellos dejaron libre para utilizarlo como un camino.

-¿Y no se puede entrar en la gran montaña por otra parte más que por donde sale el canal? -le pregunté.

-Otro paso existe para la gente a pie y para el ganado, aunque es muy expuesto, pero es un paso secreto que pudieras estar buscando sin encontrarlo por espacio de un año. No se utiliza más que una vez al año para dar entrada al ganado que se ceba en las faldas de la montaña y en esta llanura.

-¿Y *Ella* habita siempre ahí, o sale algunas veces?

-No, hijo mío, *Ella* está siempre donde está...

En plena llanura nos encontrábamos, ya y yo examinaba encantado la variada hermosura de sus árboles y flores casi tropicales; aquellos crecían aislados o, a lo más, en grupos de tres o cuatro,

siendo algunos de muy gran tamaño, aparentemente de una variedad de roble de hojas perennes. También había palmeras, algunas de más de cien pies de altura y los helechos arborescentes más bellos que hasta entonces había visto, en cuyo torno revoloteaban muchísimos pájaros-moscas de reflejos metálicos y mariposas de grandes alas y de mil colores. Vagando entre los árboles, o tendidos sobre la alta y suave hierba se notaba la clase de caza desde el rinoceronte abajo. Vi una gran manada de búfalos y ciervos (*orcas canna*), cuagas y antílopes y la más bella variedad de gamo, sin contar otra caza menor, y tres avestruces que huyeron veloces al vernos, como una polvareda ante el viento. Tanto abundaba la caza que no pude contenerme por más tiempo. Llevaba conmigo en la litera un martini de un solo cañón, porque el *expres* era muy pesado, y viendo que un hermoso *orcas cannas* se restregaba contra un árbol, salté de mi litera y arrastrándome acerqueme cuanto pude a él. Me dejó aproximar como a una distancia de ochenta yardas, cuando volvió la cabeza y se puso a mirarme antes de emprender la carrera. Echeme a la cara el rifle y apuntándole a la mitad de la paleta porque me presentaba el costado, disparé. En mi vida había hecho mejor tiro.

El gran gamo dio un salto en el aire, y cayó muerto. Los cargadores que habían hecho alto para contemplar la escena prorrumpieron en un murmullo de asombro, lo que de parte de esas gentes reservadas, que no parecen sorprenderse por nada, era de considerarse como un gran aplauso, y una parte de la escolta corrió a descuartizar la pieza. Yo entonces por más que estuviera ardiendo en deseos de verla volvíme a meter dignamente en mi litera, como si me hubiera pasado la vida matando *orcas canna* comprendiendo que había ganado una porción de grados en la estimación de los amajáguers, que parecían achacar mi hazaña a alguna grandísima brujería.

Billali me acogió con mucho entusiasmo.

-¡Maravilloso es lo que hiciste, Babuino, hijo mío! ¡maravilloso! ¡Eres, aunque feísimo, un gran hombre! Si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído. Y ¿dices que vas a enseñarme a matar de ese modo?

-Ciertamente, padre mío -le repliqué alegremente- es cosa muy sencilla. Pero *in petto* me proponía ponerme detrás de un árbol, o echarme en tierra cuando el viejo Billali comenzase sus lecciones de caza.

Nada ocurrió después de este pequeño incidente hasta una hora y media antes de la puesta del sol, que fue cuando llegamos bajo la sombra de la elevadísima masa volcánica que ya he descrito. Tarea casi imposible es para mí describir su severa grandiosidad, que admiraba en tanto que más pacientes cargadores avanzaban por el lecho antiguo del canal hacia el lugar en que el murallón obscuro arrancaba del suelo superponiendo sus precipicios hasta hundir en las nubes su corona.

Cuanto puedo decir es que me abrumaba con la intensidad de su grandeza solemne y solitaria. Subiendo avanzábamos, por la cuesta brillantemente, asoleada hasta que la sombra de arriba llegó a apagar su brillantez, y a poco empezamos a andar por una excavación labrada en la roca viva. Hundíase más y más esta obra maravillosa que debió haber ocupado a miles y miles de hombres durante muchos años, y a la verdad que no he podido comprender aún cómo, sin el auxilio de la pólvora de minas y de la dinamita pudo haberse hecho. Este es uno de los indescifrables misterios que presenta esa tierra salvaje. Únicamente puedo suponer que esas galerías y grandes cavernas labradas en la montaña fueron las empresas públicas del pueblo de Kor, que habitó este país en la época crepuscular de la historia, tal como los monumentos egipcios que fueron ejecutados por la labor forzada de millones de cautivos durante el espacio de muchos siglos... Más, ¿qué pueblo era ese?

Llegamos, al fin, al mismo frente del paredón o precipicio, y nos encontramos a la entrada de un obscuro túnel, que me recordó naturalmente los que han construido nuestros ingenieros contemporáneos para las vías férreas del siglo XIX. Surgía de este mismo túnel una gran corriente de agua clara. Debo decir que hacía rato que veníamos siguiendo la orilla del río producido por esta corriente subterránea y que corría por la misma excavación por donde entramos: parte de la excavación era un canal, y parte un camino alzado como unos ocho pies quizá, de su nivel; pero al comenzar la excavación, el río se separaba siguiendo su lecho propio que serpenteaba como dije antes por el llano. A la boca del túnel hicimos todos alto, y mientras que algunos hombres encendían lámparas de barro que consigo trajeron, Billali, bajando de su litera me comunicó cortésmente, aun

que con mucha firmeza que las órdenes de *Ella* eran que nos vendasen los ojos, para que no pudiéramos descubrir el secreto de los pasajes de las entrañas del monte. Sometíme a ello de buena voluntad, pero a Job, que ya estaba mucho mejor de su fiebre, a pesar del viaje, no le gustó nada la proposición, pues se figuraba según creo, que era el paso preliminar del suplicio de la vasija. Se consoló un tanto cuando le hice ver que no había por allí ninguna vasija caliente a mano, ni tampoco fuego con que calentarla. En cuanto al pobre Leo, después de estarse dando vueltas inquietas en su litera durante algunas horas, se había sumido no sé si en un sueño o estupor profundo, y no había necesidad de venderlo. Las vendas consistían en unas tiras de ese lienzo amarillento con que se hace el traje de los amajáguers que deciden vestirse y que nos ataron fuertemente ante los ojos. Después

he sabido que ese lienzo se obtenía en las tumbas, no era de manufactura nativa como creí al principio. Las puntas de las tiras que hacían de vendas nos fueron vueltas a atar hacia adelante debajo de la barba. También a Ustane la vendaron, quizá por temor de que nos revelara el secreto de

los pasadizos. Echamos a andar de nuevo, después de esta operación, y al punto comprendí, por el sonido retumbante de los pasos y el mayor que hacía la corriente de agua que penetrábamos en el seno mismo de la gran montaña. Esto de ser llevado con una venda en los ojos por un subterráneo en el seno de un monte sin saber adonde me producía una sensación de raro espanto; pero ya estaba hecho a estas sensaciones y bastante preparado a cualquier cosa. Quieto, pues me estuve en la litera oyendo el monótono y sordo retumbar de los pasos y el del agua precipitada tratando de figurarme que me encantaba la situación. Empezaron entonces los cargadores a cantar aquella melancólica canturía que oía la primera noche que nos cautivaron en el ballenero, y el efecto producido entonces por sus voces es del todo indescriptible. El ambiente se había ido poniendo gradualmente pesado y espeso, hasta que, al fin, parecía que me iba a ahogar; pero en esto dio la litera una rápida vuelta y luego otra y otra después, y cesé de oír el rumor del agua. Sentí entonces purificarse poco a poco el ai-re, y advertí que las vueltas eran tan continuas, que

vendado y todo como estaba me mareaba.

Traté de formarme de ellas una representación mental, para el caso de que tuviéramos que escapar algún día por esos pasadizos, pero no es necesario que diga que esto me fue imposible. Así se pasó como una media hora cuando, de pronto, tuve la conciencia de que de nuevo nos hallábamos al aire libre. A través de mi venda veía la claridad, y sobre el rostro sentía la frescura del ambiente. La caravana hizo alto al cabo de algunos minutos, y entonces oí que Billali mandaba a Ustane se quitase la venda y que nos la quitara también a nosotros. No quise esperarla y soltando yo mismo sus nudos me la saqué, y miré.

Como me lo figuraba habíamos atravesado el monte de parte a parte, y nos hallábamos ahora del opuesto lado, inmediatamente al pie de su rugosa frente. Lo primero que noté fue que su altura por este lado no era tanta como por el otro; había una diferencia como de quinientos pies lo que probaba que el lecho del lago, o más bien del vasto y antiguo cráter en que nos hallábamos, era mucho más elevado que la llanura que nos rodeaba. Nos encontrábamos, por lo demás, en una inmensa taza cercada de rocas parecida a la del lugar en que habíamos estado durante algunos días, aunque diez veces mayor. A la verdad, apenas si se distinguía la recta línea de los peñascos del lado opuesto.

Una gran parte, de aquel llano así encerrado por la Naturaleza estaba cultivada y dividida en tramos por cercas donde había ganado y cabras, encerrados para que no perjudicaran las huertas. Alzábanse acá y acullá, lomas de pasto, y a algunas millas de distancia hacia el centro de la taza pude vislumbrar el contorno de colosales ruinas. Y no más pude observar en aquel momento, porque al punto nos vimos rodeados de una multitud de amajáguers, parecidos en todo a los que ya conocíamos, y que se agolpaban silenciosos sobre las literas para mirarnos. De pronto, un gran número de gente armada, bien regimentada en compañías, mandadas por oficiales que portaban una varilla de marfil, se adelantó corriendo hacia nosotros. Aquella tropa había brotado del paredón mismo, como las hormigas de sus montículos y a más de la piel de leopardo ceñida a la cintura llevaba un traje de lienzo. Era la misma guardia de Ella.

Su jefe se acercó a Billali y le hizo un saludo tocándose la frente transversalmente con su varilla ebúrnea. Preguntóle después algo que yo no pude oír, y habiéndole contestado nuestro anciano amigo, toda la tropa dio vuelta marchando, a la vera del paredón, y nuestra propia caravana siguió sus huellas. Así anduvimos como media milla y nos detuvimos entonces a la entrada de una cueva gigantesca que tenía como cincuenta pies de alto, por ochenta de ancho. Billali bajó aquí y nos convidó a imitarle a Job y a mí. Leo, el infeliz, estaba demasiado enfermo para hacer otro tanto.

Entramos en la cueva alumbrada entonces en gran trecho por el sol poniente, mientras que después del punto a que llegaba esta claridad, veíase débilmente iluminada una profundidad inmensurable por una doble fila de lámparas, que me hicieron recordar las luces de gas de una calle larga y vacía de Londres. También pude observar que los muros de los costados estaban cubiertos de esculturas de un bajo relieve de la especie, pictóricamente hablando, que había visto en las vasijas: escenas de amor principalmente, episodios de caza ejecuciones de criminales la tortura de una vasija caliente, al rojo blanco quizá, puesta sobre la cabeza que demostraba de dónde nuestros huéspedes habían sacado tan amable costumbre. Pocas representaciones había de batallas, aunque sí bastante de duelos o de hombres que luchaban o que corrían, y de esto deduje, que este pueblo, por el aislamiento en que vivía o por su mucha fuerza no estaba sujeto a los ataques de enemigos exteriores. Había también columnas de piedra entre los bajo relieves de un carácter absolutamente original: por lo menos no eran griegas, ni egipcias, ni asirias, ni hebreas, puedo jurarlo. Más parecían chinescas que otra cosa. Junto a la entrada de la caverna tanto las inscripciones como los dibujos estaban degradados, pero más adentro algunos se hallaban en tan perfecto estado como el día en que los concluyeron los escultores.

El regimiento de guardias se quedó a la entrada de la caverna donde formó para que pasáramos nosotros. Salieron, entonces al encuentro un hombre vestido de blanco que se inclinó humildemente sin decir ni una palabra, lo que no tenía nada de extraño porque, según luego supe, era un sordomudo.

Hacia unos veinte pies de la entrada cruzaba a ambos lados una galería, también labrada en la roca en ángulos rectos, con la caverna principal. A la entrada de esta otra galería del lado izquierdo, había dos centinelas y por esto supuse que conducía a las habitaciones de *Ella*. La entrada de la derecha no tenía centinelas y por ella nos llevó el mudo. A unos cuantos pasos encontramos la entrada de una habitación, donde colgaba una cortina hecha de material herbáceo, parecido al de las esteras de Zanzíbar: álzola el mudo haciendo una nueva reverencia y nos guió a un cuarto de muy buen tamaño, también labrado, por supuesto, en la roca viva pero alumbrado, para mi delicia por medio de un tragaluz que daba al principio. En este cuarto había una cama de piedra, vasijas para lavarse uno, llenas de agua y pieles de leopardo admirablemente curtidas, que servían de mantas.

Aquí dejamos a Leo que dormía pesadamente, y con él se quedó Ustane. Noté que el mudo la miró de un modo muy raro, como diciendo: ¿quién eres tú, y por qué vienes aquí? Pero luego nos condujo a otra habitación igual que tomó Job para sí, y luego a otras dos, nos acomodamos, respectivamente, Billali y yo.

XI «ELLA»

Lo primero que hicimos Job y yo, después de ver a Leo, fue lavarnos bien y ponernos ropa nueva, pues no habíamos mudado la que usábamos desde la pérdida del *dhow*. Afortunadamente, como ya creo haberlo dicho, la mayor parte de nuestro equipaje personal había sido transbordado al ballenero, por lo que pudimos salvarlo, y luego nos fue traído adonde estábamos por los hombres de Billali, pero se habían ido a pique todas las mercancías que traíamos para negociar con los naturales del país y para regalarlas. Casi toda nuestra ropa estaba hecha de una franela gris muy fuerte y compacta que resultó excelente para viajar por estos lugares pues aunque una blusa de Norfolk, la camisa y los pantalones no pesan juntos más que, cuatro libras, lo que tiene mucha importancia en los países tropicales, en que cada onza de peso hace sufrir al que la porta, era bastante caliente, ofrecía la necesaria resistencia a los rayos del sol, y más que nada nos abrigaba contra los resfriados que son tan desagradables y nacen de los cambios bruscos de temperatura. No me olvidaré jamás del placer que entonces experimenté, como nunca al lavarme fregarme y ponerme la ropa nueva. Lo único que eché de menos para completar mi dicha fue el jabón, que no teníamos. Descubrí luego que los amajaguers, que no cuentan el desaseo entre sus muchos defectos, usan una especie de tierra quemada para lavarse la cual, aunque al principio es muy desagradable al tacto, substituye al jabón cuando uno se ha acostumbrado a ella.

Y después que me hube vestido y arreglado la negra barba cuya anterior condición desgredada justificaba el apodo de babuino que me había dado el viejo amigo, empecé a sentir un hambre atroz. Así es que no me disgustó, por cierto, cuando, sin anuncio previo ni rumor de ninguna especie, la cortina de mi habitación se alzó y presentándose en la entrada una muchacha muda me anunció por inequívocas señas, esto es abriendo la boca y apuntándosela peculiarmente con los dedos unidos, que se trataba de comer alguna cosa.

Seguía pues a la habitación siguiente a la mía en donde aún no había entrado, y en ella me encontré a Job, que también había sido conducido allí por otra linda joven muda para gran confusión suya Job no se había recobrado aún de las emociones de la declaración amorosa que le había hecho la jamona de marras, y sospechaba de todas las mujeres que se le acercaban.

-Tienen estas mozas una manera de mirar a las gentes -solía decir para sincerarse- que no me atrevo a calificar de decente, Mr. Holly..

Esta nueva habitación tenía doble tamaño que las que servían de dormitorio, y desde luego vi que había sido destinada a refectorio por los que la labraron y también de taller del embalsamamiento para los sacerdotes de los difuntos, porque debo decir, o repetir, que estas cavernas artificiales no eran ni más ni menos que inmensas catacumbas, en las que se habían conservado por miles de años los restos mortales de la gran raza extinta cuyos monumentos y reliquias nos rodeaban por todas

partes y con arte tal que no ha sido jamás igualado. A ambos lados de esta habitación rocosa había dos grandes mesas, labradas en la peña viva como de tres pies y seis pulgadas de altura y a la extremidad de cada una había una claraboya para la admisión de la luz y el aire. Pero las mesas no eran precisamente iguales: una de ellas la de la izquierda según se entraba evidentemente no había sido hecha para comer, sino para embalsamar sobre ella los cadáveres. No había duda sobre esto porque lo indicaban cinco leves depresiones de la losa todas conformadas imitando la figura humana con un lugar señalado para que descansara la cabeza y como una especie de puente para sostener la nuca; cada depresión de la piedra era de diferente tamaño como para acomodar cuerpos de distinta estatura desde la de un adulto hasta la de un niño pequeño, y todas tenían agujeros a trechos para que corrieran los líquidos. Pero no había más que mirar a los muros para convencerse de la aplicación a que la sala se había destinado. Esculpida allí, todo alrededor de ella y luciendo tan fresca como el día en que se había acabado de hacer, veíase la representación plástica de la defunción, embalsamamiento y funeral de un viejo de larga barba un rey quizá, o un elevado personaje del país.

El primer cuadro representaba su muerte. Ya-cía sobre un lecho de cuatro cantones de palo curvos, terminados por unas bolas como las notas escritas de la música. Era el momento en que espiraba sin duda. Veíanse en torno del lecho mujeres y niños que lloraban, ellas con el pelo suelto sobre la espalda. La segunda escena representaba el embalsamamiento del cuerpo, que yacía desnudo sobre una mesa con depresiones parecidas a las de la que adelante teníamos, quizá fuera la reproducción de la misma mesa. Tres hombres estaban ocupados en la tarea, uno la dirigía, el otro sostenía un largo y fino embudo cuya extremidad más estrecha estaba inserta en una incisión hecha en el pecho, la gran arteria pectoral sin duda y el tercero, acucillado sobre el cadáver, sostenía un jarro en alto y derramaba de él un líquido humeante que caía en el embudo.

El tercer relieve representaba el funeral del mismo difunto. Allí estaba tieso y helado, envuelto en un traje de lienzo y tendido sobre una losa como la que me ha servido de cama en la cueva de Billali. Una lámpara ardía a sus pies y otra junto a la cabeza y todo en torno tenía colocadas varias de las bellas vasijas, que describí en otra parte, y que supongo estarían colmadas de provisiones. La pequeña cueva estaba llena de dolientes y de músicos que tocaban en unas especies de liras, mientras que a los pies del muerto estaba un hombre con una sábana en disposición de echársela encima.

Bajo el punto de vista artístico meramente, estas esculturas eran tan notables que no tengo necesidad de disculparme por haberlas descrito con tanta extensión. Pero para mí valían más que como obras de arte, por representar con tanta claridad los postreros ritos de los muertos, conforme los practicaba un pueblo extinto en absoluto, y aún me figuro ahora la envidia con que oírían dar cuenta de ellos algunos colegas míos, anticuarios de Cambridge, si se presenta alguna vez la oportunidad de hacerlo. Dirían probablemente que yo exageraba, por más que cada página de esta historia ha de tener tan hondamente impreso el sello de la veracidad, que excluya toda sospecha de que invento lo que digo. Se notará que no es posible.

Siguiendo con mi relato, diré que apenas hube examinado rápidamente estas esculturas, que creo haber omitido decir que estaban hechas en bajo relieve, nos sentamos, a una excelente colación de cabra cocida leche fresca y galletas, de harina de maíz, todo servido en pulcras bandejas de palo.

Después de comer volvimos a ver cómo seguía el pobre Leo, y Billali nos dijo que iba a ponerse a

las órdenes de *Ella*. Encontramos a Leo muy mal. El pobre muchacho se había despertado de su letargo y estaba delirando: hablaba de una regata en el Cam, y se tornaba agresivo, cuando entramos en su cuarto, Ustane le estaba sujetando en su cama. Mi voz pareció tranquilizarle un poco y porque se quedó quieto por un rato y consintió en tomar una dosis de quinina.

Hacia una hora que estaba sentado junto a él, y ya había oscurecido, tanto que sólo podía distinguir su cabeza como un reflejo de oro sobre la almohada que habíamos hecho de un saco forrado con una manta cuando de pronto se apareció Billali, y con un gran aire de importancia me informó de que *Ella* misma se había dignado expresar su deseo de verme, honor, agregó, que no concede a todo el mundo.

Paréceme que el buen viejo se horrorizó al ver la calma con que yo recibía el anuncio de tanto honor, pero la verdad es que no me sentía abrumado de gratitud con la esperanza de contemplar a alguna reina prieta por absoluta y misteriosa que fuese y sobre todo entonces, preocupado como estaba por el queridísimo Leo, que empezaba a ponerme en mucho cuidado por su gravedad.

Levanteme empero, para ir con Billali, cuando vi algo que brillaba en el suelo de piedra y fui a recogerlo. Recordaré, quizá, el lector, que en el cofrecillo de plata habíamos encontrado con los pergaminos y el fragmento de ánfora un *scaraboeus* grabado con una O redonda un gran pájaro y otros jeroglíficos, y que el significado de esos caracteres era *Suten se Ra*, o sea: «Real Hijo del Sol». Pues bien, Leo había hecho colocar este escarabajo, que era muy pequeño, en un sortijón de oro macizo, como los que se usan para sellar con lacre, y esta era precisamente la cosa que brillaba en el suelo y que yo recogí. Se la habría arrancado, quizá, del dedo en un paroxismo febril y lanzándola contra el suelo, para que no se perdiera me la puse yo mismo en el meñique, y dejando a Job y Ustane en el cuarto con Leo, seguí a Billali.

Anduvimos, por la galería de nuestras habitaciones atravesamos la gran nave central de la cueva y pasamos a la parte opuesta donde continuaba la galería y a cuya entrada estaban parados los centinelas como dos estatuas. Al pasar nosotros inclinaron la cabeza y levantando luego las enormes lanzas se las colocaron transversalmente en la frente, como habían hecho los oficiales de las tropas, con sus varillas de marfil para recibir a Billali. Encontré entonces en una galería exactamente igual a la en que en nuestros cuartos estaban del lado opuesto, con la única diferencia de que ésta se hallaba mucho mejor iluminada. A los pocos pasos hallamos cuatro mudos, dos hombres y dos mujeres que se inclinaron y se pusieron a andar con nosotros, las mujeres por delante y los hombres por detrás, y continuamos nuestra procesión de este modo, pasando por ante muchas puertas que tenían colgaduras parecidas a las de nuestras habitaciones y que, según supe después, eran las de los mudos servidores de la Reina. Al fin llegamos al fondo de la galería y nos encontramos delante de un arco a cuyos lados había de centinelas dos guardias más, que eran de color amarillo, casi blancos, y estaban vestidos, los cuales se inclinaron también para saludarnos, y levantando los pesados cortinajes que cerraban el paso, nos introdujeron en una gran antecámara como de cuarenta pies cuadrados, en la que se hallaban unas ocho o diez mujeres jóvenes y bellas en su mayoría y de claros cabellos sentadas en almohadones y trabajando con agujas de marfil en una trama puesta sobre bastidores de madera.

Sordomudas también eran todas. Al fondo de esta antecámara había otra gran puerta cerrada por colgaduras pesadas, que tenían un aspecto oriental, y muy distintas, por cierto, de las que pendían ante las puertas de nuestras habitaciones. De pie se hallaban junto a la puerta dos muchachas de singular hermosura con la cabeza inclinada sobre el pecho y cruzados los brazos, en actitud de la mayor sumisión. Levantaron las manos simultáneamente, e hicieron correr las colgaduras. Entonces Billali hizo una cosa curiosa Aquel caballero de tan venerable aspecto -porque Billali era un caballero en el fondo- se dejó caer sobre sus rodillas y sus manos en el suelo y en esta indigna postura con la barba barriendo el piso, empezó a gatear en dirección al siguiente aposento. Yo le seguía andando por mis pies como de costumbre.

Sobre su hombro, él lo notó y me dijo angustiado, en voz baja:

-¡Prostérnate, hijo mío!... ¡prostérnate, Babuino! Entramos a la presencia de *Ella* y si no te humillas te va a fulminar ahí mismo...

Yo me detuve un poco, grandemente impresionado de súbito, y, a la verdad, sentí que mis rodillas se doblaban por sí solas. Poco después vino la reflexión en mi auxilio... Yo era inglés, y ¿por qué -me interrogué a mí mismo- habría de arrastrarme ante una mujer salvaje, cual si fuera un mono de hecho como de nombre?... No quería ni podía hacerlo mientras que no dependiese de ello absolutamente mi existencia.

Si una vez me arrastrase sobre las rodillas, tendría siempre que hacerlo, y esto sería una señal manifiesta y voluntaria de inferioridad. Y así fue que, sostenido por una preocupación insular, en contra del *kotoage*⁹, preocupación que, como otras tantas de los ingleses, está fundada en una gran cantidad de sentido práctico y común, arrogantemente tieso seguí detrás del humillado Billali. Pasamos a otro apartamento mucho menor que la antecámara y cuyos muros estaban cubiertos por tapices tan brillantes como los de la entrada que,

⁹ Koto, ceremonia china que consiste en postrarse en el suelo en señal de reverencia.

según supe más tarde eran obra de las mudas que trabajaban en los bastidores.

En aquel lugar vi una porción de asientos hechos de una hermosa madera negra de la especie del ébano, incrustados de marfil, y todo el piso estaba también cubierto de alfombras, o más bien de paños felpudos. Al fondo de esta habitación había una especie de camarín, todo cubierto también de tapices en el cual lucían también ciertos resplandores. Estábamos completamente solos.

Lenta y trabajosamente avanzaba Billali arrastrándose por aquella habitación, y yo le seguía tratando de asumir la más digna postura de que era capaz. Mas comprendí, desde luego, que me malograba la pretensión, y ante todo, ¿dígame si es posible aparecer digno cuando hay que ir por detrás de un viejo que va arrastrándose sobre el vientre como una culebra y cuando para moverse uno con la lentitud debida, ha de mantener a cada paso la pierna suspendida en el aire, por algunos

segundos, o ha de avanzar con enfáticas paradas, como hace en el teatro María Estuardo al dirigirse al cadalso?... Billali no era un gran gateador, sus años quizá se lo impedían, y tardábamos demasiado en nuestra marcha por el cuarto. Inmediatamente detrás de él iba yo, y varias veces me acometieron irresistibles deseos de ayudarlo a moverse con un buen puntapié. Era tan absurda la idea de adelantarse uno a la presencia de una salvaje majestad en la guisa de un irlandés que lleva un puerco al mercado, porque a esto me figuré yo que nos parecíamos, que al ocurrírseme esta idea por nada suelto allí mismo la carcajada. Tuve que dominar mi peligrosa tendencia a la burla inoportuna apelando al vulgar procedimiento de sonarme la nariz, lo que llenó de horror al viejo, que me mirándome por encima de su hombro, con aspecto aterrado, murmuró:

-¡Ay!... ¡miserio Babuino!...

Llegamos por fin a las cortinas del camarín. Billali se aplastó entonces del todo, extendiendo los brazos hacia delante cómo si estuviera muerto, y yo, sin saber qué hacer, me puse a mirar todo mi alrededor. Mas entonces sentí que alguien me estaba mirando por detrás de la colgadura. Yo no podía ver quién fuese pero sentía evidentemente la mirada y más aún, sentía que me producía en los nervios un efecto rarísimo. Estaba asustado sin saber por qué. El lugar aquel era bien raro, en efecto, a pesar de su rica tapicería y del suave resplandor de las lámparas, y a la verdad que estos accesorios parecían aumentar su soledad por la misma razón que una calle alumbrada durante la noche parece más solitaria que otra que está a oscuras. Profundo silencio reinaba; Billali no se movía en su postura delante de las cortinas cerradas, de entre las cuales brotaban como ondas de un perfume extraño, que parecían subir a perderse en la oscuridad de la bóveda de arriba.

Pasaban los minutos y la cortina no se movía ni se oían otros rumores de vida; pero, en tanto, sentía yo que me atravesaba la mirada fija de un ser desconocido, llenándome de un terror indecible y condensándome el sudor en gotas sobre la frente.

Al fin noté algún movimiento en las colgaduras... ¿Quién se hallaría detrás de ellas?... ¿Alguna reina salvaje desnuda?... ¿Alguna beldad oriental y lánguida?... ¿O alguna joven señora civilizada tomando té?... No tenía la más pequeña idea de quién pudiera ser, y no me hubiera asombrado de ver a cualquiera de las tres clases de mujer que he mentado. Ya había pasado yo de los límites del asombro. Agitose un poco la colgadura y surgió de entre sus pliegues una mano bellísima y blanca, blanca como la nieve, de afilados y largos dedos, rematados en róseas uñas. La mano sujetó un borde de la colgadura y la corrió a un lado, y al mismo tiempo escuché la voz más suave y argentina que en mi vida oí, que me recordaba el murmullo de un arroyuelo, y que, me dijo en un árabe purísimo, clásico, bien distinto al dialecto de los amajáguers.

-¿Por qué, extranjero, tanto te embarga el temor?

Quedeme bastante sorprendido al oír esta pregunta yo, que a pesar de mis terrores internos, me figuraba haberlos disimulado conservando la impasibilidad del rostro. Antes de que hubiera podido pensar mi respuesta corriose del todo la cortina y contemplé una alta figura ante mí. Y digo una figura porque no sólo el cuerpo, sino también el rostro y la cabeza estaban envueltos en un género blanco y suave como una fuerte gasa y de tal modo, que a primera vista me hizo recordar un cadáver cubierto por el sudario. No sé, a la verdad, por qué pudo ocurrírseme esta aproximación de ideas, pues que los pliegues de su vestidura eran tan tenues que a su través vislumbraba el color rosado de la carne que ceñían.

Supongo que la sugestión se debió a la manera en que estaba embozada en sus ropas, ya por casualidad o quizá de intento. De todos modos, sentíme más asustado que nunca ante esa aparición tan fantástica y comenzó a erizárseme el cabello al empezar a comprender que me hallaba en presencia de algo que no era normal.

La figura envuelta como una momia que ante mí tenía era la de una alta y adorable mujer; llena, penetrada mejor dicho, absolutamente de la belleza y dotada también de cierta gracia serpentina que no había yo antes conocido nunca. Cuando movía un pie o la mano, toda su forma ondulaba y no se doblaba el cuello, sino que se curvaba.

-¿Por qué te asustas tanto, extranjero? -preguntó de nuevo su dulcísima voz que parecía arrobarme el corazón en el pecho, como el son de una música muy suave. Hay algo en mí que pueda infundir espanto a un hombre... ¡Entonces los hombres han cambiado!... Y se volvió un poco con cierta gracia maliciosa y alzó un brazo como para mostrar todo el encanto de su cuerpo y su riquísima cabellera negra como las alas del cuervo, que en suaves rizos bajaba sobre la nevada vestidura casi hasta sus pies calzados de sandalias.

-¡Tu belleza, oh, reina! ¡es lo que me asusta!... respondí entonces humildemente, casi sin saber lo que decía y pareceme que al mismo tiempo oí murmurar a Billali, tendido boca abajo a mis pies:

-¡Bien Babuino mío, bien!

-Nota que los hombres aún saben deslumbrarnos a nosotras las mujeres con palabras falsas... ¡Ay, extranjero! -exclamó con una risa que me pareció resonar como distantes campanillas de plataestabas atemorizado, porque mis ojos te escudriñaban el corazón... por eso estabas asustado. Mas, soy mujer, y te perdono la mentira porque la pronunciaste cortésmente... Dime ahora por qué has venido a esta tierra de los que habitan en cavernas... tierra de pantanos y cosas malas y de sombras tristesísimas de los difuntos. ¿Qué has venido a buscar? ¿Cómo es que tan poco apreciáis la vida que venís los tres a colocarla en el hueco, de la mano de Hiya en la mano de *Quien debe ser obedecida*?... Dime también, ¿cómo has llegado a aprender la lengua que yo hablo?... Es una lengua antigua; ¿dura aún en el mundo?... Ya vez que habito en las cavernas entre los muertos, y que nada sé de las cosas de los hombres, ni tampoco he procurado saberlas... He vivido, ¡oh, extranjero! con mis memorias, y mis memorias están enterradas en un sepulcro que mis manos propias han labrado, porque se ha dicho, con verdad, que el hijo del hijo del hombre es el que torna malo su propio camino.

Quedó vibrando su voz en una nota tan suave como la de una ave cantora del bosque.

Al bajar la vista vio la figura de Billali extendida en el suelo, y pareció recordarse de él.

-¿Estás aún ahí, buen viejo?... Di, cómo es que se ha desordenado tu hogar... ¡Hola! ¿Conque parece que estos, mis huéspedes fueron atacados?... Sí, y que uno estuvo a pique de morir por la vasija ardiente para ser devorado por esas bestias hijos tuyos, y que si los demás no se baten

valerosamente, también hubieran sido muertos, y yo ni siquiera habría podido devolverles la vida arrancada de sus cuerpos... ¿Qué significa esto, anciano?... ¿Qué tienes tú que decir para que no te entregue a los que ejecutan mis venganzas?...

Su voz se había alzado por la cólera y resonaba clara y fría entre aquellos muros. También me pareció ver los rayos que sus ojos despedían tras de las gasas que los cubrían y vi que el pobre Billali, que me había parecido siempre un hombre muy valeroso, estaba estremeciéndose de terror al oír sus palabras.

-¡Oh, Hiya! -dijo sin alzar del suelo su cabeza blanca. ¡Oh, *Ella!* ¡sé tan piadosa como eres grande, porque ahora como siempre no soy más que el esclavo, que obedece!... No fue por causa o por descuido mío... ¡Oh, *Ella!* Fue la culpa de esos malvados que se llaman hijos míos... Azuzados por una mujer que tu huésped el Puerco había desdeñado, quisieron seguir la antigua costumbre de la tierra y comerse al gordo extranjero negro que vi-no con estos tus huéspedes, el Babuino que está presente y el León que está enfermo, sabiendo que tú no habías dicho nada con respecto al negro. Pero cuando el Babuino y el León vieron lo que hacer querían, mataron a la mujer y también a su criado, para salvarle del tormento de la vasija.

Entonces aquellos malvados, sí, los hijos de El Malvado, que habita aquella caverna se arrebataron con la sed de la sangre y saltaron a las gargantas del León, del Babuino y del Puerco. Mas ellos se defendieron bizarramente... ¡Oh, Hiya! Se batieron como verdaderos hombres matando a muchos, sosteniéndose hasta que yo acudí y los salvé, y a los malvados los he hecho conducir aquí para que los juzgue tu grandeza ¡oh, *Ella!* y aquí están...

-Sí, anciano, lo sé, y mañana asistiré a la gran sala para juzgarlos, pierde cuidado. A ti te perdono, aunque con trabajo. Cuida mejor de tu hogar en lo sucesivo... ¡Vete!

Billali se alzó sobre sus rodillas con grandísima alegría dobló tres veces la cabeza barriendo el suelo con la barba y a gatas luego atravesó reculando la habitación, hasta que lo escondieron las cortinas, dejándome solo, y bien alarmado, por cierto, con aquella persona tan terrible pero también tan fascinante.

XII AYESHA SE DESCUBRE

Ya se ha marchado el necio de blanca barba.

¡Ah! ¡Cuán poca sabiduría adquiere un hombre durante su vida!... La recoge como el agua, pero así también se le escurre entre los dedos, y cuando tiene las manos húmedas cual de rocío, las generaciones de tontos claman: ¡Ved, es un sabio!... ¿No es así?... Más ¿cómo te llamas?... *Babuino* te dice él -y se rió. Así acostumbran esos salvajes que carecen de imaginación, y acuden a las bestias, a que se asemejan, para dar un nombre. En tu propia tierra; ¿cómo te llaman, extranjero?

-Holly, me llaman, ¡oh, reina!

-¿Holly?... -repitió Ella pronunciando con dificultad la palabra aunque con delicioso acento. Y ¿qué quiere decir Holly?

-Holly es un árbol espinoso.¹⁰

-¡Muy bien!... Tienes un aspecto espinoso y de árbol, en verdad. Eres fuerte y feo, mas, si no me engaña mi saber, eres honrado hasta la médula, un cayado de confianza para apoyarse... También eres alguien que piensa... Mas, ¡ay, Holly! ¡que estás ahí de pie!... entra conmigo y siéntate a mi lado. No quisiera verte arrastrándote ante mí, como esos esclavos. Fastidiada estoy de su adoración y de su terror. A veces cuando me estorba un poco, anonadaría a la mitad de ellos por puro gusto de ver a los demás palidecer espantados en el alma...

Y *Ella* entonces alzó la cortina un poco con su mano de marfil para dejarme pasar.

Extremeciéndome, entré. Era demasiado terrible esa mujer. El camarín, colgado en parte de tapicerías, era un ensanche de mina cuadrado, de doce pies de lado, en el que había un canapé y una mesa sobre la cual vi frutas y agua clara. También vi allí, en un ángulo, un vaso de piedra labrada, como una pila, lleno, asimismo, de agua pura. El

« Árbol o arbusto del género *Ilex* (I. *aquifolium*, acebo)

recazo estaba todo iluminado por lámparas, formadas de las bellas vasijas de que he hablado y el ambiente y los tapices impregnados de un sutil aroma que también parecía emanar de la hermosa cabellera y de las albas y ceñidas vestiduras de *Ella* misma. Al entrar en el camarín me paré indeciso.

-Siéntate -dijo señalándome el canapé. No tienes por ahora motivos para temerme. Si los tuvieras, no me temerías largo espacio, porque te mataría... Tranquiliza tu corazón.

Senteme entonces en el extremo del canapé, que estaba junto a la pila y *Ella* se dejó caer suavemente, del otro lado, apoyándose contra sus cojines.

-Ahora Holly, dime cómo llegaste a hablar el árabe. Es mi propia adorada lengua, porque árabe soy de nacimiento. No lo hablas empero, cual nosotros solíamos. Algunas palabras parecen cambiadas, como hacen esos hombres los amajáguers, que, han degradado y corrompido su pureza hasta el punto de que para hablarles he de usar otro idioma.

-Estudí la lengua durante muchos años respondí- y se habla aún en Egipto y en otras partes.

-¡Conque aún se habla y aún existe el Egipto!... ¿Y qué Faraón ocupa su trono?... ¿Algún descendiente del persa Ochus?... ¿O es que ya los Arquemenios han desaparecido?...

-Hará cerca de dos mil años, que los persas salieron del Egipto, y desde entonces los Ptolomeos, los romanos y otros muchos, han florecido y dominado sobre el Nilo, y han caído cuando les llegó su hora -exclamé espantado. ¿Qué puedes tú saber del persa Artajerjes?...

Riose sin contestarme y por mi cuerpo corrió un escalofrío.

-¿Y Grecia? -continuó. ¿Existe aún una Grecia?... ¡Ah! ¡Yo amaba a los griegos!... ¡Eran hermosos como el sol e inteligentes pero orgullosos en el fondo y volitarios!...

-Sí, la Grecia existe aún, y ahora precisamente acaba de constituirse de nuevo cual nación. Pero los griegos de hogaño no son como los de antaño, y la misma Grecia del día no es más que un remedio irrisorio de la antigua

-¡Conque así es!... ¿Y los hebreos?... ¿Ocupan aún a Jerusalén?... ¿Mantienen aún el templo que edificó el sabio Rey?... Aquel su Mesías, de que tanto hablaban, ¿vino ya y reina quizá en la tierra?...

-¡Los judíos fueron desbaratados, su nación desapareció, y los fragmentos de ella se encuentran dispersos por el mundo, y ya Jerusalén no existe!

En cuanto al templo que erigió Herodes...

-¿Herodes? ¡No le conozco! Mas, no importa continúa.

-Los romanos lo incendiaron, y las águilas latinas volaron sobre sus ruinas.

-¡Conque así, fue así!... ¡Gran pueblo fue ese de Roma que iba derecho a su objeto!... Sí, contra su fin volaba como la fatalidad; cual sobre su presa abatíanse sus propias águilas... mas sembraban la paz en pos suyo.

-*¡Solitudinem faciunt, pacem appellant!* -dije entonces a pesar mío.

-¡Ah! ¡Conque también puedes tú hablar la lengua latina! -exclamó sorprendida. De peregrino modo suena hoy en mis oídos después de tantos días, y pareceme que tu acento no cae en las palabras como lo ponen los romanos... Pero, ¿quién ha escrito eso?... No conocía la frase; pero se ajusta bien a ese gran pueblo. Parece que he topado con un hombre instruido... cuya mano ha sabido mantener en su palma ahuecada el agua de la sabiduría mundana... ¿Hablas también el griego?

-Conozco el griego ¡oh, reina! Y también el hebreo, mas no lo bastante para hablarlos. Esas son, hoy día lenguas muertas.

Batió *Ella* sus manos con infantil placer.

-En verdad que tú eres un árbol feo, pero que produce frutos de sapiencia ¡oh, Holly! -exclamó. Pero háblame de esos judíos a quienes yo aborrecía porque me llamaban «gentil» cuando quise enseñarles la filosofía ¿Vino su Mesías?... ¿Reina en el mundo?...

-Su Mesías vino -contesté con veneraciónmas vino pobre y humildemente, y ellos no quisieron reconocerle a Él... Azotáronle y le crucificaron después sobre un leño, pero aún duran sus palabras, y el ejemplo de sus obras; y en verdad que hoy reina Él sobre la mitad del mundo, mas no con mundanal imperio...

-¡Ah, lobos judíos de feroz corazón! -exclamó *Ella*. ¡Adoradores de los sentidos, y de muchos dioses!... ¡codiciosos de ganancias, desgarrados por las facciones internas!... ¡Paréceme ver aún sus rostros atezados!... ¿Conque crucificaron a su Mesías?... ¡Lo comprendo fácilmente!... ¿Qué les importaba a ellos que fuese un hijo del Espíritu viviente?... si es lo que era y de esto luego hablaremos. Ellos, pueblo escogido, vasija de Aquel a quien llamaban Jehová, sí, y también vasija de Baal, y vasija de Astarot, y de los dioses de Egipto... Gente irascible violenta; ansiosa de cuanto les pudiese dar riqueza y poderío... ¿Conque crucificaron a su Mesías, porque se presentó humildemente, y se hallan ahora regados por la tierra?... Pues bien, si mal no recuerdo, así se lo predijo uno de sus profetas que les resultaría... ¡Me alegro de su suerte!... ¡Partieronme el corazón esos judíos y me hicieron que mirase al mundo con torvos ojos!... ¡ay, sí!... ellos me arrojaron al desierto este, de un pueblo que antes de ellos existía... Me lapidaron cuando quise enseñarles la sapiencia en Jerusalén... sí, a las puertas mismas del templo aquellos hipócritas de blanca barba y los rabinos azuzaban al pueblo para que me lapidasen... -Y con súbito ademán, alzando la envoltura de gasa de su torneado brazo, marcome una pequeña cicatriz rojiza que se destacaba sobre la blancura de leche del miembro bellísimo.

Hice un movimiento de horror.

-Perdóname ¡oh, reina! -le dije suplicante- ¡mas tú me deslumbras! Cerca de dos mil años han pasado sobre la tierra desde que el Mesías hebreo fue clavado sobre su cruz en el Gólgota y ¿cómo, pues pudiste enseñarles tú filosofía a los judíos antes de que Él naciera?... Mujer tú eres que no espíritu. ¿Cómo puede una mujer vivir más de dos evos? ¿Por qué de mí te burlas? ¡Oh, reina!

Ella se reclinó entonces más en el canapé, y otra vez sentí que sus ocultos ojos se fijaban sobre mí y me escudriñaban el alma.

-¡Hombre! -me dijo al fin, hablando lentamente- parece que aún en la tierra hay cosas de que tú no sabes nada... ¿Tú crees aún que todas las cosas perecen como creían aquellos judíos?...

Yo te digo que nada muere realmente; tal cosa como es la muerte, no existe. Mira -dijo, mostrándome algunas esculturas del muro- tres veces dos mil años han pasado desde que los últimos de la gran raza que esculpió esas figuras cayeron ante el soplo de la peste que los destruyó, y no han muerto empero... ¡Aún existen ellos!... quizá sus espíritus nos están contemplando ahora mismo... Algunas veces paréceme que los ven mis ojos.

-¡Sí, pero para el mundo han muerto!

-Cierto, mas sólo por algún espacio... y aún renacen para el mundo, y vuelven a renacer... Yo misma, extranjero, yo, Ayesha... porque éste es mi nombre... te digo que estoy aguardando que vuelva a nacer uno a quien yo amaba... y aquí he de aguardar hasta que él vuelva porque sé que de seguro volverá y que aquí, aquí únicamente, se alegrará de verme... Pues ¿Por qué suponías que yo, siendo todopoderosa más bella que Helena la griega tanto cantada y más sabia, sí, diez veces más que Salomón el sabio, que conozco los secretos de la tierra y los tesoros que guarda y que sé utilizar todas las cosas, yo, que por un rato he podido hacerme superior al cambio que vosotros llamáis la muerte... ¿por qué, dime extranjero, pensaste tú que podría habitar yo aquí entre bárbaros inferiores aun a las bestias?...

-No lo sé -respondí con humildad.

-Pues es porque, yo aguardo al que amo... Mi vida quizá, ha sido mala, no lo sé... ¿quién podrá saber lo que es bueno y lo que es malo?... así es que temo morir, sí es que morir puedo, que no puedo, para ir en su busca adonde está, pues que entre nosotros dos podría haber un muro, que no sabría salvar quizá... al menos, eso temo... Muy fácil sería de seguro, extraviarse en esos grandes espacios por los que los soles giran perdurablemente... Mas ha de llegar un día quizá cuando hayan pasado otros diez mil años, fundidos y desaparecidos en los silos del Tiempo, como las nubecillas se disuelven en la tiniebla nocturna en que él renazca y entonces esclavo de una ley que es más fuerte aún que todo propósito del hombre, vendrá a buscarme aquí, y su corazón se ablandará por mí, por más que contra él yo haya pecado; ¡ah, sí! por más que él no me reconozca tendrá que amarme, aunque no fuera más que por mi belleza.

Me quedé yo abrumado, mudo de asombro, las nociones que me sugería eran demasiado potentes para que las prendiese mi intelecto.

-Mas ¡oh, reina! Aunque así sea -dije al fin- si han de renacer y renacer los hombres, tú no estás sujeta a esta ley, siendo cierto lo que dices... ¿verdad?... -penetrome otra vez su mirada oculta. Puesto que tú no has muerto nunca -dije concluyendo rápidamente la expresión de mi duda.

-Así es -contesté- porque yo, tanto por mi saber como por casualidad, he descubierto uno de los grandes secretos del mundo. Dime, extranjero, si la vida existe, ¿por qué no ha de ser prolongada por cierto rato?... ¿Qué son diez, veinte o cincuenta mil años... qué son, si en diez mil años apenas sirven la lluvia y las tempestades para disminuir de una cuarta la altura de la cima de un monte? En dos mil años estas cavernas no han variado nada, nada ha variado más que las bestias y el hombre, que es como las bestias. Si pudieras comprenderlo, verías que esto nada tiene de particular.

Cosa asombrosa es la vida cierto, mas no lo es que pueda prolongarse algún tanto. La Naturaleza tiene su espíritu anímico, como el hombre, que es su hijo, y el que descubrir pueda ese espíritu y se deje alentar por él, vivirá la vida de ella. No vivirá eternamente, porque la Naturaleza no es eterna y también ella morirá, así como ha muerto la naturaleza de la luna. También la de la tierra morirá, o mejor dicho, variará, para dormir en tanto que le llegue de nuevo el turno del renacimiento. Mas, ¿cuándo morirá?... Calculo que no ha de ser aún, y mientras viva con ella vivirá también el que posea todo su secreto. Todo el secreto no lo poseo yo, empero alguna parte, conozco más que ninguno de los que me precedieron. No dudo que para ti estas cosas sean un gran misterio, y, por tanto, no te abrumará con su grandeza ahora. Otra vez te diré más sobre ese asunto. ¿Te admiras de que yo supiera que ibais a venir y que pudiera salvar vuestras cabezas de la vasija enrojecida?

-¡Oh, reina! Sí -contesté débilmente.

-Pues contempla esa agua. -Señalome la pila, e inclinándose entonces encima sostuvo sobre ella su mano.

Me levanté y miré. El agua se enturbió de repente, aclarose luego, y vi tan claro como lo más

claro que en mi vida he visto; vi, digo, nuestro ballenero en el horrible canal, a Leo acostado en el fondo con un abrigo echado por encima para cubrirse de los mosquitos, de tal modo que no se le veía el rostro, y a Job, a Mahomet y a mí mismo tirando del bote sobre el camino de sirga

Salté hacia atrás lleno de asombro, clamando que aquello era mágico, porque reconocí la escena que realmente había ocurrido.

-¡No, no, oh, Holly! -respondiome ella- no es hazaña mágica ni hay tal cosa: la magia no es más que una ficción de la ignorancia. Basta conocer los arcanos de la naturaleza. Mi espejo es éste; en él veo lo que pasa cuando me curo de evocar la representación, lo que no hago a menudo. En esa agua puedo mostrarte lo que tú quieras, de lo pasado, si se refiere a este país o a algo que he conocido, o cualquier cosa que tú, el observador, quieras. Piensa en un rostro, en el que te parezca y lo verás reflejado de tu mente en el cristal del agua.

No conozco aún ese secreto por entero, no puedo saber nada de lo porvenir; mas es viejo, y yo no le he descubierto. Los sortilegos del Egipto y de Arabia conocieronlo hace siglos. Así fue que un día se me ocurrió pensar en este antiguo canal, por el que pasé hace unos veinte siglos y quise verlo de nuevo. Y miré ahí, y vi el bote y tres hombres que andaban tirándolo, y uno, cuyo rostro no pude ver, pero que era un joven de hermosas formas, que yacía durmiendo dentro. Entonces di una or-den y os salvé.

Y ahora adiós... mas no, ¡aguarda!... cuéntame de ese joven... del León, como le llama el viejo. Quisiera verle pero está enfermo, me han dicho... Tiene la fiebre del pantano, y está, además, herido de resultas de la riña.

-Está muy enfermo -respondí entristecido.

Tú que tanto sabes ¡oh, reina! ¿No podrás curarle?..

-Es claro que puedo... Mas, ¿por qué hablas con tanta pena? ¿Amas mucho a ese joven? ¿Es tu hijo, quizá?..

-Es mi hijo adoptivo, ¡oh, reina!... ¿Debo traértelo a tu presencia?

-No... ¿Cuánto ha que tiene la fiebre?

-Tres días hace.

-Bueno, dejar pasar otro día. Quizá pueda librarse él mismo de ella por su propio vigor. Más vale esto que mi cura: mi medicina es de tal suerte, que conmueve la vida dentro de su propia ciudadela. Sin embargo, si mañana a la noche a la hora misma en que la fiebre lo atacó por vez primera no empezase su mejoría entonces yo iré donde él y le curaré... Aguarda ¿quién le asiste?

-Nuestro servidor blanco, el que Billali llama el Puerco, y también -agregué titubeando un poco- una mujer llamada Ustane, una mujer muy hermosa de este país, que se adelantó a besarle apenas le vio, y que no se ha apartado de él desde entonces conforme a la costumbre de tu pueblo, ¡oh, reina!...

-¡Mi pueblo! -No me hables más de mi pueblo -me dijo vivamente- ¡esos esclavos no son mi pueblo! No son más que perros que me obedecen hasta que llegue el día de mi redención, y en cuanto a sus costumbres nada me importan... Tampoco me llames reina, hastiada estoy de títulos y de lisonjas, llámame Ayesha, este nombre, me resuena dulcemente en el oído, es un eco de lo pasado... A esa Ustane no la conozco... ¿Será la que mi clarividencia me advirtió para que me guardase de ella y que yo también amenacé?... ¡Aguarda voy ver... e inclinándose pasó la mano por la pila de agua y observó con atención... -Mira tú -me dijo entonces tranquilamente- ¿es esa Ustane?..

-¡Es ella!... -murmuré, porque el asombro ante aquel hecho tan inusitado me embargaba de nuevo. Está contemplando a Leo, que duerme.

-¡Leo!... -dijo *Ella* como hablándose a sí misma. Esta palabra quiere, decir *león* en lengua latina. El viejo acertó bien una vez... ¡Es cosa rara!... Será que... ¡pero no es posible! Y con gesto impaciente pasó de nuevo, la mano sobre el agua que se obscureció, disipándose de ella la imagen con tanto misterio y silencio como cuando se formó, para que después las luces de las lámparas únicamente se reflejaran en la superficie de aquel límpido y animado espejo.

-¿No tienes nada que pedirme antes de marcharte, Holly? -preguntome después de meditar un rato. Mala vida habrás de pasar aquí, porque estas gentes son salvajes y no conocen las necesidades de los hombres cultos. No es que yo viva muy mal, porque he ahí mi alimento -añadió, señalándome la fruta de encima de la mesita- nada más que frutas y un poco de agua tocan mis labios. He ordenado a mis muchachas que te sirvan. Son mudas, ya lo has visto, y las mejores sirvientas por tanto, para los que puedan leer sus rostros y sus signos. Así las hice yo, y me ha costado algunos siglos y bastante trabajo, mas he tenido buen resultado al fin. Antes lo había obtenido también, pero la raza era muy fea y concluí con ella, ya has visto que no lo son ahora. En otra ocasión, también creé una raza de gigantes, pero la Naturaleza tras algún rato, no qui-so sufrirla más, y se extinguió por eso... ¿Quieres pedirme algo?

-¡Ah... sí, Ayesha una sola cosa!... -repliqué audazmente, aunque no sintiera tanto valor en mis adentros como quise fingirlo- ¡Quisiera contemplarte el rostro!

Soltó ella entonces una argentina risa

-¡Piensa en lo que dices Holly, piensa en lo que dices!... Di tú, que parecer, enterado de los antiguos mitos de los dioses griegos, no fue un tal Acteón el que misero pereció por contemplar una beldad inefable. Si yo te muestro mi rostro, quizá perezcas también de tan lastimosa manera... quizá te devoren el corazón los impotentes deseos, porque has de saber que yo no soy para ti, no soy para ningún hombre, excepto uno... Uno que existió y que no existe aún...

-¡Cómo quieras, Ayesha! Mas no temo tu belleza... He apartado ya mi corazón de esa vanidad de la femenil hermosura que se marchita como las flores.

-¡Ah, no! te equivocas... La belleza no se marchita... Perdura conmigo la mía. Ya que lo deseas, hombre terco, hágase tu voluntad... Mas no me culpes luego si la pasión cabalga sobre tu juicio, como sobre los potros el desbravador egipcio, y lo conduce adonde tú lo desees... Jamás podrá el hombre que haya contemplado mi belleza desnuda apartarla después de su mente... Así es que, yo an-do velada aun entre esos salvajes porque no me estorben y tenga luego que matarlos... Di, ¿quieres verme?

-¡Sí, quiero! -exclamé, dominado por la curiosidad.

Alzó entonces sus brazos tan blancos... nunca había concebido brazos como aquellos... y lenta muy lentamente, desató algunos nudos de su re-bozo bajo la cabellera por la nuca... y de súbito cayeron las largas bandas de la sepulcral vestidura que la envolvían, y la mirada mía se puso a recorrer de abajo arriba sus formas traslucidas ya de una estrecha veste albísima, lo que realizaba su perfecto contorno; todo su cuerpo animado por algo que era más que vida y dotado de una gracia infinita como de sierpe ondulante, que era gracia sobrehumana.

Ceñían sus piecillos sandalias encarnadas, sujetas con botones dobles de oro; sus talones eran más perfectos aún que todos los que han soñado los escultores. Sobre su talle la blanca y breve túnica se sostenía por una sierpe de oro macizo de dos cabezas, y las dulcísimas formas se ampliaban encima de ese cinto con puras, y adorables líneas hasta el punto en que la túnica concluía sobre el nevado argenteo de su seno, encima del cual doblábanse sus brazos.

Miré entonces su rostro, y... ¡juro por Dios, que no exagero!... atrás salté cegado, lleno de asombro. Hasta aquel día hablar había oído de la bondad divina, mas entonces ¡yo la vi!... Sólo que esta beldad, con toda su inmensa pureza y gracia, era tremebunda y de mal... Hiriome a mí, al menos, como un mal entonces.

-¿Cómo la describiré?... No puedo... De una vez diré que no puedo describirla. No existe el hombre, cuya pluma pueda hacer concebir la idea de lo que yo vi. Podría hablar de los grandes ojos, profundamente negros, dulcísimos, cambiantes; de la tez animada, de la frente amplia, noble, por donde caían los cabellos cortos, de las demás facciones rectas y delicadas. Mas por bellas, por excesivamente bellas que fueran, la adorabilidad que tenían no residía en ellas mismas. Más bien se hallaba, si es posible decir que residía en parte alguna determinada, en una majestad visible en una imperiosa gracia en una impresión divina de atenuado poderío, que emanaba de aquella fisonomía radiante para formarle como un nimbo viviente.

Hasta aquel momento no había podido concebir nunca cómo podría ser la belleza sublimada y viéndola allí, empero, comprendía que era sobriamente sublime, gloria que no era celeste, por más que gloriosísima fuese. Aunque aquel rostro que yo veía era el de una mujer joven muy sana en la primera explosión de su florecimiento, había en él la expresión de una experiencia inefable de una honda intimidad con las pasiones y el dolor. Ni aun la adorable sonrisa que se deslizaba de los hoyuelos de su boca podía disimular era sombra del pecado y la tristeza. Hasta en la lumbrera flotaba de los ojos fulgurantes y palpitaba en la majestad de su aspecto, y parecía decir: «Contéplame; más adorable que mujer ninguna ni viva ni muerta ya inmortal, casi divina. Más la memoria me persigue a través de las edades y la pasión me llevan de la mano. En el crimen incurrí, y con la tristeza he sido íntima en los siglos que he vivido, y seguiré haciendo el mal y conociendo la tristeza en los demás tiempos futuros hasta que se verifique mi redención»

Atraída por no sé qué magnética potencia que no pude contrarrestar, fijose mi mirada en sus brillantes ojos, y sentí que de ellos brotaba una corriente que casi me deslumbró y cegó.

Riose... ¡ay! Y cuán musicalmente... y movió su cabecita con sublime retrechería digna de Venus Vietrix.

-¡Hombre terco! -dijo. Como Acteón, obtuviste lo que deseabas, pero cura ahora de que, como él, no perezcas lastimosamente destrozado, por la rabiosa jauría de tus pasiones. Yo también, ¡oh, Holly! Soy una deidad virgen y nadie habrá de conmovirme más que uno solo... Y ése no eres tú.

Responde ahora, ¿me has contemplado ya?...

-¡Contemplé a la Belleza y me cegó! -exclamé roncamente, y me cubrí los ojos con la mano. ¡Así es! Yo te lo dije... La belleza es como el rayo: adorable más destructora... para los árboles sobre to-do, Holly...

Calló de pronto, y entre mis dedos vi hacerse un tremendo cambio en sus facciones. Clavábanse sus grandes ojos en mi mano con una expresión de horror que parecía batallar con cierta esperanza atroz que brotaba de la profundidad de su alma sombría. Rígida tornose la bellísima cara así como su cuerpo ondulante lleno de gracia que se había inclinado antes, como un sauce. Echó hacia atrás la cabeza como la serpiente al herir, y me dijo, con voz que parecía un silbido, muy bajo:

-¡Extranjero! ¿á dónde obtuviste ese *scaraboeus* que luce en tu dedo? Habla presto, ¡ay, hombre! o por el mismo Espíritu de la Vida que voy a fulminarte ahí donde estás parado...

Y dio un pequeño paso hacia mí, y de sus ojos salieron unos espantosos resplandores que me parecieron llamas... Caí desplomado en el suelo ante ella, balbuceando en mi terror confusamente palabras bárbaras sin sentido.

-He ahí, Holly, que te he asustado -dijo entonces cambiando súbitamente de ademán y hablando con su suave voz de antes. Perdóname por ello... Mas, a veces ¡oh, Holly! la mente casi infinita se desespera de la lentitud de lo que es tan finito, y de pura mortificación tentada me encuentro a utilizar mi poderío. A punto de morir estuviste; pero volví en mí misma... ¡Pero ese escarabajo!... dime ¿dónde lo obtuviste?

-Yo lo recogí del suelo... -murmuré barbotando débilmente, conforme me ponía de pie otra vez, y tan perturbada tenía la inteligencia que juro que en aquel instante, no sabía del sortijón de Leo otra cosa sino que lo había recogido del suelo al salir de su cuarto.

-¡Es cosa extraña! pero una vez yo conocí un escarabajo como ése... ¡Colgaba del cuello de uno a quien yo bien amaba!... -Y dio un sollozo, y luego la vi acometida de una agitación como histérica bien impropia a la verdad de mujer tan tremebunda como ella. Aunque tan vieja no era después de todo, sino como las demás.

-Debe ser uno parecido a aquel -continuó hablando como si estuviese sola. En el antiguo Egipto había muchos que se llamaban Reales Hijos de Ra... El escarabajo que yo conocí no estaba como ese colocado en el chatón de un anillo...

Y me dijo luego:

-Holly, vete y olvida si puedes que has visto la belleza de Ayesha..

Volviome la espalda y se arrojó en el canapé, hundiendo el rostro en los almohadones.

Salí dando traspiés y encontreme al punto, sin saber cómo, en mi propia cueva.

XIII ALMA ATORMENTADA

Eran ya cerca de las diez de la noche cuando me eché en mi cama y comencé a arreglar mis perturbadas ideas, reflexionando sobre lo que había visto y oído. Pero cuanto más meditaba menos entendía ¿Estaba yo loco, o borracho, o soñando, o quizá era víctima de la más gigantesca y complicada broma? ¿Cómo era posible que yo, hombre de razón, que no desconocía los hechos científicos más notables de nuestra historia, incrédulo hasta entonces en absoluto de todos esos artificios y añagazas que en Europa se conocen con el nombre de sobrenaturalismo, pudiese convenir en que acababa de estar conversando por un rato con una mujer que tenía dos mil años, y pico de edad?

Esto era contrario a la experiencia de la naturaleza humana e imposible absurdo... ¿Y cierta emoción?... ¡Esa no era como todo, más que un gran disparate!... *Ella* me lo había prevenido bien y yo rehusé atender a su aviso... ¡maldita sea la fatal curiosidad que perennemente obliga al hombre a escrutar a la mujer, y malditos también los naturales impulsos que la crean!... ¡Caer yo, a mis años, víctima de esta moderna Circe!... Aunque a la verdad, *Ella* no era moderna... así lo dijo, al menos: era tan vieja casi como la Circe original.

Meseme los pelos y saltó de mi lecho, comprendiendo que si no hacía alguna cosa material, como Leo, yo deliraría ¿Qué dijo *Ella* también sobre el escarabajo?... Era el de Leo, el que había salido de la vetusta caja que Vincey había dejado en mi cuarto hacía cerca de veintiún años. ¿Resultaría verdadera después de todo, la historia de marras y la escritura del casco de ánfora no era una falsedad, no era la invención de una individua de floja cabeza? Y en este caso, ¿podría ser Leo el hombre que *Ella* estaba esperando... el muerto que había de renacer?

-¡Imposible! vamos... ¡monserga! ¿quién no oyó nunca que un hombre volviera a renacer?..

Después, se me ocurrió que no había ido a ver cómo seguía Leo. Quiteme los zapatos, tomé una de las lámparas que ardían junto a la cama, y salí a la galería dirigiéndome a su cueva. El aire nocturno movía suavemente la cortina de la entrada como si manos invisibles de espíritus estuvieran corriendo y descorriendo. Me deslicé en el abovedado recinto, y miré. Leo estaba echado, agitándose muy inquieto en su fiebre, pero dormido. Ustane, casi tendida en el suelo y apoyada en el lecho de piedra estaba allí. Estrechaba en la suya una de las manos de Leo, también dormitaba y ambos formaban un interesante, mejor dicho, un patético cuadro. ¡Pobre Leo! Sus enrojadas mejillas ardían, tenía grandes ojeras y respiraba con gran dificultad. Malo, muy malo estaba y de nuevo me asaltó el temor atroz de que pudiera morir, dejándome solo en el mundo.

Y, sin embargo, si vivía quizá fuera mi rival para con Ayesha aunque no fuese él quien *Ella* aguardaba y entonces ¿qué esperanza podría yo abrigar, hombre maduro y horroroso, compitiendo con tan brillante y hermoso joven?... Pero, ¡gracias a Dios, mi noción moral no había muerto!... *Ella* no la había matado aún, y allí mismo rogué desde lo más profundo de mi alma al Todopoderoso, que ese muchacho, ese que era más que mi hijo viviera aunque fuera ciertamente el hombre aguardado por la maga.

Volvíme entonces a mi cuarto tan calladito como vine; tampoco pude dormir, porque la imagen de Leo tendido, tan gravemente enfermo, sólo había servido para aumentar combustible a la hoguera de mi inquietud. Mi cuerpo fatigado y la sobreexcitada mente habían puesto a la imaginación en actividad exageradísima. Evocaba ideas, visiones inspiraciones, casi con extraordinaria claridad. Muchas eran bastante grotescas, otras lúgubres y otras la representación de pensamientos y sensaciones que años hacía, estaban hundidas entre los escombros de mi pasada existencia. Pero detrás y encima de todas flotaba la forma de la mujer tremebunda y la memoria de su arrebatante hermosura las penetraba y obscurecía con sus destellos. Y yo medía con mis pasos como un loco mi habitación, y no me cansaba de andar...

De súbito noté lo que antes no había visto: una estrecha abertura en el petroso muro. Tomé una lámpara y la examiné: era un pasadizo. Aún tenía lo suficiente para pensar que, en una situación como la nuestra no era cosa agradable tener pasadizos abocados en el cuarto de dormir sin saber de dónde salían. Por ellos pueden venir las gentes, venir cuando uno duerme... Así es que, en parte por curiosidad, y en parte por la necesidad en que yo me veía de estar haciendo alguna cosa metime por el corredor. Encontré una escalera y la bajé; seguí por otro corredor, túnel más bien labrado asimismo en la peña viva que iba corriendo, a mi juicio, exactamente, por debajo de la galería en que abrían nuestras habitaciones y a través de la gran nave central. Continué andando por él. Estaba silencioso como una tumba, sin embargo, solicitado por una emoción o atracción que no puedo describir, seguí andando, y mis pies calzados de las medias sólo, no hacían ruido al pisar aquel suelo, pulido y duro. Cuando hube andado unas cincuenta yardas, encontré otro pasaje que cruzaba en ángulos rectos, al que yo seguía y entonces me sucedió una cosa atroz: la fuerte corriente del aire que tiraba aquel corredor apagó mi lámpara y me quedé en la más completa oscuridad en las entrañas misteriosas del monte. Di dos grandes trancos hacia delante al quedarme a oscuras, para cruzar el pasaje travieso, aterrado al pensar de pronto en que podría doblar por él sin darme cuenta de ello y sumirme qué se yo adónde en la tiniebla. Detúveme a pensar qué haría entonces. No tenía fósforos y me espanté al intentar volver sobre mis pasos en aquella negrura absoluta. Sin embargo, no iba a pasarme allí la noche... ¿y de qué me serviría esto si en las minas donde me encontraba lo mismo era el medio día que la media noche?... Miré hacia atrás, sobre mi hombro: nada, ni luz ni un sonido. Miré hacia delante, tratando de penetrar la oscuridad con mis, ojos... ¡ah! allá lejos, vislumbré un suave resplandor. Quizá habría por allí alguna cueva donde encontraría un poco de luz... de cualquier modo valía la pena de que fuera a ver lo que era. Lenta y dolorosamente me adelanté por el túnel, sin separar la mano del muro y tanteando con el pie antes de dar los pasos, por temor de caerme en alguna sima. Treinta pasos di... era una luz suave, vacilante, que pasaba al través de una cortina... A los veinte pasos más, vine cerca de la luz, di diez más.

Había llegado junto a las cortinas, y como no estaban cerradas del todo, pude ver dentro de la cueva que encubrían y que tenía todas las apariencias de un sepulcro. Ardía en el centro de ella brotando del piso, una llama blanquecina que no daba humo. A la izquierda había una losa con un

pequeño reborde como de tres pulgadas, y sobra la losa un cadáver; al menos así me pareció, con un paño blanco echado por encima. A la derecha vi otra losa parecida y sobre ella algunas bordadas ropas. Inclínada sobre la llama estaba una mujer sentada de cara al cadáver y presentándose un costado, embozada en un manto oscuro que la tapaba toda como la capa de una monja. Clavada tenía la vista sobre la llama.

De súbito, y mientras estaba yo pensando en lo que hacía púsose de pie la mujer, y con un movimiento convulsivo, desprendiose de su manto oscuro.

-¡Era *Ella* misma!

Vestida estaba como la vi la víspera cuando se descubrió a mis ojos, con una blanca túnica estrecha escotada en el pecho y ceñida al talle por la bárbara sierpe de oro de la doble cabeza suelta sobre la espalda la negrísima copia de su ondeada cabellera. Mas su rostro era lo que me impresionaba y me tenía el corazón metido en prensa y no ya por la potencia de su hermosura sino por la de un fascinante terror. Bella era aún, en verdad, pero en aquellas palpitantes facciones en la adolorida mirada de los ojos hacia arriba vueltos, había tanta pasión feroz, tanta agonía tanto ensañamiento vengativo, que mi pluma es incapaz de describir.

Estúvose quieta por un momento con las ma-nos elevadas sobre la cabeza y en tanto la blanca veste se deslizó cayendo sobre el cinto de oro, y dejó desnuda la deslumbrante belleza de su torso... Con los dedos enredados, arqueada hacia atrás un poco, la vi, y la expresión de una inmensa malignidad se condensaba fulminante sobre su rostro.

Desplomáronse al fin las crispadas manes y volviéronse a elevar, y por mi vida y por mi honor afirmo que la llama subía y bajaba con ellas arrojando cada vez que subía un lívido y atroz resplandor sobre *Ella* sobre la figura humana tendida en la losa y cubierta por un paño blanco, y sobre todo los rodeos y detalles de los esculpidos muros del recinto.

Abatiéronse de nuevo los brazos ebúrneos y al hacerlo empezó a hablar en arábigo, o a silbar más bien y con tal acento que me cuajó la sangre en las venas y paralizó por un instante el corazón.

-¡Maldita sea!... ¡perennemente maldita!...

Bajaron, los brazos y la llama bajó. Subieron, la amplia lengua ígnea se empinó con ellos. Cayeron otra vez.

-¡Maldita sea su memoria!... ¡Maldita sea la memoria de la egipcia!...

Subieron y bajaron luego.

-¡Maldita sea la hermosa hija del Nilo, por razón de su hermosura!... ¡Maldita porque su magia prevaleció contra mí!... ¡Maldita porque me robó al que adoraba!...

Y al caer por último, la llama cubriose los ojos con las manos.

-¡Es inútil!... inútil... -clamó sollozando: ¿Quién podrá nunca herir a los que duermen?... ¡Ah, no! ni aun alcanzarlos puedo.

Mas luego, continuó en ya perversa ceremonia:

-¡Maldita sea al nacer de nuevo!.. ¡Que maldita renazca!... ¡Que maldita sea desde la hora en que renazca hasta que se duerma otra vez!... ¡Sí, que maldita entonces sea porque pueda alcanzarla mi venganza y pueda en absoluto destruirla!...

Subía y bajaba la llama reflejándose en sus mortecinos ojos; el silbante sonido de sus terribles maldiciones, que mis palabras, las escritas mucho menos, no pueden explicar en todo su horror se extendía por el subterráneo deshaciéndose en pequeñas repercusiones mientras que las alternativas de luz lívida y de sombra oscura se sucedían sobre la blanca y tremenda forma tendida en su lecho fúnebre de piedra.

Al fin pareció cansarse y cesó. Sentose en el rocoso suelo y echándose con un movimiento desesperado de la cabeza la cabellera oscura sobre el rostro y seno, que quedaron eclipsados como bajo una densa nube, empezó a sollozar con inmenso dolor que partía el alma

-¡Amor mío, amor mío!... ¿Por qué te ha despertado ayer así ese extranjero? Hace quinientos años que no penaba tanto... ¡Ay! si contra ti pequé ¿ya no lavé mi pecado?... ¿Cuándo a mí volverás... a mí que lo tengo todo y que sin ti no tengo nada?... ¿Qué es lo que yo puedo hacer?... ¡ay! ¿qué hará? ¿qué hará? Y quizá ¡ay! quizá la egipcia viva allí donde tú estás, y se burle de mi memoria... ¡Ay! ¿por qué, si te maté, no morí contigo?... ¡Ay, morir no puedo!... ¡Ay!...

Y se arrojó contra el suelo boca abajo, y sollozó lloró de un modo que, me parecía que el pecho le iba a estallar.

Contúvose de pronto, alzose sobre sus pies echando hacia atrás violentamente, la enorme cabellera dirigióse rápida hacia la forma yacente sobre la losa

-¡Ay, Kalikrates! -exclamó, y al oír este nombre me estremecí. ¿Te contemplaré de nuevo el rostro, aunque esté destrozada mi alma? Hace una generación que no te he mirado, víctima de mi propia mano... -y con ella temblorosisima tomó la franja del sudario que cubría el cadáver, mas luego quedó inmóvil. Luego empezó a hablar de nuevo en voz muy baja como espantada en sus propias ideas.

-¿Te levantaré? -murmuraba como dirigiéndose al muerto. ¿Te levantaré para que te alces ahí, frente a mis ojos como antaño?... ¡Puedo hacerlo!..

Y extendió sus manos sobre el cadáver poniéndosele todo rígido el cuerpo, y la mirada vaga y fija. Retrocedí horrorizado detrás de mi cortina erizándoseme el cabello porque, no sé si fue o no mi imaginación, creo que vi correr un movimiento bajo el sudario, y que se alzaba y bajaba cual siguiendo del palpitation del pecho de un hombre dormido. Mas de repente, recogió los brazos.

-¡Ay!... ¿y con qué objeto? -dijo roncamente. ¿Para qué producir la semejanza de la vida si no puedo retrotraer el espíritu?... Aun cuando ante mí te levantarás, no habrías de conocerme, y no harías sino lo que yo quisiera... La vida que dentro de ti habría, la mía propia sería y no la tuya ¡ay, Kalikrates!..

Calló por un momento, y luego se dejó caer sobre sus rodillas ante el cadáver, y empezó a besarlo a través del sudario y a llorar. Había algo tan horrible en el espectáculo de esa mujer tremenda desahogando su pasión con un muerto... mucho más horrible aun que todo lo que había precedido a ese mismo acto, que yo no pude contemplarlo por más tiempo, y temblando con todos mis miembros me aparté de allí, y me marché hundido en la sombra profundísima del pasadizo, con la convicción de

que había presenciado la infernal tortura de un alma condenada.

Anduve no sé cómo.

Caíme por dos veces, doblé en el pasadizo travieso, mas conocí mi error a tiempo de corregirlo con fortuna; veinte o más minutos vagando estuve hasta que se me presentó la idea de que había pasado sin notarlo la escalerilla por donde antes bajé...

Exhausto de fuerza y casi muerto de espanto, caí entonces sin sentido sobre el durísimo suelo.

Cuando volví en mí, noté un débil rayo de luz en el pasadizo detrás de mí. Arrastreme en esa dirección y me encontré que era la escalerilla por donde bajaba el resplandor de la madrugada, tan débil en aquellas cavernas. Subí por allí y entré por fin en mi cuarto. Arrojeme en mi lecho y al punto me acometió un sueño, mejor dicho, un estupor profundo.

XIV LA JUSTICIA DE HIYA

Cuando abrí los ojos vi a Job, curado ya completamente de su paludismo, que estaba parado ante el tragaluz abierto, sobre el exterior. No tenía cepillos para limpiar la ropa, así es que la sacudía, la doblaba cuidadosamente y luego la colgaba a los pies de mi lecho de piedra. Después de esto sacó mi *nécessaire* de viaje del saco-maleta Gladstone, y lo abrió preparándolo para mi uso. Lo colocó también sobre mi lecho a los pies pero temiendo sin duda que lo tirase yo al moverme, púsole sobre una piel de leopardo en el suelo y retrocedió dos o tres pasos para ver el efecto que hacía. No le pareció satisfactorio, sin duda porque se fue a la maleta, la cerró, la sostuvo sobre uno de sus cantos apoyada contra el pie de mi cama y colocó encima el *nécessaire*. Examinó después los cántaros de agua que constituían nuestro aparato de baño, y murmuró:

-¡Ah! ¡No hay agua caliente en este lugar de bestias!... Paréceme que estos desgraciados no la usan sino para hervirse los unos a los otros -y suspiró profundamente.

-¿Qué le pasa a usted, Job? -le pregunté.

-Dispéñseme usted señor -contestó tocándose el pelo. Me figuré que usted dormía y la verdad es que tiene usted cara de necesitarlo... ¿ha pasado usted mala noche, sin duda?

Di un gemido en contestación. Mala noche había pasado, en efecto, y tanto, que no me parece que pasaré otra igual mientras viva

-¿Cómo sigue Mr. Leo, Job?

-Lo mismo, señor. Si no se mejora pronto, concluirá, y no hay más que hablar. Aunque debo decir que esa salvaje de Ustane se porta con él casi como si fuera una cristiana bien bautizada. Siempre le está encima o dando vueltas por todos lados para ver lo que necesita y cuando yo intervengo para cualquier cosa, es de ver cómo se pone, se le paran los pelos y jura y vota en su lengua pagana... al menos así me le parece por la cara que pone.

-Y ¿qué hace usted entonces?

-Yo le hago un cortés saludo y le digo: joven, su posición de usted es un tanto irregular y no puedo reconocer a usted ningunos derechos, permítame usted que le advierta cómo tengo yo deberes que cumplir para con mi amo que está incapacitado por la enfermedad, y que los cumpliré en tanto que, yo mismo no me incapacito... Pero ella ni se preocupa ¡Bah!... sigue votando y maldiciendo en su lengua peor que nunca... Anoche ¿qué hace? mete la mano debajo de esa clase de camión de dormir que por traje lleva y saca un cuchillo con una hoja ondeada y yo saco mi revólver, y nos ponemos a dar vueltas alrededor de to-do el cuarto, hasta que al fin echa ella la carcajada. No es muy decente que digamos el que tenga un cristiano que habérselas con una mujer, aunque sea salvaje, y tan bonita; pero es natural que suceda esto y mucho más cuando se es tan tonto (y recalco con gran énfasis la palabra tonto) como para venir a buscar a lugares como éste cosas que ninguno podrá encontrar jamás. Esta es, señor, mi triste opinión... mi propio juicio, aunque todavía no he acabado de comprender bien lo que nos está pasando, pero me parece que antes de acabar de comprenderlo ya nos habrán acabado a nosotros aquí, metidos como estamos entre estas cuevas de aparecidos y cadáveres sin que vea cómo podríamos salir de ellas. Pero me voy, señor, a ver cómo anda el caldo de Mr. Leo, si es que me lo permite ese gato montés de miss Ustane, y quizá querrá usted levantarse porque ya son más de las nueve.

Las observaciones de Job no eran precisamente consoladoras para un hombre que había pasado la noche que yo pasé, apoyadas como estaban en la realidad de los mismos hechos. Teniéndolos en cuenta todos, unos con otros, parecíame imposible de todo punto el que pudiéramos escaparnos del lugar en donde estábamos. Suponiendo que curase Leo y suponiendo también que *Ella* nos permitiera marcharnos y que no nos *fulminase* en unos de esos raptos de cólera o que no nos *envasijasen* los amajáguers; todavía sería imposible que pudiéramos nosotros encontrar nuestro camino a través de las ciénagas que, extendiéndose por millas y millas formaban una defensa natural, mayor y más inviolable en torno de los diversos retiros del pueblo de entre las rocas, que cualesquiera otras que hubieran concebido o ejecutado los hombres. No, no había más remedio que afrontar la situación... y por mi parte afirmo que tanto me interesaba mi situación misteriosa a pesar del triste estado de mis nervios, que yo no podía si no seguir en ella, aunque tuviera que pagar con la vida la satisfacción de mi curiosidad.

Después que me lavé y vestí, pasé al cuarto de comer o de embalsamar, más bien, donde conseguí refaccionarme un tanto con lo que me sirvieron las muchachas mudas. Fui luego a ver al pobre Leo, que estaba delirando y no me conocía. Cuando pregunté a Ustane su opinión sobre el estado del enfermo, ella movió la cabeza un poco y se echó a llorar. Pocas esperanzas abrigaba ya y entonces resolví ver, si era posible, a *Ella* para rogarla que viniera a curarle. *Ella* podía curarle si quería así me lo había dicho, al menos. En esto, entró Billali en el cuarto, y al ver a Leo, también movió la cabeza como quien desespera

-Morirá a la noche dijo.

-Padre mío, ¡que Dios no lo permita! -contesté y me marché de allí con el corazón opreso.

-*Quien debe ser obedecida*, reclama tu presencia Babuino -me dijo el anciano al llegar a la cortina de la entrada. Pero ten más cuidado, hijo mío. Ayer creí que *Ella* te fulminaría al no verte humillado en su presencia. *Ella* está ahora en sesión en la gran sala para juzgar a los que quisieron matarte a ti y a tus compañeros. Vamos, hijo mío, vamos aprisa

Seguí por la galería y al llegar a la gran nave, vi que una multitud de amajáguers, ya vestidos con la túnica o simplemente adornados del taparrabos, pasaba por ella apresuradamente. Nos mezclamos con esa multitud y empezamos a subir por la caverna que era casi interminable. Los muros, por ambos lados, estaban profusamente, esculpidos, y a cada veinte pasos o cosa así, abríanse galerías traviesas en ángulos rectos que conducían, según Billali me dijo, a las tumbas labradas en la peña por «el pueblo anterior». Nadie visitaba ahora esas tumbas -agregó- y confieso que me regocijé entonces pensando en las oportunidades de investigación anticuaria que se me ofrecían.

Llegamos, al fin, al fondo de la nave, donde había una especie de meseta rocosa exactamente igual a la en que fuimos atacados con tanta ferocidad en la otra caverna, lo que me sugirió la idea de

que debieron haber servido de altares en la época remota en que se abrieron las cavernas, para la celebración de las ceremonias religiosas, y quizá, especialmente, para los ritos fúnebres. A ambos lados de la meseta abocaban pasadizos de mina que conducían a otras cavernas llenas de muertos también, porque la montaña casi estaba llena de ellos y -me agregó Billali- en el mejor estado de conservación.

Frente a la meseta estaba reunida una gran multitud de personas de ambos sexos que se mantenían silenciosas, inmóviles y con su expresión sombría tan peculiar, que hubiera entristecido al mismísimo Mark Tapley¹¹ con solo verla cinco minutos. Sobre la plataforma había una silla rudamente hecha de madera negra incrustada de marfil con asiento de fibra vegetal, y agregado a las patas delanteras de la silla un ancho taburete para descansar los pies. Oyéronse de súbito estos clamores:

-¡Hiya! ¡Hiya (¡Ella! ¡Ella!)

Inmediatamente la muchedumbre se precipitó al suelo, como si todo hubiera sido herido de

¹¹ Personaje de la novela *Martin Chuzzlewit*, de Dickens; un criado que no era capaz de contener las explosiones de su natural alegría ni aun cuando sucedían las cosas más graves. Es una personificación de carácter que se ha hecho proverbial en Inglaterra

muerte y solamente yo fuese el superviviente de tan enorme matanza. En esto, empezó a brotar del pasadizo de la izquierda una larga fila de tropa que se ordenó a ambos lados de la meseta; después de la tropa salieron unos veinte mudos y otras tantas mudas con lámparas en las manos y, finalmente apareció una alta figura blanca embozada de los pies a la cabeza... Era *Ella*.

Subió a la plataforma y se sentó en la silla Luego me dijo en griego, quizá para que no la entendieran los circunstantes:

-Ven acá, Holly, siéntate a mis pies verás cómo juzgo a los que matarte quisieron. Dispénsame si mi lenguaje griego vacila como un hombre cojo. Mi lengua está entorpecida ¡tanto ha que no la escuchaba!...

Inclineme con respeto y subiendo a la plataforma me senté a sus pies.

-¿Cómo dormiste, Holly mío? -preguntóme.

-Mal, ¡oh Ayesha!...-respondí con toda sinceridad, con el íntimo temor de que sabría quizá cómo habría empleado la noche.

-¡Así es! -dijo riendo un poco. Tampoco yo pude dormir bien. Tuve sueños anoche y yo creo que tú fuiste la causa de que los tuviese Holly.

-Y ¿qué soñaste, Ayesha? -pregunté como con indiferencia

-Soñé -dijo rápidamente- con alguien que odio y con alguien que amo... Cambiando de lengua entonces díjole en árabe al jefe de su guardia:

-Conduce a esos hombres ante mí.

Inclinose profundamente el jefe, porque éste y su guardia habían permanecido de pie, y se marchó luego con sus subordinados por el pasadizo de la derecha.

Siguió luego un momento de silencio. *Ella* reposó su velada cabeza sobre la mano, pareciendo sumida en sus pensamientos, mientras que delante estaba la multitud tendida sobre sus vientres meneando un tantico las cabezas para contemplarnos un poco con sólo un ojo. Parecía que, como su reina se presentaba tan pocas veces en público, estaban dispuestos a sufrir estos inconvenientes y aun a arrostrar más graves peligros, por tener la ocasión de verla o de ver más bien sus ropas, que ninguno de los que allí estaban, menos yo, le había visto nunca el rostro. Notáronse, al fin, ciertos reflejos de luz y se oyó el paso de los hombres por el pasadizo, hasta que desembocaron en la gran nave los guardias con los presos, que serían unos veinte o más, y en cuyas fisonomías luchaba la natural expresión de feroz indiferencia con la gran inquietud que sin duda abrigaban a su salvaje corazón. Dispuestos fueron en una fila frente a la plataforma o iban a arrojarse al suelo como los demás espectadores cuando *Ella* se lo impidió.

-¡No! -dijo con su voz dulcísima- quedad de pie, os ruego. Quizá pronto estaréis aburridos de yacer echados... -y se rió melódicamente.

Vi correr una ondulación de terror por la fila de los míseros condenados, y, por malvados que fuesen los compadecí. Algunos minutos pasaron, quizá fueron dos o tres sin que nada nuevo ocurriese y durante cuyo tiempo *Ella* parecía que los iba examinando despacio y curiosamente uno por uno, a juzgar por el movimiento de su cabeza porque sus ojos no se podían ver, por supuesto, y después se dirigió a mí hablándome con tono tranquilo y formal:

-¡Oh, tú, huésped mío! conocido en tu propio país por el nombre de Espinoso Árbol, ¿reconoces a esos hombres?

-Sí, ¡oh reina! Los reconozco a casi todos. Los reos me lanzaron una rabiosa mirada.

-Pues relata ahora aquí la historia que ya conozco.

Precisado a ello, hice entonces tan brevemente como pude la narración de la fiesta antropófaga y de la frustrada tortura de nuestro infeliz criado, que fue recibida en silencio por los espectadores, por los acusados mismos y por *Ella*. Cuando hube acabado de hablar *Ella* llamó por su nombre a Billali para que confirmara mi relato, lo que hizo el anciano sin levantarse del suelo. Y no se recibieron más pruebas.

Entonces *Ella* habló con una fría y clara entonación, y muy distinta de la que le era usual, y por cierto, que una de las cosas más notables de esta criatura extraordinaria, era la maravillosa facultad que tenía de adaptar su entonación de voz a la necesidad de los momentos; y dijo:

-Ya lo habéis oído, hijos rebeldes. ¿Qué tenéis ahora que alegar para que mi venganza no caiga sobre vosotros?

Por un instante, hubo silencio; pero rompiólo al fin uno de los reos, un individuo de amplio y hermoso pecho, de edad mediana y bien marcadas facciones cuya mirada era de gavilán. El cual dijo que las órdenes recibidas se redujeron a que no se tocara a los hombres blancos, sin que se mentase al criado negro, y que a ello instigados por una mujer que había muerto en la refriega trataron de envasarlo, conforme a la antigua y honorable costumbre del país, con el fin de comérselo a su

tiempo. En cuanto al ataque que nos habían hecho, dijo que fue en un raptó de repentina furia y que se arrepentían hondamente de ello. Y concluyó suplicando con humildad que se les hiciera misericordia o que se les desterrase a los pantanos, para que en ellos muriesen o viviesen según su fortuna, pero en la cara se le conocía que no tenía esperanza ninguna de perdón.

Hubo otra pausa luego, y reinó el más profundo silencio en el vasto antro que iluminado como estaba por las chisporroteantes lámparas que producían intervalos de claridad en la constante sombra, ofrecía el más fantástico aspecto, aun en un país tan fantástico. Allí, sentada en su bárbaro trono conmigo a sus pies estaba la rebozada mujer blanca cuyo poderío tremebundo la circundaba como un halo. Y jamás vi lucir su apariencia embozada tan terrible como en aquellos momentos en que estaba reconcentrándose para la venganza.

Ésta cayó por fin.

Empezó a hablar en voz baja, que se fue robusteciendo por grados hasta que todo el espacio quedó vibrante por ella.

-Perros y serpientes -dijo- comedores de carne humana dos cosas habéis hecho: primero, habéis atacado a estos extranjeros, que eran hombres blancos, y quisisteis matar a su criado, y por esto sólo merecís la muerte. Pero no es esto todo. Osasteis desobedecerme. ¿No os envié mis órdenes por Billali, mi criado y vuestro padre? ¿No se os había enseñado desde la infancia que la ley de Hiya es una ley eterna, y que perece el que la quebrante en un ápice o tilde? ¿Y no sabéis que es ley mi menor palabra? ¿No os han enseñado esto vuestros padres desde antes de que pudisteis hablar?... Bien que lo sabéis vosotros, ¡ah, malvados! Pero sois perversos todos... perversos hasta la médula y la maldad burbujea en vosotros como el aire de las fuentes en la primavera. Y ahora, pues, que hicisteis esto, porque habéis tratado de matar a esos hombres que eran mis huéspedes y más aún porque habéis osado desobedecer mi orden os condeno a este castigo: Que seáis conducidos a la caverna de la tortura y entregados a los torturadores para que desahoguen en vosotros su capricho, y que al caer el sol de mañana los que de entre vosotros existáis aún, seáis muertos por la vasija como quisisteis matar vosotros al criado de éste mi huésped.

Cesó de hablar y un ligero murmullo de horror circuló por la inmensa y poblada nave. Las víctimas, apenas se hicieron cargo del gran horror de su sentencia, perdieron su nativo estoicismo y se arrojaron al suelo llorando e implorando misericordia de un modo que espantaba el contemplarlo. Yo me volví a Ayesha y le supliqué que los perdonara o, al menos, que atenuara su terrible pena. Mas era ella de dureza diamantina

Hablome en griego otra vez, y en verdad que, aunque siempre he sido reputado por bastante buen helenista, tenía cierta dificultad en entenderla sobre todo por razón de la prosodia. Ayesha es claro, ponía el acento a la usanza de sus contemporáneos, y nosotros no tenemos más que la pronunciación moderna y una tradición insuficiente para guiarnos en cuanto a la articulación. He aquí lo que contestó a mis ruegos:

-Holly mío, no puede ser lo que pides. Si yo fuese misericordiosa para estos lobos, vuestra vida no estaría segura entre ellos un solo día. Tú no los conoces. Son tigres lamedores de sangre, y aun ahora sedientos están de vuestras vidas. ¿Cómo crees tú que yo rijo a este pueblo? No tengo más que un regimiento de guardias para llevar a cabo mis órdenes, de modo que no es por la fuerza que me impongo, sino por el terror. No, los hombres esos morirán, y morirán como he dicho... y volviéndose de súbito al jefe de la guardia dijo en árabe y voz alta:

-¡Ya he pronunciado mi sentencia... que se cumpla!

XV LAS TUMBAS DE KOR

Hizo Ayesha un movimiento con la mano después que se llevaron los prisioneros, y la multitud se volvió y empezó a moverse a rastra como una dispersa manada de ovejas. Cuando estuvo a una buena distancia de la plataforma todos se pusieron de pie, y andando entonces se marcharon dejándonos solos a la reina y a mí, con los mudos de ambos sexos y unos cuantos guardias, porque la mayor parte de éstos se habían ido con los míseros condenados.

Pareciéndome buena esta oportunidad, le supliqué a *Ella* que viniera a ver a Leo, informándole de su gravedad, mas no quiso, diciendo que de seguro, no moriría sino a la noche porque los atacados de esa fiebre no acababan generalmente sino al anochecer o al amanecer. Y también me dijo que era conveniente dejar que la fiebre se gastase por sí propia antes de que ella interviniese en la cura.

Disponíame yo a irme también, cuando me dijo que la siguiera porque quería hablarme y mostrarme las maravillas de la caverna.

Demasiado prendido estaba yo en las redes de su fatal fascinación para negarme a lo que me ordenase, aun cuando hubiera querido hacerlo, que no quería. Levantose pues *Ella* de su asiento, y haciéndole algunas señas a los mudos, bajó de la me-seta.

Cuatro de las muchachas tomaron unas lámparas y se colocaron dos delante y dos detrás de nosotros, y todos los demás de su séquito se marcharon.

-Verás ahora Holly, algunas cosas peregrinas de estos, lugares -me dijo. Contempla esta gran caverna ¿Viste nunca ninguna igual? Fue labrada sin embargo, y muchas otras parecidas, por la mano de la raza extinta que habitó en una época la ciudad que está en ruinas en la llanura. Debíó haber sido un gran pueblo ese de Kor, pero como los egipcios, pensaban mucho más en los muertos que en los vivos... ¿Cuántos hombres te parece que se necesitarían, trabajando durante cuántos años, para abrir esta caverna y todas las galerías que contiene?

-¡Miles de miles!

-Así es ¡oh, Holly! Este pueblo era ya antiguo antes de que los egipcios existieran. Algo puedo leer de sus inscripciones porque al fin he descubierto la clave... y mira: ésta es una de las últimas cavernas que labraron.

Volvióse hacia el muro que estaba detrás de ella y le hizo señal a las mudas para que alzaran sus lámparas.

Esculpida sobre la meseta veíase la imagen de un anciano sentado en una silla con una varita de marfil en la mano. Pude notar que sus facciones se parecían muchísimo a las del hombre que se estaba embalsamando en las esculturas de la sala donde comíamos. Bajo la silla -que diré de pasada tenía la misma forma que la ocupada por Ayesha para el acto de justicia- se veía una corta inscripción en los caracteres a que ya he hecho referencia pero de los que no guardo la memoria bastante para reproducirlos gráficamente. Parecíanse mucho a los chinos. Ayesha empezó a traducirlos con cierta dificultad y vacilación. Decían así:

«En el año cuatro mil doscientos, cincuenta y nueve de la fundación de la imperial ciudad de Kor, fue concluida esta caverna (o lugar de descanso, por Tisno, rey de Kor, habiendo trabajado en ella el pueblo y sus esclavos durante tres generaciones para que fuese el sepulcro de los ciudadanos distinguidos que nazcan luego. Que la bendición del Cielo que está sobre el Cielo descansen en su obra y haga profundo y dichoso el sueño del Tis-no, cuyas facciones grabadas están arriba hasta el día del despertar;¹² así como el sueño de sus servidores y el de todos los de su raza que, surgiendo después de él, hayan también empero, de bajar tanto sus cabezas»

-Ya ves Holly, cómo este pueblo fundó la ciudad, cuyas ruinas ocupan la llanura cercana cuatro mil años antes de que se concluyeran estas cavernas. Y, sin embargo, cuando yo la vi por vez primera hace dos mil años, la encontré exactamente igual a como está hoy. ¡Juzga pues cuán antigua no será! Sígueme ahora, y yo te enseñaré de qué modo cayó la gran ciudad cuando le llegó su hora.

« La frase es notable pues indica la creencia en un estado futuro.

Ella anduvo hasta el centro de la nave y se paró en un lugar en que se veía una piedra redonda colocada en un agujero del piso, como de dos pies de diámetro, para cerrarlo por completo, y que me hizo recordar las placas abovedadas de hierro con que en las aceras londinenses se tapan los huecos hechos para el carbón.

-¿Ves esto? -me preguntó. ¿Qué te figuras tú que es eso?

-No sé -contesté- no puedo saberlo.

Dirigióse *Ella* entonces hacia el lado izquierdo de la nave, según se miraba a la entrada e hizo señal otra vez a las mudas de alzar las lámparas.

En el muro vi pintada en rojo una inscripción de caracteres parecidos a los que estaban esculpidos, bajo la figura de Tisno, rey de Kor. La figura se conservaba bastante bien para que se pudiera leer, y así descifró Ayesha la escritura.

«Yo, Junis, sacerdote del Gran Templo de Kor, escribo esto sobre la peña en el año cuatro mil ochocientos tres de la fundación de Kor. ¡Kor ha caído! Ya no habrá más grandiosas fiestas en sus palacios; ya no más dominará al mundo, ni sus barcos saldrán a comerciar con toda la tierra ¡Kor ha caído! Y sus obras gigantescas, y todas sus ciudades y todos los puertos que hizo, y los canales que cavó, serán abandonados al lobo, al búho, al silvestre cisne, y a los bárbaros que después vengan.

»Veinticinco lunas hace que una nube cerniose sobre Kor y las cien ciudades de Kor, y de la nube brotó una pestilencia que mató a su pueblo, a los ancianos y jóvenes y no perdonó a nadie... Unos y otros se ennegrecían y morían luego: los jóvenes y los viejos, los ricos y los pobres los hombres y las mujeres el príncipe y el esclavo. El contagio mató y mató incesantemente, de día y de noche y los que se salvaban de él, perecían de hambre. Y ya no más se pudieron conservar los cuerpos de los hijos de Kor, conforme a los antiguos ritos, por el gran número de los muertos, y por lo tanto fueron lanzados en la gran sima bajo la nave, por la apertura que está en ella. Entonces y al fin, el resto de este gran pueblo, lumbrera del mundo, fuese a la costa embarcose y navegó al Norte, y ahora yo, el sacerdote,

Junis, soy quien esto escribo, último superviviente de esta gran ciudad de hombres aunque no sé si hay aún quien esté vivo en las demás ciudades. Esto lo escribo destrozando el corazón antes de morir, porque Kor la imperial ya no existe, y porque no hay quien en su templo adore, y porque sus palacios, todos están vacíos, y sus príncipes y mercaderes y hermosas hembras han desaparecido de la haz de la tierra»

Di un profundo suspiro de asombro. La desolación absoluta que se expresaba en la patética escritura era abrumadora. Era terrible esta concepción del solitario superviviente de un pueblo poderoso que contaba su suerte antes de hundirse él también en la tiniebla ¿Cuál no sería la emoción de aquel anciano, cuando en lúgubre y terrífica soledad, a la luz de una lámpara que apenas alumbraría corto trecho de la negrura, en pocas líneas desordenadas, trazaba la historia de la muerte de su nación sobre el muro de la caverna? ¡Qué asunto para el moralista para el pintor, para cualquiera que, lo medite!...

Seguí entonces a Ayesha que penetró por un pasadizo lateral, y bajamos por una larga escalera metida dentro de un pozo de mina ventilado por extraños taladros que iban a dar no sé adónde y nos detuvimos a una profundidad que no sería menor de sesenta pies bajo el piso de la nave. Terminó de pronto el pasadizo de la escalera. Ella se detuvo haciéndole señas a las mudas que levantaban las lámparas, y contemplé entonces un cuadro que, no es probable que vuelva a contemplar en mi vida. Nos encontrábamos colocados en una enorme cavidad, o más bien en el borde de la cavidad, porque el fondo quedaba a nuestros pies no sé a qué profundidad, y estábamos, parados en una como cornisa o balcón del muro. Según mis cálculos el seno o cavidad subterránea sería de un tamaño como el espacio comprendido bajo el domo de la Catedral de San Pablo, en Londres.

Cuando las lámparas se levantaron, vi que me hallaba nada menos que ante un osario o fosa inmensa literalmente, lleno de miles de esqueletos humanos amontonados en una sola gigantesca pirámide formada por el deslizamiento de los cuerpos desde el vértice, conforme iban cayendo desde un solo punto colocado en el centro de la bóveda. No puede concebirse nada más aterrador que esta masa confusa de los restos de un pueblo muerto, y hacíalo espantoso, aún el hecho de que en ese ambiente tan seco, muchos cuerpos se habían desecado conservando la piel, y ahora, fijados en todas las posiciones imaginables lo miraban a uno de entre los montones de blancos huesos, con su horrible aspecto de grotescas caricaturas de la humanidad.

Lancé, al descubrir esto, una exclamación de asombro, y retumbando los ecos de mi voz en el abovedado recinto, conmovieron una calavera que había estado milagrosamente, en báscula cerca del vértice de la pilada durante miles de años... y abajo vino rodando, rebotando alegremente hacia donde estábamos, trayendo detrás, por supuesto, una avalancha de huesos, hasta que, al fin, todo el espacio se colmó con su movimiento de un castañeteo lúgubre, como si los esqueletos se estuvieran alzando para recibirnos.

-¡Vámonos -exclamé- ya he visto bastante!... ¿Estos son los cadáveres de los que murieron de la gran epidemia supongo? -pregunté cuando nos retirábamos.

-Sí, porque, en tiempos normales los hijos de Kor embalsamaban siempre a sus muertos como los egipcios, pero su arte era más perfecto. Los egipcios extraían el cerebro, y las vísceras, mientras que los de Kor procedían inyectando fluidos en las arterias, con lo que alcanzaban a todo el cuerpo. Mas, aguarda ya lo verás ahora -exclamó deteniéndose a la ventura ante una de las pequeñas entradas, que se abrían sobre el pasadizo por el que íbamos, en tanto que hacía señas a las mudas para que alumbrasen.

Penetramos en un ensanche de mina parecido al que me sirvió de dormitorio en la caverna de Billali, sólo que había dos lechos o losas en él. Sobre ellas yacían unos cuerpos cubiertos de sábanas de lino amarillento,¹³ encima de las cuales se había posado en el curso de los siglos un polvo finísimo e impalpable pero no en la cantidad que uno podría figurarse porque en estas cavernas, labradas tan adentro en roca tan durísima, no había material ninguno que pudiera hacerse polvo. Alrededor de los cuerpos, sobre las losas y en el suelo, había varias vasijas, pintadas; pero vi pocas ornamentaciones esculpidas en los ensanches de milla de las tumbas.

-Levanta el paño, Holly -me dijo *Ella*. Puse en el lienzo, la mano, pero la retiré al punto. Pareciome que iba a cometer un acto sacrílego. Sentíame a la verdad, abrumado por lo solemne del recinto y por la apariencia de la muerte que ante mí tenía.

¹³ Toda la tela que usaban los amajáguers procedía de estas tumbas, lo que explicaba el color amarillento que tenía. Sin embargo, si se blanqueaba y se lavaba como es debido, volvía a adquirir su primitiva blancura de nieve y era el tejido más suave y mejor que he conocido.

Riose ella un poco de mis temores y levantó el paño con su propia mano, dejando ver otro paño, más fino debajo, que directamente cubría el cuerpo yacente sobre el banco de piedra. También levantó el segundo paño, y entonces después de miles de años pudieron contemplar de nuevo ojos humanos las facciones de aquellos cadáveres helados.

Una mujer como de treinta años de edad, o quizá un poco menos, y que era hermosa fue lo que vimos, sosteniendo con el brazo contra su pecho a un niño. Asombraba la conservación de sus tranquilas facciones tan bien formadas, y contrastaba la negrura de sus cejas delicadas y luengas pestañas, con la ebúrnea blancura del rostro. Allí tendida con su traje blanco, sobre el cual se derramaba la larga mata de su cabellera tan oscura, que daba azulosos reflejos a la luz de las lámparas, estaba la dama de Kor durmiendo con su hijo, el postrero, larguísimo sueño; y tan dulce y tan tremendo al mismo tiempo, era el espectáculo, que lo confieso sin avergonzarme las lágrimas se me saltaron. Vime transportado, a través, del obscuro, abismo del tiempo, al tranquilo hogar de Kor, la Imperial, donde esta señora reinaba llena de alegría y de hermosura y donde murió, llevándose consigo, al morir, a su postrer nacido niño... y allí las veía yacentes a esas blancas reliquias de una olvidada historia humana hablándome al alma, más elocuentemente que no hacerlo podría ninguna narración escrita por habilísima pluma.

Con mano reverente, volví a colocar los sudarios alzados, suspirando al pensar en el designio del Eterno, que había hecho abrirse esas bellas flores sólo para que fuesen depositadas en un sepulcro y me dirigí entonces al lecho opuesto y lo descubrí con piadosa mano. Era el cadáver de un hombre ya maduro, de larga barba gris, también vestido de blanco, probablemente el esposo de la dama que, después de sobrevivirla durante algunos años, vino a dormir al fin, una vez más y para siempre, a su lado.

Salimos de esta tumba y entramos en otras. Ocuparía muchas páginas, la descripción de lo que en ellas vi. Todas estaban ocupadas, porque los quinientos y pico de años transcurridos entre la conclusión de estas catacumbas y la destrucción del pueblo, habían bastado, evidentemente, para ello, por grandes e innumerables que fuesen los sepulcros, y todos, parecían intactos desde el día en que se llenaron.

-¿Ya habrás visto, bastante, extranjero, huésped mío? -me dijo al fin Ayesha- ¿o quieres ver más maravillas de estas tumbas, que son las salas de mi palacio?... Si quieres te conduciré donde está tendido el poderoso Tisno, el mejor de los reyes de Kor, en cuyos días se terminaron las obras de esta mina yacente con una pompa que parece burlar a la nada y obligar a las vanas sombras, de lo pasado a rendir homenaje ante su esculpida vanidad.

-Bastante he visto, ¡oh, reina! -respondí. Mi débil pecho está abrumado por la presión de esta muerte que contemplo. ¡Floja es la mortalidad y se quebranta aprisa por el sentimiento de la compañía que en su fin le espera!... Sácame de estos lugares ¡oh, Ayesha!

XVI CAE LA BALANZA

En pocos minutos, siguiendo las lámparas de las mudas que, por llevarlas separadas del cuerpo como si fueran vasijas llenas de agua, parecían en la oscuridad de los pasadizos flotar solas en el aire, llegamos a una escalera por la que subimos, entrando al fin en la antecámara que Billali había cruzado en cuatro pies la víspera. Allí quise despedirme de la reina mas ella no lo permitió.

-No -me dijo- entra conmigo, Holly, porque a la verdad que me place conversación. Recuerda ¡oh, Holly! que hace dos mil años que no he hablado más que con siervos y con mis mismos pensamientos, y aunque de tanto pensar gran saber he obtenido y muchos arcanos he descubierto, ya estoy empero, harta de mis propias ideas, y he llegado a aburrir mi propia sociedad, pues en verdad que las frutas de la memoria son amargas al paladar, y sólo pueden morderse con los dientes de la esperanza. Y aunque sean tan frescos mis pensamientos cual a tan joven persona como yo convienen, pertenecen con todo a un cerebro muy caviloso, y tú me haces recordar a ciertos filósofos de otro tiempo, con quienes discutir solía en Atenas y en Arabia porque tienes el mismo aspecto ceñido y polvoriento de quien pasó la vida descifrando el mal trazado griego de los sucios manuscritos. Conque, corre la cortina y siéntate a mi lado, y comamos frutas y hablemos de cosas agradables. Mira, me descubriré de nuevo ante ti. ¡Tú mismo lo has querido, Holly!... Yo te advertí francamente el peligro que en ello había.

Ahora vas a llamarme hermosa, tal como solían aquellos filósofos antiguos... ¡ah, que vergüenza... olvidándose de su filosofía!

Y sin más ni más, púsose de pie y se libró de sus blancos pliegues de tela. Surgió de entre ellos espléndida luciente, como una rutilante sierpe que se despoja de su piel, y clavando en mí sus asombrosas pupilas más mortales ¡ay! que las del basilisco, me atravesaba todo mi ser, penetrándome de su belleza mientras que daba al espacio su risa dulcísima cual repique de argentinas campanillas.

En un nuevo humor estaba ahora que parecía cambiar hasta el calor mismo de su ánima... ya no se mostraba desgarrada por martirios de amor y odio, como cuando la sorprendí maldiciendo a su rival muerta cerca a la dama que daba saltos, ni helada y terrible como en la sala de justicia, ni sombría y brillante, y lujosa cual paño de Tiro, como en la morada de los muertos. No. Su humor actual era el de la Afrodita Triunfante... La vida rebosante, extática asombrosa parecía brotar de su ser y rodearla como una atmósfera. Reía dulcemente y suspiraba y me lanzaba rápidas miradas. Moviendo la cabeza, sacudió su poderosa cabellera y el ambiente se llenó de olor; golpeó el suelo con el hermoso pie, calzado en la sandalia y murmuró como un zumbido el trozo de algún antiguo epitalamio griego. Toda su majestad había volado o sólo dormitaba o débilmente lucía en su alegre mirar como los relámpagos que se sorprenden en pleno mediodía. Habíase despojado de la pasión de la brincadora lumbre, de la fría impassibilidad del juicio, que a la sazón misma se estaba sancionando, y de la prudente reserva de la exploración de los sepulcros; habíase despojado de todo esto, así como del sudario que vestía, y depuéstolo tras de sí, para ostentarse únicamente como la encarnación de la femineidad hermosísima y tentadora... de la femineidad más perfecta más, espiritualizada aún que la poseída por mortales mujeres...

-Ahí, Holly mío, siéntate; ahí, donde puedas verme bien. Recuerda que tú mismo lo quisiste; te lo repito: no me culpes si luego gastas lo que te queda de tu corto plazo vital sufriendo tanto del corazón que más valiera haber muerto, antes de que tus ojos en mí se fijasen... Ahí, está bien; siéntate, así, y dime, inclinada estoy a oír lisonjas... ¿dime si no soy muy bella?... ¡Aguarda! ¡no contestes tan aprisa!... medita bien el punto; estudia mis facciones, una por una, examina mi forma entera y en detalle: mis manos y mis pies y mis cabellos, la blancura de mi piel, y sinceramente responde luego... ¿has conocido nunca a ninguna mujer que en cualquiera sí, en alguna porción, por mínima que fuere de su belleza aunque fuese en la curva de una pestaña en un rasgo del encaracolamiento de la oreja pueda compararse ni por un instante a mi perfección y belleza?...

Yo no pude contenerme por más tiempo. Allí mismo, entonces caí de rodillas ante *Ella* y le dije, en una atroz mixtura de lenguas árabe, griega, inglesa... porque en tales momentos las ideas se desordenan, que yo la adoraba cual no fue nunca adorada mujer ninguna y que yo estaba dispuesto a vender mi alma inmortal por casarme con ella... lo que sí habría hecho a la sazón, y todo cuanto, en fin, le podría decir cualquier hombre que la hubiera visto así, o toda la humanidad concretada en un hombre solo... *Ella* pareció de pronto un poco sorprendida, y luego se echó a reír con muchísima gana, y a palmotear, llena de alegría.

-¿Tan pronto, Holly, tan pronto?... ¡Y yo que me preguntaba cuántos minutos tardaría en hacerte caer de rodillas!... ¡Ah! hacía tanto tiempo que no veía a ningún hombre arrodillado ante mis plantas... y créeme es tan dulce este espectáculo para un corazón de mujer... ¡Ah! la sabiduría ni los siglos pueden atenuar nada ese placer, que es un derecho de nuestro sexo únicamente... ¿Qué quieres, di, qué quieres?... ¿No sabes acaso, lo que haces?... ¿no te he dicho ya que no soy para ti?...

No amo más que a uno, y ese no eres tú. Con todo tu saber, Holly, y en cierto sentido te tengo por sabio, no eres más que un necio que pretende ser loco... quisiste mirar mis ojos... pues bien, si te gusta mirarlos ¡mira!... -Y se inclinó hacia mí clavando en los míos sus pupilas negras, y aterradoras... Bésame también, si lo deseas, porque gracias al plan que tienen las cosas, los besos no dejan señales sino en el corazón. Pero si me besas, te lo advierto, el amor te devorará el alma y ¡morirás!... -y se inclinó más aún hacia mí hasta que, su cabello suave me rozó la frente y su aliento fragante bañó mi rostro dejándome desmayado y flojo... Entonces cuando yo extendía mis brazos para abrazarla, de súbito se enderezó, un rápido cambio se verificó en su aspecto todo. Extendió la mano y la puso sobre mi cabeza y me pareció que de ella emanaba algo que me enfriaba la sangre y me tornaba el sentido común que había perdido, la noción de la decencia y de las domésticas virtudes...

-¡Basta de caprichoso alarde!... -dijo con acento severo. ¡Holly, escucha! Tú eres un hombre bueno y honrado, y quiero de buen grado no dañarte... mas, ¡ay! ¡es tan difícil para la mujer tener esa piedad!... Te dije ya que no soy para ti; deja pasar por tanto, sobre mí tus ideas como un aire vano, y que se hunda toda la polvareda de tu imaginación en la profundidad... sea... de tu desesperación, si así lo quieres... Tú no me conoces Holly. Si me hubieras visto hace diez horas sólo, cuando la pasión

me atacó, habrías huido lleno de espanto. Yo soy una mujer de muy variable humor, y como el agua de esa pila reflejo muchas cosas: mas, pasan luego, Holly, pasan y las olvido... Porque el agua es siempre agua y yo, soy yo siempre también, lo que me ha hecho me hizo, y mi cualidad no se puede alterar. No te cures pues de lo que parezco, ya que no puedes tú saber quién soy. Si me incomodas de nuevo, me cubriré el rostro y no me verás más.

Alceme del suelo y me dejó caer en el canapé, a su lado. Ya la pasión insana no me incendiaba todo el ser, pero aún estaba conmovido, como la fronda del árbol, después que pasa la racha que la agita. No me atreví, por supuesto, a decirle que la había sorprendido durante la noche anterior en el raptó de su humor infernal pronunciando maldiciones junto a la llama del sepulcro.

-Y ahora -continuó ella- come alguna fruta, créeme la fruta es el verdadero alimento humano... ¡Oh! cuéntame ahora de la filosofía del Mesías hebreo que después de mí vino, y que dices que rige ahora a Roma, Grecia Egipto y a los bárbaros del Norte y Oeste. ¡Peregrina filosofía debió ser la que enseñó, porque en mis días el pueblo no quería saber nada de la nuestra! La orgía, la injuria, la sangre y el uso del helado acero, el choque de los hombres en el campo de batalla: éstos eran los cánones de sus credos.

Había recobrado yo mi juicio un poco, y sintiéndome abochornado de la debilidad en que fui sorprendido, hice cuanto pude para explicarle las doctrinas del Cristianismo, a las que, sin embargo, vi que ponía poca atención, excepto en el que se refería a nuestra noción del Cielo y del infierno: todo su interés se fijaba en el «hombre» que las había enseñado.

-¡Ah! -exclamó al fin- yo veo lo que ha sido: una nueva religión... ¡Tantas he conocido! Y sin duda que habrá habido algunas más desde que me hallo en estas cavernas de Kor. Siempre le está pidiendo a los Cielos la humanidad una visión de lo que ellos encubren. El terror de acabar y una especie de sutilizado egoísmo, esto es lo que crea las religiones. Repara Holly mío, que todas las religiones reclaman lo futuro para sus adeptos, al menos para sus buenos adeptos. El mal es para los ciegos que no quieren mirar y que ven, sin embargo, de indeciso modo la luz adorada por los verdaderos creyentes así como los peces ven las estrellas. Las religiones se forman y pasan luego, así como las civilizaciones y nada persiste más que el mundo y la naturaleza del hombre. ¡Ah! ¡Si el hombre quisiera comprender que la esperanza viene de adentro, y no de afuera... que él mismo ha de labrar su pro-pia salvación! Helo ahí, al hombre: contiene el aliento vital y la noción del bien y del mal, conforme el mal y el bien se presentan a él. ¡Que obre, pues y que se mantenga derecho, en vez de inclinarse ante la imagen de algún dios ignoto, modelado a su semejanza mas con mayor cerebro para pensar en el mal, y brazo más largo y fuerte para llevarlo a cabo!

Pensaba yo para mí -lo que demuestra cuan antiguo es el razonamiento, que no es a la verdad sino una de las cantidades periódicas de la discusión teológica- que sus argumentos se parecían mucho a algunos que yo había oído en este siglo XIX en otros lugares que, por cierto, no eran las cavernas de Kor, y con los que diré de pasada no estoy conforme; mas, no quise discutir con ella el punto, por muchas razones. La primera, porque tenía demasiado fatigada la inteligencia por las emociones que había sufrido, y después, que estaba convencido de salir mal en la controversia.

Cosa dura es tener que discutir con un materialista vulgar que nos lanza a la cabeza tanto dato de la estadística y tantos otros tomados de las geológicas capas, cuando uno no puede pegarle más que con las propias deducciones e instintos, y con los nevados copos de la fe, que ¡ay! tan fácilmente se funden en las ardientes brasas de nuestras diarias dificultades y ¡cuánto más duro no sería discutir con quien tenía un cerebro sobrenaturalmente perfeccionado, además, dos mil años de experiencia, y a su disposición también el conocimiento de casi todos los secretos de la Naturaleza. Comprendiendo que era más posible que *Ella* me convirtiera a mí, en vez de convertirla yo a *Ella*, pareciome que mejor sería dejar las cosas como estaban y quedarme callado. Más de una vez, después, lo he sentido amargamente, porque así perdí la única oportunidad que, según mal no recuerdo, se me presentó de saber lo que Ayesha en verdad creía.

-Vaya Holly mío, que ya te has fastidiado de mí, puesto que estás tan ansioso -dijo *Ella* entonces bostezando ligeramente. ¡Hombre sin consistencia ni fe! y no hace aún media hora que estabas ante mí de rodillas... ¡no te sienta tu postura Holly!... jurándome que me amabas... Y ¿qué hacemos ahora? ¡Ah! Ya lo sé. Iré a ver a ese joven *el León*, como le dice Billali, que vino contigo y que tan enfermo está. La fiebre, por ahora debe haber corrido ya su curso y si esta a punto de morir, yo le salvaré. No temas Holly, que no usaré de magia alguna ¿No te he dicho yo que tal cosa no existe?... Lo único que hay que conocer y saber aplicar las fuerzas que se encuentran en la Naturaleza... Vete, ahora pues y, enseguida cuando tenga la medicina preparada iré a verlo.

Marcheme entonces a nuestros alojamientos y me encontré a Job y a Ustane sumidos en una gran pena; decían que Leo estaba en la agonía de la muerte, y que me habían estado buscando por todas partes. Precipíteme al lecho: Leo, estaba moribundo. Estaba sin sentido, respiraba con dificultad, pero tenía un temblor en los labios y de tiempo en tiempo le corría un estremecimiento por todo el cuerpo. Yo sabía bastante de patología para comprender que dentro de una hora o quizá menos, estaría fuera del alcance de todo terrenal auxilio... ¡Cómo maldije mi egoísmo, y el necio sentimiento que me había mantenido junto a Ayesha tanto tiempo, mientras que mi pobre niño se moría! ¡Ay! ¡ay! ¡cuán fácilmente el mejor de todos nosotros es precipitado al mal por el brillo de unos ojos de mujer!... ¡Cuán mísero y malvado yo era! Durante la última media hora apenas si me había acordado de Leo, y eso que durante veinte años, él había sido mi único compañero, amantísimo y el mayor interés de mi existencia... ¡Y ahora ¡oh, Dios! quizá fuera tarde para todo!...

Retorcíme las manos en mi gran congoja y miré a mi alrededor. Ustane estaba sentada sobre el lecho y en sus ojos ardía la triste luz de la desesperación. Job gimoteaba y sollozaba ruidosamente en un rincón. Al notar que yo le miraba con fijeza salió a la galería a desahogar su pena. Toda esperanza sin duda se cifraba en Ayesha, *Ella*, *Ella* únicamente podía salvarle ya, si no era una impostora, lo que no podía creer. Iría a buscarla y le imploraría que viniese. Al determinarme a ir, entró Job corriendo en la habitación, con las facciones descompuestas y el pelo literalmente erizado sobre la cabeza

-¡Oh, señor! ¡Que Dios nos ampare! -murmuró, lleno de espanto. Un muerto viene ha-cia aquí, deslizándose por la galería...

No lo comprendí de pronto, pero luego caí en que debió haber visto a Ayesha embozada y sus blancos lienzos sepulcrales y la extraordinaria y suave ondulación de su andar le alucinarían hasta el punto de tomarla por una fantasma. Efectivamente, en aquel mismo punto me lo expliqué todo, porque Ayesha misma penetró en la habitación. Al verla Job, corrió hacia un rincón y pegó la cara contra la pared gritando:

-¡Ahí está, ahí está!

Y Ustane, figurándose quién podría ser aquella temida figura prosternose de cara contra el suelo.

-¡A tiempo vienes, Ayesha! -exclamé- ¡el muchacho se está muriendo!

Con voz dulce me dijo: No importa, porque puedo tornarle a la vida, Holly mío. ¿Es ese hombre tu criado? ¿Reciben así a las visitas los criados de tu país?

-Es que tu traje le espanta... te toma por un muerto ambulante.

Riose y continuó:

-¿Y esa muchacha?... ¡Ah! es la de quien me has hablado. Bien está. Diles a ambos que se marchen y veremos a tu *León* enfermo. No me gusta que los subalternos presencien mi saber.

Entonces le dije a Ustane en arábigo y a Job en inglés, que salieran de la habitación, el último se apresuró a hacerlo, porque no podía dominar su terror; pero no así Ustane, no quería irse.

-¿Qué quiere *Ella*? -murmuraba la pobre batallando, entre el terror que le tenía a su tremenda reina y su ansiedad de no separarse de Leo. ¡Una mujer, tiene sin duda el derecho de permanecer junto a su moribundo esposo!... ¡No, no me iré, mi señor Babuino!...

-¿Por qué no se marcha esa mujer, Holly? preguntó Ayesha desde el otro extremo de la habitación, en donde con aire distraído examinaba algunas esculturas del muro.

-No quisiera separarse de Leo -contesté sin saber qué decir. Ayesha se volvió, y señalando con el dedo a Ustane, pronunció una palabra, una sola, pero fue bastante, el tono con que fue dicha sugería volúmenes llenos de amenazas.

-Vete... -dijo.

Y Ustane, arrastrándose sobre sus manos y rodillas pasó ante *Ella* y salió del lugar.

-¿Ves tú, Holly mío? -dijo riendo un poco. Ya era tiempo de que le diese a esta gente una lección de obediencia. Casi pretendió desobedecerme ahora esta muchacha, mas ella no vio esta mañana cómo castigo yo a los desobedientes. ¡Vaya, se marchó al fin! Déjame ver al joven ahora.

Deslizose hacia el lecho en que Leo yacía, con la cabeza en la sombra y vuelta la cara hacia el muro.

-Noble cuerpo tiene -dijo al inclinarse para verle el rostro.

Entonces vi de súbito su elevada figura de sauce retroceder, tambaleándose por el cuarto como si la hubiera herido con bala u hoja; retroceder tambaleándose hasta chocar contra el muro opuesto, brotando allí de sus labios, el grito más espantoso, más sobrehumano que en mi vida oí.

-¡Oh, Dios! ¿Qué ha sido, Ayesha?... ¿Ha muerto?... -exclamé.

Volviose a mí de un salto, acometiéndome como un tigre.

-¡Perro mísero! -murmuró con su silbido de sierpe. ¿Por qué me lo ocultabas? -y extendió su brazo como para matarme.

-¿Qué ha sido... qué? -dije, poseído del mayor espanto.

-Quizá lo ignorabas... ¡Ah! Oye, ¡Holly mío ahí yace... ahí yace mi perdido Kalikrates... Kalikrates que al fin ha vuelto a mí, como lo esperaba... como yo lo sabía!... -y rompió a sollozar y a reír... como todas las damas que se hallan conmovidas, murmurando: ¡Kalikrates... Kalikrates!...

-¡Vaya un disparate! -exclamé para mis adentros, pero no me atreví a repetirlo en voz alta. Yo, entonces no pensaba sino en la gravísima condición del pobre Leo, y todo lo demás me era indiferente en mi ansioso dolor. Lo que yo temía ahora era que el muchacho muriese mientras *Ella* se abandonaba al curso de su femenina emoción.

-Ayesha si no lo remedias -le dije por vía recordativa- tu Kalikrates estará en breve fuera de tu alcance... Repara que se está muriendo.

-¡Es verdad! -exclamó, y continuó angustiada ¿por qué no vine antes?... ¡No tengo fuerzas! ¡Mi mano tiembla!... ¡Mi misma mano! ¡Pero es natural!... ¡Ah! Tú, Holly, toma este frasco -y me dio una vasija delgada y pequeña de barro cocido, que sacó de los pliegues de su ropa. ¡Toma! Derrama el contenido en su boca. Si no ha muerto aún le curará... ¡Pronto, pronto, que se muere!

Lancé al enfermo una mirada, era cierto: Leo se hallaba en su postrera agonía. Vi que su rostro se tornó amarillento, y oí el rumor que hacía su aliento en la garganta. El frasco estaba tapado con una espiga de madera. Destapélo con los dientes y me cayó en la lengua una gota de líquido. Tenía un sabor dulce, y por un segundo me produjo vértigos y me cruzó una neblina por los ojos, pero afortunadamente el fenómeno pasó tan aprisa como se produjo.

Al llegar junto a Leo, espiraba realmente. Su cabeza dorada se movía lentamente de un lado para otro, y tenía la boca entreabierta. Llamé a Ayesha para que le sostuviese la cabeza y consiguió hacerlo, aunque temblaba todo su cuerpo como una hoja de álamo trémulo o como potro espantado. Forzando un poco las quijadas, derramé en la boca del pobre joven el líquido que, producía un vaporcillo, como el ácido nítrico cuando se agita, y esto no aumentó mi confianza bastante débil ya en la eficacia del tratamiento.

Pero era evidente una cosa: las ansias mortales habían cesado... De pronto creí que era porque ya había pasado por ellas porque había cruzado el tremebundo río... El rostro se le puso lívido, los débiles latidos del corazón parecieron cesar; los párpados únicamente se estremecían un poco. En mi duda alcé los ojos a Ayesha cuyo rebozo se había caído al retroceder llena de excitación por el cuarto, y vila sosteniendo, aún la cabeza y mirándola con el rostro tan lívido como el del moribundo, y con tal expresión de ansiosa agonía que aun en aquel momento, me asombró. Era evidente, que *Ella* misma no sabía si se salvaría o no el joven.

Cinco minutos pasaron, y me pareció que la esperanza también a *Ella* la abandonaba. El bello óvalo de su rostro, se alargaba visiblemente, como bajo la presión de su congoja mental, cuyo pincel trazaba obscuras manchas, en los huecos, en torno de sus ojos; apagose el coral de sus labios, que se tornaron tan blancos como los de Leo, y palpitantes estaban que daba pena verles. Era lastimoso

mirarla y aun yo mismo la compadecía

-¿Era muy tarde ya? -murmuré.

No me contestó. Hundiose el rostro en las manos y yo me volví un poco... Mas, al hacerlo, escuchó un alentar profundísimo, y mirando a Leo vi que le subía por el rostro un imperceptible matiz, que fue aumentando hasta que... ¡oh, maravilla de maravillas! el hombre que creíamos muerto se movió él solo echándose sobre un costado.

-¿Has visto? -pregunté murmurando.

-¡He visto! -contestó roncamente. Ya está salvado. Me pareció que habíamos llegado tarde... Otro momento más, un pequeño instante... y se habría ido... -y su llanto y sus sollozos, estallaron a partirle el corazón; mas vi que hacía por contenerse y parecer más bella lo que consiguió. Cesó de llorar.

-Perdóname Holly, perdona mis debilidades -dijo entonces. Ya ves: después de todo no soy más que una mujer... Pero, medita, medita en ello... Esta mañana me hablabas del lugar de tormento inventado por esa religión tuya, el infierno, como creo que lo llamaste... un lugar donde continúa viviendo la esencia vital, que retiene la memoria del individuo, y donde todos los yerros y faltas del vicio, las pasiones no satisfechas y los vanos terrores de la mente que alguna vez se tuvieron, acuden en tropel a perseguir, burlar, mortificar, retorcer el alma por los siglos y los siglos y con la visión de su propia desesperanza. Pues así, así mismo he vivido yo durante dos mil años... durante sesenta generaciones según vuestra medida del tiempo... atormentada por la memoria de un crimen, atormentada día y noche por una ansia no satisfecha sin compañía, sin consuelo, sin muerte y solamente, conducida en mi tristísima jornada por los fuegos fatuos de la esperanza, que a veces chisporroteaban y se apagaban, y a veces revivían, cuando mi saber me aseguraba que a la larga vendría mi libertador...

-Piensa... piensa bien en ello, Holly, porque jamás oirás nada como esto, jamás verás escena igual, no, aunque te concediera diez mil años de existencia, que te concederé si en premio me lo pides; piensa en que al fin ha vuelto ese libertador, al que he estado aguardando con ansia durante generaciones tantas; que ha vuelto a buscarme a la hora señalada, como sabía yo que volvería porque mi saber no podía equivocarse, aunque no supiera cómo ni cuándo tornaría... ¿Ves cuán ignorante yo era sin embargo?... ¿cuán reducida mi ciencia y cuán débil mi potencia?... Durante largas horas ha estado aquí enfermo a las puertas de la muerte, y yo no lo sospechaba... Yo, que le esperaba hacía dos mil años, ¡no lo sabía! Y cuando al fin lo contemplo, mi suerte apenas si ha perdido de un cabello, aun antes de bien concebirla porque estaba casi hundido en las fauces de la muerte, de donde ningún esfuerzo mío podría arrancarlo... Y si a morir llegase... de nuevo tendría que haberme sumido en el infierno, de nuevo tendría que arrostrar los inacabables siglos y esperar el cumplimiento del tiempo en que habría de retornar mi amado... Cuando tú le diste la medicina, y se detuvieron arrastrando esos inmensos cinco minutos, en que yo no sabía si moriría o viviría. Holly, Holly, yo te digo que las sesenta generaciones transcurridas antes no me parecieron tan largas como ese corto lapso de tiempo... Pero al fin pasó, sin que él diese señales de revivir, y yo sabía que si en ese intervalo la droga no producía efecto, no lo produciría jamás... ¡yo lo sabía! Entonces volví a creer que había muerto, y todos los tormentos de todos los años se concentraron, en la punta de una sola lanza emponzoñada que me atravesó veinte veces porque otra vez perdía a Kalikrates... ¡Y entonces cuando todo había concluido!... ¡ay! él suspiró, ¡sí, revivió, y supe que viviría porque nadie a quien la droga hace efecto muere!... ¡Piensa en ello, Holly... piensa en lo tremendo de mi caso!... ¡El dormirá durante doce horas, y al despertar estará curado!

Cesó entonces de hablar Ayesha y puso la mano sobre la dorada cabeza. Inclínose sobre ella luego y besó la frente con tan casto abandono y ternura que hubiera sido adorable para mí, a no sentirme extrañamente herido en el alma... ¡sentí celos!

XVII ¡VETE!

Siguiose a esto un momento de silencio, en el que *Ella* parecía a juzgar por la angélica expresión de su rostro, que lucía en ocasiones realmente celestial, encontrarse en un éxtasis de dicha. De súbito, entonces se le cambió en la expresión más absolutamente contraria como si la hubiera asaltado un recuerdo, y murmuró con la voz conmovida por una ira que en vano pretendía disimular:

-¡Casi la había olvidado! ¿Y esa mujer, esa Ustane?... ¿qué es ella para Kalikrates... su criada o su...?

Encogíme de hombros y contesté:

-Entiendo que es su mujer, conforme a la costumbre de los amajáguers, pero no sé hasta qué punto...

El rostro de *Ella* se obscureció, como el cielo azul por un nimbus tempestuoso. En los años que había vivido Ayesha no había logrado dominar el sentimiento de los celos.

-¡Pues ha de concluir esto!... Esa mujer morirá ahora mismo.

-¡Ah, no, no! -exclamé. Sería un crimen atroz, y el crimen no produce sino males... Por ti misma te conjuro, que no lo cometas...

-¿Es un crimen hombre necio, destruir lo que se nos coloca al paso al realizar nuestra voluntad?... Nuestra vida entonces Holly, no es mas que un largo crimen porque diariamente estamos matando y destruyendo a otros para poder vivir, ya que en este mundo sólo el más fuerte sobrevive.

Pero yo estaba determinado a salvar a Ustane de la suerte atroz que la amenazaba bajo el poder de su todopoderosa rival; yo la quería y apreciaba sinceramente, y tuve valor para seguir defendiéndola.

-¡Ayesha! Déjala, tú eres demasiado superior a mí para que mi inteligencia pueda comprenderte: mas, tú misma me has dicho que cada uno debe formarse su propia ley y seguir sin vacilar los dictados del corazón. ¿No abriga el tuyo lástima ninguna para aquella cuyo puesto ocupar deseas?... Piensa en que, como tú dices aunque el hecho para mí es ininteligible, ha vuelto, al fin, tras tan largos años, aquel a quien aguardabas, y a quien has arrancado de las garras de la muerte... ¿vas ahora a celebrar su regreso matando a quien tanto le amaba y a quien él ama quizá, a quien te salvó heroicamente la vida del que amas, cuando las lanzas de tus esclavos iban a herirle?... ¿No has dicho tú también que en otros días dañaste cruelmente a ese hombre, y que le mataste, con tu propia mano porque amaba a la egipcia Amenartas?

-¿Cómo sabes eso, extranjero? ¿cómo conoces tú ese nombre que yo no te he dicho? -grité agarrándome por el brazo.

-¡Lo habré soñado quizá! -contesté. Sueños muy raros acuden al lecho en estas cavernas de Kor... ¡Mas, parece que el sueño, era imagen de la verdad!... Y ¿qué sacaste de tu insano crimen? ¿No tuviste que aguardar por él dos mil años? ¿Quieres ahora que, se repita la historia?... Di lo que quieras, yo te afirmaré, sin embargo, que grandes males nacerán de él, porque nadie recoge más que el fruto de sus obras: del bien nace el bien, del mal el mal; aunque en los días venideros del mal salga el bien. El daño tiene siempre que resultar, ¡ay! ¡empero de quien lo provoca!... Así dijo el Mesías de quien yo te hablé, y lo que dijo es la verdad. Si tú matas a esa mujer inocente, te digo que por ello serás maldita y que no cosecharás la fruta de tu antiguo árbol de amor... Y dime ¿cómo crees tú que ese hombre, te tomará con las manos enrojecidas por la sangre de quien tanto le amó y cuidó?...

-En cuanto a eso, bien lo sabes tú. Él me habría de amar aunque te hubiera matado a ti y a ella, porque él no podría evitarlo; así como tú no podrías evitar la muerte, si yo matarte quisiera, Holly. Empero, yace la verdad en tus palabras, porque en cierto modo pesan sobre mi mente. Sea: perdonaré a esa mujer... ¿no te he dicho que no soy cruel por el gusto de serlo? No me gusta ver sufrir ni hacer sufrir... Llámala pues... Mas, llámala presto, antes de que mi humor actual varíe...

Y así diciendo, cubriose rápidamente el rostro con las gasas.

Satisfecho de haber obtenido este resultado, siquiera en favor de Ustane, salí a la galería en su busca. Vi su blanco traje destacarse en la sombra a unas cuantas yardas de distancia junto a una lámpara y la llamé. Vino corriendo...

-¿Ha muerto ya mi señor?... ¡Ah, no digas que murió! -exclamaba llorando.

Miraba yo compadecido su hermoso y noble rostro, todo lleno de lágrimas, contraído por el dolor, y sus ojos que, suplicantes aguardaban una tristísima respuesta.

-No, no ha muerto. *Ella* le ha salvado -contesté. Ven, entra conmigo.

Suspiró profundamente, entró y se dejó caer sobre sus manos y rodillas ante la terrible reina conforme a la costumbre de su pueblo.

-Ponte de pie -dijo *Ella* con su voz más fría y acércate.

Ustane obedeció, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se le colocó delante. Hubo una pausa.

-¿Quién es ese hombre? -dijo por fin *Ella* señalando a Leo dormido.

-Ese hombre es mi esposo -contestó Ustane, en voz muy baja.

-¿Quién te lo dio por esposo?

-Tomé por tal, ¡oh Hiya! en virtud de la costumbre.

-Pues mal hiciste en ello, porque es un extranjero. No es un hombre de tu raza y la costumbre no vale en este caso... Escucha... Quizá por ignorancia lo hiciste, mujer, y por ello te perdono, si no, hubieras muerto... ¡Escucha otra vez! Vete de aquí a tu propio lugar y no vuelvas a pensar, ni a hablar más de este hombre: no es para ti... Y ¡escucha por tercera vez! Si violas mi mandato, morirás en ese mismo instante... ¡Vete!

Más, Ustane no se movió.

-¡Mujer, vete!

Alzó entonces la cabeza Ustane, y vi que tenía el rostro todo descompuesto de dolorosa ira.

-¡No! -dijo con la voz ahogada- ¡no, Hiya no me iré! ¡Ese hombre es mi esposo, y yo le amo!... ¡Yo le amo, yo le amo, y no me apartaré de él!... ¿Qué derecho tienes para obligarme a dejarle?

Sorprenbí un estremecimiento en la figura de Ayesha y yo también me estremecí, pensando en lo peor.

-Sé piadosa ¡oh, Hiya! -díjeme en griego- la Naturaleza es le que obra...

-Soy bien piadosa -me contestó fríamente ¿no existe ella aún?...y luego, dirigiéndose a Ustane:

-Mujer, te he dicho que te vayas de aquí; si no me obedeces te destruiré ahí mismo donde estás...

-¡No me iré, no me iré!... ¡Ese hombre es mío! -exclamó con angustia. ¡Yo le tomé y le salvé la vida! ¡Mátame si puedes... no te cederé mi esposo... jamás, jamás!...

Veloz además hizo Ayesha entonces, tan veloz que no pude seguirlo con los ojos, pero me pareció como que había tocado ligeramente con la mano la cabeza de Ustane. Miró a ésta y di hacia atrás un paso horrorizado, porque en el pelo castaño, sobre la frente de la muchacha vi tres marcas blancas como la nieve. Ustane, estaba como deslumbrada y se había llevado las manos a los ojos.

-¡Cielos! -exclamé abrumado ante esa manifestación espantosa de sobrehumana potencia.

Ella rió un poco y dijo:

-¿Creíste, pobre necia que yo no tenía potencia para matarte?... Aguarda, ahí hay un espejo -y señaló al del *nécessaire* de Leo que Job había preparado con otros objetos sobre un tocador improvisado- dáselo a esa mujer, Holly, que vea las marcas que le he hecho, y sepa si puedo o no fulminarla en el acto.

Tomé el espejo y lo sostuve ante los ojos de la infeliz. Miróse, tocóse el pelo, miróse de nuevo, y cayó luego en tierra dando una especie de sollozo o gemido.

-¿Te irás ahora? -agregó Ayesha con acento burlón- ¿o quieres que te hiera de nuevo?... Mira te grabé mi sello, y por él te conocerá hasta que todo tu cabello se ponga tan blanco como él. Si de nuevo te veo aquí, no tardarán en quedar tus huesos tan blancos como ese marchamo. ¡Vete!

La desdichada muchacha, espantada y herida en el alma de tan atroz manera se alzó como pudo y pasó arrastrándose ante *Ella* y gimiendo salió afuera.

Pasé la noche junto a Leo, que durmió perfectamente sin moverse un instante. También dormí yo un poco, que harto lo necesitaba pero con sueño agitado, lleno de los horrores de que había sido testigo. Principalmente me asaltaba aquella hazaña diabólica de Ayesha de dejar la huella de sus dedos sobre los cabellos de su rival. Tan terrible había sido el movimiento, tan rápido y serpentino, y tan instantáneo el blanqueamiento de la triple raya, que dudo, a la verdad, que me hubiera impresionado más otro resultado, aunque hubiese sido más fatal a Ustane. Aún en la actualidad, de vez en cuando se me representa un sueño, tan horrenda escena, y contemplo a la infeliz mujer sollozando espantada como Caín con una señal sobre la frente y lanzando al salir de la habitación arrastrándose ante su reina, su postrer mirada de inefable, angustiada despedida a su amante dormido.

Tuve también otra pesadilla. Figúrome que la inmensa pirámide de osamentas se conmovió y que de ella empezaron a brotar andando, por cientos, y miles y miles en batallones regimientos y ejércitos, los esqueletos, a través de cuyos costillares lucía el resplandor solar y que precipitándose por la llanura hacia Kor, su gran ciudad, vi bajarse a su llegada el puente levadizo, abrirse de par en par la puerta mural y resonar sus huesos al rozar con las bronceas hojas, y que se desparramaron luego por las calles espléndidas y las plazas ante soberbias fuentes y bellos palacios y templos de grandeza indescriptible. Pero no había ningún hombre para recibirlos en el mercado, ni a las ventanas se asomaba ninguna cabeza de mujer, y solamente se escuchaba de tiempo en tiempo un gran pregón, flotando invisible en el aire, que clamaba: ¡*Kor, la imperial, cayó!... ¡cayó!... ¡cayó!* Y esas falanges de blancura luciente iban marchando por la ciudad, y el rumor de sus pasos huesosos era repetido por los ecos del espacio, conforme el tropel pasaba tristísimamente... Subieron luego a las murallas y marcharon por la gran calzada que sobre ellas corría hasta que al fin llegaron al puente levadizo... Y entonces retornaron a su sepulcro, y el sol poniente, que los atravesaba con sus rayos cárdenos, lanzaba las gigantescas sombras de sus huesos, que se extendían sobre la llanura, moviendo larguísimas piernas de araña hasta que llegaron a la caverna en donde penetraron, arrojándose en inacabable fila por el agujero para formar de nuevo la pilada de la profunda sima subterránea... Desperté entonces y vi a Hiya que se había mantenido durante todo mi sueño entre el lecho de Leo y la piel donde estaba yo tendido, deslizándose como una sombra para salir de la habitación.

Dormíme de nuevo al poco rato, pero con sueño más profundo y tranquilo, y cuando, al fin, desperté, me encontré más fuerte y satisfecho. Cuando se acercó la hora señalada por Ayesha en que Leo había de despertar, *Ella* apareció de nuevo en el cuarto, velada como de costumbre.

-Ya verás, Holly -me dijo- cómo ahora se despierta en su cabal sentido y sin fiebre ninguna.

Apenas había acabado de hablar, Leo se volvió en su lecho, estiró los brazos, bostezó y observando una forma femenina que se le inclinaba encima, la enlazó con los brazos y la besó, tomándola sin duda por su amiga porque, dijo en arábigo:

-¿Hola Ustane? ¿por qué te has envuelto así la cabeza? ¿tienes dolor de muelas? -y agregó en inglés: ¡Voto va! ¡tengo un hambre atroz!... ¡Tú, Job, vieja prole de un cañón! ¿qué tenemos ahora por hacer, eh?

-¡Ah, Mr. Leo, ojalá que lo supiera yo!... -contestó Job, pasando con muchos reparos junto a Ayesha a la que aún miraba con gran miedo, porque no estaba muy seguro todavía de que no era una muerta resucitada. -Pero usted no debe hablar Mister Leo, que ha estado malísimo y nos ha dado mucho cuidado... y si esta señora -agregó mirando a Ayesha- no tiene inconveniente en apartarse un poco, le traeré su sopa

Leo entonces se fijó en la *señora* que tan silenciosa estaba y exclamó:

-¡Hola! ¿conque no es ésta Ustane?... ¿dónde pues anda ella?

Ayesha entonces le habló por vez primera y sus primeras palabras fueron mentirosas.

-Salió de visita -dijo- pero mira aquí estoy yo que soy tu criada.

La voz argentina de Ayesha pareció confundir su intelecto, pero no dijo nada sino que se puso a tomar su caldo con bastantes ganas y después se echó otra vez y se durmió casi al momento para no despertar hasta por la tarde. Entonces me vio a mí y se puso a interrogarme sobre lo que había pasado, pero yo le contestaba evasivamente y le obliqué a dormir de nuevo, lo que hizo muy bien hasta por la mañana en que se despertó admirablemente mejorado. Pude contarle algo entonces de su

enfermedad y de lo que me había pasado a mí, pero como Ayesha estaba presente, no fue, a la verdad, mucho lo que le dije: que *Ella* era la reina del país y que nos mostraba muy buena voluntad, aunque era gusto suyo el andar embozada. Aunque yo hablaba en inglés, por supuesto, tenía gran temor de que no nos entendiese *Ella* por la expresión de nuestros rostros, y además, no olvidaba las advertencias que me había hecho.

Al día siguiente, Leo se levantó casi bueno por entero. La herida del costado se había cicatrizado ya, y su constitución, tan naturalmente vigorosa se había recobrado de la gran pérdida de fuerzas consiguiente a su terrible fiebre, con una rapidez que no puedo atribuir más que a la maravillosa medicina que se le había administrado y también al hecho, de que su enfermedad, había sido, aunque violenta, demasiado breve. Más, con la salud le volvía la clara reminiscencia de todas sus aventuras, hasta el punto en que perdió los sentidos en medio del pantano, y también, por supuesto, el recuerdo de Ustane, a quien vi entonces que había tomado un gran cariño. Y a la verdad que me abrumó a preguntas, sobre la pobre muchacha que yo no podía contestarle porque Ayesha me había llamado después que despertó Leo, la primera vez y me advirtió de solemne modo que no le dijera nada sobre el punto, sugiriéndome con la mayor delicadeza que me costaría caro desobedecerla. También me advirtió que le dijera a Leo lo menos posible sobre *Ella* misma porque se reservaba el derecho de hacerlo a su debido tiempo.

Su conducta a la verdad, había variado mucho. Yo esperaba por todo cuanto había visto, que *Ella* se aprovecharía de la primera oportunidad para apoderarse de quien creía que era su amante del mundo antiguo, pero, por algún motivo íntimo que ignoro, no procedió así. No hacía más que atenderle dulcemente, con una humildad que contrastaba de un modo notable con sus imperiosas formas anteriores, hablándole en tono casi respetuoso y quedándose a su lado todo el tiempo que podía.

Es natural pensar que la curiosidad de Leo a propósito de *Ella* fuese tan grande como había sido antes la mía y que tuviese gran afán de verle el rostro, que yo le había dicho, sin entrar en más detalles simplemente, que era bellissimo, tanto como sus formas y su voz. Esto era bastante, para exaltar los deseos de cualquier joven a peligroso grado, y si no hubiera sido porque aún no se había librado por completo de los efectos de su enfermedad, y que tenía el ánimo muy preocupado a propósito de Ustane, de cuyo afecto y heroísmo siempre me estaba hablando con profunda emoción, no dudo que hubiese caído en las redes que *Ella* le tendía y que la hubiera amado con anticipación.

Pero, si no estaba enamorado, dominábale gran curiosidad, y se sentía asombrado ante *Ella* como yo mismo, pues aunque nada se le había dicho sobre su edad extraordinaria, él la identificaba naturalmente con la mujer de que se hablaba en el casco de ánfora. Y, al fin, viéndome rendido ante su continuado interrogar, díjole que fuese donde la misma Ayesha en busca de informes sobre Ustane, cuyo paradero desconocía yo verdaderamente, y sobre cuanto más saber quisiese. Así lo hizo, y después de un buen almuerzo, nos presentamos a Hiya sin más ceremonias y los mudos nos dejaron pasar, gracias a las expresas órdenes de su reina.

Sentada estaba *Ella* según costumbre, en lo que nosotros llamábamos, a falta de mejor nombre, su *boudoir*, y al descorrerse las cortinas se levantó y con ambas manos extendidas vino a recibirnos o, más bien a recibir a Leo, porque ya a mí se me había relegado al segundo término. Pero fue, a la verdad, un bonito aspecto el que presentó su blanca velada forma deslizándose hacia el vigoroso joven inglés, vestido de su traje de franela gris, pues aunque por su sangre, Leo es medio griego, pocos habrá que tengan, excepto en sus cabellos, más aire británico que el suyo. No tiene esa suave figura y blandas maneras propias del griego moderno, aunque mucha de su personal hermosura sí lo sea, ya que se parece mucho a su madre, a juzgar por el retrato. Más, aunque sea tan alto y tan voluminoso de tórax, no es pesado su aire, como el de muchos hombrones y tiene de tal arrogante y firme modo plantada la cabeza que bien merece el nombre de león que le dieron los amajáguers.

-¡Salud, mi joven señor extranjero! -díjole *Ella* dulcísimamente. Alegre estoy, en verdad, de verte sobre tus pies... Créeme que si no intervengo yo, en el supremo instante por cierto, ellos no te habrían sostenido más... Pero ya pasó el peligro, y a mí me toca ahora... (y puso un mundo de promesas en su acento) hacer que no se presente jamás para ti.

Leo se inclinó cortésmente, y en su mejor árabe le agradeció la bondad que tenía para un extranjero desconocido.

-No, no -replicó *Ella*. ¿Cómo podría dejarse morir un hombre así?... ¡La belleza es muy rara sobre la tierra!... No me agradezcas nada que la dicha es mía porque has venido.

-¡Hola viejo! -exclamó en inglés el travieso muchacho. La señora es política de veras... parece que hemos caído sobre flores... ¡oh! tú no habrás desperdiciado tus ocasiones... y ¡por Júpiter! ¡qué par de brazos tiene!

Dile un pellizco en las costillas para que se portara como es debido, porque sorprendí la mirada de los velados ojos de Ayesha que me interrogaban curiosamente.

-Espero saber -continuó *Ella*- que mis criados te han atendido bien porque si alguna comodidad existe en este pobre lugar, seguro debes de estar de que te pertenece... Di, ¿algo más puedo hacer por ti?

-¡Oh, sí! Hiya -contestó Leo con viveza- quisiera saber dónde ha ido la señora que me asistía.

-¡Ah, sí!... ¿la muchacha?... Pues ya la he visto. Es decir, dónde está no lo sé. Dijo que quería marcharse y se fue... Quizá vuelva y quizá no... Es cosa pesada asistir a los enfermos, y estos salvajes son muy inconstantes.

Leo, al oírlo quedó como disgustado y triste.

-Raro es esto en verdad -díjome en inglés, y agregó dirigiéndose en arábigo a *Ella*:

-No puedo entender cómo ha sido esto, porque esa joven y yo... bien sabrá usted en fin... teníamos ciertos compromisos.

Ayesha se rió un poco, muy musicalmente, y cambió de conversación.

XVIII «¡QUIERO UN MACHO CABRÍO!»

Y continuó luego tan variable nuestra conversación que, a la verdad, ni recuerdo de qué tratamos. Ayesha no hablaba con su habitual franqueza quizá para no revelar sus verdaderos sentimientos, o por otra razón que desconozco. Al fin le dijo a Leo que para divertirnos había dispuesto que tuviera lugar un baile aquella noche.

Me asombré al oír esto, pues que me había figurado que los amajáguers eran gentes demasiado sombrías para permitirse frivolidades semejantes; pero, como luego se verá, resultó que un baile amajáguers en nada se parecía a las festividades que en los demás países salvajes o civilizados, se conocen con este nombre. Entonces y cuando estábamos a punto de retirarnos, *Ella* propuso a Leo visitar las maravillas de las tumbas, a lo que él asintió con mucho gusto, y a ello fuimos, acompañados de Billali y de Job.

No la describo porque, sería la mera repetición de lo que ya he dicho a propósito de ellas por más que, las tumbas en que entramos fueran otras, ya que como he dicho, la montaña estaba toda tan labrada que parecían un panal de abejas,¹⁴ pero los contenidos eran casi siempre semejantes. Visité de nuevo la pirámide de huesos que en sueños se me había representado la noche anterior, y de allí fuimos por un largo pasadizo a una de las grandes excavaciones ocupadas por los cadáveres de los ciudadanos pobres de Kor. Estos no estaban conservados tan bien como los demás, y no tenían sudarios en su mayoría, estando colocados en grupos de quinientos a mil, amontonados los unos sobre los otros, como las pilas de muertos después de las grandes batallas.

Después de las visitas a las tumbas volvimos a comer porque ya eran más de las cuatro de la tarde

« Durante algún tiempo me preguntaba: ¿qué podía haberse hecho con la enorme cantidad de piedra que se había sacado para la excavación de las inmensas catacumbas? Pero luego supe que su mayor parte se había empleado en la fabricación de la ciudad de Kor, de sus edificios, murallas cloacas y depósitos de agua.

y necesitábamos todos y especialmente Leo, alimento y descanso. A las seis fuimos de nuevo a presentarnos a Ayesha que se divirtió aterrando a nuestro pobre criado con las imágenes evocadas en el agua clara de la pila.

Por mí supo *Ella* que Job pertenecía a una familia de diecisiete hermanos, y le ordenó que pensase en todos ellos varones y hembras, o en la mayor parte de los que acordarse pudiera, y que los concibiese reunidos en la pieza principal de la paterna casa rústica. Díjole luego que mirase al agua, y allí reflejada sobre la tranquila superficie contemplamos una escena transcurrida años atrás, tal como se representaba en el cerebro del asombradísimo fámulo. Algunos de los rostros aparecían muy claros, mas, otros eran meros borrones o manchas indecisas, con alguna que otra facción desmesuradamente, exagerada, cuyo hecho se atribuía a que Job era incapaz de recordar con exactitud el rostro de los individuos, o solo tenía presente alguna de sus peculiaridades y el agua únicamente reflejaba lo que su vista mental consideraba.

Porque ha de tenerse presente que la potencia de *Ella* estaba limitada, estrictamente en este caso: podía al parecer, fotografiar sobre el agua lo que realmente pasaba por la mente de alguna persona que allí estuviera, mas únicamente por la voluntad de esa persona. Pero si *Ella* conocía realmente alguna localidad, como en el caso nuestro del ballenero sobre el canal, podía arrojar su reflexión sobre el agua así como la de cualquier cosa que se verificase en la localidad. Sin embargo, ese poder suyo no se extendía a la mente ajena; por ejemplo: podía enseñarme el interior de la capilla de mi colegio de Cambridge tal como yo a recordaba pero no como estuviera en el instante mismo de la reflexión, pues que, con respeto a otras personas, su arte se limitaba sólo a los hechos o memorias presentes en su conciencia en el momento dado. Y tanto era esto así, que cuando queríamos mostrarle las representaciones de edificios célebres como la iglesia de San Pablo o el palacio del Parlamento en Londres el resultado era muy imperfecto, porque aun cuando nosotros tuviéramos una buena idea general de su conjunto, no podíamos tener presente la multitud de los detalles arquitectónicos, y faltaban por ende todas las minuciosidades necesarias, para una reflexión perfecta.

Pero Job era incapaz de comprender esto, y muy lejos de aceptar la explicación natural del fenómeno -que después de todo no era aunque peregrinísimo, más que un ejemplo brillante de telepatía perfeccionada, sostenía que era la manifestación diabólica de la más negra magia. No olvidará jamás el aullido de terror que lanzó al ver los retratos más o menos claros de sus ausentes y esparcidos hermanos mirándolos en el agua sosegada ni la alegre carcajada con que Ayesha acogió su consternación. Tampoco a Leo le gustó mucho la cosa: pasose los dedos entre los dorados rizos y dijo que le daban calofríos esos arcanos.

Después de una hora que pasamos distraídos, de una manera que no fue diversión para Job por cierto, los mudos le advirtieron a su Reina por señas que, Billali esperaba audiencia. Mandósele pasar, arrastrarse mejor dicho, lo que hizo con su torpeza acostumbrada y anunció que el baile estaba ya dispuesto, y que comenzaría cuando la Reina y los extranjeros lo quisieran.

Levantámonos todos; Ayesha se echó encima un manto negro, el mismo, diré entre paréntesis, que le vi puesto cuando la sorprendí maldiciendo en el sepulcro de Kalikrates y salimos.

El baile se iba a verificar al aire libre, en la explanada de piedra que, estaba a la entrada de la caverna y hacia allí nos dirigimos. Como a unos quince pasos del arco de la entrada vimos colocadas tres sillas en las que nos sentamos a esperar, puesto que no se veía por allí a ningún bailarín. La noche era bastante oscura aún, la luna no había salido, y así es que nos preguntábamos cómo diablos podríamos ver la fiesta. Leo le hizo la observación a Ayesha.

-Ya lo comprenderás ahora -dijo Ella riendo.

Efectivamente, lo comprendimos. Apenas había hablado cuando de todas partes surgir vimos formas oscuras, llevando lo que al principio tomamos por enormes antorchas encendidas, y que

ardían tan furiosamente que las llamas tenían más de una yarda de longitud dirigidas hacia atrás de los que las llevaban. Estos se nos acercaron en número de más de cincuenta asemejándose a infernales demonios, tan prietos y con su ígnea carga Leo exclamó entonces:

-¡Cielos son cadáveres las antorchas!...

Tenía razón. Las luces que habían de alumbrarnos la fiesta no eran sino las momias de las cavernas.

Precipitáronse todos los portadores de tan fúnebres luminarias hacia un lugar dado, y arrojaron en él los cadáveres con lo que se formó una gran hoguera. ¡Cómo ardía aquello! ¡Cielo santo, y cómo surgía! ¡Ningún barril de brea hubiera ardido mejor que aquellas momias! Pero esto no fue todo: de súbito, vi que un gran amajáguer agarró un brazo ardiente que se había desprendido de su cuerpo principal, y salió corriendo por la obscuridad. Detúvose al fin, y un alto rastro de fuego brotó derecho en el aire iluminando la negrura y también la lámpara que lo producía. La lámpara era una momia de mujer atada a una gruesa estaca clavada en un agujero hecho en el suelo rocoso, y el salvaje la había encendido prendiéndole los cabellos. Anduvo unos cuantos pasos más y prendió otra y luego otra y otras, hasta que, al fin nos vimos rodeados por un gran círculo de cuerpos humanos ardiendo de furiosa manera porque la substancia con que habían sido embalsamados, era tan inflamable que de las orejas y la boca de los muertos brotaban ígneas lengüetas de más de un pie de largo.

Nerón iluminaba sus jardines con cristianos vivos untados de brea y a nosotros se nos festejaba de un modo parecido, probablemente por vez primera desde el tiempo del romano emperador, aunque, afortunadamente, las antorchas no estaban vivas.

Pero aunque nos faltase este elemento de horror, gracias a Dios, era tan espantoso y horrible el espectáculo que se nos presentaba, que apenas si me atrevo a describir la impresión que nos causó. Para empezar, diré que nos hería la susceptibilidad moral así como la física. Algo había de muy terrible aunque, también de muy fascinador, en el empleo de los muertos antiquísimos para iluminar las orgías de los vivos; la cosa en sí misma era una sátira amarga para ambos: para vivos y para muertos, para la humanidad. El polvo de César... o el de Alejandro Magno... podrá servir o no de tarugo el agujero de un barril, como dijo Hamlet, mas la función de estos otros Césares de lo pasado era alumbrar una diversión de salvajes.

A tales bajos usos somos destinados, tan poco aprecio nos reservan esas codiciosas multitudes de descendientes que creamos, muchas de las cuales en vez de venerar nuestra memoria viven sólo para maldecirnos por haberles puesto en mundo de tantas penalidades...

Además, teníamos el lado físico del espectáculo que era bien fantástico y espléndido por cierto. Estos antiguos ciudadanos de Kor, ardían como habían vivido, si juzgamos por sus inscripciones demasiado a prisa y con mayor liberalidad. Y lo que es más, había una gran abundancia de ellos. Apenas ardía una momia hasta los tobillos, para lo que bastaba sólo veinte minutos, tirábanse lejos los pies y se prendía otra nueva en su lugar. La hoguera se mantenía activa con el mismo generoso despilfarro, y sus llamas subían silbando y crujientes a una altura de veinte o treinta pies iluminando la obscuridad con grandes resplandores por los que atravesaban las amajáguers, como demonios que alimentasen los infernales fuegos.

Fascinados contemplábamos el espectáculo, esperando ver aparecerse de un momento a otro los espíritus de aquellos cuerpos que así ardían, a tomar venganza de sus profanadores...

-Te prometí un espectáculo extraño, Holly díjome riendo Ayesha cuyos nervios no parecían afectados- y ya ves que no te he burlado. Y amonesta un tanto esa escena extranjero. No confíes dice- en lo futuro, ¿quién sabe lo que lo futuro abriga? Vive, pues al día, no trates de evitar el polvo, que es el fin del hombre. ¿Qué crees tú que hubieran sentido esos nobles y esas señoras, ha tanto olvidados, si hubieran sabido que habían de servir algún día para cocer la comida o alumbrar la danza de los salvajes?... Pero, mira a los danzantes que ya acuden... ¿alegre comparsa, no es verdad?... ¡El escenario está ya encendido, la comedia empieza!

Vimos entonces dos filas de amajáguers, una de mujeres y otra de hombres en número como de ciento, adelantarse vestidos únicamente con sus taparrabos de piel de leopardo. Colocáronse en perfecto silencio las dos filas frente a frente y comenzó el baile que fue una especie de cancan infernal. Es casi imposible describirlo, pero aunque hubo elevación de piernas y cambio de puestos, en dosis sobrada parecieron aquello más que un baile, una como representación dramática mímica cuyo argumento era horrible; cual convenga a gentes cuyos pensamientos tenían impresa la influencia de los sepulcros, cuyas diversiones y chanzas se obtenían del inagotable repositorio de la mortalidad conservada en donde habitaban. Yo entendí que se representaba primero un asesinato frustrado y después la tentativa de enterrar viva a la víctima y la desesperada resistencia de ésta para evitarlo, siendo cada episodio del drama abominable, desempeñado en silencio constante, seguido de la danza furiosa y repugnante en torno de quien ha-cía el papel de la víctima, que se retorció en el suelo al resplandor sangriento de la hoguera.

Interrumpiose de pronto, el desenfrenado baile y entonces una mujerona de vigoroso aspecto, que me había llamado la atención por su ardor diabólico para saltar y gesticular salió de las filas de los danzarines al medio, e insana toda por la excitación salvaje, vino hacia nosotros tambaleándose y saltando como una furia.

Frente y junto a nosotros, ya lanzose al suelo acometida de un ataque como epiléptico, gritando:

-¡Yo quiero un macho cabrío negro! ¡lo necesito!... ¡que me lo traigan!...

Retorcíase en el suelo mientras gritaba echando espuma por la boca contraídas las facciones y ofreciendo, en fin, el más horrible aspecto que pensarse puede.

Entonces acudió una gran parte de los bailadores formando corro en su torno, aunque los demás continuaban sus brincos allá en el fondo.

-¡Tiene el diablo adentro! -dijo cantando un amajáguer. Vayan a buscarle un macho cabrío negro... ¡Diablo! ¡diablo, estate quieta! Ahora tendrás el macho cabrío... ¡Han ido por él, diablo!

La horrible mujer, que espumante se retorció en el suelo, chilló de nuevo:

-¡Yo quiero un macho cabrío negro, negro!

-¡Bien diablo!... ¡Ahora lo tendrás! ¡Aquíétate!

Así continuaron hasta que al fin trajeron, arrastrando por los cuernos, de un corral cercano, el macho cabrío negro, que daba lastimosos balidos.

-¿Es negro el macho?... ¿negro? ¿negro? -chilló la mujer posesa

-¡Sí! ¡sí! ¡Diablo! ¡Es negro como la noche! -clamó cantando el interlocutor, y luego, como aparte, en tono más bajo: Ocúltenlo bien tiene una mancha blanca en la rabadilla y otra en la barriga ¡Qué no las vea el diablo!... -Y luego, alzando el tono: ¡Ahora te lo darán diablo!... ¡Aguarda un poco!... -Luego, más bajo: Cortadle el cuello, ¿adónde está la vasija?...

-¡El macho, el macho, el macho!... ¡Dadme la sangre de mi macho negro! ¿No veis que la necesito?... ¡Dádmela!... ¡Dádmela!

En este momento, un *bee* prolongado y agudo anunció el sacrificio del macho cabrío, y una mujer vino corriendo con una taza llena de su sangre. La posesa que entonces se encontraba en el paroxismo de su ataque, la tomó y la bebió toda e inmediatamente se tranquilizó, sin que tuviera más convulsiones o histerismo o lo que fuese la espantosa dolencia de que sufría. Extendió sus brazos, se sonrió un poco y lentamente se marchó a reunirse con los demás bailarines que entonces se volvieron a colocar en una doble fila cómo la en que habían venido, y despejaron el campo, dejando vacío todo el espacio que se encontraba entre la hoguera y nuestros asientos.

Figuráme que la diversión(?) habría terminado, y sintiéndome un tanto malhumorado, estaba a punto de preguntarle a *Ella* si nos podíamos levantar, cuando se presentó un mono, al parecer, saltando en torno del fuego. Al punto se le reunió un león, o mejor dicho, un hombre vestido con una piel de león, y luego otro con la piel de un toro, alzados los cuernos de la manera más cómica del mundo. A éste siguió un impala, un koodoo, y otros ejemplares de la fauna de aquella localidad africana, una muchacha inclusive, cosida en la escamosa piel luciente, de una boa constrictor, cuya cola le arrastraba muchas yardas por detrás en el suelo.

Cuando todos esos animales se hubieron congregado, comenzaron a bailar de un modo pesado, contranatural, imitando los bailarines las voces de las bestias que personificaban, hasta que todo el espacio se llenó de rugidos, mugidos, balidos y silbos de serpientes.

Esto continuó por un rato, hasta que cargado ya de la pantomima le pedí permiso a Ayesha para ir con Leo a examinar las antorchas humanas, lo que nos concedió, y salimos los dos, empezando a andar por la izquierda.

Después que contemplamos a dos o tres de las ardientes momias, íbamos a volvernos, hartos, disgustados por lo grotesco y fantástico del espectáculo, cuando llamó nuestra atención uno de los bailarines, un leopardo, muy activo por cierto, que se había separado del cuadro de baile y que daba vueltas en torno nuestro, pero dirigiéndose hacia donde la obscuridad era mayor, a un lugar equidistante entre dos flamantes momias.

La curiosidad nos hizo seguirlo, y entonces enderezándose el leopardo, penetró en las sombras del fondo, aún más profundas, diciéndonos muy bajito:

-Sígueme.

Conocí la voz de Ustane. Leo, sin mirarme siquiera corrió tras ella y yo, con el corazón lastimado por las aprensiones de un peligro próximo, los seguí. El leopardo-Ustane anduvo unos cincuenta pasos más, distancia suficiente a que no llegaba la luz de las antorchas, sí la de la hoguera y allí esperó a Leo, que al fin la alcanzó.

-¡Ah, esposo mío!... -oíala exclamar mientras le abrazaba estrechamente. ¡Al fin, te veo y te abrazo!... Mi vida está amenazada por *Quien debe ser obedecida*. El Babuino de seguro te habrá contado cómo *Ella* me apartó de ti. ¡Yo te amo, esposo mío, y tú me perteneces conforme a las costumbres del país! ¡Yo te salvé, además, la vida Leo mío: ¿vas a echarme de ti ahora?...

-¡Por supuesto que no! -exclamó Leo. Asombrado estaba de no verte. Vamos donde está la reina a explicarnos sobre este asunto.

-¡Ah! ¡No, no!... ¡Nos mataría!... Tú no conoces su poder... No hay más que un recurso: si quieres quedarte conmigo tienes que huir siguiéndome por los pantanos desde ahora mismo, así escaparemos de *Ella* quizá...

-¡Por el amor del Cielo, Leo! -dije yo entonces, -escucha...

-No le hagas caso, Leo mío -exclamó ella interrumpiéndome. Ven, ven, aprisa: la muerte está en el aire que respiramos. Aún ahora quizá, *Ella* nos está escuchando... Y reforzó sus argumentos echándose de nuevo en los brazos de su amante.

Al hacerlo, deslizósele de los cabellos la cabeza del leopardo que la disfrazaba y en ellos vi la triple marca blanca de los dedos de su reina, débilmente luciendo a la luz de las estrellas.

Comprendiendo la gravedad de la situación, iba de nuevo a intervenir, pues que yo sabía que Leo no era muy firme si de cosas femeninas se trataba cuando... ¡ay! ¡qué horror! oí detrás de mí una pequeña risa argentina. Volvíme, y me encontré a la misma Hiya con Billali y dos de sus mudos.

Aspiré anhelosamente el aire y casi caigo en tierra porque sentí que aquella situación habría de culminar trágicamente, y que yo, quizá, sería la primera víctima. Ustane se deslizó de Leo y se cubrió los ojos con las manos, mientras que su amante, que no conocía la gravedad del caso, se ruborizó un poco, y se quedó en la necia actitud en que se quedan los hombres generalmente cuando son sorprendidos en esas trampas.

XIX EL TRIUNFO

Siguiose entonces el momento de silencio más penoso que yo he arrostrado en mi vida. Ayesha al fin, lo rompió dirigiéndose a Leo.

-Por qué, mi señor y huésped -le dijo con su voz más dulce, y que, sin embargo, resonaba una vibración de acero- ¿por qué te ruborizas tanto? El espectáculo era bonito por cierto: ¡el león abrazado al leopardo!

-¡Oh, concluye de una vez! -exclamó Leo en inglés.

-¿Y tú, Ustane? -continuó *Ella*- por cierto que hubiera pasado junto a ti sin conocerte, a no haber caído un resplandor sobre esas marcas de tus cabellos... ¡Bueno, bueno! Ya se concluyó la fiesta... miren todos: las candelas se han gastado, todo ha venido a parar en ceniza y tinieblas. Así has creído que era el tiempo propio para el amor, Ustane, sirviente mía, y yo, no soñando en que podría ser desobedecida que te creía tan lejos...

-No te diviertas conmigo, Hiya... -gimió la infeliz muchacha. ¡Mátame ya, concluye de una vez!

-No, ¿por qué?... No es bien pasar tan de súbito de los ardientes labios del amor a la helada boca del sepulcro...

Hizo entonces una señal a sus mudos, que inmediatamente se adelantaron, sujetando cada uno a la muchacha por un brazo. Lanzó un voto Leo, y saltando sobre uno de ellos lo tiró al suelo de un puñetazo y lo mantuvo preso con la izquierda y el otro puño dispuesto.

Riose Ayesha de nuevo.

-Bien lo hiciste huésped mío, ¡Vigoroso brazo para convaleciente! Pero, te ruego ahora que dejes vivo a ese hombre para que me obedezca. No le hará él ningún daño a la muchacha, el aire de la noche se torna ya desapacible y quiero recibirla en mi propia estancia. De seguro que yo atenderé bien a quien tú tanto atiendes.

Tomó entonces a Leo por el brazo y lo quitó de encima del mudo postrado en tierra. Medio enajenado el muchacho obedeció a mi presión, y todos echamos a andar hacia la caverna a través de la plaza en la que sólo quedaba un gran montón de blancas cenizas humanas de la hoguera que había alumbrado a los bailadores porque, éstos habían desaparecido todos.

Y llegamos al *budoir* de Ayesha demasiado a prisa en mi sentir, pues tenía tristes presagios de lo que había de suceder.

Ayesha se sentó en su canapé, y habiendo despedido a Job y a Billali, hizo señal a los mudos de que dejaran las lámparas y se retiraran todos menos una muchacha muda que era su criada preferida. Nosotros tres nos manteníamos de pie, la misera Ustane hacia la izquierda nuestra.

-Ahora oh, Holly, ¿cómo es que tú, que oíste mis palabras mandando a esta mal aconsejada -y señaló a Ustane- que de aquí se marchase, tú, por cuyo ruego de mal grado le perdoné la vida, has sido cómplice del hecho que he visto? Responde y atiende que espero la verdad, que no estoy dispuesta a disimular mentiras en este asunto.

-Ha sido casualmente, ¡oh, reina! -contesté. Nada sabía de ello.

-Holly, te creo -replicó ella fríamente. Alégrate de que te crea. Entonces cae sobre ella la culpa toda...

-No veo en ello crimen alguno -interrumpió Leo. Ella no es mujer de nadie, y al contrario, parece que se ha casado conmigo, según la costumbre de este país atroz... Y de todos modos, señora continuó -lo que ella hizo, también lo he hecho yo, y si ha de ser castigada yo también pido que se me castigue; pero desde ahora te digo -exclamó exaltándose- que si mandas a alguno de tus mudos que la toque, lo he de hacer pedazos con mis ma-nos... Y su aspecto indicó que a ello estaba dispuesto realmente.

Ayesha lo escuchó con helado silencio y no le contestó. Cuando hubo acabado de hablar dijo, dirigiéndose a Ustane:

-¿Tienes tú algo que decir, mujer? ¡Necia que eres!... que pensaste satisfacer tu pasioncilla flotando como una pluma, como una paja, ante el huracán de mi voluntad... Dime tengo curiosidad de saberlo: ¿por qué me desobedeciste?

Entonces contemplé lo que me parece ser el más asombroso alarde de intrepidez moral que es posible concebir: la pobre muchacha condenada de antemano, sabiendo lo que tenía que esperar de su terrible reina, sabiendo por tremenda experiencia propia a cuánto alcanzaba su poderío, cobró fuerzas para retarla desde el fondo de su misma desesperación. Irguiéndose en toda su bella estatura y despojándose con un movimiento, de la piel de leopardo, le respondió así:

-Te desobedecí ¡oh, reina! porque mi amor es más grande aún que mi temor de la muerte. Porque mi vida sin este hombre, que escogió mi corazón, no sería sino una muerte también. Por eso arriesgué la vida y aún ahora, que depende de tú ira, me alegro de haberla arriesgado... Contenta te la entrego porque él me abrazó una vez más, y porque me dijo que me amaba.

Ayesha se incorporó un poco en su canapé, al oír esto, pero se reclinó de nuevo.

-Yo no dispongo de magia ninguna -continuó Ustane, alzando su hermosa voz resonante- yo no soy reina ni inmortal, pero el corazón de una mujer ¡oh, reina! tarda mucho en hundirse en las aguas por profundas que sean, y también ven a prisa los ojos de una mujer ¡oh, reina! aun a través de tu velo... Escucha, yo lo sé: tú amas también a este hombre ¿y por eso quieres quitarme de tu paso?... Yo moriré, sí, moriré, y no sé lo que ha de ser de mí... Mas, dentro de mi pecho resplandece una luz, y con ella veo, como si fuera una lámpara alumbrada, la verdad del porvenir que yo no gozaré, pero que ante mí se desarrolla como una imagen... Cuando por primera vez vi a mi esposo, supe también que la muerte sería su regalo de bodas, pero no retrocedí, porque estaba dispuesta a pagar hasta ese precio... Aquí estaba ahora mi muerte; la siento, la siento. Pero ahora también te digo, parada en los umbrales de la fatalidad, que tú no gozarás de los provechos de tu crimen. Mi esposo me pertenece, y aunque tu hermosura resplandezca como el sol ante las estrellas, él será para ti, siempre mío... Nunca jamás, sobre la tierra te mirará en los ojos y te llamará su esposa... Tú también estás condenada yo lo veo, lo veo... ¡ah!...

Contestole entonces un grito de rabia y de terror... Volví la cabeza Ayesha se había levantado y tenía tendido el brazo recto hacia Ustane, que paró de hablar de súbito. Miré a la muchacha y vile

pintada en el rostro la misma expresión de espanto y terror que tenía cuando su rapto en la caverna de Billali, la noche de su raro canto. Abriéronse más aún sus ojos, dilatáronse las ventanas de su nariz y sus labios blanquearon.

Ayesha no decía nada guardaba un silencio tremendo, pero seguía con el brazo tendido, mirando, al parecer, fijamente a Ustane, mientras que toda su figura vibraba. Ustane llevó entonces sus dos manos a la cabeza dio un grito horrible y cayó de espaldas, como herida de un solo golpe, cuan larga era en el suelo. Leo y yo nos precipitamos a ella... ¡estaba muerta absolutamente muerta!... herida por alguna misteriosa agencia eléctrica o por incontrastable potencia de voluntad de que la tremebunda Hiya podía disponer a su antojo.

Pasó un rato en el que Leo no se daba cuenta de lo que había sucedido, pero cuando lo comprendió se le descompuso el rostro de un modo atroz. Con un voto salvaje se levantó de junto al cadáver, y volviéndose saltó ligeramente, contra Ayesha. Mas *Ella* estaba en guardia y al verlo, extendió de nuevo su brazo, y él retrocedió dando tumbos, y hubiera caído en tierra si yo no le sostengo. Contome después que había sentido como un gran golpe sobre el pecho, y más aún, que se encontró tan desvirtuado, como si le hubieran arrancado toda la virilidad en el acto. Ayesha habló entonces.

-Huésped mío -le dijo suavemente- perdóname si te hiero con mi justicia.

-¡Perdonarte, monstruo maligno! -rugió el pobre Leo retorciéndose las manos de rabia e impotencia... -¡Perdonarte, asesino!... ¡Por el Cielo, que si pudiera te mataría!

-¡No, no! -contestó *Ella* con la misma voz dulce- no lo harías... No comprendes aún, pero ya es hora de que aprendas!... Tú eres mi amor, mi Kalikrates... Mi hermoso, mi fuerte Kalikrates... Durante dos mil años te he aguardado, y ahora al fin, que a mí tornabas, esa mujer se interponía entre los dos; y yo la he apartado Kalikrates...

-¡Mientes, mientes! -gritó Leo interrumpiéndola. No me llamo Kalikrates: mi nombre es Leo Vincey, mi antepasado fue Kalikrates... y eso aún, Dios lo sabe...

-¡Ah, tú lo has dicho... y tú, tú mismo lo eres también! ¡Kalikrates, mi amante que me vuelve!

-¡No lo soy, ni tu amante tampoco! antes quisiera serlo de un demonio del infierno que no tuyo, que siempre sería más piadoso que tú...

-¿Así dices Kalikrates así dices?... Mas, ha tantos años que no me has visto, que no guardas memoria... ¡Soy tan bella Kalikrates!...

-¡Pues yo te odio, asesino, y no quiero verte!... ¿Qué me importa tu belleza?... ¡Te odio: escúchalo!

-Dentro de poco te arrastrarás a mis plantas jurándome que me amas -dijo Ayesha con burlona risa. Y para ello ¿qué instante mejor que el instante actual?... ¡Aquí, delante del cadáver de esa muchacha que te amaba, ven, resiste a la prueba!... ¡Kalikrates mírame -exclamó, y con un rápido movimiento se despojó de sus ropajes de gasa y se presentó con su túnica y su zona serpentina en todo el esplendor de su radiante belleza y gracia sobrehumana como si fuese Venus surgida de las ondas, o Galatea de la piedra o un espíritu beatificado, de la tumba. Adelantó un paso y fijó su mirada profunda y brillante en la del joven cuyos puños se abrieron y cuyas facciones contraídas se calmaron al momento. Vi cómo su asombro se tornaba en admiración primero y en fascinación luego, y que cuanto más luchaba por librarse de su influencia más y más el poderío de su tremenda belleza lo apresaba cautivando sus sentidos, narcotizándolos y extrayéndole del pecho el corazón.

¿No conocía yo el procedimiento por experiencia? Yo, que le doblaba la edad, ¿no había sucumbido, víctima suya? ¿y aún entonces no experimentaba yo su influjo, aunque para mí no fuese su dulce y apasionado mirar?... Sí, ¡ah! sí que lo sentía... y de-bo confesar que a la sazón, tenía el pecho destrozado por insanos y furiosos celos. ¡Me hubiera arrojado a la garganta de mi hijo! ¡como un lobo!... ¡Oh vergüenza! Aquella mujer había perturbado y destruido mi sentido moral, como lo haría con to-dos a quienes dejase contemplar su belleza sobrehumana. Mas, no sé cómo, pude dominar mis instintos y hacerme cargo del climax de la tragedia.

-¡Oh cielos! -murmuraba Leo- ¿eres mujer acaso?...

-Mujer, mujer, sí, amigo, mío, y tu esposa, además, Kalikrates -contestó *Ella* extendiéndole los redondeados brazos ebúrneos, y sonriendo, ¡ay, con qué dulzura!

Él la contemplaba, la contemplaba y vi que poco a poco se le iba acercando. Mas, de pronto, miró el cadáver de Ustane, y se estremeció, y se detuvo.

-¡No, Dios mío! yo no podría... Eres su asesino... ¡Ella me amaba!

Nótese que él olvidaba que también la había amado.

-¿Qué importa? -murmuró *Ella* con una voz tan dulce como el son del aura nocturna que pasa por las frondas. ¡Qué importa!... si pequé, mi hermosura lavará el pecado... fue por tu amor. ¡Olvida mi crimen!... Y extendió de nuevo sus brazos y siguió hablando con voces que parecían suspiros: ¡Ven, ven, ven!

Vi que Leo luchaba que hasta se volvió como para huir; pero los ojos de *Ella* lo apresaban como con trabas de hierro, y la magia de su belleza de su pasión y voluntad reconcentradas lo penetraban y abrumaban, y allí mismo, en presencia del cadáver de la otra mujer que por su amor había sacrificado la vida hacía un instante, cayó en sus brazos. Parecerá horrible esto, grandemente malvado el acto, más ¿quién podrá tacharlo por ello?... Su pecado será absuelto. La fascinadora que lo lanzó al mal era más que humana y su belleza era mucho mayor que la de las hijas de los hombres.

-No crearás mis palabras quizá, ¡oh, Kalikrates! y te figurarás que trato de engañarte, que yo no he vivido durante tantos años y que no has renacido para mí de nuevo. Pues he de enseñarte ahora y a ti también, oh, Holly, que estás ahí parado como si realmente te hallases arraigado en la peña, las pruebas de ello. Toma una lámpara y toma otra tú, y vengan ambos detrás de mí.

Sin detenerme a pensar, porque, en cuanto a lo que me respecta había abandonado esa función de mi cerebro en circunstancias en que el raciocinio era absolutamente inútil, porque se estrellaba contra la muralla negra de lo maravilloso, tomé una lámpara así como hizo Leo, y la seguimos.

Dirigiose *Ella* hacia el fondo del *budoir*, alzó una cortina y vimos una escalerilla por el estilo de las que tanto abundan en estas sombrías cavernas de Kor. Conforme muy deprisa bajábamos por ella, noté que los peldaños estaban desgastados en el medio, hasta el punto de que muchos habían

disminuido como tres y media pulgadas de las siete que tendrían en su altura original. Y como todas las escaleras que yo había visto en las cavernas, estaban casi intactas, lo que era natural, porque, nadie más que los depositantes de los cadáveres habían cruzado por ellas, este hecho del desgaste de la escalerilla del *budoir* de Ayesha me llamaba la atención sobremanera con esa curiosa pertinacia y atracción que tienen los accidentes baladíes, cuando nuestras mentes están arrastradas y azotadas por los raudales hirvientes de intensas sensaciones como el mar por la tempestad, de modo que cualquier pequeño detalle de superficie luce enorme como una montaña. Al llegar al fin de la escalerilla detúveme a pesar mío, a mirar otra vez los escalones y Ayesha me sorprendió.

-¿Cuáles pies piensas que pueden haber desgastado el peñasco, Holly? -exclamó- pues son los míos, ¡los míos, con ser tan ligeros!... Aún recuerdo cuando la escalerilla era nueva y sus peldaños derechos, mas durante dos mil años día por día los he subido y los he bajado, y he ahí cómo mis sandalias han gastado las duras peñas.

No contesté, pero me figuré que nada de lo que había visto u oído trajo a mi comprensión limitada una noción tan clara de la abrumadora antigüedad de aquel ser, como esos escalones de peña dura ahuecados por la huella de sus blancos pies tan pequeños y tan blancos. ¿Cuántos millones de veces no habría Ella transitado por aquella escalera para producir ese resultado?

Abocaba la escalera en un túnel y a pocos pasos en éste, encontramos una de las entradas o bocas, comunes en aquellas cuevas, encubierta por una cortina y de una mirada reconocí que era la misma a través de la cual presencié yo la terrible escena de la llama que saltaba. La reconocí por los dibujos de su trama y al verla representóseme vivamente en la imaginación, con todos sus detalles aquel horrible episodio, haciéndome temblar en recuerdo. Ayesha entró en el sepulcro, porque el local lo era y nosotros entramos con ella y en el fondo me alegró de que se despejase el misterio del lugar, aunque a la alegría se mezclaba cierto terror de afrontarlo.

XX EL VIVO Y EL MUERTO

-He aquí el lugar en donde he dormido durante estos dos mil años -dijo Ayesha tomando la lámpara de manos de Leo, y sosteniéndola en alto sobre su cabeza

A la luz, encontré el pequeño agujero del suelo, de donde yo había visto brotar la llama peregrina ausente a la sazón. Y también vimos la blanca forma humana extendida bajo su sudario sobre la entallada losa. Ayesha puso la mano encima de la del opuesto lado y continuó hablando así:

-He dormido aquí, noche tras noche, durante tantas generaciones con sólo una capa para cubrirme... No me parecía bien reposar sobre blanduras, cuando mi esposo -y señalé al muerto- allí, rígido yacía... Noche tras noche he dormido en su helada compañía hasta que, al fin, como ver puedes, esta gruesa losa como los peldaños que acabamos de bajar, se ha desgastado por el roce de mi cuerpo... ¡Tan fiel te he sido, Kalikrates durante el espacio de tan largo sueño!... Y ahora amor mío, has de ver una cosa admirable: vivo te contemplarás muerto... que bien de ti curé en todo ese tiempo... Kalikrates ¿quieres verte?...

Nada contestamos. Aterrados estábamos en tan solemne, tan atroz situación. Ayesha se adelantó, tomó la franja del sudario, y dijo:

-No tengáis espanto, aunque el hecho os parezca tremebundo... Todos cuantos vivimos ya hemos existido antes... Ni aun la forma misma que nos mantiene es nueva ante el sol... Empero, lo ignoramos, porque la memoria no conserva sus registros, y porque la tierra recobra la tierra que nos presta, que nadie, nunca pudo eximir su gloria de la sepultura... Mas yo, por mis artes y por la de esos muertos de Kor, que aprendí, te he retenido del polvo común ¡oh, mi Kalikrates! para que la deleznable belleza de tu rostro se conservará siempre ante mis ojos... Porque era una máscara que podía animar mi memoria para que surgiese tu presencia del pasado, y así robustecida vagara por las salas de mi mente como vital parodia que saciase mi hambre de amor con visiones de transcurridos días!...

Después de un momento de pausa continuó:

-Y ¡ved, ahora el muerto y el vivo se topan... A través del abismo del tiempo, son siempre uno mismo! ¡El tiempo no vence la identidad, aunque un largo sueño misericordioso borre lo escrito en las tablillas de nuestra mente, y selle con el olvido las tristezas que, si así no fuese, nos perseguirían de existencia a existencia, colmándonos el cerebro de acumuladas miserias para que, al fin, estallase en un frenesí de desesperación!... ¡Son siempre uno mismo, porque las nubes del ensueño, a la postre, desaparecen como las de la atmósfera que el viento arrastra... las voces del pasado se deshelerán al cabo tornándose armonioso coro, como se deshuelan, tornándose torrentes las nieves de las cimas al calor del sol, y el lloro y las carcajadas de los días que ya habían volado, resonarán de nuevo para que los repercutan más dulcemente los ecos de los desiertos del tiempo inconmensurable!...

¡Ah!... el sueño desaparecerá y las voces se oirán cuando está, por fin, completa la cadena cuyos eslabones son nuestras propias existencias, cuando por ella corra el relámpago del espíritu para cumplir el propósito de nuestro ser, apresurando y fundiendo entre sí esos días, separados de la vida dándoles la forma de un báculo en que tranquilos nos apoyaremos para marchar hacia nuestro final destino!...

Nada temas por ende ¡ay, Kalikrates! al contemplarte, vivo y nacido recientemente, en forma de muerto que respiró y falleció ha tanto tiempo...

Yo no hago más que volver hacia atrás una hoja del libro de tu ser para enseñarte lo que en ella estaba escrito...

¡Mira!

Rápidamente quitó el sudario y acercó la lámpara... Miré y retrocedí horrorizado. Por más que *Ella* nos hubiera preparado, el espectáculo era demasiado incomprensible. Sus explicaciones no habían podido hacer presa en nuestras mentes finitas. Su sapiencia esotérica despojada de las nieblas de su vaguedad, y puesta en contraste con el hecho horrible, helado, no podía atenuar la tremenda maravilla.

Allí, extendido sobre la losa vestido de blanco, perfectamente conservado, estaba al parecer, el cadáver de Leo Vincey.

Yo contemplaba a Leo de pie a mi lado, respirando; y contemplaba también a Leo tendido y muerto... y no había ninguna diferencia entre los dos, aunque, quizá, el muerto parecía tener un poco más edad.

Facción por facción comparé, y eran exactamente iguales todas, hasta los mismos rizos cortos de oro, distintivos de la singular hermosura de mi muchacho amado... Aún creí encontrar en el rostro del muerto la expresión del de Leo cuando dormía profundamente. Resumiré diciendo que no he encontrado nunca dos gemelos que se pareciesen más de lo que se parecían aquel muerto y aquel vivo.

Volvíme a ver el efecto que en Leo había producido la consideración de verse muerto, y encontré que había sido el de una casi estupefacción. Durante dos o tres minutos estuvo mirando silencioso, y al fin exclamó:

-¡Cúbranle y sáquenme de aquí!

-¡No, aguarda! -replicó Ayesha que, manteniéndose con la lámpara en alto para iluminar al muerto, se alumbraba también su propia asombrosa belleza y más que mujer parecía una sibila inspirada, conforme iba pronunciando las palabras, con una majestad de elocución que soy incapaz de transcribir.

Aguarda: voy a mostrarte algo más, para que ni un detalle de mi crimen te quede oculto. Holly, abre el traje por el pecho del muerto Kalikrates, porque quizá mi dueño tema hacerlo él mismo.

Obedecíla con temblorosas manos. Parecíame un sacrilegio tocar la imagen cadavérica del hombre que estaba vivo a mi lado. Le desnudé el pecho y, exactamente, sobre el corazón, contemplamos una herida hecha al parecer, por una lanza.

-Ya lo has visto, Kalikrates y yo misma te herí... En el Lugar de la Vida yo te di muerte. Te la di por causa de la egipcia Amenartas, a quien amabas, porque con sus artes te enajenó el corazón, y a

ella no pude matarla como acabo de matar la otra que era demasiado contra mí. Cegada de ira te maté en un rapto, y durante todos estos días lo he estado lamentando y esperando tu retorno. Y ya que llegaste, nadie se pondrá entre nosotros dos, y en verdad que por aquella muerte te daré la vida, no la vida eterna que nadie puede darte pero sí la vida y juventud que durarán miles y miles de años, y con ellas el lujo, el poder y la gloria y las cosas todas que son buenas y verdaderas, como ningún hombre antes que tú ha tenido, ni tendrá ningún otro que nazca después... Mira a este cuerpo que fue el tuyo. Mi compañero ha sido durante siglos y mi consuelo, mas ya no lo necesito, pues que te tengo a ti viviente, y no serviría sino para despertar recuerdos que olvidar ya quiero. Que vuelva pues al polvo de que yo lo apartaba. Mira ahora como estaba prevenida para esta hora tan dichosa.

Dirigiéndose entonces hacia la otra losa donde dijo que había dormido noches tantísimas, tomó de sobre de ella un gran vaso de doble asa de vitrificada apariencia y cuya boca estaba cubierta con un pergamino. Inclínose luego sobre el cadáver y besole la blanca frente; descubrió el vaso y derramó lentamente su contenido encima del muerto, con mucho cuidado para que ni sobre ella ni nosotros cayeran gotas del líquido, la mayor parte del cual echó sobre el pecho y la cabeza. Instantáneamente surgió un denso vapor, y el recinto se llenó de humo que nos ahogaba y que no nos dejaba ver la obra del ácido sobre el cadáver, pues que supongo que la preparación tremenda sería de esa clase. Oímos un sonido rápido, chirriante y silbante, que cesó aún antes de disiparse los vapores. Estos también al fin, se desvanecieron, menos una especie de nubecilla que quedó colgante sobre el cadáver. A los dos minutos también desapareció ésta y, por extraño que parezca no vimos más, sobre el banco que durante tantos siglos había sostenido los mortales restos de Kalikrates, sino unos puñados de humeantes polvos blancos. El ácido había destruido el cadáver por completo, y aun en muchos puntos corroído la piedra. Ayesha se inclinó, y tomando un puñado de ese polvo en la mano, lo arrojó al aire, diciendo al mismo tiempo, con solemne gravedad:

-¡Vuelva el polvo al polvo, lo pasado a lo pasado, el muerto a los muertos, Kalikrates ha muerto y renacido!

Flotaron las cenizas un momento y cayeron luego silenciosamente sobre el rocoso suelo, y nosotros nos manteníamos callados viéndolo demasiado impresionados para hablar.

-Dejadme ahora -dijo- id a dormir, si podéis. Yo tengo que velar y meditar, porque mañana saldremos de aquí, y hace mucho que no huella el camino por donde iremos.

Nos inclinamos ante *Ella* en silencio, y partimos.

Al dirigimos a nuestras habitaciones eché una mirada en la de Job para ver qué tal seguía, pues él nos había dejado, precisamente antes del momento en que Ustane fue asesinada bastante azorado con los terrores de la fiesta de los amajáguers. Dormido estaba profundamente, como muchacho honrado que era y yo me alegré pensando que sus nervios, débiles como son los de casi todas las personas poco educadas, no hubieran sufrido la experiencia de las terribles cosas que después sucedieron. Entramos luego en nuestra habitación, y aquí el pobre Leo, que desde que había contemplado la imagen yerta de sí mismo, se encontraba como en un estado de embrutecimiento, estalló, al fin, en un acceso de doloroso llanto. Ahora que no se encontraba en presencia de Hiya su sentido de la atrocidad de cuanto había pasado, y más especialmente, del crimen cometido en Ustane, con la que le habían ligado lazos tan íntimos, desatose como una tormenta y lo desgarró con terrores y remordimientos tan profundos, que daba lástima mirarle. Maldecíase, maldecía la hora en que por primera vez leímos la inscripción del casco de ánfora que se había comprobado, de modo tan misterioso, y maldijo más amargamente aún su propia debilidad. No se atrevía a maldecir a Ayesha ¿quién osaría hacerlo, si era posible que su conciencia nos vigilase en ese instante mismo?

-¿Qué haré, qué haré, mi viejo amigo? -murmuraba él entre gemidos, con la cabeza puesta sobre mi pecho, en medio del acceso de su dolor. Yo dejé que la matase aunque, ¿cómo lo hubiera impedido?... ¡a los cinco minutos besaba yo a su asesino encima de su propio cadáver!... ¡Soy una bestia un ser degradado! ¿Cómo podría resistirla? -dijo, bajando la voz. ¡Maga odiosa! ¡Mañana hará lo mismo! ¡Yo sé que ya le pertenezco para siempre!... ¡Aunque no vuelva a verla no pensaré más que en ella durante toda mi vida!... Tengo que seguirla como una aguja al imán, aún ahora mismo no me apartaría de ella si pudiera, mis pies se negarían: mas mi mente aún está clara y con la mente la odio... así lo creo, al menos... ¡Cuán horrible fue el crimen sin embargo!... ¡y aquel otro cadáver!... ¿Cómo podría explicarlo?... Estoy entregado a su cautiverio, amigo mío, estoy consagrado a ella y tomaré mi alma para rescatar la suya...

Entonces yo, por vez primera le dije que casi me encontraba en su misma posición, y estoy obligado a decir que, a pesar de su arrobamiento, tuvo la bondad de simpatizar conmigo. Quizá no creyó que valía la pena de encelarse, pues en lo que a la dama concernía no había que temer nada. Luego, sugerí que debíamos tratar de escaparnos, pero al punto abandonamos, por necia la idea y para ser veraz, paréceme que ninguno habría abandonado a Ayesha, aunque por una potencia mágica se nos hubiera ofrecido la posibilidad de volvernos a Cambridge inmediatamente. No podríamos apartarnos de *Ella* así como la mariposa no puede apartarse de la luz que va a consumirla. Éramos como los fumadores de opio desahuciados, que comprendíamos en los momentos lúcidos lo mortal de nuestro empeño, mas que no queríamos dejar de gozar sus terribles delicias.

Ella sin duda era una perversa criatura y había asesinado a la mísera Ustane que se colocó en su camino, pero también era muy fiel y constante; y el hombre, por ley natural, se inclina a disimular siempre las faltas de las mujeres sobre todo, si la mujer es bella y si comete la falta por amor del que pretende ser su juez. Y luego, ¿cuándo a ningún hombre vivo se le había presentado una ocasión como aquella que a Leo se le presentaba?... Ciertamente que, al unirse a mujer tan terrible colocaba su vida en las manos de una persona misteriosa de malvadas tendencias, mas, eso podía resultarle en cualquier matrimonio vulgar que contrajese. Y, por otra parte, ningún matrimonio del mundo, podría darle esa belleza de Hiya tan tremenda porque ésta es únicamente la palabra que puede describirla, ni tan divino amor, ni tanta sabiduría y conocimientos, de los secretos de la Naturaleza y la jerarquía y poderío que con ellos pueden conseguirse y, final-mente, la corona imperial de la eterna juventud, si era verdad que *Ella* podía donarla.

No, no, aunque Leo estuviese entonces, sumido en amarga vergüenza y dolor profundo, como

cualquier otro hombre de sus prendas en iguales circunstancias, no estaba dispuesto a seguir pensando en huir de su propia y extraordinaria fortuna.

XXI PRESENTIMIENTOS DE JOB

Todo azorado Job, todavía, vino como a las nueve de la mañana del siguiente día a llamarme sintiéndose dichoso al encontrarnos vivos, aún en nuestras camas, lo que no esperaba. Cuando le conté el espantoso fin que había tenido la pobre Ustane, más se regocijó aún de que no hubiéramos acabado de vivir también nosotros, pero se justificó, por otra parte, su espanto, al verlo comprobado, por más que no hubiera sido gran amigo de Ustane ni ella de él tampoco. En su chapurrado arábigo, ella le llamaba *puerco*, y él, en buen inglés, le decía *mujerzuela*, pero esas desavenencias las olvidaba ante la catástrofe en que había caído víctima la infeliz amante de Leo.

-No quiero decir nada que sea desagradable dijo al fin Job, después que oyó mi relato, que salpicó de exclamaciones- pero, señor, mi opinión es que esa *Ella* es el mismo «caballero viejo», o su mujer quizá, si es que está casado, lo que me parece que así es porque no puede ser posible que él mismo, aunque sea *El enemigo*, sea tan malévolo... La bruja de Endor, mister Holly, era una niña de teta en comparación. ¡Dios me la perdone!... Este, es un país maldito, y *Ella* es el ama de todos los diablos y mucho será, que podamos salir de aquí algún día lo que dudo... No sé cómo podríamos hacerlo. ¿Cómo va esa bruja a soltar un joven caballero tan guapo como mister Leo?

-Pero de todos modos, Job, *Ella* le salvó la vida.

-Sí, mister Holly, pero para cobrarse el servicio le tomará el alma Yo digo que es pecado entrar en tratos con esta gente. Anoche señor, me quedé despierto y me puse a leer en la pequeña Biblia que me dio mi pobre vieja sobre lo que les pasará a las brujas y gente por el estilo, hasta que el pelo se me erizó... ¡Santo Dios! ¡qué diría mi pobre madre si viese donde se encuentra su Job!

-Sí, Job, éste es un país muy raro, y la gente es muy rara también, tienes razón. Así le contesté, suspirando, pues aunque yo no soy supersticioso como él, experimento cierto natural estremecimiento que no resiste el análisis al encontrarme con cosas que son sobrenaturales.

-Tiene usted razón, señor, y yo desearía con su permiso, decirle una cosa ahora que mister Leo no está por delante.

Leo, en efecto, se había levantado temprano, y había salido a pasear.

-Me he figurado -continuó Job- que éste es el último país que veré yo en este mundo. Anoche tuve un sueño, y soñé que veía a mi viejo padre vestido con una especie de camión de dormir, por el estilo del que estas gentes gastan cuando se ponen de etiqueta y llevando en la mano un puñado de esa hierba que parece pluma, de la que tanto abunda aquí en la entrada de esta infame caverna. Y mi padre me dijo con voz muy profunda, aunque con cierta satisfacción, como un pastor metodista que trueca en la feria su caballo lisiado por otro que está bueno, y aún saca veinte libras por el negocio: «Job -me dijo- Job, ya era hora de que te hallara, mas nunca me figuré que vendría a visitarte por estos lugares Job. ¡Vaya que he tenido que hacer para despistarte, y que has hecho que tu padre diera un buen viaje, sin contar con que te encuentro en buena sociedad, en estas comarcas de Kor, hijo!...

-Vamos, vamos, Job -le dije seriamente. Ya sa-be usted que todas esas apariciones son cosas vanas. No debe usted dejarse entrar mas ideas en la cabeza. Cierito es que hemos visto cosas raras, y que, quizá, las sigamos viendo...

-No, señor -exclamó Job, interrumpiéndome y en un tono de convicción que me causó malestarno son cosas vanas. Yo soy un hombre condenado, y lo siento, lo siento, señor, y es cosa muy desagradable por cierto. Y no sé cómo puedo resistirlo. Si como usted, piensa en venenos, si anda usted por estos agujeros de conejos, piense usted en cuchillos y ¡tiene uno cada escalofrío!... No es que yo sea difícil de contentar, con tal de que me despachen aprisa como a esa pobre muchacha... Y ahora siento, señor, haberle dicho aquellas cosas aunque no estoy conforme con su conducta, porque, esa manera de casarse es demasiado viva para que sea decente... ¡Sin embargo -y el pobre Job palideció al decirlo- no quisiera caer en ese juego de la vasija!...

-Vamos, vamos, déjese usted de tonterías -díjele haciéndome el incomodado.

-Bueno, bueno, señor; yo no debo ni puedo tener opinión distinta a la de usted, pero si usted va a marcharse a alguna parte, lléveme consigo, Mr. Holly, porque quisiera tener siempre una cara amiga para consuelo, si llega el trance... Y ahora, me marchó a ver ese desayuno.

Y se marchó, dejándome en bastante triste disposición de ánimo. Sentíame muy apegado al buen Job, que era uno de los hombres más honrados que había conocido en toda mi vida; le quería más como amigo que como a criado, y la sola idea de que le pudiera pasar algo, me ponía un nudo en la garganta.

Comprendía que su inculto y vulgar lenguaje expresaba hondo presentimiento de males futuros, y por más que esta clase de presentimientos, muy justificados a la verdad en tan luctuosos lugares como los que habitábamos, se tornan, por lo general, en agua de cerrajas, sin embargo, no dejó de impresionarme más o menos, como impresionan todas las creencias sinceras, por absurdas que sean.

Llegó en esto el almuerzo, y también Leo, que volvía de su paseo por el exterior, hecho, según decía para aclararse la cabeza. Alégame de ver al amigo y los platos, porque interrumpieron mis sombríos pensamientos. Después del almuerzo volvimos a salir de la cueva y nos entretuvimos viendo a algunos amajáguers que sembraban en un paño de tierra el grano con que fabrican su cerveza. Esta operación la hacían a la usanza bíblica: un hombre con un saco hecho de piel de cabra atado a la cintura y puesto por delante, subía y bajaba por el labrantío y esparcía la semilla conforme andaba. Satisfacía en verdad, ver a algunas de estas gentes terribles ocupadas en cosa tan pacífica y casera como el sembrado de un campo, y quizá satisfacía porque éste era un acto, el único quizá, que nos ligaba al resto de la humanidad.

Conforme nos volvíamos, encontramos a Billali, el cual nos informó que *Ella* había expresado su voluntad de que fuéramos, a su presencia lo que hicimos, y no sin alguna inquietud, por cierto. Su trato podía despertar, y despertaba en efecto, la pasión, el asombro y el horror, mas no el desdén, en verdad.

Precediéronnos a su camarín los mudos, como de costumbre, y cuando estos se retiraron, Ayesha se desembozó y rogó a Leo que la abrazara, lo que el joven hizo, a pesar de su examen de conciencia de la noche pasada con más ardor de lo que la estricta cortesía aconsejaba.

Ella puso la blanquísima mano sobre su cabeza y le miró de hito en hito, amorosamente.

-¿Te preguntarás asombrado, Kalikrates mío -le dijo- que cuándo me llamarás tú, toda tuya y cuándo, en verdad, estaremos unidos ambos y para siempre? Pues he de explicártelo ahora. Primero has de ser tú como yo soy, no inmortal, porque yo no lo soy tampoco, mas sí tan encastillado y defendido en contra de los asaltos del Tiempo, que sus dardos se reflejen sobre la armadura de tu vida vigorosa como los rayos del sol sobre el espejo de las aguas. Aún todavía yo no puedo unirme a ti, porque tú y yo somos diferentes y la misma brillantez de mi esencia te haría arder y quizá te mataría. Ni tampoco debieras mirarme muy largo espacio, para que los ojos no te duelan y tus sentidos no se aneguen en el vértigo, y por ende -dijo, haciendo un mohín retrechero- me velará de nuevo -lo que no hizo. Y aguarda no sufrirás mucho, porque esta misma tarde, una hora antes de ponerse el sol, saldremos de este lugar, y en la noche de mañana si todo resulta conforme a mis deseos, y si no he olvidado el camino, lo que ojalá no suceda, nos colocaremos en el Lugar de la Vida y tú serás bañado por el fuego, saliendo de él glorificado cual ningún hombre lo fue antes que tú, y, entonces Kalikrates me llamarás tu esposa y yo te llamaré mío.

Leo, en réplica a tan asombroso discurso, murmuró algunas palabras, qué sé yo cuáles y *Ella* riéndose un poco de su confusión, continuó:

-Sobre ti, también, ¡oh, Holly! conferiré esa bendición, y así serás, en verdad, un árbol siempre vivo, y esto lo haré porque... porque así lo deseo, que tú me has gustado, y no eres tonto del todo, como la mayoría de los hijos de los hombres y que tu filosofía aunque tan llena de necedades como las de los antiguos tiempos, no te ha impedido hacer lindas frases a propósito de unos ojos de mujer.

-¡Hola! viejo amigo -me dijo Leo, en voz baja volviendo a su natural temperamento alegre- ¡conque también le hiciste la corte! No lo habría pensado nunca de ti.

-¡Gracias, te doy, oh, Ayesha! -repliqué con toda la dignidad que a mi alcance estaba- ¡gracias!... Mas, si tal lugar existe como el que dices y si en ese lugar arcano se encuentra una ignea virtud que puede rechazar a la muerte cuando venga a tomarnos por la mano, yo, sin embargo, no la deseo.

-No, Holly, no, allí sólo se encuentra el amor; el amor que las cosas todas embellece y que inspira la divinidad hasta en el propio polvo que hollamos. Con amor, la vida pasa gloriosa por los años de los años como pasa el son de alguna gran armonía que suspende el corazón de quien la escucha, con aquilinas alas por cima de la vil locura y vergüenza de la tierra.

-Así será -repliqué... Mas, si el objeto amado se torna en una vara quebrada que nos traspasa, o si lo amado es en vano amado... ¿qué aguardar, entonces? ¿Habrá de grabar un hombre su dolor sobre la piedra cuando mejor fuera que lo escribiese sobre el agua pasajera?... ¡No, oh, Hiya! Prefiero vivir mis días solamente, envejecer con mi generación, morir cuando mi hora suene, y ser olvidado presto! Porque yo espero gozar después de una inmortalidad mayor que la que conferirme puedas, que no es más lengua que el dedo, comparado al ámbito del mundo, y escucha esa inmortalidad a que yo aspiro, y que mi fe me promete, ¡libre seré de los lazos que ahora atan mi espíritu a este sue-lo!... puesto que mientras dura la carne, dura también el dolor y el mal, y será herida por los escorpiones del pecado, mas cuando ella cae, entonces surge el espíritu vestido del esplendor del bien eterno, respirando, por propia atmósfera tan raro éter de nobilísimas ideas, que la más sublime aspiración de nuestra humanidad, el más puro incienso de la plegaria de una virgen no podrían flotar en él por ser demasiado terrenales cuerpos.

-Arrogante estás -contestome Ayesha riendoy tus palabras suenan como toques de clarín seguro de sí mismo. Paréceme aún que acabas de men-tar «lo desconocido» que nos encubren obscurísimos velos. Quizá los contemples con los ojos de tu fe, y te deslumbre su resplandor a través del cristal del color de tu imaginación. ¡Peregrinas figuras hacen los hombres de lo venidero, con ese pincel de la fe y con esos colores de la fantasía! Tan peregrinas, que no hay dos nunca que se parezcan... Podría probártelo, mas ¿para qué? ¿a qué quitarle a un loco los juguetes que le encantan?... Mas, cuando pase tu ceguera ¡oh, Holly! y que sientas lentamente, como la vejez te va helando y la senil confusión perturbándote el cerebro, ojalá que no lamentos amargamente el desprecio que has hecho de la bendición inefable que darte, he querido... ¡Así siempre ha sido! No se conforma jamás el hombre con lo que está al alcance de su mano. Si tiene junto a sí una lámpara para alumbrarle las tinieblas quiébrala porque no es una estrella.

La felicidad se agita a un paso delante de sus ojos, como los fuegos fatuos del pantano, y se empeña en agarrar el fuego, en sujetar la estrella. La belleza no le importa porque cree que hay labios más dulces aún, y nada tampoco cuida de la riqueza porque piensa en que otros poseen más ciclos; ni de la fama porque se acuerda que hubo otros más famosos aún. Tú mismo lo has dicho, ¡oh, Holly! y te vuelvo contra ti tus propias palabras... Bien, tú piensas que prenderás la estrella, pues yo no lo creo, y te tengo por tonto, ya que tiras la lámpara

No contesté porque no podía, y menos delante de Leo ¿cómo le diría que desde que había contemplado su rostro, siempre lo tendría ante mis ojos, y que no deseaba prolongar una existencia que habría de estar siempre torturada por su memoria, amargada por el no saciado amor?... Pero, así era, sin embargo, y así es aún.

-Y ahora -continuó *Ella* cambiando de tono y de conversación- dime Kalikrates mío, pues no lo sé todavía ¿cómo es que tú viniste aquí a buscarme?... Anoche dijiste que Kalikrates aquel que tú viste, era tu antepasado. ¿Cómo es ello?... Dímelo, que eres bien parco en palabras.

Así obligado, Leo le refirió el cuento maravilloso del cofrecillo y del tiesto de ánfora que, escrito por su antepasada la egipcia Amenartas, había sido nuestra advertencia. Ayesha escuchaba con atención, y cuando él concluyó de hablar me dijo:

-¿No te dije un día oh, Holly, cuando hablábamos del bien y del mal, mientras que tan grave estaba mi adorado, que del bien salía el mal, y del mal el bien; que los que sembraban no sabían cómo resultaría la cosecha ni el que hería adónde su golpe mortal habría de caer?... Pues he ahora, como esa egipcia Amenartas, esa hija del Nilo que me odiaba tanto, que en cierto modo prevaleció contra mí; como ella misma hizo para echar a su propio amante en mis brazos. Por ella fue que yo le herí de muerte, y ahora mira por ella él me ha tornado. Ella quiso hacerme mal, y sembró sus semillas para que yo cosechase espinas, y me concedió, empero, más de lo que todo el mundo darme podría... ¡Ja,

ja!... mira ahí tienes un cuadrado peregrino, Holly, para que en él encajes tu círculo del bien y del mal.

Tras alguna pausa continuó:

-Ordenole a su hijo que me matase si podía porque yo mate a su padre... Y tú, Kalikrates mío, tú mismo eres el padre y también el hijo en cierto sentido, y dime ¿quieres vengarte ahora y vengar la antiquísima madre tuya sobre mí, oh, Kalikrates? Mira -dijo, cayendo de rodillas y descubriendo to-do el ebúrneo seno- mira ¡aquí late mi corazón, y ahí, al lado tuyo, tienes una cuchilla tan larga, cortante y pesada, buena para herir a una pecadora!... tómala ya y, ¡véntrate!... ¡Hierre, hierre, Kalikrates y vete luego feliz durante la vida después de lavar tu ultraje, de obedecer el mandato de lo pasado!

Mirola él inefablemente, y extendiendo la mano, la hizo levantar.

-¡Alzate, Ayesha! -dijole tristemente- ¡bien sabes tú que yo no puedo herirte, ni aún para vengar a la infeliz que mataste anoche mismo! ¡Yo estoy en tu poder, no soy más que tu esclavo!... ¿Cómo te mataría?... ¡antes me mataría yo a mí mismo!

-Casi comienzas a amarme Kalikrates -replicó Ella sonriendo. Pues bien, cuéntame ahora de tu país... ¿Es un gran pueblo el tuyo, verdad, con un imperio como la antigua Roma?... Es seguro que querrás volverte a él, y razón tienes que no pretendo guardarte en estas cavernas de Kor... ¡Ah, no! y cuando seas como yo, de aquí partiremos, ya verás de qué modo, o iremos a esa Inglaterra tuya a vivir cual nos conviene. Dos mil años aguardé el día en que tuviera que salir de estas sombrías cuevas y de esta sombría gente, y al fin ya lo alcanzo y mi corazón me salta en el pecho como el de un niño al llegar el de una fiesta. ¡Porque tú reinarás en esa Inglaterra!

-¡Pero tenemos una reina! -exclamó Leo apresuradamente.

-¡No importa, no importa! Será destronada.

Al oírla rompimos ambos en una exclamación de asombro, y le dijimos que antes pensaríamos en destruirnos nosotros mismos.

-¡He aquí una rara cosa! -dijo Ayesha: ¡una reina amada por sus súbditos! El mundo, de seguro, ha cambiado desde que vivo en Kor...

Explicámosle entonces que era el carácter de los reyes el que había cambiado, y que la soberana que nos regía era amada y venerada en todos sus vastos dominios por todas las gentes de buen juicio. Dijámosle también que el poder se encontraba en nuestro país realmente en manos del pueblo, y que a la verdad nuestras leyes originaban en los votos de los elementos inferiores y menos educados de la comunidad.

-¡Ah! -exclamó- entonces habrá allí algún tirano, pues que ha tiempo he notado yo que las democracias, no teniendo un claro concepto de lo que desean, a la postre elevan algún tirano sobre un trono y lo adoran.

-Sí -le contesté- tenemos nuestros tiranos.

-Pues bien -dijo entonces como resignada, destruiremos a esos tiranos, y Kalikrates dominará el imperio.

Al punto, le expliqué cómo en Inglaterra el procedimiento de la fulminación no era tan fácil de plantearse impunemente, pues que cualquiera tentativa para el efecto caería bajo la jurisdicción de la ley y probablemente, sería premiada por la horca

-¡La ley! -dijo riéndose de sarcástico modo, ¿no comprendes Holly, que yo estaré por encima de esa ley, y también mi Kalikrates? Todas las leyes humanas serán para nosotros como el bóreas para los montes. ¿Dobla el viento a los montes o son los montes los que al viento doblan?... Y dejadme ahora os lo ruego a entrambos, porque he de disponerme para el viaje, al que me acompañaréis con vuestro criado. Mas, no traigáis muchas cosas con vosotros, porque no estaremos ausentes más de tres días. Volveremos aquí luego, y ya pensaremos cómo, para siempre, nos despediremos de estos sepulcros de Kor... ¡Ah! ¡Sí, bien puedes besar mi mano, Kalikrates!

XXII EL TEMPLO DE LA VERDAD

Nuestros preparativos de viaje no nos ocuparon mucho tiempo, por cierto. Metimos en mi saco Gladstone una muda de ropa y calzado de repuesto, y cuantas cápsulas pudimos, y también cargó cada cual con su revólver y su rifle de precisión; a los que debimos, como se verá luego, la conservación de nuestras vidas varias veces. Todo lo demás lo abandonamos.

Unos pocos minutos antes de la hora fijada nos encontrábamos en el *budoir* de Ayesha; también la hallamos dispuesta y con la capa negra echada sobre sus blancas envolturas.

-¿Estáis ya preparados para la gran aventura? -preguntó.

-Estamos -contesté- aunque yo, por mi parte, no pongo en ella gran fe.

-¡Ah, Holly, Holly! Te pareces en verdad, a aquellos antiguos judíos, cuya memoria tanto daño me hace, incrédulos y tardíos en creer lo que no tocaban. Mas, tú verás... porque si mi espejo no miente - y señaló a la pila de agua límpida- abierto está el camino como en la época de antaño. Y marchemos ahora hacia la nueva vida que habrá de terminar... ¡quién sabe adónde!...

-¡Ah! ¡Quién sabe donde!... -repetí yo, como un eco.

Y salimos por la gran nave central hacia el exterior. Allí nos encontramos una sola litera con seis cargadores todos mudos, aguardando; y con ellos tuve el gusto de ver al viejo Billali, por quien había llegado a concebir cierto afecto. Parecía que, por razones innecesarias de contar, Ayesha había querido que todos, menos ella misma hicieran a pie el viaje; lo que no nos parecía mal después del largo encierro en tumbas que, por convenientes que fueran para sarcófagos, nombre impropio, por cierto, para esas tumbas que no consumían los cuerpos, que se les confiaban, eran para mortales vivos como nosotros, las habitaciones más desagradables que concebirse puede. Ya fuera casualmente, o ya por orden expresa de Hiya, desierto estaba el espacio delantero a la entrada de la caverna donde había tenido lugar el baile atroz de marras; no vimos alma viviente allí, y, por lo tanto, creo que nuestra partida sería ignorada de todos, menos de los mudos que tenían la costumbre, como es natural, de callar lo que veían.

Al momento, pues nos vimos andando con cierta prisa a través de la gran llanura cultivada o lecho de lago, encerrada como una inmensa esmeralda en su engaste de rígidas peñas, y tuvimos una nueva ocasión de admirarnos de la extraordinaria naturaleza del sitio elegido por el antiguo pueblo de Kor para colocar su capital, y de la incalculable suma de trabajo y ciencia de ingeniería que debió emplearse por los fundadores de la ciudad para agotar tan inmenso caudal de agua y mantenerlo libre de subsiguientes acumulaciones. Éste, en verdad, es un caso sin igual; porque en mi opinión, obras tales como el canal de Suez o el túnel de Monte Cenís no se aproximan en magnitud a aquella empresa tan antiquísima.

Cuando hubimos andado por espacio como de media hora aprovechándonos, grandemente de la frescura que en esa hora del día baja sobre la gran llanura de Kor, y que substituía en cierto modo la falta de toda brisa marina o auras terrestres empezamos a tener una vista más clara de lo que Billali nos había dicho que eran las ruinas de la gran ciudad. Y aún desde la distancia a que nos encontrábamos, podíamos apreciar su grandeza que nos sorprendía más a cada paso que dábamos.

No era muy grande la ciudad, si se la compara a Babilonia o Tebas, o a alguna de las otras ciudades de la remota antigüedad; quizá su muralla externa comprendería unas doce millas o poco más, de extensión cuadrada. Ni tampoco habrían sido muy altas sus murallas según juzgar pudimos al acercarnos; pues que probablemente no pasarían de unos cuarenta pies de altura en los lugares en que no estaban arruinadas, ya por el hundimiento del terreno o por otras causas parecidas. Esto se explica quizá, atendiendo a que Kor, protegida como estaba de agresión externa por baluartes naturales superiores a cuantos el hombre, concebir podría, necesitaba sólo esos muros para casos de civil discordia o meramente por aparato. Mas eran tan anchos como altos, en cambio, y todos los labrados sillares, sacados, sin duda de las cavernas, y circunvalados por un profundo foso como de sesenta pies de ancho, y que a trechos estaba aún lleno de agua.

A este foso llegamos unos diez minutos antes de ponerse el sol, y lo atravesamos andando. Por encima de grandes cantos, que parecían ser los restos de un puente, dispuesto para el caso, y con alguna dificultad trepamos en el lado opuesto del zanjón, por la pendiente de la muralla hasta sobre ella.

Ojalá fuera capaz mi pluma de dar alguna idea de la grandeza del espectáculo que entonces se desarrolló a nuestras miradas. Allí, bañado por los rojizos reflejos del sol poniente, mimamos un espacio de muchas, millas cubierto de ruinas... de columnatas, de templos altares y palacios regios, apartados entre sí por trechos de verde maleza. Por supuesto que las techumbres de esas moradas, tiempo hacía que se habían desplomado y desaparecido, convertidas en polvo, pero la mayor parte de las paredes medianeras y las grandes columnas se mantenían derechas, gracias a la fortaleza del sistema de fabricación y a la dureza extrema del material empleado.¹⁵

Dirigímonos entonces hacia una pilada enorme de materiales que reputamos fueran los de un templo, y que lo menos cubrían unos cuantos acres de terreno, los cuales estaban dispuestas formando una serie de cuadrados o patios, sucesivamente interiores como ciertas cajas chinescas que se meten las unas en las otras, y apartados entre sí por hileras de enormes columnas. Diré ahora que esas columnas no se parecían a ninguna de las que he visto u oído, pues tenían una especie de talle central que se ampliaba por las partes extremas de arriba y abajo. Al principio nos figurábamos que esta forma era una imitación simbólica o sugestiva de la figura corporal de la mujer, costumbre bastante común entre los arquitectos religiosos de la antigüedad. Mas al día siguiente, conforme subíamos por las faldas del lado opuesto

¹⁵ Recuérdese, además, para explicar ese extraordinario estado de conservación de las ruinas de Kor, después de tan largo espacio de tiempo (de seis mil años, quizá), que la ciudad no había sido destruida por un incendio, o desbaratada por ejércitos enemigos o por terremotos, sino que meramente había sido abandonada por sus habitantes a consecuencia de una terrible epidemia. Así

fue que las casas quedaron intactas. Téngase también presente que el clima de esa llanura es extremadamente seco, que llueve muy poco en ese lugar, de modo que las minas no han tenido que sufrir más que la acción del tiempo, que degrada muy lentamente a tan macizas obras de cantería. de la montaña descubrimos una gran cantidad de palmeras majestuosísimas, cuyos troncos tenían exactamente la forma de las columnas, y ya no dudé de que el primero que las diseñó se había inspirado en las graciosas curvas de esas mismas palmas, o más bien en sus antecesoras, que unos ocho o diez mil años ha, embellecían las faldas del monte que formaban la costa del volcánico lago, en la actualidad ausente.

Ante la fachada de este inmenso templo, que, según creo, es tan grande como el de Karnak de Luxor, y cuyas columnas tenían como sesenta pies de alto por dieciocho de diámetro en la base, hizo alto nuestra pequeña caravana. Ayesha bajó de su litera.

-Había un lugar aquí, mi Kalikrates -díjole *Ella* a Leo, que había corrido a ayudarla a bajar- donde se podía dormir. Dos mil años hace que tú, yo y esa egipciaca sierpe, descansamos en él, mas desde entonces no he vuelto a poner aquí los pies, ni nadie tampoco, y quizá haya caído.

Y seguida de todos nosotros, subió por una amplia escalinata de piedras, penetrando en el primer patio, y miró a su alrededor. Pareció que recordaba entonces y andando algunos pasos hacia la izquierda al ras de la pared, se detuvo y dijo:

-Aquí es.

Hízoles una señal a los dos mudos, que llevaban nuestras provisiones y nuestro corto equipaje, para que se adelantaran. Uno de ellos sacó una lámpara y la prendió en su braserillo. Los amajáguers, cuando iban de viaje, llevaban siempre un braserillo encendido para procurarse fuego. La yesca del braserillo se componía de fragmentos de momia prendidos y humedecidos cuidadosamente, y que conservaban fuego durante muchas horas seguidas si se manejaban con cierta habilidad. Apenas se encendió la lámpara penetramos con Ayesha en el lugar ante cuya entrada se había ella detenido, y que resultó ser una habitación formada en el hueco de la maciza pared. Dentro vimos como una mesa de piedra maciza y me figuro que aquel recinto serviría de alojamiento, quizá, al portero del gran templo.

Limpiose aquel lugar del mejor modo posible arreglándolo como lo permitieron las circunstancias a la obscuridad que reinaba y nos pusimos a cenar nuestra provisión de carne fiambre, al me-nos Leo, Job y yo, porque ya he dicho, que Ayesha no tomaba nunca más que frutas y agua. Mientras comíamos, la luna que era llena surgió de encima de la montaña e inundó el espacio con su resplandor de plata.

-¿Sabes joh, Holly! ¿Por qué te he traído aquí esta noche? -dijo entonces Ayesha descansando su frente en la mano y mirando el astro que subía como una reina celeste sobre las pilastras solemnes del templo. Pues te traje... y por cierto, Kalikrates que te reposas ahora en el lugar mismo donde yo te puse muerto hace tantos años, al volver a las cavernas... La escena torna ahora a mi memoria... La veo claramente y... ¡ay! cuánto es horrible...

Ella calló y se estremeció visiblemente. Leo, afectado, se levantó al momento y cambió de puesto. La reminiscencia de Ayesha no le había gustado, en verdad.

-Pues os traje -continuó Ayesha- para que contempléis la más admirable vista que pueden recibir humanos ojos: la luna llena, alumbrando las ruinas de Kor. Cuando hayáis acabado vuestra colación... y ojalá, Kalikrates que no comieras nada más que frutas, pero ya lo harás en adelante, después de purificado por el fuego, que yo también en un tiempo devoraba la carne como una bestia... Cuando hayáis concluido, os enseñaré este gran templo y os mostraré el dios que en él se adoraba un día.

Al oírlo por supuesto, que nos levantamos de súbito. Salimos afuera todos. Y aquí la pluma es impotente en mis manos. Fastidioso fuera que, aunque pudiese hiciera constar aquí las dimensiones y detalles de los diversos patios, y no sé, sin embargo, de qué modo describiré lo que vi; tan magnífico era aunque arruinado, o incapaz de concebirse. Los grandes patios o hileras de gigantescas columnas, algunas esculpidas, desde el plinto al capitel, los recintos vacíos, hablaban más elocuentemente a la imaginación, que si estuvieran colmados de muebles y de pueblo. Y por cima de todo, cerníase el silencio de la muerte, el sentimiento de la soledad más absoluta y el espíritu incubador del tiempo pasado... ¡Cuán hermoso era aquello, y cuán desolado, empero! No nos atrevíamos a hablar. La misma Ayesha estaba abrumada en la presencia de una antigüedad ante la cual la suya nada era; sólo murmurábamos, y nuestros murmullos corrían por las columnatas hasta perderse en el sosegadísimo ambiente. Brillante caía la luz de la luna sobre las pilastras, y los patios, y los hendidos muros, ocultando todas las manchas y grietas con sus fulgentes reflejos y revistiendo en veneranda majestad con los peculiares en-cantos de la noche. Asombroso, en verdad, era contemplar el sagrario de Kor en ruinas, alumbrado por la Luna. Asombroso, en verdad, era pensar en los miles de años que así se habrían estado contemplando mutuamente el astro, cadáver del Cielo, y la ciudad muerta de la tierra; contándose en la absoluta soledad del espacio las historias de sur, existencias perdidas y de sus glorias olvidadas. Caía en paz la luz fantástica y poco a poco, las sombras se movían por los herbosos patios, cual si fueran los espíritus de los antiguos sacerdotes que se deslizaban en los recintos donde antes celebraban sus ritos; caía la luz fantástica y creciendo fueron las sombras, hasta que la belleza solemne de la escena pareció penetrarnos el alma misma con el concepto mudo, sin atenuación de la muerte, clamando en ella con más estridente son que el de cien trompetas juntas, que el sepulcro es una sima, sima que devora todas las pompas, todas las famas y hasta sus mismas memorias...

-Vamos ahora -dijo Ayesha después que hubimos estado mirando en éxtasis la escena qué sé yo cuanto tiempo; vamos ahora, que he de mostraros la Flor de Piedra de la Hermosura y la mismísima Corona del Asombro, si es que aún se mantienen aquí, burlando al tiempo con su belleza para colmar el corazón humano del ansia de saber lo que está detrás del velo de los misterios.

Y sin esperar nuestra respuesta guionos a través de dos patios más, hacia el más céntrico del antiquísimo sagrario.

Y, allí, en el medio de aquel espacio, que tendría unos cincuenta pies cuadrados, o poco más nos hallamos frente a frente con lo que creo que es quizá la obra de arte alegórica más grandiosa que el genio de sus hijos ha dado al mundo. Exactamente en el centro del patio, colocada sobre un zócalo

cuadrado de piedra estaba una enorme bola de roca negra de cuarenta pies de diámetro, y sobre la bola alzabase una colosal figura tan encantadora y divina que al verla yo, iluminada cual se hallaba por la suave luz de la luna quedeme sin aliento, y el corazón cesó de palpar.

Labrada estaba la estatua de un mármol tan puro y tan blanco, que, aun entonces tras tantísimos siglos resplandecía al reflejo de los rayos luna-res, y su altura sería quizá, de veinte pies.

Representaba la alada figura de una mujer de tan maravillosa belleza y tanta delicada gracia, que el tamaño parecía aumentar, antes bien que estorbar, su belleza tan humana pero aún más que humana espiritual. Inclinada estaba hacia delante, como suspensa de sus alas tendidas a medias, y no sobre su pie. Sus brazos abiertos estaban en la actitud de los de una mujer que va a abrazar a su novio muy adorado, y toda su postura parecía la de quien tiernísimamente implora. Desnuda estaba su perfecta forma y esto es lo más extraordinario, menos el rostro, que tenía cubierto de un velo muy fino, de modo que se pudiera adivinar la huella de sus facciones. Le envolvía el velo la cabeza toda y de sus puntas sueltas, una le caía sobre el seno izquierdo, y la otra rota en parte, a la sazón, volaba libre en el aire por detrás suyo.

-¿Y qué personifica? -pregunté, cuando pude apartar de la estatua la mirada.

-¡No puedes figurártelo, oh, Holly!... ¿Adónde entonces tienes la imaginación? -respondiome Ayesha. Es la verdad posada sobre el mundo, o implorando a sus hijos, porque el rostro le descubran.

Y dando entonces la última y larga mirada a aquella belleza espiritualizada, en un velo envuelta, tan perfecta y tan pura que casi soñaba yo que un alma viva resplandecía a través de la prisión de mármol del contorno, para elevarme a sublimes pensamientos; inefablemente asombrado ante ese sueño de poeta helado en una piedra que jamás olvidaré, aunque tan incapaz me hallo al tratar de describirlo, con tristeza nos volvimos deslumbrados, y volviendo por los amplios patios iluminados por la luna llegamos al nicho de donde habíamos partido.

Después no he vuelto a ver la estatua aquella y lo siento, tanto más, cuanto que sobre la gran esfera que representaba al mundo y que de pedestal le servía quizá hubiéramos descubierto, con un poco más de luz, un mapa del Universo conforme lo conocieron los habitantes de Kor. Sugerente es, sin embargo, el alcance de su saber científico: que esos adoradores de la verdad estuvieran seguros del hecho de la esfericidad del mundo.

XXIII ¡SOBRE UNA TABLA!

Antes del alba nos despertaron los mudos al día siguiente, y después de desperezarnos bien el sueño y darnos un rápido baño en una fuente, que aún manaba en los restos de un pilón de mármol que se hallaba en el centro del cuadrángulo Norte del vasto atrio, fuimos donde *Ella*, y la vimos junto a su litera dispuesta a la partida mientras que Billali y los mudos recogían apresuradamente el equipaje. Ayesha estaba velada como de costumbre, cual la verdad monumental, y entre paréntesis, me pregunté si no habría esta figura inspirádole la idea de cubrirse así su belleza.

Noté, entonces, que la hallaba algo preocupada y que no tenía esa altivez y arrogancia en el aire que la caracterizaban, que la hubiera señalado al momento entre mil mujeres de su propia estatura aunque todas se encontrasen vestidas y veladas como ella. Alzó la cabeza para mirarnos al ver que nos acercábamos, pues doblada la tenía sobre el pecho, y nos dio los buenos días. Leo le preguntó qué tal había pasado la noche.

-Mal, Kalikrates mío, muy mal -contestó. Raros y atroces sueños he tenido esta noche, y no sé qué pueden significar. Vamos, echemos a andar, que lejos hemos de ir y antes de que nazca otro día en ese Oriente azul, hollar debemos el Lugar de la Vida.

A los cinco minutos andábamos ya de nuevo a través de la inmensa ciudad en ruinas, que nos parecía acrecentada a la indecisa luz crepuscular, y de un modo tal, que nos oprimía el corazón. Y precisamente, llegábamos a la puerta del lado opuesto por donde entramos, cuando el primer rayo de sol surgió como una flecha de oro, atravesando aquel recinto, colmado de legendaria desolación, y lanzando una postrer mirada a las veneradas y majestuosas columnas, suspiramos todos menos Job, que no se encantaba con ninguna ruina por no poder examinarlas más despacio: vadeamos el foso, y nos hallamos luego otra vez en la llanura.

Detuvimos, a poco, un momento, para el almuerzo, y emprendimos la marcha enseguida y tan redoblada que a las dos, poco más o menos, de la tarde habíamos alcanzado la montaña que formaba el borde del cráter volcánico, y que en aquel punto alzabase perpendicularmente a unos mil quinientos o dos mil pies encima de nuestras cabezas. Hicimos alto, y no me sorprendió esto, a la verdad, porque yo no veía cómo era posible que pudiéramos dar un paso más hacia delante.

Ayesha bajó entonces de su litera y nos dijo:

-Ahora sólo comenzarán nuestros trabajos, pues aquí dejaremos a esos hombres y habremos de ayudarnos a nosotros mismos. Dirigiéndose luego a Billali, le dijo:

-Aguardarás aquí con esos esclavos nuestra vuelta. Mañana a mediodía volveremos, y si no, aguarda aún.

Inclinose humildemente, Billali, y dijo que obedecerían su augusto mandato aunque tuvieran que aguardarla siempre.

-Y ese hombre, ¡oh, Holly! -dijo, *Ella* señalando a Job- más valiera que también quedase aquí, porque si no tiene grande el corazón y el valor muy seguro, quizá algún daño padezca... Tampoco son los secretos del lugar adonde vamos, propios para que los conozcan ojos de gente vulgar.

Tradújele esto a Job, que entonces me rogó, casi con lágrimas, que no le abandonase. Díjome que estaba seguro de que no podría ver nada peor de lo que, ya había visto, y que le espantaba la sola idea de quedarse solo con esa gente muda que sin duda aprovecharía la oportunidad para envasijarlo.

Se lo dije a Ayesha. *Ella* se encogió de hombros y replicó:

-Bien, que venga... ¡Poco me importa! Cáigale el mal sobre su cabeza pues que lo quiere... Servirá para sostener la lámpara y eso... Y señaló una tabla estrecha como de dieciséis pies de largo, que estaba atada sobre la larga vara de la litera.

Yo había creído hasta entonces que únicamente servía para que las cortinillas quedasen más anchas, pero ahora me enteraba de que se destinaba a algún propósito que desconocía, y necesario en nuestra extraordinaria empresa.

Así fue que Job se echó a cuestras la tabla que era bastante ligera aunque rudamente labrada y cargó con una lámpara. Otra lámpara me eché yo a la espalda así como un jarro de aceite de repuesto, y Leo llevó las provisiones y el agua en un odre hecho de la piel de un cabrito.

Entonces *Ella* ordenó a Billali y a los seis mu-dos que se retiraran detrás de un grupo de magnolias floridas, que estaba como a unas cien yardas de distancia y se mantuvieran allí, bajo pena de muerte, hasta que hubiéramos desaparecido. Inclináronse humildemente y se marcharon, mas antes el viejo Billali me dio con disimulo un apretón de manos y murmuró a mi oído que se alegraba de que fuese yo y no él quien acompañase a *quien debe ser obedecida* en tan misteriosa expedición, y por mi palabra que casi estuve dispuesto a convenir en que tenía razón. Al punto desaparecieron, y entonces Ayesha nos preguntó brevemente si estábamos dispuestos.

-Sí -contestamos.

Volvióse Ayesha y se puso a examinar la montaña.

-¡Válgame Dios, Leo! -murmuró- ¡no creo que vayamos a trepar por ahí!...

Leo se encogió de hombros. Estaba como fascinado y dispuesto a todo.

Ayesha, de súbito, empezó a ascender por el acantilado y nosotros la seguimos. Maravillaba ver la facilidad y gracia con que saltaba de peñasco en peñasco, y se deslizaba por los rebordes del murallón.

La subida no era a la verdad, tan difícil como parecía al principio, aunque en dos ocasiones de nada me sirvió mirar hacia atrás; pero el hecho es que la montaña tenía cerca de su base cierta inclinación que más arriba no existía.

Llegamos de este modo a unos cincuenta pies sobre el lugar de donde habíamos partido, siendo lo único verdaderamente pesado el manejo de la tabla de Job, y como ascendíamos de lado como los cangrejos, nos encontramos, allá arriba, como a unos cincuenta o sesenta pasos más a la izquierda de dicho punto inicial.

Notamos entonces un reborde en la escarpa bastante estrecho al principio, pero que se fue ensanchando e inclinando hacia dentro como el pétalo de una flor, de modo que, gradualmente, nos encontramos en un repliegue o carril cada vez más profundo, hasta parecerse a un callejón del

Devonshire, mas hecho en piedra y que nos escondía a las miradas del que pudiera estar abajo, si es que hubiera habido alguno.

Este callejón, que parecía ser de formación natural, tendría unos cincuenta o sesenta pasos de largo, y terminaba de repente en una cueva abierta en ángulo recto a él. Natural era ésta también y no labrada por humanas artes lo que deduje de su forma y desarrollo irregular que acusaba una formidable erupción de gas en la dirección de la menor resistencia rocosa. Las cuevas todas, labradas por los antiguos habitantes de Kor, se distinguían por su perfecta regularidad y simetría.

Detúvose Ayesha a la entrada de esta cueva y nos dijo que encendiéramos las dos lámparas, lo que hice. Ella tomó una y yo seguí con la otra. Adelantándose entonces nos guió cueva adentro, marchando con mucho cuidado, pues el suelo estaba lleno de cantos como el lecho de una corriente, y a trechos tenía hondos agujeros en donde podría uno romperse una pierna con la mayor facilidad.

Así seguimos durante, veinte o más minutos y yo calculo, aunque esto era cosa bien difícil por las vueltas y revueltas que dábamos, que habíamos andado un cuarto de milla.

Alto hicimos, al fin, en este punto, y en tanto que yo trataba de penetrar con la mirada la densísima tiniebla del lugar, sopló de súbito una gran racha de viento que apagó ambas lámparas.

Llamonos Ayesha y a gatas casi nos acercamos a ella. Entonces contemplamos un espectáculo que nos sobrecogió por lo terrorífico y grandioso. Teníamos delante una tremenda grieta del negro monte, conmovido y dislocado por alguna inmensa perturbación natural en remota edad, en la que había sido como azotado repetidas veces por el rayo. Esta grieta que era un precipicio enorme cuyas dimensiones no pude apreciar, pero cuya anchura no debía ser mucha por lo mismo que era tan oscura, encontrábase apenas alumbrada por una luz dudosa que con dificultad bajaba hasta donde estábamos de la superficie superior del monte, que se hallaría, por lo menos, a unos dos mil pies de altura.

La boca de la caverna de donde acabábamos de salir daba a una curiosísima prolongación rocosa figurada como un espolón sobresaliente en el abismo en medio del vacío, por espacio como de cincuenta yardas, terminando en una aguda punta y a nada en verdad, puedo compararla mejor que a la espuela de un gallo. La gigantesca púa se desprendía del paredón del precipicio, exactamente como la defensa córnea de la pata del gallináceo; su base era enorme y no se sostenía en ninguna otra parte.

-Por ahí pasaremos -dijo Ayesha. Y cuidado de que el vértigo no os acometa o que el viento no os barra al abismo de abajo, que, a la verdad, no tiene fondo.

Y sin darnos tiempo para espantarnos siquiera echó a andar por el espolón, dejándonos que la siguiéramos de mejor pudiésemos. Yo iba en pos de ella, tras de mí, Job, arrastrando penosamente su tabla y Leo a la retaguardia de todos.

Unos veinte pasos habríamos avanzado por ese puente peregrino, que se estrechaba más cada vez, cuando, de súbito, por la grieta bajó rugiendo una gran racha. Vi que Ayesha se inclinó ante ella pero el viento le arrancó de los hombros la capa oscura y sacudiéndola se la llevó por el abismo. Seguila espantado, con la vista hasta que la devoró la tiniebla. Echame a tierra y me aferré con las manos al peñasco, que vibraba dando un zumbido como un ser viviente.

Nuestra situación era tan terrible, tan contraria a la experiencia terrena que yo creo que, por eso mismo, nuestro terror se aplacaba; mas, ahora cada vez que sueño con ella me despierto con todo el cuerpo lleno de un sudor frío.

-Adelante, adelante -exclamó la blanca figura que nos guiaba- pues ahora sin capa *Ella* aparecía más que mujer, un hada flotando sobre la tempestad.

-¡Adelante, o caeréis para ser desbaratados en mil pedazos! ¡No apartéis los ojos ni las manos del peñasco!

Obedecímosla, y nos arrastramos trabajosamente, por el vibrante espolón, contra el cual se desgarraba gimiendo el viento, haciéndolo resonar como un enorme diapasón. Seguimos, seguimos, y no sé durante cuánto tiempo, sin atrevernos a mirar en torno, sino cuando era absolutamente necesario, hasta que, al fin, nos hallamos en la punta misma de la espuela que era una losa no más grande que una mesa común, y que palpitaba y rebotaba como la cubierta de un barco de vapor cuyas calderas se hallan a gran presión.

Allí, apretados contra el suelo y boca abajo nos quedamos mirando a nuestro alrededor mientras que, Ayesha se mantenía de pie, doblada contra el viento, flotante la cabellera larguísima y despreocupada en absoluto del espantoso abismo abierto a sus pies.

Extendió la mano y señaló adelante.

Entonces comprendí para qué se había preparado de la larga y estrecha tabla que Job y yo con tanto trabajo habíamos arrastrado entre los dos. Teníamos por delante, el espacio vacío, mas algo había en él a cierta distancia aunque no podíamos discernir qué cosa fuese porque, debido quizá a la sombra que caía del murallón del lado opuesto de la grieta reinaba en torno la nocturna tiniebla.

-Debemos aguardar un momento, que muy pronto tendremos luz.

No pude comprenderla en verdad. ¿Qué más luz de la que entonces había en aquel lugar tremebundo vendría a iluminarlo? Mientras en ello pensaba de súbito, una espada flamígera atravesó la tiniebla estigiana, rozando la punta rocosa en que nos hallábamos, e iluminando la forma adorable de Ayesha con esplendor celeste.

¡Ah, si describir pudiera la fantástica peregrina belleza de aquella espada de fuego suspendida en las tinieblas atravesando los jirones de neblina que surgían del abismo!...

Cómo se produjo, no lo sé aún de fijo, más yo supongo que había algún agujero que horadaba el murallón del frente, en la dirección precisa del punto en que el sol se ponía en aquel instante. Pero aseguro que el efecto que hacía era de lo más asombroso que concebirse puede. Hundida en el seno mismo de la tiniebla estaba aquella espada ígnea; por donde ella cruzaba la luz era tan vívida que podía verse hasta el grano de la piedra mientras que fuera del rastro de luz, a distancia de unas cuantas pulgadas solamente de su filo sutil, nada se distinguía más que las amontonadas sombras.

Y entonces gracias a ese rayo de luz que *Ella* había estado esperando, y para encontrar el cual había calculado nuestra llegada sabiendo que esta estación del año, durante miles y miles anteriores

había siempre caído en esa dirección, pudimos nosotros ver lo que por delante teníamos.

A cierta distancia de la punta del trozo de roca parecida a una lengua en que yacíamos, alzabase probablemente del insondable fondo de la sima un granítico cono, como un pan de azúcar, cuyo vértice estaba exactamente enfrente nuestro.

De nada nos hubiera servido este vértice solo, que era circular y ahuecado, pues que venía a quedar de nosotros a una distancia de cuarenta pies por lo menos. Mas, encima del borde de la cúspide descansaba una losa gigantesca y chata algo así como el canto de un *glaciar* (lo que muy bien ser podría) y el filo de la losa se nos aproximaba a unos doce pies quizá.

Ese enorme bloque no era más que una piedra basculada sobre el borde del cono o cráter en miniatura como una moneda en el de una copa de mesa pues a la ingente luz que la alumbraba veíamosla oscilante a los embates del viento.

-Aprisa -exclamó Ayesha- poned la tabla, hemos de pasar mientras la luz dure, que será poco.

-¡Señor y Dios mío! No querrá *Ella* de seguro que pasemos por ahí sobre esto -gimió Job- mientras, obedeciéndome me empujó la tabla.

-Pues eso mismo haremos, Job -le grité... Y la idea del peligro atroz que íbamos a arrostrar me ponía en el ánimo fatídica alegría.

Dile dificultosamente la tabla a Ayesha que, rápida la colocó con mucha limpieza a través de la sima de modo que uno de sus extremos descansaba sobre la moviente losa y el otro en la punta de nuestro vibrante espolón. Entonces colocó sobre ella su pie para que el viento no la arrastrase y volviéndose a mí dijo:

-Desde que aquí estuve, ¡oh, Holly! el sostén de la vacilante piedra ha disminuido un tanto, y no sé por esto si resistirá nuestro peso, si caerá o no. Cruzaré la primera pues que nada puede resultarme.

Y echose a andar, leve aunque seguramente, por el frágil puente, y en un segundo se encontró parada y en salvo sobre la suspendida piedra.

-¡Está segura! -clamó entonces. Sostén tú la tabla. Yo me pondré del otro lado de la piedra para que no desequilibre con vuestro peso mayor. ¡Vamos, vamos, Holly, que nos va a faltar la luz!...

Temblé sobre mis rodillas y si alguna vez me he sentido bien malo, en aquella ocasión fue. No me avergüenzo al escribir que vacilé un poco, y aun pensé retroceder.

-¡No tienes miedo, de seguro! -clamó la extraña criatura aquella en una parada del viento, desde el lugar en que estaba posada como un ave en la parte más elevada de la moviente piedra. ¡Si lo tienes deja pasar a Kalikrates!

Esto me determinó. Más vale caer en un precipicio y morir, que ser el objeto de la burla de una mujer como esa. Apreté los dientes y me lancé sobre aquella horrible, estrecha tabla que se doblaba bajo mis pies al espacio insondable.

Tocole entonces el turno a Leo, y aunque tenía cierta expresión rara en el rostro, pasó por la tabla como un saltimbanquis por la cuerda Ayesha extendió la mano para recibirle exclamando:

-¡Valeroso, valeroso te has portado, amor mío! ¡Aún te anima el antiguo espíritu heleno!...

Sólo el pobre Job quedaba del otro lado de la sima. Arrastrose hacia la tabla gritando:

-¡No puedo hacerlo, señor! ¡Voy a hundirme en ese atroz agujero!

-Dejemos a ese hombre que pase o que perezca ahí -dijo Ayesha. Ved: ya la luz se apaga, dentro de un minuto estaremos en la obscuridad.

Tenía razón. El sol bajaba quizá, del nivel del agujero o grieta por donde el rayo penetraba.

-Si te quedas, Job -le gritó- morirás ahí solo. La luz se está yendo.

-¡Vamos, sé hombre! -le gritó Leo. Es cosa fácil.

Animado de este modo el mísero Job, dio el grito más desesperado que en mi vida oí, y se arrojó de cara contra la tabla... No trataba de andar, dicho sea sin ofensa sino, que comenzó a arrastrarse abrazado a ella dándose torpes impulsos con sus tristes piernas colgantes a ambos lados sobre el vacío.

Los violentos empujones que le daba a la tabla hacían que la losa balanceada como estaba en un filo de pocas pulgadas, oscilase de una manera atroz, y para agravar el caso, precisamente al hallarse él a medio camino, el rayo fugitivo de la luz espectral desapareció, como una lámpara que de súbito se apaga dejándonos en medio de una desolación de tiniebla.

-¡Por el amor de Dios, Job -gritele en la mayor agonía- ven a prisa porque la piedra sobre que estábamos, aumentando su oscilación a cada impulso de la tabla se balanceaba ya tanto que apenas podíamos sostenernos! La situación era espantosa.

-¡Qué Dios me ampare! -gritó Job en la obscuridad... ¡la tabla se desliza!

Oí un rumor siniestro y me pareció que había caído.

Pero al mismo instante su mano extendida azotando crispada el aire a oscuras, topó con la mía... Agarre la y tiré con la fuerza que tan abundante me concedió la Providencia y Job se encontró al momento jadeante a nuestros pies.

Pero ¿la tabla? Sentí el ruido que hizo al deslizarse y chocar contra una piedra y nada más luego. La habíamos perdido.

-¡Cielos! -exclamé- ¿cómo volveremos?...

-¡Qué se yo! -me contestó la voz de Leo en la sombra. Bastante mal hemos tenido por hoy... ya veremos luego. Pero me alegro de estar aquí.

Ayesha entonces me tomó por la mano y me dijo:

-¡Ven!

XXIV EL ESPÍRITU DE LA VIDA

Obedecíla y me aterró al sentir que me conducía sobre el borde del cráter. Extendí las piernas a los lados y no sentí nada

-Voy a caer -murmuré.

-No, déjate conducir y confía en mi -contestó Ayesha.

-Ahora bien: si se concibe la situación, se comprenderá fácilmente que esto era pedirle a mi confianza mucho más de lo que justificaba el conocimiento que yo tenía del carácter de Ayesha. Quizá, en aquel mismo instante, estaría a punto de entregarme a un horrible sino. Mas, tenemos algunas veces que poner nuestra fe sobre peregrinas aras, y esto fue lo que entonces hice.

-¡Déjate conducir! -gritó- y como no podía escoger otra cosa, así hice.

Sentíame deslizar como uno o dos pasos por la superficie oblicua de la peña y caer luego en medio del aire, y pasome como un relámpago en la mente la idea de que estaba ya perdido... ¡Mas, no! Sentí que mis pies chocaron contra la peña dura que estaba parado sobre algo sólido y fuera del alcance del viento cuyo rumor seguía yo oyendo sobre mi cabeza. Y mientras le daba gracias por estos pequeños servicios a mi estrella, sentí como un deslizamiento o roce, un choque y luego la voz de Leo que alegremente gritaba:

-¡Hola viejo mío! ¿Estás aquí? ¿Verdad que es-to se va poniendo interesante?

Y en este instante, sentirnos caer a Job, dando un tremendo chillido, sobre nosotros, arrojándonos por tierra. Cuando acabábamos de levantarnos oímos la voz de Ayesha mandándonos encender las lámparas que, afortunadamente, estaban enteras, así como el jarro de aceite de repuesto.

Saqué la caja de fósforos de cera de Bryant y May, que prendieron tan alegremente en aquel lugar atroz como en un gabinete de Londres y en un par de minutos teníamos encendidas las dos lámparas.

A su luz vimos un curioso espectáculo. Amontonados estábamos en un ensanche rocoso como de doce pies cuadrados, y en nuestros rostros se pintaba el azoramiento. Ayesha estaba de pie, tranquila en un ángulo, con los brazos cruzados, esperando que acabáramos de encender.

Aquel recinto en que nos hallábamos parecía ser en parte, natural y en parte labrado por la mano del hombre, y se hallaba en la cúspide misma del cono. El techo de la parte natural estaba formado, por la piedra moviente, y el fondo del lugar, que tenía una pendiente hacia el interior, estaba labrado en la peña viva. Por lo demás, allí no había ni humedad ni frío, y era un perfecto puerto de paz comparado a la cima de arriba azotada por los torbellinos, y a la vibrante espuela que a su alcance sobresalía en pleno abismo.

-Al fin, hemos llegado sanos y salvos -dijo Ayesha- aunque por momentos me pareció que la losa desequilibrada se precipitaba con ustedes a los abismos sin fondo, pues yo creo que esa grieta llega hasta la misma entraña del mundo... La peña afilada sobre que la losa descansaba, ha se ido desgastando con el roce del balance. Y ahora que este hombre, a quien con razón llaman el puerco, porque estúpido es como esa bestia, ha dejado caer la tabla, no será cosa fácil volver a pasar el abismo y tengo que pensar un medio para ello.

Job no se daba cuenta de que lo aludían. Sentado estaba en el suelo y pasándose por la frente con el aire muy fatigado un pañuelo rojo de algodón. Ayesha siguió hablando:

-Contemplad este lugar; ¿qué crees tú que sea, Holly?

-No -repliqué.

-¿Crearás que un hombre escogió por habitación suya, en su tiempo, este aéreo nido, y que vivió aquí durante muchos años, saliendo de él solamente cada diez días a buscar el alimento, el agua y el aceite que el pueblo le ponía en mayor cantidad de la que necesitaba y como una ofrenda a la entrada del túnel por donde hemos venido hasta aquí?

Admirados la oímos, y *Ella* prosiguió:

-Y, sin embargo, así fue. Un hombre había, Noot se llamaba, que, aunque vivió en tiempos posteriores tenía el saber de los hijos de Kor. Era un ermitaño y gran filósofo, y conocedor de los secretos de la Naturaleza. Él fue quien descubrió el fuego que voy a mostraros, que es la sangre y la vida de la Naturaleza y también que los que en él se bañaran y lo aspiraran, habrían de vivir en tanto que la Naturaleza viviera. Mas, como tú, ¡oh, Holly! ese hombre, Noot no quiso aprovecharse de su saber. «Mala es la vida para el hombre -decía- pues que el hombre nació para morir» Así es, que a nadie confió su secreto, y aquí se vino a vivir para atravesarse en el camino del que en busca de la vida viniera y los amajáguers de su tiempo lo adoraban como a un santo. Y cuando yo vine por primera vez a este país... -mas tú no sabes cómo vine, Kalikrates y otra vez te lo diré... es una historia extraña- oí hablar de este filósofo, le aguardé a que viniese por sus provisiones y vine con él hasta aquí, aunque temí mucho pasar el abismo. Deslumbrele con mi hermosura y mi talento, y le lisonjeé con mis palabras de tal modo, que me condujo allá abajo y me mostró el Fuego y me contó sus arcanos, mas no permitió que en él me hundiese lo que por temor de que me matara no lo hice, pero pensé que como el hombre era muy anciano, pronto moriría. Y partí de aquí habiendo aprendido cuanto él sabía del maravilloso Espíritu

del Mundo, que era muchísimo, porque el hombre era muy sabio y muy anciano, y por su pureza de costumbres y abstinencias, y por la contemplación de su mente inocente, había conseguido adelgazar el velo que cuelga ante nosotros, y conocer las grandes verdades invisibles cuyo suave batir de alas algunas veces escuchamos cuando pasan a través del grosero ambiente del mundo. Sucedió esto poco antes de que yo te viera a Kalikrates de que llegases aquí peregrino con la egipcia Amenartas, de que yo aprendiese a amar por vez primera y eterna. Y al verte, pensé venir a aquí contigo, y que ambos participásemos del don de la vida. Y así fue que yo te traje aquí, mas, la egipcia nos siguió y no hubo modo de apartarla y al llegar encontramos que el anciano Noot acababa de morir. Allí yacía y su blanca barba le cubría como una vestidura; ahí, junto a donde estás sentado, Holly, más largo plazo habrá que su polvo lo disipó el viento.

Maquinalmente, entonces pasé la mano por el polvo del suelo y mis dedos tocaron alguna cosa

dura. Examinela y vi que era una muela humana muy amarilla mas muy sana. Se la mostré a Ayesha que al verla rió un poco.

-Sí, es suya sin duda... Ved lo que queda de Noot y de su gran sabiduría... una pequeña muela. ¡Y aquel hombre, empero, tenía a su alcance, la vida eterna y no la quiso, por respeto a su conciencia!... Pues bien, ahí yacía a la sazón muerto recientemente, y bajamos todos al lugar donde he de conducirlos, y yo, reuniendo todo el valor que pude arriesgándome hasta la muerte para conquistar, quizá, la corona de la vida adelanteme a las llamas... Surgió, entonces un vigor vital en mí que no podéis concebir hasta que no lo sintáis vosotros mismos, y de ellas salí imperecedera y bella, inefable inconcebiblemente. A ti tendí entonces los brazos, Kalikrates instándote a que tomaras a tu inmortal desposada y tú, al oírme deslumbrado por mi belleza volviste la mirada y rodeaste con tus brazos el cuello de Amenartas. Acometiome gran furor, enloquecí, y apoderándome de la corta lanza que portabas, te herí en el pecho, de modo, que ahí, en el recinto mismo de la vida gemiste y moriste... Entonces no sabía que podía matar con la mirada y la voluntad, y por eso, insana te maté con una lanza... Y cuando te vi muerto ¡ay!... lloré, lloré al ver que tú habíais muerto y que yo era inmortal. Lloré ahí, en el Lugar de la vida y tanto, que, si hubiera sido mortal, el corazón me habría estallado... Y ella, la obscura egipcia me maldijo por sus dioses... Maldíjome en nombre de Osiris, y de Isis; de Nephthys y de Hekt; y de Sekhet de cabeza de león, y de Set; llamando sobre mí los males y la desolación... ¡Ah! aún me parece ver su negro rostro amenazándome como una tempestad, mas no podía dañarme, y... yo, yo no sabía que podía herirla. Y no traté de hacerlo, ni entonces ya me importaba hacerlo. Entre las dos te sacamos de aquí. Y después, la despedí... Ordené que la guiasen a través de los pantanos... y parece que vivió para parir un hijo, y para escribir la historia que había de traerte a ti, su esposo, junto a mí, su rival y tu matadora...

Paró de hablar un momento, y luego continuó:

-Tal es la historia amor mío, y ya llegó la hora del término que la corone... Como las cosas todas del mundo, compónese de mal y de bien, más de mal, quizá, que escrita está con letras de sangre... Tal es la verdad, nada te he ocultado, Kalikrates... Mas, escucha ahora una cosa antes del momento final de tu prueba. Vamos a ir ante la presencia de la Muerte, pues que la Vida y la Muerte, se hallan muy juntas, y... ¡quién sabe!... ¡ah! si quedaremos apartados por otro espacio tan largo... No soy más que mujer, y no profetisa, no sé leer en el futuro... Mas, sí sé una cosa que aprendí de los labios del sabio Noot: que mi vida se ha prolongado y que se ha tornado más intensa y brillante, aunque no podré vivir eternamente... Así, Kalikrates tómame por la mano y alza mi velo, sin más temor que si yo fuese alguna muchacha campesina y no la más sabia y bella mujer de esta tierra y mírame a los ojos, y dime que me perdonas de todo corazón, y que de todo corazón me adoras.

Paró de hablar otra vez por un momento, y la rara ternura de su voz, nos acariciaba aún el oído, en el silencio. Su acento me conmovía más aún que sus palabras; ¡tan humano era, tan femenino!

Leo también estaba muy afectado. Hasta aquel instante había sido fascinado, a pesar de los dictados de su razón, así como se supone que la serpiente fascina al pajarillo, mas, a la sazón, supongo, que la fascinación había pasado, y que realmente amaba a esa peregrina y bellísima criatura tal como Yo... ¡ay!... también la amaba. Como quiera que fuese vi que se le llenaron de lágrimas los ojos, que se dirigió apresuradamente hacia ella, le soltó los nudos de su velo, y, tomándola por la mano, y clavando la mirada en sus pupilas profundísimas, le dijo en alta voz:

-¡Ayesha te amo de todo corazón... y te perdono, en cuanto es posible lo absoluto del perdón, la muerte de Ustane!... En cuanto a lo demás, cosa es que corresponde a tu Creador y a ti, y yo no tengo que ver en ello...

-Ahora -replicó Ayesha con altiva humildad cuando mi señor habla tan generosamente y tanto dona con su mano real, no me toca quedarme atrás y esperar a que me rueguen mis favores... Escucha...

Y tomándole de la mano se la puso sobre la adorable cabeza y se inclinó de modo que por un instante, rozó con el suelo la rodilla.

-En señal de sumisión, me inclino ante mi dueño.

Luego lo besó en la boca:

-En señal de mi amor de esposa te beso los la-bios.

Le puso la mano en el corazón:

-Por los pecados que he cometido, por los luengos siglos solitarios que esperándote pasé y que lavaron mi crimen por mi inmenso, amor y por el Espíritu... el Arcano Eternal que produce toda la vida de donde surge, y a la cual retorna, yo juro... juro, en esta primera y sacratísima hora de mi femineidad perfeccionada, ¡juro que abandonaré el Mal y adoraré el Bien! ¡Juro que siempre me dejaré guiar por su voz en el recto camino del Deber! ¡Juro, que odiaré la Ambición, y que por el espacio todo de mis días, casi sin término, elevaré la sabiduría ante mis ojos, para que sea la estrella polar que me conduzca hacia la Verdad y al conocimiento de la Justicia! ¡Juro, también, que te honraré y te amaré, Kalikrates, a quien la ola del tiempo echó de nuevo en mis brazos, hasta nuestro fin, próximo o remoto que sea!... ¡Y como dote de bodas te aporto la corona de mi belleza y mi misma vida casi imperecedera y mi saber sin medida y riquezas, que nadie puede calcular!... ¡Escucha!... Los grandes de la tierra se arrastrarán a tus pies y sus bellas mujeres se tapanán los ojos con las manos, deslumbradas por la hermosura de tu rostro, y los sabios te reputarán cual su maestro... ¡Leerás en los corazones humanos como en un libro abierto, y los conducirás aquí y acullá, adonde plazca a tu albedrío!... ¡Cómo esa vetusta esfinge egipciaca, echado te mantendrás durante las edades y las estirpes de hombres te rogarán llorando que les resuelvas el secreto de tu grandeza inmarcesible y siempre, siempre las burlará tu silencio!... ¡Y ya que está resuelto... luzca el sol, o ruja la borrasca en mal o en bien en vida o en muerte, ¡lo hecho queda y no se deshará!... ¡Porque en verdad que, lo que es, es y una vez hecho, para siempre queda hecho, y deshacerse no puede jamás!... ¡Y ya lo he dicho!... Vamos allá, pues y que todo se cumpla a su tiempo.

Y tomando una de las lámparas, adelantose hacia el fondo del recinto que estaba cubierto por la peña moviente, y allí se detuvo.

Seguímosla y vimos que en la pared del cono había una escalera o para hablar con más

propiedad, que algunas prominencias del muro, habían sido esculpidas groseramente, como para formar una escalera. Por ella empezó Ayesha a bajar, saltando como una cervatilla y nosotros, con mucha menos gracia íbamos detrás.

Cuando hubimos descendido unos quince escalones vimos que a continuación seguía una senda rocosa en plano inclinado, muy pina, que corría hacia fuera y luego hacia dentro, como el declive de un cono invertido o embudo.

Aunque, muy pina era la senda a trechos casi vertical, siempre, era practicable y por ella íbamos, sin saber adónde hacia el seno mismo del volcán muerto.

Largo tiempo bajamos así, como media hora me parece, hasta que después de hallarnos a una profundidad de muchos cientos de pies del punto de donde habíamos salido, noté que llegábamos al vértice del cono invertido.

En este mismo punto se abría un pasadizo estrecho y tan bajo que teníamos que ir en fila india uno detrás de otro, y muy inclinado el cuerpo para no tropezar el cráneo contra la roca.

A unas cincuenta yardas ensanchose el pasadizo y nos hallamos en una caverna tan enorme que no pude ver ni sus muros ni su bóveda. Sólo sabía que era una caverna por el eco que despertaban nuestros pasos y por la pesadez y tranquilidad del aire ambiente.

Varios minutos anduvimos así en medio del más absoluto silencio, que nos oprimía el corazón, como almas perdidas en lo hondo del Tártaro, siguiendo la blanca y fantástica figura de Ayesha, hasta que la caverna se transformó de nuevo en pasadizo, que volvió a ensancharse en una nueva caverna mucho más pequeña que la primera. Y al fin entramos en otro pasadizo por el que se traslucía un débil resplandor.

Oí entonces que Ayesha daba un suspiro como de satisfacción.

-Bien está -murmuró- preparaos a penetrar en la misma matriz del mundo. ¡Dónde la tierra concibe la vida que veis brotar en los hombres y las bestias... y en los árboles!...

Rápidamente avanzó entonces y dando traspies, como pudimos, fuimos detrás con los corazones como si fuesen vasos rebosantes de una mezcla de terror y de curiosidad. ¿Qué íbamos, a ver?...

-Conforme adelantábamos por el túnel, el resplandor lejano aumentaba y nos lanzaba reflejos periódicos como un faro, que de trecho en trecho alumbraba las tinieblas del mar. Y no era esto todo, porque con los resplandores venía rodando un rumor como el del trueno, y el de árboles que caen y se desgajan, que nos agitaba el alma. Llegamos al fin del túnel y nos encontramos en una tercera caverna de unos cincuenta pies de largo y otros tantos de altura. Cubierto estaba el suelo de blanca arena finísima y todos los costados pulidos por la acción de no sé, qué desconocida agencia. No era oscura la caverna aquella como las demás, sino que la inundaba una luz rosácea muy agradable a la vista.

Al principio no vimos reflejo ninguno, ni oímos ningún rumor de trueno, mas, de súbito, mientras que maravillados mirábamos en torno, calculando la fuente de la radiación rosada se verificó un fenómeno tremebundo, aunque bellísimo.

Del fondo más lejano de la caverna con un rumor atroz y crujiente (tan espantoso que todos temblamos y Job cayó sobre sus rodillas), surgió un pilar de fuego arremolinado, diverso en colores como el arco iris, deslumbrante como el relámpago.

Durante un espacio como de cuarenta segundos, vimos la llamarada misteriosa resonando y girando sobre sí misma lentamente hasta que por grados cesó el tronido temeroso y desapareció con el fuego, no sé cómo, ni por dónde dejando tras sí el resplandor suave y rosado que al principio vimos.

-¡Acercaos, acercaos! -exclamó Ayesha con la voz vibrando de intensa exaltación. Contemplad la fuente y el corazón de la Vida tal como late en el seno del inmenso mundo!... Contemplad la sustancia de que las cosas todas toman su energía al radiante Espiritu del Globo, sin el cual su existencia sería imposible y se tornaría helado, exánime como la cadavérica luna. Acercaos, lavaos en las vivientes llamas, y colmad vuestras flojas estructuras de su virtud, en toda su virgínea potencia... Y no cual ahora que solamente irradia en vuestros senos, derramada en ellos a través de los filtros finísimos de miles de existencias intermedias, sino cual aquí se halla en su propia fuente y asiento del Ser Vital...

Seguímosla entre el róseo resplandor al fondo de la caverna hasta que, al fin, nos encontramos ante el lugar mismo en que el grandioso pulso latía en que surgía la sublime columna.

Allí nos miramos los unos a los otros al resplandor anímico, y reímos con risa sonora (hasta el mismo Job rió después de tanto tiempo que no lo hacía), por lo ligero que sentíamos el corazón en medio de la divina ebriedad de nuestros cerebros...

Yo, por mi parte, diré que me sentí entonces como en posesión de todos los varios genios de que es capaz el intelecto humano... ¡Podría haber hablado en versos libres de belleza shakespeariana; toda suerte de grandes ideas cruzaban relampagueando por mi mente; parecíame que se habían aflojado las tablas carnales y que mi espíritu libre se cernía por el empyreo de sus prístinos dominios!...

¡Inefables sensaciones se me derramaban encima!... Parecíame que vivía más sutilmente, que alcanzaba una alegría superior, que, a sorbos, bebía de un vaso de pensamientos más depurados de cuantos hasta entonces había tenido... Era otro yo mismo, glorificado, y todas las vías de la posibilidad me parecían abiertas para recibir las huellas de la realidad. Súbitamente, entonces mientras yo me regocijaba en ese espléndido vigor de una nueva esencia personal exaltada de lejos, de muy lejos, vino un rumoroso son que creció, creció, tornándose trueno, combinando cuanto es terrible y magnífico, en las capacidades del sonido.

Acercose más y más aún, hasta que estuvo junto a nosotros mismos, rodando como todas las ruedas de la artillería del cielo, arrebatadas por los corceles del rayo... Y surgió afuera y con él la gloriosa cegadora columna de llamaradas de colores varios, que estuvo girando ante nosotros un momento lentamente, y luego, llevándose en pos suyo la pompa del sonido, desapareció no sé cómo... Tan tremebundo fue el espectáculo que todos nosotros a una, menos *Ella* que se adelantó un paso extendiendo las manos hacia la llamarada, caímos abrumados y hundimos nuestros rostros en la arena.

Al desaparecer la ígnea columna Ayesha habló:

-¡Ahora Kalikrates -dijo- el momento, tremebundo se presenta!... Cuando la gran llamarada

retorne, debes bañarte en ella. Despéjate primero de tus ropas, porque las quemaría aunque a ti mismo no te dañe... Estar debes en la llamarada mientras que resistirla puedan tus sentidos, y cuando te abraze absórbela hasta el mismo corazón, y déjala que lama las partes todas de tu cuerpo, y que por ella retoce, porque no pierdas átomo alguno de su virtud. ¿Me escuchaste, Kalikrates?

-¡Ayesha te escuché!... Mas, aunque en verdad no soy cobarde me impone el efecto del fuego ¿Cómo sabré yo que no me consumirá por entero y perdiéndome yo mismo, no te pierda a ti también? Empero, me hundiré en la llama si lo quieres.

Meditó Ayesha un momento, y dijo luego:

-¡Nada de extrañío tienen tus dudas! Pero, dime Kalikrates ¿si tú me ves entrar en ella y salir después intacta entrarás también?

-¡Sí, entraré en ella aunque me consuma! He dicho ya que entraré de todos modos.

-Y yo entraré también -exclamé.

-¡Cómo, Holly! -dijo *Ella* riéndose con gana. ¿No dijiste que te repugnaba alargar tus días? ¿Por qué has variado tu pensamiento?

-No lo sé -exclamé- mas, algo dentro de mí me impulsa a probar la llama y la inmortalidad.

-Está bien, Holly mío, aunque no te habrás perdido por entero en tu locura. Pues bien: por la segunda vez me bañaré en este baño de vida. Con gusto aumentaré mi belleza y mis días, si eso es posible. Y si no lo es, no creo que pueda dañarme.

Después de una corta pausa continuó:

-También existe una razón más grave para que yo me lave de nuevo en ese fuego. Cuando primeramente probé su virtud, colmado tenía el corazón de odio contra la egipcia Amenartas, y así ha sido que por más que he hecho por librarme de él, el odio desde entonces se ha sellado en mi alma. Pero ahora es de otro modo. Ahora mi humor es feliz y mis pensamientos son purísimos, y como ahora ¡siempre quisiera ser!... Por tanto, Kalikrates, me he de lavar de nuevo, para depurarme, y hacerme de ti más digna. Así también, cuando a tu vez penetres en el fuego, vacía todo el mal de tu corazón, y que un dulce contentamiento reine en tu mente. Despliega las alas de tu espíritu y colócate en el mismísimo borde de la contemplación sagrada; piensa en los besos de tu madre, y vuélvete hacia la imagen del mayor bien que hayas visto sobre sus argentinas alas pasar por el silencio de tus ensueños... Pues del germen que contenga el alma en tan tremendo instante, será el fruto de su futuro e incalculable tiempo...

¡Y disponte ahora, disponte como si fuese para tu última hora, cual si fueses a penetrar en el seno de las sombras, y no por las puertas de una existencia más gloriosa!... ¡Disponte, digo!...

XXV LO QUE VIMOS

Hubo entonces una pausa de algunos momentos, durante la cual, parecía que Ayesha estaba reuniendo todas sus fuerzas para la prueba suprema y nosotros nos agrupamos esperándola en absoluto silencio.

Por fin, desde lejos, desde muy lejos, vino el primer murmullo del sonido, que creció y creció, hasta que empezó a crujir y mugir en la distancia. Al oírlo Ayesha se desprendió de sus finas envolturas, soltó el broche de su cinto de sierpe de oro y envolviéndose con movimientos de la cabeza y de las manos en su cabellera, cual si fuese una vestidura hizo bajo de ella deslizarse al suelo la túnica y encima de los cabellos se apretó de nuevo el cinto.

Quedó entonces como debió quedar Eva ante Adán, vestida sólo de sus copiosos rizos, sostenidos en torno del talle por la metálica faja y mis palabras son incapaces de explicar lo dulce, lo divino que lucía.

Más y más se aproximaron las ruedas tonantes del fuego, y *Ella* entonces sacó de entre las masas oscuras de sus crenchas prodigiosas un brazo de marfil con el que rodeó el cuello de Leo.

-¡Amor mío, amor mío! -murmuró. ¡Si supieras cuánto te amo!...

-Y le besó en la frente. Luego le dejó, adelantándose hasta ponerse en el paso mismo de la Flama de la Vida.

Conmoviome extrañamente su beso sobre la frente, su acento. El beso me pareció tan puro como el de una madre y tan solemne como una bendición extrema.

Adelantábase el crujiendo, retumbante sonido, tan inmenso que parecía como si extraordinaria tempestad abatiese una selva entera y la arremolinase toda echándola a rodar revuelta por las faldas pedregosas de los Alpes. Más se aproximó, más, relámpagos brotaron en el aire rosado, precursores del girante pilar como dardos, y surgió por fin su igneo capitel. Volvióse a él Ayesha extendiendo los brazos para recibirlo. Lentamente brotaba envolviéndola de llamas. Vi que el fuego le subía por sus formas. Vi que *Ella* lo alzaba con las manos como si fuera agua derramándolo luego sobre la cabeza. Y aún vi que abría la boca y que, por ella se lo introducía a los pulmones... ¡Oh, cuán tremenda y maravillosa visión!

Quedose inmóvil entonces con los brazos extendidos iluminado el rostro por divina sonrisa como si fuese el espíritu mismo de la Flama.

El misterioso fuego retozaba sobre *Ella*; sobre los cabellos retorciéndose por sus guedejas como hilo de encaje dorado, relucía sobre sus hombros y senos ebúrneos, por la columna de su cuello y por las delicadas facciones y parecía hallar su propia mirada en las pupilas gloriosas que destellaban resplandores más vivos aún que la esencia espiritual.

-¡Oh! ¡Cuán bella aparecía allí en medio de la llama! ¡Ningún ángel del Cielo podría serlo más!...

Aún ahora desmáyase mi corazón a su reminiscencia... *Ella* nos miraba sonriente, y yo daría la mitad del espacio que por vivir me resta, por contemplarla como entonces otra vez.

Pero, de súbito, más de súbito aún de lo que expresarlo puedo, verificose un cambio en su rostro, cambio que no sé cómo describirlo, fue un cambio muy raro. Desapareció su sonrisa y en su lugar vimos una expresión fría y dura. El óvalo del rostro se alargó, como si una gran ansiedad mental, lo oprimiese. Y también los ojos, los bellísimos ojos, perdieron su resplandor, y hasta la forma del cuerpo su perfección y derechura.

Restregueme los ojos creyendo que era víctima de alguna alucinación, o que la refracción de la intensa luz me producía alguna ilusión óptica y mientras tanto que esto hacía, el flamígero pilar giró lentamente por vez postrera y retronando, hundiose en las entrañas de la tierra dejando a Ayesha parada en el lugar donde se había inflamado.

Apenas hubo desaparecido, adelantose *Ella* hacia Leo... pareciome que había perdido la elasticidad de sus pasos, y extendió su mano para ponérsela en el hombro. Miró su brazo. ¿Adónde estaba su redondez maravillosa y su hermosura?... Íbase adelgazando y poniéndose anguloso. Y su rostro... ¡Cielos!... ¡su rostro envejecía mientras la miraba! Supongo que Leo lo notó también, porque retrocedió dos o tres pasos.

-¿Qué es eso Kalikrates? -dijo, y ¡oh! ¿qué notas eran aquellas tan huecas y agudas? ¡la voz era cascada y chillona!

-¿Qué es ello, qué es ello?... -repitió confusamente. Me siento deslumbrada ¡De seguro que la calidad de la llama no ha variado!... ¿Puede alterarse el principio vital?... Dime, Kalikrates ¿qué tengo ante mis ojos?... ¡No veo claro! -y se puso la mano sobre la cabeza para tocarse el pelo, y... ¡Oh, horror de los horrores!... el pelo cayó todo a tierra y la dejó absolutamente calva!

-¡Mirad, mirad, mirad! -chilló Job entonces con agudísimo falsete de terror, los ojos brotados de sus órbitas y espumarajosa la boca. ¡Se está arrugando toda! ¡Se está volviendo mona!

Y el pobre muchacho cayó al suelo presa de un ataque epiléptico.

¡Por cierto! tengo aún tan viva la recolección de aquel prodigio, que estoy abrumado y no sé ni cómo escribo. ¡Se estaba arrugando toda!... La sierpe de oro que había ceñido su gracioso talle, escurriose por sus caderas y muslos y cayó en la arena. Empequeñeciase... Su piel cambiaba de color y en vez de su blancura de apretada nieve lustrosa, tornábase de un moreno amarillento y sucio, como un pedazo de viejo pergamino casi podrido. Tocose la cabeza, la mano delicada era una garra ahora un talón simiano, como el mal conservado pie de una egipciaca momia... Entonces fue cuando *Ella* pareció comprender lo que le sucedía y chilló... ¡Ah! qué chillido dio... Tirose al suelo y púsose a revolver chillando salvajemente...

Empequeñeciase más y más, hasta ponerse del tamaño de una hembra de cinocéfalo. Púsosele la piel contraída en millones de arrugas, y sobre el in-forme rostro marcábase la huella de una ancianidad indefinible... Nada he visto parecido, nadie ha visto, ni quizá concebido, nada igual a la expresión de espantosa vejez grabada en aquella cara terrífica no mayor que la de un niño de dos meses, aunque el cráneo se conservaba del mismo tamaño o casi así; ¡ruéguenle a Dios, todos, que no se les presente jamás un rostro parecido si quieren conservar la razón!... Quedose luego *Ella* en tierra moviéndose apenas... *Ella* que dos minutos antes habíamos admirado como la más bella, la más noble

y espléndida mujer que el mundo hubiera contemplado sobre su haz, yacía ahora a nuestros pies junto a la masa enorme de su propia cabellera negra, reducida al tamaño de una mona grande y tan horrible tan horrible de ver, que la palabra es impotente para expresarlo... Y, sin embargo, piénsese en esto, como yo pensé en ello. ¡La mujer era la misma!

Muriéndose estaba, lo veíamos, y por ello gracias a Dios dimos... porque viviendo habría de sentir... ¡y qué sentir, oh, Cielos!...

Incorporose sobre sus huesosas garras, y mirando como una ciega en torno suyo, movió despacio la cabeza cual hace una tortuga... No podía ver, porque sus ojos estaban cubiertos por una película córnea... ¡Espectáculo horrible a la vez que patético!... Mas pudo hablar aún, y dijo con ronca y temblante voz:

-¡No me olvidéis Kalikrates!... Compadece mi vergüenza... Yo volveré bella. ¡Lo juro!... ¡ah! Y cayó de cara y se quedó inmóvil.

Abrumados por la insuperable exacerbación de lo horroroso, ambos caímos también sin sentido sobre el arenoso suelo del tremendo recinto.

No sé cuanto tiempo estuvimos desmayados. Supongo que muchas horas serían. Cuando, al fin, abrí los ojos, los otros dos estaban aún tendidos en la arena. La luz rósea lucía como una alba celestial, y las ruedas tonantes del Espíritu de la Vida aún giraban por su acostumbrado curso, porque el ígneo pilar se desvanecía cuando ya desperté. También allí estaba yacente la figura atroz de la mona cubierta de resquebrajado y rugosísimo pergamino amarillento, que había sido antes la deslumbrante Ayesha... ¡Aymé! no era, no, una pesadilla lo pasado, era un hecho tremendo y sin precedentes.

¿Qué había sido lo que produjo tan atroz variación?... ¿Habría cambiado la naturaleza del fuego vital?... ¿Quizá, de tiempo en tiempo, arrojaba de sí la esencia de la muerte en vez de la de la vida?... O quizá, que el organismo, saturado una vez de su virtud maravillosa, no podía resistir de nuevo su influencia de modo que la repetición del *processus*, cualquiera que fuese el intervalo, era mortal, pues que se neutralizarían mutuamente las impregnaciones, dejando al cuerpo que tocaban tal como era antes de su primer contacto con la Esencia de la Vida. Esto último, esto sólo podía explicar el súbito y terrible envejecimiento, al caerle encima de golpe los dos mil años de su existencia. No tenía ya la menor duda de que la forma que ante mí ya-cía era precisamente la que cuadraba a una mujer que por extraordinarios medios hubiera prolongado sus días durante veintidós centurias.

Pero ¿quién podrá decir lo que había pasado? El hecho era lo que se tocaba a menudo, después de aquella hora espantosa he pensado en que no había necesidad de hacer gran esfuerzo de imaginación para ver el dedo de la Providencia en todo ello. Ayesha encerrada viva en su sepulcro, aguardando siglo tras siglo el advenimiento de su amante, poca variación hacía en el orden del mundo. Mas, Ayesha potente y dichosa en sus amores dotada de juventud inmortal y de belleza divina del saber acumulado durante las edades, hubiera revolucionado la sociedad, quizá habría también variado los destinos de la humanidad. ¡Oponíase así a la ley eterna y fue por esto, con toda su potencia barrida a su aniquilamiento, barrida en lastimosa tremenda irrisión!

Algunos minutos estuve revolviendo estos terrores en mi mente, hasta que por fin sentí que retornaban las fuerzas físicas en aquella vivificante atmósfera; pensé en los demás, y vacilante todo, púseme en pie, con la intención de socorrerlo. Pero, primero tomé la túnica de Ayesha y la banda de gasa con que solía ocultar su belleza deslumbrante de las humanas miradas, y volviendo el rostro para no ver más aquella reliquia horrible la tapé tan bien como pude y rápidamente, para que Leo no la viese si volvía en sí.

Y pasando por encima de la perfumada masa de cabellos negros que yacía en la arena inclineme sobre Job, que estaba echado boca abajo, y le volví el cuerpo. Al hacerlo, su brazo cayó de un modo que no me gustó, y sintiendo un gran escalofrío lo miré atentamente. Al punto comprendí que nuestro antiguo fiel servidor había muerto. Sus nervios, ya desorganizados por todo lo que había visto y sufrido, habían finalmente, estallado ante el último espectáculo, y había muerto de puro terror. No había más, que contemplar la contracción de su rostro para comprenderlo.

Este era un nuevo golpe, quizá sirva para que algunas personas comprendan lo abrumador de las pruebas a que habíamos sido sometidos, y confesaré que no sentí mucho el golpe a la sazón.

Pareciome perfectamente natural que el pobre Job hubiera muerto. Cuando Leo volvió en sí de su desmayo, lo que hizo gimiendo, y con un temblor de todos los miembros que le duró como diez minutos después, le dije que Job había muerto, y me replicó meramente:

-¡Ah!

Repárese que no podía ser esto por indiferencia porque él y Job se querían mucho, y ahora habla a menudo de él, con la mayor pena y afecto. Era simplemente una prueba de que los nervios sufren hasta un límite nada más. Un arpa no puede dar más que una sola cantidad de sonido, por fuertemente que se hiera.

Púseme pues luego a auxiliar a Leo, y cuando lo hube conseguido, y se sentó en la arena, noté otra cosa atroz. Cuando entramos en aquella caverna su cabello tenía color de oro algo rojizo; pero entonces era gris, y cuando salimos, afuera luego, se había tornado blanco como la nieve. Además, el aspecto de su rostro era el de un hombre de cincuenta años.

-¿Qué haremos ahora viejo mío? -díjome con voz ronca y apagada cuando su inteligencia se aclaró un poco y le volvió la memoria de lo que habíamos visto.

-Tratar de salir de aquí, me parece -repliqué. A no ser que quieras entrar ahí -le dije, señalándole el pilar de fuego que entonces estaba girando otra vez.

-Entraría si estuviese seguro de que me mataría -dijo él con una extraña sonrisa. ¡Mi maldita resistencia ha sido la causa de todo! Si no hubiera demostrado temor, *Ella* no habría pensado, en darme el ejemplo... Pero ¡qué sé yo! Quizá el fuego a mí me haría inmortal, y yo, querido amigo, no tengo la paciencia de esperarla durante dos mil años a que torne como *Ella* me esperó a mí... Prefiero morir cuando me llegue la hora y no me parece que está muy distante, para correr no sé adónde en su busca... Y tú ¿no entras tampoco?

Moví la cabeza negativamente. Mi anterior excitación estaba muerta como el agua de un charco; mi repugnancia a la ampliación de mi existencia mortal me ha vuelto con más fuerza que nunca. Además, ninguno de nosotros dos sabía cuáles podían ser los efectos del fuego. Los producidos en *Ella* no eran de naturaleza a animarnos a que probáramos e ignorábamos las causas exactas que las producían.

-Entonces muchacho, no podemos quedarnos aquí a esperar que nos suceda lo que a esos dos dije, mirando el pequeño bulto cubierto por las ropas blancas y el cuerpo de Job que se iba poniendo rígido. Y si nos vamos a ir, vale más que desde luego nos marchemos. Pero, veamos si las lámparas no se han gastado. Tomó una que, efectivamente, se había gastado toda.

-Hay más aceite en la vasija, si es que no se ha roto -dijo Leo, con indiferencia.

Examiné la vasija: estaba intacta. Llené las lámparas con temblorosa mano. Afortunadamente, todavía quedaba sin consumir un poco de la mecha de lino. Encendilas con nuestros fósforos de cera. Mientras lo hacía oímos el rumor del pilar de fuego que se aproximaba en su interminable periodicidad, si es que era en verdad, el mismo fuego el que retornaba en cada cielo.

-Contemplémoslo una vez más -dijo Leo- no volveremos a ver cosa igual aquí en la tierra.

Quizá fuera esta una curiosidad ociosa, mas yo participaba de ella y aguardamos a que después de retumbar y girar lentamente sobre su propio eje, se desvaneciera mientras meditaba yo en los miles de años que el fenómeno se estaría verificando así, en las entrañas de la tierra y en los miles más, que duraría aún. Pensé también si ojos humanos lo verían después de los nuestros, y si oídos humanos serían en otra ocasión estremecidos y amedrentados por su majestuoso son. Yo no lo creo. Creo que nosotros seremos los únicos mortales que habrán de contemplar ese espectáculo tremebundo. Cuando se disipó, nos volvimos para irnos.

Pero antes fuimos hacia el cadáver de Job, y tomándole las manos, se las estrechamos. Ceremonia fatídica fue ésta, mas no teníamos otra manera de expresarle nuestro respeto al fiel servidor y amigo difunto, ni de celebrarle exequias fúnebres a su cadáver. No osamos acercarnos al bulto cubierto por las blancas vestiduras. No queríamos volver a ver aquella terrible reliquia. Pero fuimos al montón de cabellos rizados que habían caído de su cabeza en la agonía de su cambio espantoso, peor que, mil muertes naturales y tornamos cada uno de nosotros una madeja luciente de ellos... madejas que aún conservamos, como único recuerdo de la Ayesha que conocimos en el apogeo de su gloriosa gracia. Leo oprimió con sus labios la madeja negra.

-Pídieme que no la olvidara -murmuró roncamente- y juró que nos reuniríamos de nuevo. Por el Cielo, digo, que no la olvidaré jamás, jamás...

Aquí mismo juro, que si salgo vivo de este lugar, jamás en mis días mi lengua tendrá palabra de amor para mujer ninguna y que adonde quiera que vaya la aguardaré tan fielmente como *Ella* me aguardó a mí.

-Sí -pensé yo entonces- si vuelve hermosa como antes era... mas si volviese así como está...¹⁶

Y nos marchamos luego. Nos marchamos dejando a los dos cadáveres en presencia de la propia fuente de la vida unidos por la helada compañía de la muerte... ¡Cuán solitarios aparecían yaciendo allí, y cuán mal apareados!... Aquel pequeño bulto había sido durante dos mil años la más sabia, bella y altiva de las criaturas, no me atrevo a llamarla mujer, de todo el Universo. Malvada también fue, mas a su manera y ¡ay, tal es la fragilidad del humano corazón! que su maldad no disminuía su prestigio. Y no sé, en verdad, si al contrario, no lo aumentaba. Después de todo, su maldad fue de talla grandiosa que en Ayesha nada hubo que mezquino fuese.

Y Job, ¡el pobre!... Ciertos, resultaron sus presentimientos: allí estaba muerto... ¿Y qué, después

« ¡Que reflexión tan atroz es la de que, dígo de paso, casi todo el profundo amor que tenemos a las mujeres que no son de nuestra sangre, se funda principalmente, y de todos modos, en su apariencia personal! Si perdemos de vista a la que bella amamos, y la encontramos después de aspecto horrible, aunque sea la mismísima mujer, ¿la amaríamos como al principio?...

de todo?... ¡Peregrino sepulcro tiene!... Ningún campesino de Norfolk tuvo nunca otro semejante, ni lo tendrá jamás... ¡Algo es el reposar en la misma sepultura con los restos tristes de la imperiosa Hiya!

Dímosle a los dos la postrer mirada así como al resplandor rosado en que yacían, y con el corazón demasiado atribulado, para que pudiésemos hablar más, los abandonamos con el espíritu desolado, quebrantados por entero, hasta el punto de que renunciásemos la probabilidad de una existencia inmortal, puesto que cuanto hacía valiosa la nuestra nos había sido arrancado, y bien sabíamos que al prolongarla sólo prolongaríamos nuestra miseria. Ambos sentíamos, sí, ambos, que habiendo contemplado una vez los ojos de Ayesha no podríamos olvidarla jamás, jamás, en tanto que nuestra memoria y personal identidad se conservaran. Ambos la amábamos por siempre: grabada estaba esculpida en nuestros corazones y no era posible que ninguna otra mujer borrara su impresión espléndida.

En cuanto a mí, y en esto consiste la amargura de mi herida no tengo derecho ninguno para pensar en *Ella* con amor. Como me dijo un día, nada era yo para ella y nada seré a través de las insondables profundidades del Tiempo, a no ser que varíen las actuales condiciones y que llegue un día en que dos hombres puedan amar a una misma mujer, y ser todos tres prácticamente felices... Esta es la única esperanza de mi corazón despedazado... Esperanza bien frágil ¡ay de mí!... Pero no tengo nada más que ella. He consagrado a esa esperanza cuanto me es caro, cuanto aquí en el mundo valgo, cuanto valga después, y ella será mi único galardón si se realiza

Leo es más feliz. A veces sin cuento, he envidiado su dichosa fortuna porque si *Ella* no se equivocaba, si su penetración y gran sabiduría no le faltaron en sus últimos instantes, lo que no puedo creer, a juzgar por sus antecedentes él tiene derecho a esperar algo de la tiniebla del futuro.

Yo no tengo nada que esperar ¡y hablaba de esperanzas!... Empero (nótese la debilidad, la locura del humano corazón... y que el prudente que lea aproveche la lección), yo no quisiera que las cosas hubieran resultado de diferente manera. Quiero decir con esto que me alegro de haber dado lo que di, y que siempre tendré que dar, para recoger en pago las migajas caídas de la mesa de mi adorada, la

memoria de unas cuantas palabras bondadosas, la idea de que, en algún día del futuro no soñado, me sonreirá agradecida una o dos veces y me mostrará su gratitud por la devoción que le tengo a *Ella...* y a Leo.

Si esto no es lo que constituye el verdadero amor, ¡qué sé yo lo que será! Sólo añadiré que la disposición de ánimo en que me encuentro, es muy inconveniente para un hombre que ha pasado de los cuarenta y cinco.

XXVI SALTAMOS

Sin gran dificultad atravesamos las cavernas, mas cuando llegamos a la senda pendiente del cono invertido, dos muy grandes tuvimos que vencer. Era la primera la labor de la subida y la segunda la extrema indecisión para hablar de buen camino. Y por cierto que si no hubiese sido por las notas mentales que, afortunadamente, había tomado de la forma de muchas peñas y de otros detalles jamás hubiéramos acertado a salir de las entrañas del apagado volcán, y habríamos muerto allí de debilidad y desesperación. Y con todo, varias veces nos equivocamos, y en una por poco no caemos en una sima enorme. Penosísima era la ascensión en la densa obscuridad y silencio, saltando de peñasco en peñasco, arrastrándonos entre ellos teniendo que examinarlos uno a uno a la débil luz de las lámparas para ver de recordar la forma. Hablábamos muy poco, sentíamos demasiado para que hablásemos, y sólo tropezábamos al andar, hiriéndonos de continuo. El hecho es que nuestras inteligencias estaban abrumadas, nuestros espíritus apagados y poco se nos daba lo que pudiera acontecer. Sólo íbamos a salvar la vida si era posible y yo creo que únicamente el instinto de la conservación obraba en nosotros, sin que de ello nos diéramos cuenta. Así anduvimos durante tres o cuatro horas, según creo, pues nuestros relojes ya no andaban. Durante las dos últimas, nos extraviamos del todo, y ya empezaba yo a temer que nos hubiéramos entrado en algún otro cono volcánico, cuando de pronto reconocí una gran piedra que había reparado al bajar con Ayesha. Maravilloso fue, sin embargo, el que hubiera podido reconocerla ya la habíamos cruzado en ángulo recto al camino propio, cuando se me ocurrió volver y examinarla otra vez. Esto fue lo que nos salvó.

Subimos luego por la escalera rocosa natural, sin mayor trabajo, y nos encontramos, al fin, en la pequeña habitación donde el misterioso Noot había vivido y muerto.

Pero entonces un nuevo terror nos asaltó. Se recordará que debido al miedo y torpeza del desdichado Job, la tabla que nos había servido para pasar del espolón a la piedra moviente, se había hundido en el abismo.

-¿Cómo, pues habríamos de pasar sin ella?

No había más que un remedio: saltar, o si no, quedarnos adonde estábamos, hasta que pereciésemos de hambre. La distancia que habíamos de franquear, no era gran cosa en verdad, unos once

o doce pies al parecer, y yo recordaba que Leo, en la Universidad, saltaba hasta diecinueve pies cuando muchacho, pero ahora las condiciones variaban. Tratábase de dos hombres agotados moral y materialmente, y uno de ellos en la época declinante de la vida; el punto de arranque del salto era una piedra que se mecía y el de caída la punta vibrante de un espolón de roca, y en torno había un insondable y obscurísimo abismo, azotado por constante y deshecha tempestad. Dios sólo sabe cuan grave era nuestra posición. Cuando se lo consulté a Leo, reduje, el caso a dimensiones mínimas, contestándome de este modo:

-Por desconsolador que sea el dilema, no vacilo en escoger: prefiero matarme de una vez a morirme de hambre lentamente.

Nada por supuesto pude argumentarle en contra Pero era evidente que no podíamos intentar el asalto a obscuras. Teníamos que aguardar el rayo de luz que atravesaba el abismo en las puestas del sol. No podíamos calcular a que hora estábamos, sólo sabíamos que cuando el rayo se presentase, no duraría más de dos minutos, y debíamos estar muy alerta para aprovecharlo. Decidimos por lo tanto, encaramarnos sobre la moviente losa y echarnos allí a aguardarlo. Y nos apresuramos porque nuestras lámparas estaban ya agotadas: de la una se había consumido el aceite y la mecha por entero, y la luz de la otra estaba para concluir de alumbrar. Así es que a su luz indecisa, salimos de la pequeña habitación del sabio antiguo, y trepamos por un costado de la piedra.

-Cuando llegamos arriba, la lámpara concluyó de apagarse.

Nuestra situación era ahora muy diferente. Abajo, en el cuartito, sólo oíamos el rugido de la tempestad, que pasaba por encima: arriba, echados de cara contra el peñasco, que se mecía, estábamos expuestos a toda su furia cuando la gran corriente de viento, colado en la hendidura enorme del volcán se inclinaba de nuestro lado, aullando al chocar contra el murallón y las aristas salientes del precipicio como si fueran los gemidos de diez mil condenados del infierno. Hora tras hora transcurrió mientras que nosotros estábamos allí echados, llenos de tan gran terror y depresión mental, que no intentaré describir, escuchando los salvajes acentos de aquel tártaro, que se respondían los unos a los otros en la tiniebla todos acordados al tono profundo del diapason rocoso de la espuela que enfrente teníamos, y que zumbaba como arpa dolorosísima. Ninguna pesadilla ninguna invención de novelista por horrorosa que sea podrá igualar jamás el horror cierto que tenía aquel lugar y el de las fantásticas voces de la noche que nos envolvía: éramos como unos naufragos en la insondable y negra cima del espacio, asidos por milagro a una tabla.

Afortunadamente, no era baja la temperatura, al contrario, era bastante caliente el viento, si no, hubiéramos perecido. Y mientras allí yacíamos asordados, sucedió una cosa que, por más que fuese una mera coincidencia, no dejó de estremecer de nuevo a nuestros torturados nervios.

Se recordará que antes de que pasásemos por la tabla cuando nos encontrábamos del otro lado sobre el espolón, y que Ayesha iba por delante guiándonos, una racha le arrancó de encima de los hombros su capa negra y se la llevó por la obscuridad del abismo, sin que viésemos adónde. Pues bien... y no quisiera contar el hecho, que no me creerán quizá por peregrino... otra racha nos trajo del seno de la sombra entonces la misma capa, memoria de la muerta y cayó de tal modo que le envolvió a Leo todo el cuerpo de pies a cabeza.

De pronto no supimos lo que era, mas por el tacto al fin lo comprendimos, y entonces el corazón del muchacho no pudo soportar más, y oí los grandes sollozos que daba allí tendido sobre la roca en medio de la negrura. Prendiose sin duda la capa en alguna punta saliente del murallón del precipicio, quedando sostenida pero otra racha la descolgaría tornándola al lugar donde estábamos. De todos modos, el incidente fue de lo más curioso y conmovedor que pensarse puede.

A poco de esto, súbitamente, sin el menor aviso previo, la gran cuchilla roja de luz atravesó la tiniebla de parte a parte, rozando la movible piedra sobre que yacíamos y dando de punta contra el

espolón del frente.

-Mira -díjale a Leo- ¡ahora o nunca!

Levantámonos y nos desperezamos; contemplamos los jirones de niebla teñidos sangrientamente por el rojo rayo, que subían de las vertiginosas profundidades y luego el espacio vacío que quedaba entre nuestra losa moviente, y el vibrante espolón... Oprimiémos el corazón: nos dispusimos a morir. No podríamos saltar aquello, sin duda por desesperados que estuviéramos...

-¿Quién es el primero? -pregunté.

-Tú, viejo mío -contestó Leo. Yo me pondré en la otra parte de la losa para que se esté quieta. Debes tomar carrera larga para ganar bastante impulso, y salta alto, ¿sabes?... y que Dios te ampare.

Consentí a cuanto me aconsejaba con movimientos de la cabeza y luego hice una cosa que no había hecho desde que Leo dejó de ser un niño. Volvíme hacia él, le rodeé el cuello con mi brazo, y le besé en la frente. Muy francés será esto, pero la verdad es que yo, necesitaba en aquel instante, despedirme eternamente de un hombre a quien quería más que si hubiera sido mi propio hijo.

-Adiós, muchacho -exclamé. Espero verte de nuevo adonde quiera que sea el lugar a que vayamos ahora

Lo cierto es que no esperaba estar vivo dentro de un minuto.

Enseguida me dirigí a la parte más retirada de la losa, aguardé a que hubiese pasado una de las rachas, y encomendando a Dios mi alma, corrí por todo el espacio de la gran piedra que, era de unos treinta y tres o cuatro pies y salté al abismo atroz...

¡Oh! qué tremebundos terrores me asaltaron al lanzarme hacia aquella pequeña punta de roca y que horrible, que horrible la sensación de desesperanza que atravesó mi cerebro al comprender que había saltado corto.

Así fue, sin embargo, mis pies no tocaron tierra hundiéronse en el espacio... sólo mis manos y mi cuerpo la tocaron... Di un grito salvaje, al tratar de agarrarme, mas falló una de mis manos y sujeto sólo por la otra dio una vuelta mi cuerpo y quedeme de cara al lugar de donde había partido.

Insano, domineme el cuerpo con la mano y brazo de que me colgaba y tanteando con la otra conseguí prenderla a una rugosidad de la peña...

Así me vi suspenso, en el rastro rojo con miles de pies de abismo por debajo... Mis manos se crispaban a ambos lados de la parte inferior del espolón, de modo que con mi occipucio, rozaba su punta.

Por vigoroso que fuese no podría subirme encima. Podría mantenerme colgado por el espacio de un minuto... ¡Caería luego!... ¡Caería, caería en la insondable negrura!... Si alguien puede concebir una posición material más espantosa, que lo diga.

Sólo sé que la tortura mía que casi duró medio minuto, me volcó el juicio. Oí que Leo dio un grito en respuesta del mío, e inmediatamente vilo en mi-tad del aire saltando como una gamuza... Espléndido salto dio bajo la influencia de su terror y desesperación, salvando el horrible abismo como si no fuera nada y cayendo admirablemente sobre la rocosa punta.

Arrojose entonces de pecho contra ella para evitar un deslizamiento.

Sentí el espolón que vibró bajo el choque de su caída y al mismo tiempo vi que la enorme losa violentamente inclinada hacia delante, por su salto, volviose atrás con igual fuerza al verse libre de su peso, y por primera vez, tras tantos siglos, perdió su balanza y cayó con el más grande crujimiento en el alvéolo que un tiempo sirvió de ermita al filósofo Noot, sellando para siempre el camino que conducía al recinto de la Vida con las muchas toneladas de su peso.

Transcurrió todo esto en un segundo, y a pesar de mi terrible posición, curioso es cómo pude hacerme cargo perfectamente de cuanto pasaba por más que fuese sin la intervención de mi voluntad... Y aún recuerdo, que pensé a la sazón, en que ningún ser humano bajaría jamás adonde habíamos bajado nosotros, ni vería lo que vimos...

Entonces sentí que Leo me prendía con am-bas manos suyas, la muñeca derecha Tendido sobre el vientre en la punta saliente de la roca precisamente alcanzaba a agarrarme por donde me agarró.

-Debes soltarte y mecerte bien a compás -díjome con voz reposada y cara. Entonces yo trataré de subirte cuando me parezca bien o nos iremos los dos allá abajo. ¿Estás listo?...

Para contestarle solté primero la mano izquierda luego la derecha. Meciose por consecuencia mi cuerpo hacia fuera saliendo debajo de la roca y quedando todo colgante de los brazos de Leo... ¡Qué instante, aquel!...

Hombre vigoroso era él, bien lo sabía, pero ¿podría tener fuerzas para suspenderme hasta que yo pudiese agarrar la punta del espolón por encima cuando, debido a su postura, tan poca energía le era dado desplegar?

Durante unos cuantos segundos me mecí recto y contraído el cuerpo todo, mientras él se recogía para el supremo esfuerzo. Oí, entonces crujir todos sus músculos y tendones y me sentí elevado por el aire como si fuera un niño, hasta que reposó mi costado y brazo sobre la peña.

Lo demás era fácil, en dos o tres segundos más estaba arriba echado junto a él, jadeantes ambos y temblando como hojas, mojada toda nuestra piel por el sudor frío del espanto.

Súbitamente, entonces la espada fulgurante se apagó como una vela que se ahoga.

Como una media hora más quedamos tendidos allí mismo, y luego empezamos a arrastrarnos a tientas como mejor podíamos en la horrible oscuridad. Al llegar, sin embargo, al murallón de donde arrancaba el espolón, como una proa pasó un rápido reflejo. Abatiéronse un poco las rachas y así pudimos andar mejor hasta que penetramos por la boca del túnel. Mas, aquí se nos presentaba una nueva dificultad.

Ya no teníamos aceite, y nuestras lámparas, sin duda estarían hechas polvo bajo el peso del canto moviente. Ni teníamos tampoco una gota de agua para aplacar nuestra sed, pues el último trago lo habíamos bebido en el cuarto de Noot. ¿Cómo, pues, atravesaríamos este largo túnel todo sembrado de pedruscos?

No teníamos otro remedio que confiarnos a nuestro sentido del tacto, y cuanto más aprisa mejor, para que el agotamiento no nos abrumase antes de salir de él, si es que salir podíamos, antes de que

nos echásemos a morir donde estábamos.

¡Ay! ¿Cómo contaré los horrores de este túnel? Caíamos y nos golpeábamos contra las rocas, de que estaba todo lleno, hasta que la sangre nos brotó por veinte heridas. No teníamos otra guía que la pared de la caverna que no cesábamos de tocar, y tan desorientados íbamos en la tiniebla que varias veces nos acometió la atroz idea de que habíamos, vuelto atrás, y que estábamos perdidos. Adelantamos así, cada vez más débiles durante muchas horas, parándonos a cada rato para descansar, porque nuestras fuerzas estaban agotadas. Una vez caímos y nos echamos a dormir, y aun creo que dormimos mucho, porque al despertar teníamos envarados los miembros y se había coagulado la sangre de nuestras heridas y magulladuras, formando costras secas sobre la piel.

Arrastrámonos de nuevo hasta que, al fin, cuando ya estábamos a punto de ser presas de la desesperación, contemplamos otra vez la luz del día y nos hallamos fuera del túnel en el pliegue rocoso del acantilado que, como se recordará, conducía a la caverna.

Era la hora del amanecer, lo que conocimos por la dulzura del aire y el aspecto del bendito cielo que habíamos creído no ver más. Según nuestros cálculos habríamos penetrado en el túnel como una hora después de la puesta del sol, de modo que habíamos empleado toda la noche en arrastrarnos. Por aquella tripa atroz de la montaña.

-¡Un esfuerzo más, Leo! -murmuré. Lleguemos a la falda adonde Billali aguarda ¡Vamos, no te rindas ahora!

El pobre joven se había echado de cara al sue-lo: No podía más.

Galvanizose a mi voz, sin embargo, y, ayudándonos mutuamente, bajamos, que sé yo cómo, los cincuenta pies poco más o menos, que tenía el acantilado. La verdad es que no puedo decir cómo llegamos abajo. Sólo sé que nos encontramos al pie de una montaña hechos unos inertes bultos y que nos arrastramos después andando con las rodillas y las manos en dirección al grupo de árboles don-de *Ella* había ordenado a Billali que se retirase a esperarnos.

De este modo nos arrastraríamos unas cincuenta o sesenta yardas, cuando vimos salir de un grupo de árboles por la izquierda a uno de los mu-dos de Ayesha que estaría sin duda dándose un matutino paseo, y que vino corriendo hacia donde estábamos para reconocer qué clase de animales raros seríamos. Mirándonos estuvo un largo rato y al fin alzó horrorizado sus manos, y casi se cae al suelo.

Eché luego a correr al bosquecillo que estaría a una distancia de doscientas yardas. No es extraño que se horrorizara al vernos, porque deberíamos ofrecer un aspecto atroz. Los rizos dorados de Leo se habían tornado blancos como la nieve, sus ropas estaban todas desgarradas y colgantes en harapos, y su rostro y manos eran masas de carne, indescriptibles llenas de contusiones, heridas, sangre y basura; era lamentable ver cómo se arrastraba penosamente en tierra y yo sin duda no estaba mucho mejor que él.

Cuando dos días después pude verme la cara en el agua no me reconocí a mí mismo. Nunca me distinguí por mi hermosura pero entonces encontré en mis facciones algo más que fealdad, y que aún hoy no he perdido: algo así como ese aspecto de susto con que se presentan las personas a quienes se las despierta de repente de un profundo sueño. Y lo cierto es que no debe asombrar esto a nadie, porque lo asombroso es que conserváramos la razón después de lo que nos había pasado.

Pero entonces vi para mi consuelo, que el viejo Billali corría a nuestro encuentro.

-¡Oh, Babuino! Babuino, hijo mío, ¿eres tú y es ese el León?... ¿cómo se tornó su melena rubia como los trigos, en blanca como la nieve?... ¿De dónde venís? ¿Adónde está el Puerco? Y ¿*Ella*... *Quién debe ser obedecida*?

-¡Ha muerto, muerto!... -respondí. ¡Mas no me preguntes, danos agua, danos de comer! ¿No nos ves la lengua negra de sed?... ¿Cómo hablaremos?... ¡Danos agua!

-¡Ha muerto!... ¡Eso es imposible!... ¡Ella que nunca muere!

Pero se contuvo al ver que los mudos acudían corriendo y se ponían a observarlo, y les ordenó que nos cargasen y llevaran al campamento, lo que hicieron.

Afortunadamente encontramos al llegar un poco de caldo sobre una la hoguera y Billali mismo nos ayudó a tomar; estábamos muy débiles para tomarlo solos. Luego mandó a los mudos que nos lavaran la sangre y basura de cuerpo con paños mojados, y que nos tendieran sobre una cama de hierba aromática y caímos en un profundísimo sueño, exhaustos, como estábamos, mental y físicamente.

XXVII SOBRE LA MONTAÑA

Lo demás que recuerdo fue la sensación que tuve de la más atroz tiesura, y una especie de vaga idea que pasó por mi mente medio despertada de que yo era una alfombra que acababan de sacudir.

Al abrir los ojos, lo primero que me encontré delante fue la venerable fisonomía de nuestro anciano amigo Billali, que estaba sentado junto al lecho improvisado en que yo había dormido y que pensativamente se atusaba su larga barba blanca. Su vista me volvió al punto la recolección de cuanto había sucedido, cuya noción se robusteció al ver al pobre Leo, echado enfrente a mí con la cara toda hecha una miseria y sus hermosos rizos blanqueados.¹⁷ Volví a cerrar los ojos, y gemí.

-Bien has dormido, Babuino, hijo mío -dijo el viejo Billali.

-¿Cómo cuánto tiempo, padre mío?

-Una vuelta del sol y una vuelta de la luna hijo mío; un día y una noche y el León lo mismo... Mira duermes aún.

-Bendito sea el sueño -exclamé- pues borra el recuerdo.

-Dime ¿Qué te ha pasado?... ¿Cómo es esa extraña historia de la muerte de quien no podía morir?... Y piensa hijo mío, en que si esto es cierto, el peligro que corres tú y el León es muy grande entonces... La vasija está roja ya que os matará, y hambrientos los estómagos que os devorarán... ¿No sabes que estos amajáguers, mis hijos, te odian, a ti y a tu amigo?... Os odian porque sois extranjeros, y más aún por los hombres a quienes *Ella* torturó por vuestra causa. Y de seguro que si saben que ya nada tienen que temer de Hiya de la terrible *Quien debe ser obedecida*, os matarán enton

« Hace poco que empiezan a recobrar su color los rizos de Leo; es decir, que ahora se están poniendo de un matiz amarillo pálido, y tengo la esperanza que se pondrán de nuevo como eran. L. H. H ces con la vasija. Mas, cuéntame lo ocurrido, pobre Babuino.

Con esta súplica empecé a contarle no todo por supuesto cuanto pasó, sino lo que yo creí conveniente de ello, que era: cómo efectivamente *Ella* ya no existía por haber caído en un fuego extraño en el que se había abrasado. Él no habría comprendido la verdad de los hechos. También le conté los horrores porque habíamos atravesado para escapar con la vida y éstos le afectaron.

Pero vi que no creía en la muerte de Ayesha. Creía sí que nosotros nos figurábamos que había muerto de veras, mas él se explicaba que a *Ella* le había convenido desaparecer por algún tiempo. En una ocasión -agregó- durante la vida de su padre, había hecho lo mismo, y no se supo de *Ella* durante unos diez años y había una tradición en el país de que muchos siglos atrás había desaparecido durante una generación entera cuando de súbito se presentó de nuevo, y fulminó a una mujer que había ocupado su puesto de reina.

A todo esto que me dijo, nada le contesté; pero moví tristemente la cabeza ¡Ay! Demasiado bien sabía yo que Ayesha no reaparecería más: por lo menos, que Billali no la volvería a ver.

-Y ahora -concluyó él- ¿qué vas a hacer, Babuino?

-No sé, padre, mío, no lo sé. ¿No podríamos escaparnos de este país?

Movió la cabeza y contestó:

-Es cosa muy difícil. Por Kor no puedes pasar porque te descubrirían, y apenas te viera solo esta gente feroz... pues -dijo sonriendo y haciendo el ademán como de ponerse un sombrero. Mas, existe un camino sobre este monte de que ya te hablé una vez, por donde se conduce el ganado para que pascen por fuera. Y después de esos pastos hay tres días de camino a través de pantano, y más allá de ellos no sé lo que hay; pero he oído decir que a las siete jornadas se encuentra un gran río que corre hacia las grandes aguas oscuras. Si pudieras llegar a ellas quizá escaparías; pero ¿cómo llegarás?

-Billali -le dije- una vez te salvé la vida. ¿Quieres pagarme ahora tu deuda, padre mío? ¿quieres salvarme a mí y al León? Cosa agradable sería para ti pensar en ello cuando tu hora suprema llegase: algo tendrías bueno para colocar en la pesa, enfrente de los malos hechos que puedes haber cometido durante tu existencia si es que los has cometido. Y si es verdad que tienes razón, que *Ella* volverá, entonces te premiará por tu acción.

-Babuino, hijo mío, no creas que yo tenga mal corazón. Bien recuerdo que me salvaste cuando aquellos perros se mantenían quietos mirando cómo me ahogaba. Te pagaré punto por punto, y si salvarte puedes yo haré porque te salves. Escucha: mañana por la mañana debes estar dispuesto, porque te haré atravesar el monte en litera y también los pantanos que están del lado de allá. Esto lo haré diciendo que es por orden de *Ella* y el que no obedezca sus órdenes pasto será de las hienas. Y cuando hayas pasado los pantanos lo demás será de tu cuenta y si tienes suerte llegarás con vida a la orilla de las negras aguas de que me has hablado. Mira el León ya se despierta también y vais a comer los alimentos que tengo preparados.

La condición de Leo, al despertarse fue tan mala como era de esperarse de su aspecto, y ambos comimos tan abundantemente como lo necesitábamos. Dirigímonos luego a la fuente, donde nos bañamos y volvimos a nuestros montones de hierbas a dormir de nuevo hasta por la tarde en que despertamos, y entonces comimos, otra vez como por cinco hombres cada uno.

Billali estuvo ausente todo ese día haciendo, sin duda, los preparativos para nuestro viaje, pues que en medio de la noche nos despertó la llegada de un gran número de gente a nuestro pequeño campamento.

Al alba se presentó también el mismo Billali y nos contó que sólo usando el nombre de la temida *Ella* había conseguido, aunque con alguna dificultad, los hombres necesarios para cargar las literas y dos guías que nos condujeran a través de los pantanos, y que nos aconsejaba que partiésemos des-de luego, anunciándonos que él mismo nos acompañaría para protegernos contra alguna traición.

Me conmovió mucho este acto de bondad de tan astuto viejo bárbaro hacia nosotros, que éramos dos extranjeros absolutamente indefensos. Un viaje de tres días, de seis, mejor dicho, pues que tenía que volver, a través de aquellos mortíferos pantanos, no era cosa cómoda por cierto, para un hombre

de su edad, pero él lo hacía de buena gana para atender a nuestra seguridad. Lo que quiere decir que, aun entre esos amajáguers, que son, en verdad, por su carácter sombrío y sus feroces y diabólicos ritos los más terribles salvajes de que yo he oído hablar se encuentran personas que tienen buen corazón.

Por supuesto que algún interés personal podría inspirar, quizá, su conducta. Creería probablemente, que *Ella* reaparecería a pedirle cuenta de nosotros, pero, de todos modos, nos ofreció en aquella ocasión mucho más de lo que teníamos derecho a esperar de él, y afirmo que mientras viva guardaré la más afectuosa reminiscencia de mi putativo padre, el anciano Billali.

Comimos algo, luego montamos en nuestras li-teras y al cabo de algún rato empezamos a sentirnos en posesión de nuestra antigua energía física. Pero el estado de nuestras mentes lo abandonó a la consideración de los que lean.

Empezamos, pues la afanosa subida del monte... A trechos, la ascensión era bastante natural, pero las más de las veces era por una senda en zis-zás, practicada, sin duda, por los antiguos habitantes del país de Kor. Los amajáguers dicen que una vez al año llevan por allí a pastar afuera sus ganados excedentes y yo afirmo que ese ganado debe tener los pies muy seguros. Las literas para nada nos servían en esos peñascales y por supuesto que íbamos a pie.

Como hacia el mediodía llegamos a la meseta de la cima del monte acantilado, y desde ella obtuvimos un magnífico panorama de la llanura de Kor, en cuyo centro pudimos distinguir con bastante claridad los pilares de las ruinas, del templo de la Verdad por un lado, y por el otro, el interminable y melancólico pantano que debíamos cruzar.

Este murallón de roca habría sido, sin duda alguna el borde del cráter, y tendría milla y media de espesor, todo cubierto de peñas vitrificadas. Ninguna vegetación crecía en aquel lugar, y sólo distraían la mirada de la monótona uniformidad de aquella superficie, los charcos de agua de una reciente lluvia que se formaban en todos los huecos, y depresiones de las rocas. Atravesamos este plano superior de la muralla enormísima natural, hasta que empezamos la bajada del lado opuesto, que si no era tan penosa como fue la subida bastante comprometida era aún por lo abrupto de la vertiente, y esto nos ocupó hasta la caída del sol. Aquella noche vivaqueamos en las faldas inferiores del monte, que en ondulaciones iban a morir al gran pantano.

A la mañana siguiente, como a las once, continuamos nuestro camino por aquellos horribles pantanos que ya hemos descrito otras veces.

Y durante tres días más, entre hedores y lodazales y los miasmas de la calentura marcharon nuestros conductores hasta que llegamos, a un terreno abierto y ondulado y sellado, de caza de toda clase. En este lugar, a la mañana siguiente, nos despedimos, y no sin cierta pena, del anciano Billali que, atusándose con una mano la barba blanca nos dio con la otra su bendición, solemnemente.

-¡Adiós, hijo mío, Babuino -dijo- y adiós tú también, León! Nada más puedo hacer en vuestro obsequio. Pero, si tenéis la fortuna de llegar a vuestro país de regreso, que os sirva de advertencia lo que habéis pasado para que no os aventuréis de nuevo por tierras desconocidas; no sea que no podáis retornar y marquéis con vuestros blanqueados esqueletos los límites de vuestro camino... ¡Adiós, una vez más! A menudo os recordaré, y tú, Babuino, no me olvidarás tampoco, que tu corazón es bueno, aunque tu rostro es tan feo.

Volvieron entonces la espalda y se marchó y con él se marcharon los altos y sombríos conductores que fueron los últimos amajáguers que contemplamos.

Observándolos estuvimos hasta que desaparecieron, sumiéndose en las nieblas del pantano con sus literas vacías como si llevasen en ellas cadáveres recogidos en un campo de batalla y cuando nos vimos solos abandonados en aquel vasto desierto, después que contemplamos todo el alrededor, nos miramos mutuamente con lágrimas en los ojos.

Tres semanas atrás, poco más o menos, cuatro hombres habían penetrado en los pantanos de Kor, dos de ellos habían muerto, y los supervivientes habían corrido aventuras tan raras y tremendas que la muerte misma no era más espantosa... ¡Tres semanas, tres semanas no más fueron!...

¡Ah! ¡El tiempo debe medirse más por sus acontecimientos que por sus horas!... Parecíame que hacía más de treinta años que habíamos salido de nuestro ballenero.

-Hemos de ir ahora en dirección del Zambesi, Leo -dije. ¡Pero, sabe Dios si lo alcanzaremos!...

Leo se encogió de hombros sin decir palabra. Habíase tornado muy silencioso. Empezamos, pues nuestra marcha solos sin más ropa que la puesta, una brújula nuestros revólveres y rifles de precisión, y como doscientas cápsulas. Y así terminó nuestra visita a las ruinas de la poderosa Kor.

En cuanto a las aventuras por que pasamos luego, por varias e interesantes que ser puedan, he determinado, después de pensar en ello, que, no consten en estas páginas. En ellas sólo he tratado de dar cuenta concisa y clara de un hecho que me parece único, y no con la idea de que se publique inmediatamente, sino para aprovechar la memoria reciente aún de los episodios y detalles de nuestro viaje y su resultado. Me parece que será de mucho interés, para el público cuando los conozca. Por ahora creemos que este manuscrito no se publicará mientras vivamos Leo y yo.

Además, las aventuras que pasamos se parecen a todas las de los viajeros del África Central. Baste decir que tras increíbles penalidades y privaciones llegamos al Zambesi, que estaba a unas ciento setenta millas al Sud del lugar en que nos abandonó Billali. Allí fuimos hechos prisioneros por una tribu salvaje que nos tomó por seres sobrenaturales principalmente por el aspecto de Leo, tan joven con su cabellera cana.

Escapamos, al fin, de este cautiverio, y atravesando el Zambesi, vagando estuvimos en dirección al Sud, y un día que estábamos a punto de caer muertos de hambre, topamos, con un mestizo portugués, cazador de elefantes que, persiguiendo a una manada de estos, se había internado más tierra adentro que nunca en su vida anteriormente. Este hombre nos acogió con mucha hospitalidad, y luego, gracias a sus auxilios, pudimos, entre sufrimientos y aventuras innumerables llegar a la bahía de Delagoa, a los dieciocho meses justos de haber salido de los pantanos de Kor.

Al siguiente día mismo nos embarcamos en uno de los vapores de la línea Donald Currie, que por el cabo de Buena Esperanza van a Inglaterra.

Próspero fue nuestro viaje por mar, de regreso, y pusimos la planta en el muelle de Southampton

a los dos años precisamente, del día que salimos de la patria en pos de nuestra peregrina y ridícula investigación.

Y ahora mismo, trazando estoy estos renglones postreros de mi historia, que Leo lee sobre mi hombro, en mi antiguo cuarto de nuestro colegio de Cambridge; el mismo en que hace veintidós años, penetró vacilante mi pobre amigo Vincey, la noche memorable de su muerte, trayéndome el arca de hierro misteriosa.

¿Es realmente Leo una reencarnación del antiguo Kalikrates de que habla la que trazó la inscripción? ¿O Ayesha quizá, fue alucinada por una semejanza extraordinaria de raza? Que el lector, sobre esto, como sobre otros puntos de nuestra historia forme la opinión que le parezca más acertada. Yo tengo la mía y es que Ayesha no se equivocó.

Ya he llegado, al fin de nuestra historia, al me-nos en lo que a la ciencia concierne y al externo mundo. En cuanto al fin que tendrá para Leo y para mí, no puedo concebirlo, a fe. Pero sí: tenemos el sentimiento de que no ha llegado aún. La historia que comenzó hace dos mil años, puede extenderse largamente por el velado y remoto futuro.

Sentado a menudo y a solas en altas horas de la noche, fijo la mental mirada en la tiniebla del tiempo que no ha nacido aún, y maravillome meditando en el desarrollo y forma que tendrá nuestro drama en lo futuro, y en el teatro donde se representará su final escena del último acto... Y cuando, por último, ese acto y escena se efectúen de lo que no guardo yo la más mínima duda, pues que será en obediencia a un sino que jamás se tuerce, a un propósito, que jamás se altera ¿cuál será el papel que desempeñe aquella egipciaca Amenartas, la princesa de la estirpe Hakor de los Faraones, por cuyo amor quebrantó sus votos a Isis el antiguo Kilikrates que, perseguido por la venganza inexorable de la ultrajada diosa huyó por la costa líbica hacia el Sud a hallar su triste suerte en las entrañas de la tierra, debajo de la ruinoso Kor?

FIN